



**Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Educación**

**Tesis para defender el título de Magíster en Ciencias Humanas, opción
Literatura Latinoamericana**

Los funerales de Horacio Quiroga y su recuperación simbólica (1937)
Estudio, relevamiento bibliográfico y documental

Maestrando: Lic. Gerardo Ferreira Rodríguez
Tutor: Prof. Dr. Pablo Rocca

28 de agosto, 2023
Montevideo, Uruguay

Montevideo, 28 de agosto de 2023

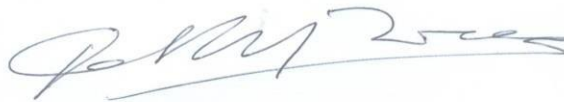
Sres/as integrantes de la Comisión de Posgrados
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Presentes.

De mi mayor consideración:

Hago constar, por la presente, que he leído y acompañado en los últimos años, desde su inicio, el trabajo de tesis para la Maestría en Ciencias Humanas (Opción Literatura Latinoamericana) de la FHCE, que ha realizado Gerardo Ferreira Rodríguez, titulado *Los funerales de Horacio Quiroga y su recuperación simbólica (1937). Estudio, relevamiento bibliográfico y documental*.

Por la presente, extiendo mi aval a la mencionada tesis a efectos de que se produzca su defensa en las condiciones reglamentarias.

Atte,



Prof. Dr. Pablo Rocca

Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas
FHCE/UdelAR

A mi madre, Marta, y a mi padre, Julio.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	7
Fuentes. Sobre los diferentes tipos de archivos consultados.....	8
1. Introducción.....	12
Hipótesis: ¿Un autor en disputa?.....	16
Los últimos tiempos.....	18
Objetivos y caminos a seguir.....	29
2. Estrategia, metodología.....	33
3. Perspectiva conceptual y marco teórico.....	59
4. Antecedentes. Estado de la cuestión.....	70
5. De <i>Cuentos de la selva</i> (1918) a <i>Suelo natal</i> (1931).....	83
6. <i>Más allá</i> (1935). Una desvinculación institucional, una reconexión literaria.....	96
7. El perfecto rioplatense.....	105
8. Premios literarios.....	112
9. Aquel otro <i>pasado amor</i>, Salto.....	117
10. Una posteridad (des)cuidada. Consideraciones finales	123
11. Bibliografía.....	133
Estudios generales y crítica sobre el autor.....	134
Bibliografía general.....	141
Fuentes documentales específicas sobre los funerales de H.Q.....	145

ANEXOS

Anexo 1. Documentos inéditos	155
*Carta de Alfredo E. Moen a César Tiempo [21 de enero, 1937]	
*Carta de César Tiempo a Enrique Amorim [2 de marzo, 1937]	
*Carta de Darío Quiroga a Enrique Amorim [17 de abril, 1937]	
Anexo 2. Partida de defunción de Horacio Quiroga [20 de febrero, 1937].....	159
Anexo 3. Relevamiento bibliográfico sobre los funerales de Horacio Quiroga en publicaciones periódicas del Río de la Plata.....	160
Anexo 4. Iconografía.....	204
Anexo 5. Compilación textual sobre los funerales de Horacio Quiroga.....	222

Resumen

El tema de la muerte en Horacio Quiroga (1878-1937) y la forma en la que puso fin a su vida en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires ha sido el pretexto por el cual distintas generaciones de lectores se han vinculado con su obra. Nuestro trabajo retoma ese camino para ahondar en un campo que ha sido investigado solo parcialmente, a pesar de su relevancia biográfica: el de la recuperación simbólica del mito y la posterior canonización de su obra en las letras rioplatenses, a partir de la repatriación de sus restos desde Argentina hacia Uruguay, entre febrero y marzo de 1937.

Sobre Horacio Quiroga se han escrito una enorme cantidad de textos que rememoran su personalidad, que analizan su escritura y su vida. Si bien la reconstrucción de los últimos días del escritor uruguayo ha sido abordada por diversos cronistas, las informaciones posteriores a su deceso no fueron analizadas en profundidad. El estudio de este escenario nos permitirá completar celdas vacías frente a los desafíos que plantea el tratamiento del género biográfico, no solo desde el punto de vista individual sino también social, dado que hablamos de un escritor cuya incidencia y discusión (académica, pedagógica, estética) llega hasta nuestros días.

Palabras claves: Biografía, figura, mito, repatriación, canonización.

Abstract

The theme of death in Horacio Quiroga (1878-1937) and the way in which he ended his life at the Hospital de Clínicas in Buenos Aires has been the pretext for which different generations of readers have been linked to his work. . Our work takes up this path to delve into a field that has only been partially investigated, despite its biographical relevance: the symbolic recovery of the myth and the subsequent canonization of his work in River Plate literature, based on the repatriation of his remains from Argentina to Uruguay, between February and March 1937.

An enormous number of texts have been written about Horacio Quiroga that recall his personality, that analyze his writing and his life. Although the reconstruction of the last days of the Uruguayan writer has been addressed by various chroniclers, the information after his death was not analyzed in depth. The study of this scenario will allow us to complete empty cells in the face of the challenges posed by the treatment of the biographical genre, not only from the individual point of view but also from a social one, given that we are talking about a writer whose incidence and discussion (academic, pedagogical, aesthetic) survives to the present day.

Keywords: Biography, figure, myth, repatriation, canonization.

Agradecimientos

La culminación de este trabajo, cuyos inicios puedo rastrear desde 2013, no hubiese sido posible sin el apoyo institucional con el que conté en el último tramo de la investigación: primero, a través de una *Beca corta de Apoyo a la Finalización de Estudios de Posgrado*, otorgada por la Comisión Académica de Posgrado (2020), que usufrutué desde octubre a diciembre de 2021. Y en segundo lugar, una beca mayor concedida por la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII), como parte del programa *Becas de Posgrados Nacionales para la Investigación Fundamental* (2021). En este caso, el período financiado abarcó 16 meses de actividad, comenzando en mayo de 2022, hasta finalizar exitosamente en agosto de 2023, con la entrega de esta tesis a la Unidad de Profundización, Especialización y Posgrado (UPEP). De modo que, antes de comenzar, quisiera agradecer a todos quienes de alguna manera u otra me acompañaron en este largo recorrido.

Primero que nada, debo mencionar la prestancia y buena voluntad de todos los funcionarios y colegas que hicieron lo posible para que la tarea fuera más sencilla y efectiva en los lugares que tuve oportunidad de trabajar de manera presencial y/o virtual. Agradezco también la colaboración puntual de los funcionarios de Servicios Públicos de la Biblioteca Nacional de Uruguay y de Argentina, especialmente; también a Abel Alexander, coleccionista y conservador de fondos fotográficos en la Biblioteca Mariano Moreno; a Paulina Olivos, en la Biblioteca Nacional de Chile; a Ariadna Escobar, que consultó para mí amablemente la publicación *Repertorio Americano*, ubicada en la Biblioteca Nacional de Costa Rica; al Lic. Eduardo Correa, del Centro de Documentación Cinematográfica de Cinemateca Uruguay; a la investigadora chilena Lorena Fuentes por su apoyo puntual con relación a la revista *Babel* en el período chileno. Por último, agradecer al Profesor Pablo Rocca, por haber entregado —en una de sus recordables clases— la idea original de esta investigación, y a la Profesora Elena Romitti por impulsarme a desarrollarla dentro de un programa de maestría, como finalmente ocurrió. A todos: antes y ahora, gracias.

Fuentes

Sobre los diferentes tipos de archivos consultados para esta investigación

El proceso de compilación de textos y relevamiento bibliográfico sobre el asunto de los funerales de Horacio Quiroga y la repatriación de sus restos, que conforman la base y el núcleo central de nuestra investigación, fue llevado a cabo mediante la gestión, pesquisa y revisión de diferentes materiales gráficos, consultados a lo largo de más de media década en los siguientes acervos:

* Biblioteca Nacional de Uruguay, Montevideo.

-Servicios públicos | Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Diarios.

-Archivo Literario | Colecciones personales | Horacio Quiroga | Enrique Amorim
Jesualdo Sosa | José Pereira Rodríguez | Telmo Manacorda | Juan José Morosoli.

-Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional de Uruguay.

-Sala Uruguay.

-Recursos digitales.

* Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Uruguay.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros.

-Hemos recibido información procesada y almacenada en la Sección de Archivo
del Instituto de Letras (SADIL).

* Centro de Documentación Cinematográfica de Cinemateca Uruguaya.

-Archivo fílmico | Colección audiovisual.

-Biblioteca.

* Archivo Nacional de la imagen y la palabra, SODRE. Montevideo, Uruguay.

-Reproducción de imágenes y visionado de material | Colección audiovisual.

* Biblioteca de la Facultad de Información y Comunicación, Uruguay.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros.

* Biblioteca de la Facultad de Derecho, Uruguay.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros.

* Biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales, Uruguay.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros.

* Archivo de la Universidad de la República, Uruguay.

-Área de Investigación Histórica | Fondo histórico.

* Ministerio de Relaciones Exteriores de Uruguay.

-Archivos personales | Cancillería.

-Fondo legaciones y embajadas.

* Archivo General de la Nación, Uruguay.

-Ministerio de Educación e Instrucción Pública.

-Caja de Jubilaciones y Pensiones.

-Archivo histórico | Fondos documentales.

* Biblioteca del Parlamento, Uruguay.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros.

-Archivo histórico.

-Recursos digitales.

* Museo Pedagógico José Pedro Varela, Uruguay.

-Centro de Documentación.

-Biblioteca Pedagógica Central, Mtro. Sebastián Morey Otero | Acervo bibliográfico.

* ANEP. Dirección General de Educación Inicial, Primaria y Secundaria, Uruguay.

-Documentación estudiantil | Archivo de programas.

-Secretaría General del Consejo | Resoluciones y decretos | Sección actas.

* Museo Histórico Nacional. Museo Romántico | Casa de Antonio Montero, Uruguay.

-Acervo bibliográfico.

* Embajada Argentina en Uruguay

-Sección Cultural y biblioteca.

* Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros | Mediateca.

-Mapoteca y Fototeca Benito Panunzi.

-Sala del Tesoro.

-Departamento de Archivos y colecciones particulares | Horacio Quiroga.

-Fondos patrimoniales | Fondo César Tiempo.

-Recursos digitales.

* Biblioteca Nacional de Maestras y Maestros, Argentina.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros | Mediateca.

-Recursos digitales.

* Biblioteca del Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros.

* Biblioteca del Congreso de la Nación, Argentina.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros | Mediateca.

* Cancillería Argentina

-Biblioteca ISEM-MREC.

* Archivo General de la Nación, Argentina.

-Fondos y colecciones documentales.

-Cine, Audio y Video.

-Archivo onomástico y fotográfico.

* Academia Argentina de Letras.

-Biblioteca «Jorge Luis Borges» | Acervo bibliográfico | Hemeroteca | Libros.

* Sede de la SADE [Sociedad Argentina de Escritores]. Buenos Aires, Argentina.

* Sede Museo Casa del Teatro. Buenos Aires, Argentina.

* Teatro Colón | Biblioteca. Buenos Aires, Argentina.

* Cementerio de la Chacarita. Argentina.

-Crematorio | Departamento histórico | Archivo.

* Biblioteca Nacional de Chile, Santiago de Chile.

-Sección Fondo General | Acervo bibliográfico.

-Colecciones digitales.

* Biblioteca Nacional Miguel Obregón Lozano, San José de Costa Rica.

-Acervo bibliográfico | Hemeroteca.

1. Introducción

[...] pasado el tiempo de silencio e ignorancia que es costumbre
otorgar e imponer a los difuntos que importaron.

Juan Carlos Onetti

Quien conozca la obra de Horacio Quiroga (1878-1937), conoce también la forma en la cual puso fin a su vida en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires la madrugada del 19 de febrero de 1937. Se ha repasado una y otra vez esta escena y tantas otras que involucran a la muerte. La enumeración precisa de estos episodios trágicos comienza desde su infancia, continúa en los años de juventud y, más tarde, ya en la adultez, se patentiza en el suicidio de su primera esposa, Ana María Cires Laguzan [1915]; en el suyo, en el de sus tres hijos, Eglé [1938], Darío [1952] y María Elena [1988], y posteriormente en el de algunos colegas y amigos cercanos, como Leopoldo Lugones y Alfonsina Storni, los dos en 1938, finalizando así un hado expansivo fatal que supera el marco familiar.¹

Aún hoy resulta una tentación consignar esta sucesión de infortunios como puerta de entrada al estudio de su figura. Esta seguidilla ha sido reproducida de forma sistemática en el tiempo prevaleciendo sobre otras informaciones de vida, lo cual fomentó todo tipo de operaciones reduccionistas, siendo utilizadas como rótulos para determinadas etapas cronológicas o, en el mejor de los casos, como parte de los episodios de amargura o derrota en las biografías del autor. Decir por ejemplo que el poeta consistorista vuelve desplumado de su viaje a París en 1900, o que el excéntrico dandi quedó eclipsado definitivamente luego del accidente de Federico Ferrando en 1902, implica señalar en dos circunstancias que el hecho que trasciende lleva un signo negativo y, en este sentido, su desvaloración se torna determinante para una recepción posterior, cualquiera que fuese.

¹ Ha sido muy común encontrar el primer apellido de la primera esposa de Quiroga escrito con tilde. Emir Rodríguez Monegal, en un valioso informe indica el error, corregido oportunamente por el hijo de ambos: «afirma Darío [Quiroga] que es palabra grave y no aguda, debiéndose escribir, por lo tanto, sin acento» (Penco, 2021).

Con todo, no ocurrirá lo mismo con el intrépido fotógrafo de las ruinas jesuíticas (a las que viaja en 1903), ya que sin saberlo, será quien rompa con el contexto anterior para encontrar una escenografía nueva en la que reencauzar su peripecia e incorporar a ella un nuevo eslabón en la cadena de hechos: Misiones. Así, la faz selvático-misionera de Quiroga —que incluye un crisol variado de improntas más o menos conocidas: la del cazador, la del empresario prohombre, la del *homo faber* en su taller, entre otros perfiles—, es la que a nuestro entender ha perdurado mejor hasta el presente, incluso por sobre cualquier otro imaginario discursivo: el de periodista cosmopolita, el de cinéfilo citadino, e incluso uno más pujante que cualquiera de ellos y tal vez uno de los más lejanos: el escritor de relatos de horror.

No se trata solo de un cambio de escenario sino de personalidad. Las aptitudes y cualidades que Quiroga desarrolló en el ambiente selvático se complementaron de manera natural con otro tipo de experiencias. En este sentido, uno de los rasgos más recordados e identificados se integró exitosamente a su *look* salvaje: la barba. La decisión de hacer culto a su uso no tuvo que ver con un aspecto meramente estético, cuya procesión vivió internamente. Se trató de la manifestación material y visual de una forma de ser diferente, porque en realidad, como señala Enrique Amorim: «en Buenos Aires circulaban pocos barbudos. Se necesitaba mucha sangre fría para serlo» (1983, p. 20). Además, detrás de su barba «se esconde una pose que lo obliga a no ser íntegramente un hombre de todos los días» (25).

Con la necesidad de buscar nuevas raíces, y aprovechando la posibilidad que le daba el haberse trasplantado a ese otro *país*, Quiroga no dudó en perseguir ciertos ideales que no había podido plasmar en otros ambientes (Salto, Montevideo, París). A la postre, fueron «esas ganas de representar un ser original y sumamente importante [...] lo que le hizo chocar con la burguesía de Salto y salir despreciándola camino a Buenos Aires» (Amorim, 1983, p. 12). Con respecto a su

personalidad, la barba también le valió a Quiroga el famoso mote de sefardí, así como otras alusiones a su perfil semítico, que son abundantes.²

Más que ningún otro universo temático (incluida la selva, con todas sus atracciones), el tema de la muerte ha sido una constante en Quiroga, y un camino conflictivo ya que integra un conjunto de historias personales en sus creaciones. Ocurre que se ha insistido una y otra vez en vincular los enigmas que rodean su fama de escritor con la trayectoria vital del hombre y su biografía, tal como señala Emir Rodríguez Monegal, en el sentido de que ante los ojos de cualquiera que se acerque a ella, incluidos los nuestros, esta se le presenta inevitablemente de forma «ordenada y compuesta de antemano: escrita con sus días por el propio Quiroga» (1955, p. 20).

Ya sea como producto de una reiteración ociosa, sin examen o revisión, o bien por el progresivo asentamiento de un tipo de abordaje biográfico, la lectura necrológica consolidó una fijación sobre el asunto de la muerte que excede (y que de alguna manera complementa) las fronteras de la obra, y que ha dado como resultancia un signo estigmatizante sobre ambos, y cuya validez resulta inevitable

² Una anécdota graciosa al respecto es referida por el escritor argentino Guido Weyland, de cuando ambos vivían en Vicente López (1927-1931): «Apenas instalados en la nueva casa, mis padres pidieron sirvienta mediante un aviso en el diario, que apareció al pie de otro similar que simultáneamente había publicado Quiroga. Se presentó una andaluza que, en primer término, llamó a la puerta de este. Acudió él en persona, y a la mujer le bastó sólo verle para dar la media vuelta y echarse a correr, presa del terror más pintoresco. Minutos después se ofrecía en casa y mi madre, que la empleó, al advertir su agitación, le preguntó qué le estaba ocurriendo. Ella, no repuesta aún del susto, pero con la gracia propia de su tierra, contó que había ido a ofrecerse en una casa del barrio y que salió a recibirla “*un tío con barbas, igualito a los judíos que mataron ar Señor*”» (1955, p. 1). Por último, dirá Enrique Amorim: «Las barbas de Quiroga [...] juegan un papel importantísimo en las relaciones con el sexo femenino» (1983, p. 23). A propósito, Esther Haedo, compañera de Amorim confirma, no sin dejar de mostrar ciertos prejuicios: «Recuerdo que me impresionó mucho ver a aquella chica hermosísima, rubia, casi niña [María Helena Bravo] casada con aquel hombre de enorme barba que podía ser su padre, y que tenía aspecto de sefardí» (/apud Di Candía, 1990, p. 39).

en este escritor en particular. Así, la muerte como tópico, excusa y fetiche ha sido el enganche más frecuente por el cual distintas generaciones de lectores se han vinculado con la obra de Quiroga, porque además: «la aureola siniestra que cubre su biografía y que la convierte en una historia apasionante y trágica abastecen, voluntariamente o no, ese mito» (Rocca, 2007, p. 14). En este sentido, que el interés por el escritor salteño no quede dañado luego de asociarlo con la muerte, basándose en sus narraciones o en circunstancias de su vida, es un buen síntoma. Su inquietud espiritual como complemento de un sentido práctico-económico, hizo de su vida una obra «de experiencia y riesgo», expresión utilizada por Noé Jitrik como título en su fundamental libro de 1959, en el que nos señala de forma temprana la complejidad del abordaje vida/obra en este autor. Ese binomio, después de todo, esconde tras de sí una advertencia. De ahí que «todo biógrafo — y todo crítico— de Quiroga es un necrógrafo que descubre en la muerte no solo los límites de la vida y la obra del biografiado, sino también los de toda interpretación» (Abreu Mendoza, 2018, p. 279).

Hipótesis: ¿Un autor en disputa?

En esta investigación intentaremos probar la importancia capital que tuvo el accionar del gobierno terrista al decretar la repatriación oficial de los restos de Horacio Quiroga, desde Buenos Aires hacia nuestro país en febrero de 1937, y cómo a partir de esa decisiva intervención el ya reconocido escritor de la selva misionera pasó a convertirse en una figura ilustre nacional uruguaya, así como fuera de fronteras, al ser reclamada por su país de origen, que lo recibió con honores póstumos.

Los elementos encontrados permiten determinar que su inmediata apoteosis operó como corolario de una serie de gestos políticos que afectaron —de un modo o de otro—, no solo directamente al autor (tomando como punto de inflexión el cese de sus funciones en el consulado argentino en 1934), sino a la percepción y valoración posterior, a las que la muerte quedó ligada indefectiblemente por encima de otros valores.

La reunión de este abundante corpus escrito *en caliente* constituye el primer acercamiento crítico al autor y su onda expansiva influirá decisivamente en el plano literario y en el biográfico, es decir, en cómo fue percibida desde entonces su figura de escritor. Es interesante señalar que, según Delgado y Brignole, los primeros y tempranos biógrafos de su admirado amigo, la indecisión o indefinición de Quiroga con respecto al destino de sus restos se mantuvo hasta el final y lo sobrevivió, pese a que su familia intentó convencerlo de mudar el panteón familiar. Así lo refieren:

[...] ya internado en el Hospital de Clínicas, poco antes de su muerte y cuando ni él ni su familia sospechaban nada aún acerca de la naturaleza de su enfermedad, su hermana María le habló sobre la ciudad de Salto. La proposición era lógica: tanto él como ella y los hijos de ambos, únicos que poseían derechos sobre ese sepulcro, residían desde muchos años atrás en la Argentina y casi seguramente no volverían a la ciudad natal. ¿Por qué, pues, no deshacerse del panteón lejano y construir otro en Buenos Aires? Transportarían a éste los restos venerandos que descansaban en aquel, y tendrían un sitio en donde volviesen todos a juntarse para dormir el sueño definitivo. Horacio encontró muy sensato ese modo de pensar y no tuvo argumentos que oponerle. Sin embargo, rogó a la hermana que, por el

momento, dejase las cosas como estaban, porque sentía *no se qué* ante la idea de tal propósito ([1939], 2016, p. 48).

El traslado de los restos de Quiroga hacia Uruguay abrió una disputa con relación al sentido de pertenencia, no solo de su obra dentro del campo literario local, rioplatense, regional, americano, universal, sino también en cuanto a su nacionalidad de origen, que se debe contrastar con la legal, por su notoria y profunda ligazón a la tierra de Misiones en particular, y por qué no, por su sostenida distancia con Uruguay. En este sentido, este trabajo se propone indagar, entre el registro de fuentes intocadas, la crónica y la reflexión, sobre la recuperación simbólica en torno a Quiroga, que se afianzó y multiplicó a partir de su muerte y de la circunstancia de su repatriación. A través de esta búsqueda podrá aproximarse a responder, así fuere, alguna pregunta sobre el destino posible de una literatura y su asociación directa a una vida y, tal vez, a una o dos naciones.

Los últimos tiempos

En abril de 1934 el gobierno uruguayo —surgido del golpe de Estado del presidente Gabriel Terra, el 31 de marzo de 1933— declaró cesante a Quiroga en su cargo de Cónsul de distrito en San Ignacio. Se trata de un punto de quiebre en su vida, que tendrá consecuencias a todo nivel, como se verá. Al principio la noticia aparece como al pasar en su correspondencia dejando entrever la indignación, pero también amortiguando la vergüenza, el pundonor de haber quedado sin empleo, y así se lo informa a dos de sus amigos bonaerenses mayores, en un tono prudente, moderado: «El gobierno del Uruguay me dio un fuerte disgusto, pues sin decir *agua va* me privó de todo alimento» (Carta a César Tiempo, mayo 30 de 1934, Quiroga, 2007, p. 282); y poco después a Julio E. Payró: «El asunto del consulado consistió en que me dejaron cesante, sin decir *agua va*» (25 de agosto de 1934, ídem, p. 357).

Hasta entonces, el escritor había contado con el respaldo de un coterráneo suyo, el expresidente Baltasar Brum, entre otros apoyos diplomáticos. Pero el suicidio de aquel [1933], en repudio a la coyuntura política que se avecinaba en el país a partir del golpe (1933-1938), dejó a Quiroga sin protección ante las autoridades que tomaron el mando. En realidad el episodio de Brum no solo es trascendente para entender, al menos dentro de una cadena de hechos, sean personales o históricos, el destino de Quiroga, sino porque también fue un evento crucial en la historia uruguaya, dado que se suicidó en la puerta de su casa y en presencia de numerosos fotógrafos, pero no se encontró ninguna imagen que atestiguara ese instante en particular. De hecho, esa fue una de las premisas argumentativas de la película *El dirigible* (Pablo Dotta, 1994), que de manera fragmentaria juega con el misterio. La ausencia de esa imagen ha dejado un espacio para recrear y/o ficcionalizar el último día del presidente Brum. Así lo hace, por ejemplo, Washington Bado:

A las ocho de la mañana del 31 de marzo de 1933, el llamador de la puerta de la casa de altos de Río Branco 1394, esquina Colonia, sonó fuertemente tres veces. Era la señal que su morador, el Dr. Baltasar Brum, que la habitaba con su esposa Blanca Nieves Frías, había estado esperando durante

toda la noche. Infructuosamente estuvo tratando de comunicarse telefónicamente con militares y políticos amigos, para resistir el golpe de Estado que ya se había decretado. Sabía que lo vendrían a detener (La inmolación, 2013, pp. 104-112).

La crisis económica mundial ocurrida en 1929 impactó de manera fuerte en los países de economías dependientes como Uruguay. El desarrollo industrial fue un intento de respuesta para hacer frente al problema de la desocupación y a la devaluación del peso, ya que la política terrista heredaba una economía herida, «con una ganadería estancada, [y] una reducción importante en las transacciones comerciales, que hacía ineludible tomar medidas intervencionistas aunque ellas dañaran determinados intereses particulares» (Nahum, et al., 1998, p. 50). También se verificaba un aumento significativo del funcionariado público (p. 64) y esta línea argumentativa es la que permite rastrear y contextualizar a nivel administrativo el cese de Quiroga y el posterior atraso en el pago de su jubilación, ya que la medida encuentra amparo en el recorte presupuestal de los gastos estatales: «El Terrismo consideraba que el sistema de previsión social estaba paralizado por el desarrollo exagerado del número de jubilados, por los déficits y el desfinanciamiento de las Cajas. Se buscó sanear tal situación mediante la obtención de recursos o la anulación de muchas jubilaciones» (Nahum et al., 1998, p. 64).

En esta dirección, pero tres décadas después de ocurridos los sucesos, Gabriel Terra hijo (h), a efectos de enaltecer la imagen de su padre consignará detalladamente sus actividades durante ese mandato. En su valoración señala la existencia de varias leyes, como por ejemplo, la de Previsión Social.

Sea como fuere, para achicar el gasto público durante el gobierno terrista se produce entonces un reajuste de las cajas. Terra (h) señala, por un lado, que si bien en las Leyes N° 9.009 y 9.010 se unifican las causales de jubilación a partir de la creación de la Caja de Pensiones y Jubilaciones, por otro, se prohíbe el pago de asignaciones a quienes se ausenten del país. De este modo, la Ley N° 9.196, decretada el 11 de enero de 1934, promueve un reajuste jubilatorio para estabilizar las pensiones a la vejez, y se dejan sin efecto las reducciones retroactivas en las pasividades de hasta \$ 50.00 mensuales que comprendían más de los 2/3 de los

jubilados y pensionistas afectados (8.000 en 12.000) [Ley N° 9493, del 1 de agosto de 1935]. En este sentido, según Terra (h), la nueva normativa «fue fundamental para evitar el desastre en las instituciones de previsión social al poner coto a los abusos de un régimen jubilatorio excesivamente liberal que carecía de financiación con el consiguiente riesgo para la economía de decenas de miles de hogares» (Terra (h), 1962, p. 316), al tiempo que se le otorgaban beneficios a los sectores patronales para reactivar la economía local.

De modo que si bien Quiroga no escapó a la reducción presupuestal aplicada al funcionariado público y a los cargos diplomáticos, a partir de la reforma previsional, el hecho de que en esta circunstancia igual se le haya concedido el trámite jubilatorio puede leerse como un gesto reparador de parte del gobierno uruguayo. Cobra importancia aquí su nombramiento como Cónsul Honorario, artilugio que le permitió conservar el derecho al pensionado, dado que su caso entraba como causal de prohibición por encontrarse en el extranjero.

Por otra parte, en lo que refiere a Instrucción Pública, Terra (h) se detiene en la resolución del 15 de agosto de 1936, por la que se dispuso la publicación de una edición especial de las obras de José Enrique Rodó; también se creó la Comisión Nacional de Bellas Artes (por decreto del 2 de octubre de 1936); se reorganizó el Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica (SODRE) por Ley N° 9.621 del 30 de diciembre de 1936; se creó la *Revista Nacional*, por decreto de setiembre 24 de 1937, y se nombró como director al historiador y escritor Raúl Montero Bustamante, entre otras leyes y decretos que consigna el autor en este período.

Pendiente de la promesa administrativa y enroscado en los malabares de una política peticionaria que aborrecía y que jamás imaginó, Quiroga se sumergió en la correspondencia con sus amigos. Así, gracias a los esfuerzos de algunos de ellos en ambas orillas (Montevideo-Buenos Aires), principalmente los escritores Enrique Amorim, César Tiempo y Alfredo Mario Ferreiro, el salteño fue repuesto

como Cónsul Honorario en febrero de 1935, pero percibiendo la mitad de su sueldo.³

Algunos diarios acusan recibo de la necesidad del escritor salteño, y no escatiman en el uso de hipérboles a la hora de comunicar la situación: «Se está muriendo de hambre en Misiones, Horacio Quiroga» (*Uruguay*, Montevideo, 5 de octubre, 1935); «[Horacio Quiroga] Se queja porque no cobra...» (*Tribuna Salteña*, Salto, 6 de octubre de 1935). La noticia de la situación afligente de Quiroga conmueve al ambiente literario de la capital uruguaya y obtiene inmediata repercusión. Como resultado, se convoca a una asamblea de escritores en el Ateneo de Montevideo —reducto de la oposición intelectual (Oddone, 1990)— para tratar el asunto, dando muestras de solidaridad en contra del desinterés estatal y a favor «de los prestigios intelectuales del país», según se expone en la nota: «Aliviarán la situación de Horacio Quiroga los escritores uruguayos» (*Uruguay*, Montevideo, 7 de octubre, 1935). Allí se indican los detalles:

[...] tendrá lugar en el Ateneo de Montevideo, una reunión de escritores uruguayos, a fin de considerar la mejor manera de prestar ayuda a Horacio Quiroga, en esta emergencia. Días antes de ese gran acto público, el martes a la misma hora y en el mismo local se reunirán los Sres. Emilio Frugoni, Alberto Zum Felde, Eduardo Conture, Carlos Sabat Ercasty, Juan Ilaria, I[ldfonso] Pereda Valdés, Elbio Prunell Aizaibar, P[edro] Cerutti Crossa, Julio Verdié y [Nicasio] García Berisso, miembros de la Comisión Provisoria de la Asociación de Escritores, a fin de considerar el mismo punto y redactar, de paso, el informe final que presentarán a la Asamblea, dando cuenta de su cometido.

³ Enrique Amorim tenía contacto personal con el Ministro de Relaciones Exteriores de entonces, Juan José de Arteaga, mientras que Ferreiro, quien había integrado el Consejo de Estado y era pariente político del presidente Terra, tenía acceso a un rango mayor de jerarcas. Ferreiro se ocupó del caso Quiroga ante el pedido de su colega argentino César Tiempo: «Sobre lo de Quiroga voy a ver si le hablo a alguien en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Conozco a todos, incluso al Ministro —Dr. José Espalter—, que dejó el Interior para Bado hace muy poco. No estaría demás que le escribiese a Ricaldoni sobre el particular. Si este no ha olvidado su antigua milicia de escritor, se interesará por la suerte del gran prosista argento-uruguayo» (Carta inédita a César Tiempo, 17 de abril de 1935, ver Anexo 1).

A su vez, en la misma nota de prensa, si bien no figura en la lista de artistas convocados, la poeta Juana de Ibarbourou, amiga del escritor salteño, manifiesta su adhesión a la causa, abogando por la unión y el apoyo entre colegas ante un hecho de público conocimiento:

Los escritores uruguayos no han sabido hasta ahora, realizar una gran obra de conjunto. Cada uno es una entidad aislada y raro es el que no mire de reojo al compañero o que no haya fracasado en todo intento de unión para formar un bloque de intereses superiores, cuya eficacia se proyecte fuera del país. Basta de intereses personales, de rencillas, de pequeñas venganzas, de antipatías, de ambiciones subalternas. Una unión de intelectuales sería una obra de beneficio nacional. ¿No seremos capaces de compenetrarnos de una elevada conciencia de colectividad?⁴

Estas repercusiones, a diferencia de otros trámites, le llegan con escaso *delay* a Quiroga, y si bien ya es consciente de su caída en desgracia, ahora adquiere más espesor por tratarse de un reclamo realizado en dos diarios opositores al gobierno que lo «castigó». El hecho no pasa inadvertido en la correspondencia a sus amigos durante esos días:

⁴ Con el objetivo de avanzar en nuestra investigación en procura de buscar el informe redactado por la asamblea, nos acercamos a la sede del Ateneo de Montevideo para acceder a la biblioteca pública y al acervo institucional cuyo archivo, según nos hizo saber la funcionaria Sra. Silvana Viana, al día de hoy no se encuentra en condiciones adecuadas para su visita. Sin embargo, dadas las características de este proyecto se nos solicitó el envío de una carta dirigida a los Sres. integrantes de la Dirección para avanzar en la gestión. El 15 de junio de 2022 elevamos la misiva al Sr. Cnel. Leonardo García (director), dado que la evidencia nos indica que tanto en 1935 como en 1937 la institución participó en instancias que involucran a Horacio Quiroga, según confirmamos en la prensa. A su vez, esas pistas pueden dar lugar a la aparición de actas o material de interés en este archivo. La solicitud nunca fue respondida, pese a varios intentos. Por otra parte, y como muestra del clima de la época, en el Ateneo tendrían lugar en esta época las concurridas asambleas de profesores y estudiantes de todo el país (1935) en repudio al proyecto de ley remitido por el Dr. Martín Echegoyen (quien por otro lado estaba al tanto de la situación de Quiroga), en el que declara la autonomía de la Universidad, segregando de ella a la Enseñanza Secundaria (Petit Muñoz, 1969, p. 119).

Confieso [...] que el movimiento “pro-situación afligente de H.Q.” me ha hecho erizar un poco en el primer momento. ¡Estamos tan acostumbrados a la fórmula, “situación afligente de tal viuda, tal desalojo, tan infeliz anciano”! [...] Valga la buena voluntad de los colegas para mitigar la situación (Carta a Enrique Amorim, 19 de octubre de 1935, Quiroga, 2007, p. 245).

[Enrique Amorim] Me envía un recorte de *El* [sic] *Uruguay* donde se anuncia que un grupo de colegas se reúnen en asamblea para tratar de *remediar mi afligente situación* —como de la pobre viuda echada de un conventillo. No sé que puede ser eso. Piensa Amorim (hijo) que el acto de que un diario de la oposición apadrine mi asunto, basta para empecinar más en contra al gobierno (Carta a José María Fernández Saldaña, octubre 23 de 1935, Quiroga, 2007, p. 189).

La solidaridad de sus colegas le despierta sensaciones encontradas; cierto pudor y algo de incomprensión, mezclado con agradecimiento. Por un lado se alegra de recibir apoyo; por otro le parece que empeoran más la situación con el reclamo. A su vez, según los primeros biógrafos, Quiroga era intachable en cuanto a sus escrúpulos, y «le repugnaba aceptar una especie de dádiva, aunque fuese fundamentada en su fama. Y más aún siéndole otorgada por un gobierno de ipso [sic], del cuál lo separaban, no solo la ideología, sino las tragedias y persecuciones sufridas por los amigos» ([1939], 2016, p. 335).

Tal vez sus reacciones denotaban la presencia de un trasfondo mayor, que tenía que ver no solo con hacer público el fin de su vínculo como funcionario uruguayo (y, por ende, la caída de su investidura), sino también con otro tipo de cierre, otra muerte, esta vez simbólica y material: la de su fama de hombre rico, que durante toda su vida lo persiguió desde Uruguay.

El escritor chileno Samuel Glusberg, quien fuera editor y amigo de Quiroga, se refirió a esta *leyenda*: «Como había recibido en su juventud una pequeña herencia, que dilapidó, no bien pudo disponer de la misma [invertida en la *Revista de Salto*, en el viaje a País y en la publicación de *Los arrecifes de coral*]. [...] Guardó, sin embargo, un resto para perderlo luego en un ensayo de plantador de algodón en el Chaco [1904]» («La leyenda de hombre rico», Glusberg, 1980, p. 43). Un intento de neutralización por parte de Quiroga se produce en una anticipada carta al

periodista y escritor uruguayo Alberto Lasplaces (23 de mayo de 1918), en la que corrige educadamente a su interlocutor, poniéndolo al tanto:

He vivido 9 años en el Chaco y en Misiones, trabajando bastante duro. Y Ud. Está lejos de ignorar que para estas luchas de países salvajes no son nervios enfermos lo[s] más indicados para soportarlas. [...] Estas zonceras se las he contado precisamente para que Ud. no se equivoque, amigo. De lo que más me enorgullezco en esta vida es de mis correrías por el bosque, donde he tenido que arreglármelas yo solo (Quiroga, 2007, p. 456).

Según comenta Pablo Rocca, el escritor salteño «salió al cruce de muchos aspectos de la construcción pública de su biografía. Se propuso, así, contrarrestar esas imágenes con otras, no siempre con éxito, no siempre consiguiendo destruir las figuras que contribuyeron a la sucesiva edificación de mitos sobre su persona y su obra» (2007, p. 18). Más tarde, trató de rebatir definitivamente la leyenda en su artículo «Un recuerdo» [1929] y aprovechó para descargar munición pesada contra Uruguay, y en particular sobre el nombre de uno de los principales críticos de la época:

Ha poco, al pequeño chalet que ocupó como inquilino, se le ha llamado “mansión”. Un autor hispano resta méritos a alguna historia mía, por ser un hombre de mundo quien la escribe. Y ha menos aún, el señor Alberto Zum Felde, crítico del Uruguay, hace referencia a la vida de gran señor que he llevado en Misiones. Esta leyenda, —llamémosla así— de mi riqueza, data desde los comienzos de mi vida literaria. Me persigue obstinadamente a través de mis libros, y moriré seguramente con ella. [...] La vida de gran señor señalada por el crítico se redujo a no contar con mis pies y mis manos para salir del paso, y a trabajar, a veces, más duramente de lo que merece un hombre solo. [...] Antes y después, mis manos han conocido tareas más duras e ingratas que la de sostener la pluma, y no he pasado los años al vaivén de una hamaca (Quiroga, 2009, p. 409).⁵

Por último, un testimonio particular, el de su yerno Jorge Lenoble, ofrece un contrapunto que de alguna manera relativiza los malos trances de Quiroga en

⁵ Las tensiones entre Quiroga y Zum Felde tienen un recorrido aparte que puede rastrearse desde un año antes de la publicación del *Proceso Intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (1930), panorama literario en el que el estudioso excluye la producción de Quiroga posterior a *Los arrecifes de coral* (1901) por no considerarla parte de la literatura uruguaya. Volveremos más adelante sobre este asunto.

cuestiones económicas, por pertenecer al círculo íntimo del escritor salteño. En una entrevista que le realizara en 1972 el escritor uruguayo Alberto Bocage, en la que entre otros asuntos consulta a Lenoble por las dificultades económicas de Quiroga en los últimos tiempos, este respondió: «Se ha exagerado. Quiroga no sufrió miseria. Nunca tuvo dinero habitualmente; pero lo cierto es que malgastaba» (Bocage, 1972).

Aún así, son numerosas las alusiones de Quiroga a su precaria situación económica luego del cese diplomático y ante la espera de las resoluciones ministeriales. No en vano se lamenta: «Es penoso que mi carteo se esté reduciendo en los últimos tiempos a una demanda constante de favores» (Quiroga, 2007, p. 219); o como dice a José María Fernández Saldaña: «Me he comido las últimas naranjas, y el tiempo pasa. [...] Mi situación económica empeora a ojos vista. Voy debiendo ya tres meses a mis proveedores, lo que es profundamente desagradable. [...] Si no llegara el dinero, tendría que vender mi chacra [...] estoy en circunstancias realmente muy graves» (pp. 183/188). También se refiere a este punto en carta a Asdrúbal Delgado: «Lucho al presente con una serie de fatalidades económicas que no son para contarlas. De aquí mi lamento fastidioso» (p. 219); así como a Martínez Estrada: «[...] el gobierno del Uruguay me machuca desde hace 17 meses sin pagarme lo que me debe, motivo por el cual me cercan más trastornos económicos de los debidos» (p. 379). Por último, Enrique Amorim es incisivo frente a la situación precaria de su coterráneo: «Quiroga cayó bajo el trazo de lápiz rojo del dictador Terra, que lo eliminó preguntando: “Y este Quiroga... ¿Quién es?”. No era Quiroga Larriera, o Quiroga Ortega, o Quiroga Lamas, o Quiroga Pacheco. Era simplemente un Quiroga sin apellido de auxilio. Era un escritor» (1983, p. 20).

Sea como fuere, fueron los escritores, tanto uruguayos como argentinos, quienes intercedieron para ayudar al narrador ante la pérdida de su empleo, al tiempo que el Estado hacía oídos sordos a cualquier tipo de reclamo, realizado tanto por vía interna como pública luego de su dictamen.

En este contexto, desde el otro lado del charco, una cooperativa editorial (Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense [S.A.L.R.P.]) organizada por César

Tiempo y por Alfredo E. Moen, responsables de la sección argentina, con sus correspondientes en Montevideo, Alfredo Mario Ferreiro y Agustín de Ocampo, editó *Más allá* (1935), último libro publicado por Quiroga en vida.

Posteriormente, a través de las gestiones llevadas adelante en Uruguay por José María Fernández Saldaña y Asdrúbal Delgado, dos de sus amigos más preciados de la juventud en Salto —con quienes intensifica la correspondencia desde fines de 1934 a efectos de sortear el escollo económico (Quiroga, 2007)—, el narrador logra el trámite jubilatorio y recibe unos pocos pesos que le llegan solo en 1936.

Son un poco más de dos años los que, luego de quedar cesante, le toma a Quiroga concretar este engorroso trámite hasta recibir la primera partida. Según la nota N° 879.338, expedida por la Caja de Jubilaciones y Pensiones Civiles. Asunto N° 3.396, con fecha 30 de octubre de 1935 y firmada por Raúl Ranieri [Administrador interino]: «Declárase que Horacio Quiroga tiene derecho a jubilación [...]», luego de «17 años, 3 meses y 29 días» de actividad ininterrumpida, computándose sus servicios desde el 17 de febrero de 1917, hasta el 15 de junio de 1934. No obstante, no será sino hasta el 16 de noviembre de 1935 que oficialmente le es concedida, a través de una resolución [N° 2.815/935] del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, firmada por el Presidente Dr. Gabriel Terra y el Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, Dr. Martín Echegoyen.⁶

Un memorándum final dirigido al Sr. Emilio San Juan, Presidente del instituto de Jubilaciones y Pensiones del Uruguay con fecha 3 de abril de 1936, informa: «En

⁶ Echegoyen fue profesor de idioma español y abogado. Desarrolló una carrera política extensa, en la que se destaca por haber sido Presidente del Directorio del Partido Nacional durante 30 años y por integrar la Convención Nacional Constituyente tras el golpe de Estado de Terra. Durante ese gobierno ocupó la cartera de Instrucción Pública desde marzo de 1935 hasta setiembre de 1936 (Oddone, 1967), cargo en el que fue sucedido por el Dr. Eduardo Víctor Haedo, quien se encargará de acompañar y ejecutar el asunto de la repatriación de Quiroga desde Argentina y sus funerales en Uruguay. En 1973 Echegoyen fue Presidente del primer Consejo de Estado de la dictadura militar, hasta enero de 1974, año en el que murió.

sesión de fecha 6 de marzo ppdo. [de 1936] el Directorio del Instituto aprobó el proyecto de resolución de esta Administración en el que se establece que debe abonarse la pasividad sin necesidad de reformar la cédula respectiva. El expediente pasa a Contaduría para que liquide los haberes devengados» (Ranieri, 1936). En este punto, los biógrafos Delgado y Brignole registran un nuevo sinsabor para Quiroga, ya que «la fatalidad le reservaría aún una burla sangrienta: cuando va a buscar el cheque para darse aquel gusto, no lo encuentra. Lo había dejado imprudentemente, como un papel cualquiera, encima de la chimenea, y la sirvienta se lo arroja al fuego» ([1939], 2016, p. 338).

Quiroga cuenta este hecho apenas una sola vez en su correspondencia: «Debo de comunicarte ahora un trastorno administrativo: he perdido el primer cheque que me envió la Caja como jubilado [...] la sirvienta debe de haber echado al fuego el documento, dejado encima de la chimenea imprudentemente por mí, desde luego. [...] Para seguir con la mala racha» (Carta a Asdrúbal Delgado, mayo 31, 1936. Quiroga, 2007, p. 239). Una versión ampliada de este percance, en la que no figura ninguna sirvienta, es rescatada luego por Martínez Estrada en *El hermano Quiroga* (1995, pp. 51-53).

La buena noticia del pago resultaba insuficiente para que Quiroga se recuperara del cimbronazo sufrido en el plano económico. No pudo compensar el apremio con otras actividades privadas, ya que para entonces había abandonado de manera casi definitiva la escritura, acusando la mala paga, debido a la crisis económica en la prensa local. Sin tomar en cuenta la publicación de *Más allá* (1935), Quiroga escribe poco desde 1935 a 1937. El régimen febril de producción da paso al cuentagotas. Serán apenas once textos los que surjan en este último tramo (Rela, 1972; Rocca, 2007).

El progresivo alejamiento de la *praxis* literaria puede vincularse también con su deterioro físico, tal como le cuenta a Fernández Saldaña en 1934: «Has de saber que en un accidente de auto perdí el uso de dos articulaciones digitales, y que no cierro bien el puño izquierdo: esto te explicará los tropiezos de esta escritura a máquina, tanto mayores cuanto que había dejado de escribir por largo tiempo de esta forma» (Quiroga, 2007, p. 182).

Pero las desgracias económicas no eran ni por asomo las únicas circunstancias que lo aquejaban. El 25 de agosto de 1934 le escribe a Julio E. Payró: «Algo más grave [dice en carta a Julio E. Payró]: estoy muy afectado por la situación de Eglé. Le ruego que haga lo posible por ser amable con ella hasta donde a Uds. les sea posible» (Quiroga, 2007, p. 361), confirmando luego la situación con Asdrúbal Delgado: «Mi hija Eglé y su marido [Jorge Lenoble] se divorcian de mutuo acuerdo. [...] Entiendo que se trata de una fuerte incompatibilidad de caracteres» (Noviembre 23 de 1934, Quiroga, 2007, p. 219).

Por si fuera poco, se suma a este divorcio el suyo con su segunda esposa, María Helena Bravo. A propósito, en carta del 10 de mayo de 1936 a Asdrúbal Delgado dice: «Mi mujer ha vuelto hace una semana; y su poco gusto para vivir en el campo, ya exasperado en los últimos tiempos, se ha tornado irresistible. [...] Ni ella ni yo podemos ni debemos sacrificarnos. No queda más solución que la separación total: divorcio» (Quiroga, 2007, p. 238). Razones de sobra le asistían a Quiroga para convertir la última etapa de su epistolario en «un valle de lamentaciones» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 316). Con un panorama afectivo y económico, ahora sí más completo, tal vez sea esta «la última imagen —melancólica imagen— que nos deja» (Ramírez de Rossiello, 1959, p. 41).

Pero eso no era todo. Desde 1935 el escritor arrastraba dolencias estomacales, que al ser tratadas por los médicos derivaron en un diagnóstico para el que la ciencia del momento no tenía solución: cáncer de próstata. Los especialistas habían dilatado el veredicto y la operación definitiva. La situación económica se tornó insostenible y Quiroga debió abandonar su hábitat natural en la selva para internarse en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires: todo lo cual nos conduce inevitablemente a la escena final. Lo que se deriva de su muerte es el objetivo de esta tesis, tal como se expondrá en el subcapítulo siguiente.

Objetivos y caminos a seguir

A partir del deceso de un escritor tan importante como Horacio Quiroga, y aún antes, se escribieron una nutrida cantidad de textos que rememoraron su figura o personalidad, que analizaron su escritura, que homenajearon su trayectoria o su manera de vivir (la vida o la literatura).

Esta investigación intenta establecer, en primer lugar, un mapa del territorio discursivo sobre el asunto de los funerales y la repatriación de los restos del escritor uruguayo desde Buenos Aires hacia Uruguay entre febrero y marzo de 1937, hasta llegar a su descanso final en la ciudad de Salto. La reconstrucción de ese escenario en ambas orillas y, en especial, su seguimiento [Buenos Aires-Montevideo-Salto], implica observar una experiencia intensa, que en realidad se resuelve en un lapso muy corto y que tendrá consecuencias decisivas en la futura recepción del autor.

A tales efectos, es necesario rastrear ese camino mucho antes de la muerte de Quiroga, para continuarlo allí donde sus biógrafos dejaron de contar y siguieron hablando los colegas, los amigos, los familiares, los políticos, la prensa, los lectores, y donde incide también una discutida valoración en la posteridad. En ese espacio de incertidumbre quedó sembrado un campo fértil de textos y voces para escuchar y cotejar fuera de las páginas de la obra del autor, para ayudarnos a analizar nuestro objeto.

Las pruebas halladas permiten hoy completar algunas celdas vacías o inconclusas en el asunto investigado, y nos ayudan a interpretar con nuevos ojos el posterior encumbramiento del mito Horacio Quiroga y su canonización en las letras uruguayas a partir de ser reclamados sus restos por el gobierno uruguayo en los días sucesivos a su fallecimiento. Este acto supuso un gesto político de carácter inédito en nuestro país, por los conflictos que trajo aparejados y, claro está, sus contradicciones: la problemática implícita que nace del cruce entre la literatura y la política; los intereses colectivos y las posturas individuales de los protagonistas en torno a un mismo hecho, serán abordadas desde una perspectiva coral, frente a las dificultades y desafíos que en este sentido plantea el tratamiento del género

biográfico para el caso de Quiroga, no solo desde el punto de vista individual, sino también cultural y social, dado que hablamos de un escritor cuya onda expansiva llega hasta la actualidad y su obra continúa vigente.

En este sentido, la noción de «espacio biográfico contemporáneo» que plantea Leonor Arfuch, sirve a nuestros propósitos, ya que permite:

[...] ir más allá de la búsqueda de ejemplos, aun ilustres o emblemáticos, para proponer relaciones, en presencia —y también en ausencia—, entre formas de diverso grado de vecindad, [...] pero que adquieren su sentido precisamente en una *espacio/temporización*, en una simultaneidad de ocurrencias que por eso mismo pueden transformarse en sintomáticas y ser susceptibles de articulación, es decir, de una lectura comprehensiva en el marco más amplio de un clima de época (2007, p. 49).

Con relación a la Bibliografía adjunta a este trabajo, además de consignar los estudios generales y crítica sobre el autor, confeccionamos un apartado que contiene una cuidadosa selección de fuentes documentales específica sobre los funerales de Quiroga, que hasta el momento permanecían dispersas o incluso desconocidas, y a la vista de ser contempladas juntas adquieren una nueva valoración, ya que conforman el corpus esencial de nuestro trabajo. A su vez, en el apartado de Anexos documentales daremos a conocer textos inéditos que entendemos de valía. Así, en el Anexo 1 se incluyen tres piezas epistolares: Carta de Alfredo E. Moen a César Tiempo [21 de enero de 1937]; Carta de César Tiempo a Enrique Amorim [2 de marzo de 1937]; y una Carta de Darío Quiroga a Enrique Amorim [17 de abril de 1937], escrita luego de ocurridos los funerales de su padre. Por otra parte, en el Anexo 2 presentamos la partida de defunción de Horacio Quiroga [20 de febrero de 1937], solicitada en 2017 y expedida por el Registro del estado civil y capacidad de las personas, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

En otro orden, el «Relevamiento bibliográfico sobre los funerales de Horacio Quiroga en publicaciones periódicas del Río de la Plata, y otras repercusiones en prensa en el exterior», presentado en el Anexo 3 y de nuestra autoría, no solo sirve de escenario para interpretar ese «clima de época» del que habla Arfuch, sino también para extraer testimonios específicos que nos permitan aportar una lectura

posible de los hechos, así como para fijar las coordenadas temporales y espaciales de esta investigación. En este sentido, el trabajo de campo enfocado exclusivamente en los eventos ocurridos entre el 19 de febrero y el 4 marzo de 1937 y sus repercusiones, busca contextualizar y revisar las circunstancias del suceso, reuniendo y analizando las pruebas desde una perspectiva sociohistórica, como «una manera privilegiada de empezar a restituir una época con sus sueños y sus angustias» (Dosse, 2007, p. 15), por otra, donde el pasado se pone nuevamente a disposición del presente para ayudarnos a pensar.

Se recoge entonces la cobertura en prensa escrita que tuvo la repatriación de los restos de Quiroga desde Argentina hacia Uruguay, en las publicaciones periódicas de ambas capitales, así como en provincias y departamentos, hasta ser depositadas sus cenizas en Salto. Los asientos bibliográficos consignados en esta muestra, que consideramos parcial, ascienden a más de cuatrocientos, y abarcan también algunas menciones en el exterior sobre la muerte del escritor uruguayo. A este esfuerzo se suma el aporte iconográfico incluido en Anexo 4, mediante la incorporación de un conjunto de treinta imágenes sobre los hechos estudiados dentro y fuera de Uruguay, muchas de ellas presentadas por primera vez.

Por último, nos propusimos realizar una compilación textual (Anexo 5), en virtud de reforzar la reconstrucción narrativa del suceso, guiada por la voluntad de selección y análisis de aquellos materiales que tuvieran que ver solo con los funerales, con la repatriación, con los homenajes recibidos en ambos márgenes del Plata e incluso allende, así como el rescate de semblanzas y artículos que homenajearan al autor ante su muerte y que —en lo posible— fueran lo más cercanas a ella en el tiempo del deceso. La gran mayoría de los textos fueron exhumados de publicaciones periódicas y libros, y hasta donde sabemos nunca fueron reunidos en un trabajo de esta índole. De este modo, la «Compilación textual sobre los funerales de Horacio Quiroga (1937)» se compone de cuatro secciones, a saber: 1. Crónicas en publicaciones periódicas y libros; 2. Discursos, semblanzas y otros textos en publicaciones periódicas; 3. Poemas y anécdotas en publicaciones periódicas y libros; 4. Otras notas y una polémica (1954) en

publicaciones periódicas, para completar nuestra contribución en el mapeo general sobre los eventos investigados.

2. Estrategia, metodología

Cuando Horacio Quiroga murió en Buenos Aires, su última voluntad fue la cremación de sus restos, según indica Annie Boule, quien ampara su juicio en el Acta N° 4016 del crematorio del Cementerio de la Chacarita (a la que no se nos permitió el acceso en nuestra visita en 2017, por no ser familiares directos). Dice Boule: «El 23 de Febrero, ante Josué de Forteza Quiroga y Alejandro A. Storni, se procedió a la cremación del cadáver, solicitada por Darío Quiroga (su padre le había expresado verbalmente tal deseo)» (1975, p. 99).⁷ Así, el ítem *destino* será un punto crucial a tener en cuenta a partir de aquí, pero la investigadora va un poco más lejos: «Según su yerno el Sr. Lenoble, Quiroga quería reposar cerca del [peñón del] Teyú-Cuaré... No le fue concedido» (99). Los diarios de las dos orillas confirman esta conjetura y la hacen pública, ya que en los días siguientes a la muerte del escritor se daba por hecho que las cenizas serían enterradas en Misiones.

Así lo consignan y proyectan prematuramente algunos medios, por ejemplo *La Nación*: «[...] las cenizas enviadas a la propiedad que poseía en el territorio de Misiones, donde serán depositadas» (Buenos Aires, 20/I/1937); *El Argentino*: «Pasado mañana los restos de Quiroga serán cremados y las cenizas remitidas a la propiedad que poseía en Misiones, de acuerdo con la disposición dada a conocer por el señor Quiroga antes de fallecer» (Buenos Aires, 21/II/1937); *Crítica*: «es allí, en el lugar habitual de su residencia donde su familia desea que sean transportadas sus cenizas» (Buenos Aires, 21/II/1937); *Uruguay*: «[por] disposición familiar, las cenizas serán transportadas a Misiones, en el lugar habitual de su residencia» (Montevideo, 21/I/1937).

⁷ Los datos que figuran en el archivo del Crematorio de Buenos Aires indican algunos datos más: «Fallecido-Quiroga, Horacio Silvestre 19/02/1937. Solicitante-Quiroga, Darío (hijo). Cremado 23/02/1937. Destino-Domicilio». Agradezco esta información a la Sra. Susana Gesualdi, Jefa del Departamento Histórico-Artístico en el Cementerio de la Recoleta. GCBA.

De hecho, la casa de Quiroga en San Ignacio no solo fue vivienda y taller para él, sino que a la vez se convirtió en un espacio mítico y literario, según la fueran descubriendo algunos personajes (vecinos, colegas, amigos) que la visitaron y escribieron sobre ella o que luego la rememoraron, como Samuel Glusberg (1926, 1937, 1980), César Portio (1928), Liborio Justo (1933 [1971]), Juan Goyanarte (1938), Alberto Arigós de Elía (1941), Emir Rodríguez Monegal (1950), Carlos Selva Andrade (1953), Rodolfo Walsh (1967), entre otros. Pero no solo la casa de Misiones, sino también el apartamento de la calle Agüero (a la que se refiere Enrique Amorim, 1983 [1959]) y la casa de Vicente López, mencionada por Juan José de Soiza Reilly (1927) y Walter Guido Weyland (1955, 1995). Luego de la muerte del escritor uruguayo la vivienda de Misiones sufrió las consecuencias del abandono, y fueron pocos quienes acusaron recibo de la situación del inmueble:

[...] la casa de Quiroga a su muerte fue literalmente saqueada. Penetraron en ella vecinos que hasta poco antes formaban parte de sus amigos regionales, después linyeras y maleantes, y se llevaron cuanto pudieron alzar. Pocos meses más tarde, la vivienda, el hogar recóndito que se preparó para morir, se convirtió en refugio de haraganes, en comisaria, en mingitorio. Nadie de los que le amaban pudo impedir esa profanación, cumplida sin el ritual de la justicia, y lo que debió ser museo nacional, lugar de peregrinación, se convirtió en madriguera de vagos. Cada hecho en su tiempo y su lugar (Martínez Estrada, 1995, p.16).

A los anónimos cronistas que daban por hecho el reposo de los restos en Misiones, se suman otras voces de renombre en el ambiente literario de ambas orillas, así como desde Chile, cuyas versiones separadas van en una misma dirección. Por ejemplo, la del escritor uruguayo Jesualdo Sosa: «como ofrecimiento póstumo tornarán sus cenizas a la selva porque *así lo dispuso Quiroga antes de morir*. Y estamos seguros [de] que allí mismo se volverán del embrujo de la selva», («La secreta materia del cuento de Quiroga», *Uruguay*, Montevideo, 23/II/1937); la del poeta argentino Horacio Rega Molina: «Horacio Quiroga pidió que su cuerpo fuera cremado y que *las cenizas se depositaran en la casa en que vivió*, por tantos años, en Misiones», («Horacio Quiroga, el Kipling de América», *El Mundo*, Buenos Aires, 22/II/1937); y la de Samuel Glusberg: «A la hora de sus exequias, mientras apuraba la crónica de los primeros diarios

llegados en avión de Buenos Aires, y me hacía cargo de quienes despedirían sus restos antes de ser cremados y conducidos a Misiones, *según su última voluntad*», («Algunos recuerdos personales», *Sech*, Santiago de Chile, 1937) [El destacado en citas en todos los casos es nuestro].

Más tarde aparecen visiones que aventuran un desenlace romantizado de lo que *hubiese querido* el escritor que sucediera con sus restos: «A Quiroga le hubiera gustado morir en su jardín de San Ignacio, junto a los altos árboles de la hermosa meseta que domina el Paraná, inclinado sobre sus queridas plantas —como nos decía en una de sus últimas cartas de Misiones» (Espinoza, 1944, p. 68); o bien, que los eventos se resolvieran de otra manera, como dirá Enrique Amorim: «Yo hubiese querido que se derramaran sobre el tronco [de la urna tallada en algarrobo por Stephan Erzia] y allí quedaran para siempre sus cenizas» (1983, p. 64).

Sin embargo, el carácter indefinido de la situación de los restos se agrava debido a que el autor salteño no habría dejado por escrito ese supuesto deseo, ni ninguna otra indicación, tal como se menciona en su partida de defunción: «ayer, a las siete horas, en Moreno seiscientos ochenta y seis, falleció [...], de intoxicación por cianuro de potasio, según certificado del médico Nicolás Raúl Carreras [...]. Se ignora si testó» [20 de febrero, 1937, N° 1142789, hoja 71. Ver Anexo 2].

Por otra parte, en vinculación al asunto del suicidio, será también su yerno —Jorge Lenoble— quien tiempo después introducirá una variante no tan conocida sobre un detalle en la información que aportaron sucesivamente los biógrafos, refiriéndose a la existencia de «un vaso con restos de cianuro» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 359):

Alberto Bocage—¿Qué opina o qué sabe del suicidio de Quiroga?

Jorge Lenoble—Yo tengo una versión diferente que me proporcionó el propio Darío. [...] se habría inyectado el cianuro por vía intravenosa.*

* El Sr. Lenoble conoce la versión oficial de la muerte de Quiroga y aquello de los rastros de cianuro en un vaso; no obstante, mantiene la versión que le habría sido proporcionada confidencialmente por Darío Quiroga (Bocage, 1972, pp. 1-2).

No sería la primera vez que se verifican errores, ocultamientos u omisiones en los casos de suicidio de los familiares cercanos al escritor, además del propio: por ejemplo, el misterio que envuelve la reconstrucción de los últimos días de María Elena Quiroga (apodada Pitoca), hija menor del escritor, quien se quitó la vida en 1988, y antes, el caso de la fecha de muerte de Ana María Cires Laguzan (consignado erróneamente de manera sistemática, según Annie Boule y rectificado por ella [1999], fechándola en febrero de 1915). También son atendibles las sospechas presentadas por Onelia Cardettini (1989) respecto de las causas «inverificables» de su muerte. A propósito, Enrique Amorim confirma la existencia de otro testamento, esta vez sí, escrito en vida por Quiroga:

[...] una noche, revolviendo su biblioteca, entre los libros encontré un documento que me estremeció: un testamento. Un testamento destinado a sus hijos que constituía la pieza literaria más dramática que se pueda imaginar. Contaba a Eglé y a Darío, las tentativas de suicidio de la madre, hasta la lograda finalmente en Misiones» (1983, p. 60).⁸

De este modo, para Annie Boule, Horacio Quiroga «murió callado, sin dejar una línea escrita, pensando sin duda que tal desenlace no necesitaba comentario y sobre todo que le pertenecía exclusivamente, fuera de toda literatura» (1975, p. 99). Pero esta afirmación resulta incompleta, ya que en realidad Quiroga dejó rastros escritos expresando sus deseos, solo que no fueron leídos con atención, o al menos con la atención que su literatura merecía. Así, la idea de una paz idílica, del paraíso terrenal o reposo final que ofrecía Misiones, o mejor, la idea de un posible retorno a la tierra que también consideró su patria y que logró conquistar para sí, se reitera en el tiempo no solo en sus artículos —principalmente en los misioneros—, sino también en la última etapa de sus ficciones. Es allí, en su

⁸ El testimonio se reitera en una entrevista posterior a este autor: «Darío Quiroga le mostró al señor Amorim el testamento de su padre, escrito en forma de cuento. En él se relataba entre otras cosas, la vida y el suicidio de Ana María Cires, primera esposa del cuentista.» (Amorim, 1953, Mercedes Ramírez de Rossiello y Clara Silva de Zum Felde). El texto-testamento al que se hace referencia, hasta donde sabemos, nunca fue encontrado o dado a conocer.

literatura, donde se elimina la ambigüedad o el silencio que mantuvo en vida. A continuación agrupamos varios ejemplos donde se aprecia esto:

«Algún día, sin embargo, hemos de retornar a nuestra meseta, no sé si por nuevos diez años, pues la vida es breve, pero sí por el indefinido tiempo que ve tenderse ante él, quien vive y se halla tan a gusto entre la naturaleza como dentro de su cuerpo mismo» (Cuadro final, 1925, p. 355).⁹

*

«A los paraísos terrenales, pues —Misiones es uno de ellos—, alcanza también la maldición original. La naturaleza demasiado bella, la tierra demasiado feraz, el clima demasiado dulce, para que de pronto no surja un fantasma sombrío (heladas extremas, lluvias diluviana, sequía atroz) a recordarnos que la vida, aun en Misiones, no vale sino cuando hay que conquistarla duramente. [...] el hombre de vanguardia ve ya el negro páramo cargado todavía de grandes troncos y gajos carbonizados, pero en cuyo fondo sombrío albean sinuosas líneas de ceniza, índice de prosperidad. Con la primera lluvia su siembra quedará efectuada y las últimas brasas extinguidas. No del todo, tal vez [...]. Como en las remotas noches del hombre ancestral, su resplandor asegura y canta todavía una era de paz» (Misiones, 1931, pp. 415/417).

*

«Después de quince años de vida urbana, bien o mal soportada, el hombre regresa a la selva. Su modo de ser, de pensar y obrar, lo ligan indisolublemente a ella. Un día dejó el monte con la misma violencia que lo reintegra hoy a él. Ha cumplido la deuda con sus sentimientos de padre y su arte; nada debe. Vuelve, pues a buscar en la vida sin trabas de la naturaleza el libre juego de su libertad constitucional. Regresa a la selva. [...] Por mi parte, regresaba con el alma en plena paz» (El regreso a la selva, 1932, pp. 419/422).

*

«Nuestra casa se levanta al borde de una amplia meseta que domina por todos lados el paisaje y que declina fuertemente hacia el oeste en una a modo de ancha garganta. [...] En un principio, como en el mundo bíblico, en nuestra árida meseta era la nada» (El llamado nocturno, 1935, p. 430).

*

⁹ Los fragmentos citados a continuación proceden de distintos textos de Quiroga, escritos en diversos momentos. Para indicar la fuente de su extracción, nos remitimos al tomo III de las obras completas del autor (Quiroga, 2009). Para una identificación sencilla, optamos por colocar el nombre del artículo primero, el año original de publicación después y el número de páginas de la fuente.

«Mi ausencia había durado quince años. No es así de extrañar que a mi regreso hallara la meseta en que se levanta mi casa convertida en capuera por la invasión de pajas y arbustos [...]» (Jazmines y langostas, 1935, p. 442).

*

«Mi posición es la de un hombre que ante la naturaleza se pregunta si ha plantado lo que debe, cuando ya escribió lo que pudo. [...] Volví lentamente a casa, cuando comenzaba el crepúsculo. [...] Lentamente, por la carretera que ascendía las lomas, entraba en el bosque, proseguía sobre el puente del Yabebirí, el coche llevaba consigo, más como pasajero que como conductor, a un hombre de sienes ya plateadas, dulcemente embriagado por los recuerdos de su lejana infancia» (Frangipane, 1935, p. 447).

Ya sea por una hipotética y no explicitada disposición personal antes de morir, pero totalmente expandida, o bien, por la voluntad ficcional declarada a puño y letra en el plano literario, observamos que estas dos versiones configuran una perspectiva única, si se quiere natural, conforme al arraigo de Quiroga con Misiones. En este contexto, resulta verosímil que los restos tuvieran reposo final en suelo argentino, al margen de su nacionalidad de origen (la uruguaya). Este desenlace, a su vez, iría en consonancia con su carrera literaria, volcada casi en su totalidad en aquel territorio, luego de un largo camino de escritura que había comenzado más de tres décadas atrás en las páginas de *El Gladiador*, con la publicación del cuento «Rea Silvia» (1903).¹⁰

Por otra parte, tanto se extendió la noticia de su reposo final en Misiones que aún después de ser enterradas las cenizas en Salto, se gesta en paralelo una narrativa de la traición al confirmarse lo contrario, o defraudista respecto de ese *destino* final, como lo sugiere de manera categórica la nota: «Se habría defraudado la última voluntad de Horacio Quiroga»:

Es indudable que el culto a los muertos tiene su arraigo en la humanidad desde épocas tan lejanas y remotas que se pierden en la noche de los tiempos. Este culto transmitido de generación en generación, hace que se sienta profundo respeto frente a la majestad de la muerte, con el temor

¹⁰ Para Enrique Espinoza: «el signo adverso bajo el cual había nacido y que contrarió empeñosamente a lo largo de su vida ejemplar, se le impuso al fin [...]. Entonces, todo el camino hecho por el maestro durante cerca de cuatro décadas [...] se redujo de golpe a un común denominador: el de su estoico gesto final» (1944, p. 68).

consiguiente hacia lo desconocido. Los gobernantes de todas las épocas explotan este sentimiento popular en beneficio propio y como recordarán nuestros lectores fue en el Egipto de los Faraones donde se llegó al máximo de este culto, llegándose a levantar en su homenaje las gigantescas pirámides. En el caso del ilustre escritor Horacio Quiroga se han violado los últimos deseos del genial compatriota desaparecido, pues quería que después de incinerado su cadáver fueran sus cenizas a descansar en la selva de Las Misiones cuyo espíritu supo captar para trasmitirlo por medio de sus obras (S/f, *Ahora*, Salto, 11/III/1937, p. 1).

En todo caso, habría elementos suficientes más allá de los sobrentendidos en términos de herencia, con relación a los bienes que deja Quiroga en Argentina, así como de la pensión diplomática a su segunda esposa, María Helena Bravo —a cargo del estado uruguayo, ya que en realidad deriva de sus servicios en el consulado—, para inclinar la balanza a favor de la permanencia del escritor uruguayo en territorio vecino ante su fallecimiento.¹¹ Ocurre, sin embargo, que

¹¹ Según las informaciones recabadas del Archivo General de la Nación en Uruguay, María Helena Bravo solicitó la pensión por viudez para ella y su hija María Elena Quiroga Bravo el 15 de agosto de 1938, como indica la petición A N° 304.459. Esta le fue concedida el 30 de agosto de ese año mediante la resolución 2815/1935 (Caja de jubilaciones y pensiones civiles. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social). Sobre la situación posterior de la viuda del escritor salteño, Alfredo Mario Ferreiro señala que: «el gobierno ha vuelto a repetir en ella lo que hizo con Quiroga. Le ha quitado su cargo consular y ha dejado a la pobre señora en una tremenda orfandad económica» (Ferreiro, 1956). Pero Bravo no tardó en hacerse escuchar, tal como lo documenta Pablo Rocca al publicar por primera vez las cartas que en 1956 remitiera la viuda al poeta Juvenal Ortiz Saralegui y al Ministro de Relaciones Exteriores, declarando vivir bajo una «angustiosa situación económica» (Rocca, 1994, pp. 10-11). A su vez, un año después, el caso de la viuda cobra notoriedad al unir su reclamo con el de una de las poetisas más importantes de las letras uruguayas, Juana de Ibarbourou, ya que en la sesión del 14 de mayo de 1957 sus voces llegan al parlamento a través de las «Palabras del Sr. Representante Dr. Julio B. Pons sobre situación en que se encuentran la poetisa Sra. Juana de Ibarbourou y la Sra. viuda del escritor Horacio Quiroga» [Carpeta N° 2209. 1.331. Cámara de representantes. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Archivo General de la Nación, Uruguay].

pese a su notoria actividad en el ámbito periodístico y literario, que ya le había permitido en vida formar parte del canon de la literatura argentina, —al tiempo que le valió ser incluido luego de su muerte en varias historias y compendios de esa literatura—, Argentina no reclama a Quiroga en términos legales. En este sentido, en un cauteloso repaso por las letras de la vecina orilla, se verifica su presencia en los siguientes trabajos:

Crítica y polémica, de Roberto Giusti [1924]; *Historia de la literatura argentina e hispanoamericana: con la antología correspondiente de acuerdo con los nuevos programas vigentes*, de Tristán Valdaspe [1930]; *Algunos aspectos de la literatura Argentina*, de Antonio Aita [1930]; y *Nuestro idioma: curso de lenguaje adaptado a los programas de los grados superiores de la escuela primaria argentina*, de Roberto Giusti [1935]. *Panorama sintético de la literatura argentina*, de Fermín Estrella Gutiérrez [1939]; *Del arte de escribir para los niños*, de Germán Berdiales [1939]; *Literatura y vida*, de Roberto Giusti [1939]; *Historia de la literatura americana y argentina: texto adaptado a los programas de cuarto año de los colegios nacionales*, de Fermín Estrella Gutiérrez y Emilio Suárez Calimano [1940]; *Historia de la literatura argentina: ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, de Ricardo Rojas [1948]; *La novela argentina*, de Germán García [1952]; *Escuelas literarias*, de Carmelo Melitón Bonet [1953]; *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, de Roberto Giusti [1954]; *Lecciones de literatura argentina e hispanoamericana y antología comentada y anotada*, de Roberto Giusti [1958]; *El cuento infantil rioplatense*, de Germán Berdiales (1958); *Historia de la literatura argentina: La literatura colonial. Las letras durante la revolución y el período de la independencia*, de Rafael Alberto Arrieta [1958]; *Historia de la literatura argentina*, de Rafael Alberto Arrieta [1958]; *Lecciones de literatura española, argentina e hispanoamericana y antología*

comentada y anotada, adaptadas al programa de las Escuelas Nacionales de Comercio, de Roberto Giusti [1960]; *Capítulo (2). La historia de la literatura argentina* [1967]; *Historia Social de la Literatura Argentina*, de Graciela Montaldo y colaboradores [1989]; e *Historia de la literatura de Misiones, 1615-1965*, de Guillermo Kaul Grünwald [1995]; *Historia crítica de la literatura argentina*, de Noé Jitrik [1999]; y *Breve historia de la literatura argentina*, de Martín Prieto [2006].¹²

El reclamo, no obstante, se produjo a través de expresiones populares, como lo subrayan algunos medios: «Ha muerto un gran escritor argentino: Horacio Quiroga», en *Bandera Argentina* (Buenos Aires, 21/II/1937); o bien, «Horacio Quiroga era argentino. Había nacido en el Uruguay pero en su alma tenía esos atributos de nacionalidad que son más fuertes y más expresivos que los documentos», en *La Fronda* (Buenos Aires, 20/II/1937).

Esta popularidad bien granjeada se decanta en el respeto y apoyo que Quiroga recibió en vida y públicamente de parte de sus colegas argentinos, intercediendo ante el gobierno uruguayo cuando fue necesario, por ejemplo al presentar la «Nota enviada por la Sociedad Argentina de Escritores con motivo del cese de sus funciones como Cónsul en Misiones», dirigida al presidente uruguayo Gabriel Terra (1934) y firmada por los escritores Roberto Giusti, Arturo Cerretani y César Tiempo.

La confraternidad fue recíproca, no solo en términos de camaradería, ya que Quiroga abogó siempre por la profesionalización de su rubro, constituyéndose en pionero en apuntalar la producción literaria nacional [Argentina] y la de sus pares, haciendo a un lado cualquier otra diferencia: «Hago esto con reposo e íntimo orgullo de ser, al fin y al cabo, compatriota de los autores ensalzados. [...] Yo quiero leer, ciertamente, y comprar una novela nacional.» (El impudor literario nacional, 1921, Quiroga, 2009, p. 468). También se preocupó por otros rubros

¹² Para cotejar con su inclusión en el canon uruguayo nos remitimos a las páginas 110-111 de este trabajo.

colindantes al oficio, como los de derecho de autor, incluyendo también una alusión al Uruguay:

«[...] las mismas leyes que autentificaron y protegieron a perpetuidad la posesión de la boquilla y la finca, limitan a solo diez años la propiedad de una trabajo inaudito, condensación de una vida entera,; trabajo honrado, personal y augusto como no hay ejemplo en obra otra alguna. [Tal es el espíritu de esta legislación, que una vez más acaba de proponerse en el Uruguay [...] si en verdad las razones aducidas para esta fúnebre legislación son las que exponemos, no alcanzamos a concebir cómo el Estado, tan celoso de la cultura general, no ha hallado otra fórmula para honrar el arte, fuera de la de llorar siempre tardíamente a sus artistas, y quitar el pan a sus hijos» (Satisfacciones de la profesión de escritor, 1923, p. 475).

*

«Y ni siquiera la muerte, suprema compensadora, nos da esperanza alguna, pues es sabido que nuestros hijos, naturalmente más pobres que su padre, pierden a los diez años de muerto aquél, todo derecho a la renta que entonces comienzan a dar las obras de los más afortunados de entre nosotros» (La profesión literaria, 1928, p. 502).

A su vez, un poco en broma, un poco en serio, propuso «a los escritores del país [Argentina] la creación de un mercado oficial de la literatura, [...] sabido es cuán duras y escabrosas, cuán lentas, difíciles y reticentes se tornan las relaciones entre los directores de revistas y los hombres de letras» (La bolsa de los valores literarios, 1924, p. 476). La revalorización de la actividad de los escritores en el ejercicio de la profesión también fue mencionada en artículos como «La propaganda literaria» o «La inicua ley de propiedad literaria» (ambos de 1928), en el marco de la creación de la SADE, «por tercera y última vez [...] con fines preeminentemente gremiales» (p. 516).

Por último, en *Suelo natal* (1931), libro de lectura aprobado por el Consejo Nacional de Educación argentino para 4º grado, escrito en colaboración con el maestro y escritor Leonardo Glusberg, Quiroga escribe un singular texto dedicado a la representación de la patria [Argentina]. Vale la pena transcribirlo de forma completa:

El sentimiento de la patria

Era el 25 de mayo. Un anciano, con una criatura de 10 años a su lado, contemplaba las manifestaciones de regocijo en celebración del gran día patrio.

—Abuelito —dijo la criatura después de observar una procesión cívica. — Hoy es el Día de la Patria, ¿no es cierto, abuelito?

—Así es, hijo mío —respondió el anciano.

—Es el día nuestro, ¿verdad? —prosiguió el chico. —¿De los que somos argentinos?

—En efecto, hijo mío.

—¿Y por qué, entonces —concluyó la criatura pensativa, veo en el desfile muchas personas que no tienen aspecto de argentinos? Y parecen tan felices como nosotros.

El anciano entonces, cogiendo a su nieto de la mano, le habló así:

—Tienes razón, hijo mío. Son tan felices como nosotros, festejando nuestro día patrio. Y esto pasa así, mi criatura, porque el verdadero sentimiento de la patria no es egoísta.

El sentimiento de la patria despierta en el hogar. Pequeños aún, sentimos surgir espontáneo el amor a nuestros padres, a la casa donde iniciamos los primeros pasos, a los juguetes que alegraron nuestras horas. Ese mundo, pequeño todavía, pero lleno de un calor y una ternura que alimentarán en la edad madura nuestros más dulces recuerdos, constituye la patria de nuestra primera infancia.

Años después el pequeño mundo se ensancha. No basta ya el hogar para contener nuestros amores. Sírvenle de nido las amistades incipientes, la escuela que prolonga el hogar, las calles que frecuentamos, la ciudad, por fin, llena de encantos y cariños para nosotros.

Más tarde la ciudad misma no alcanza ya a contener el sentimiento de patria que ensancha nuestro corazón. La enseñanza y la cultura crecientes dilatan nuestro amor, y él comprende entonces todo el país en que hemos nacido, y en cuya historia, virtudes y costumbres se ha ido formando nuestro carácter.

Pero todavía este sentimiento de la patria no alcanza su expansión suprema. Esto se realiza cuando sentimos que en nuestra patria caben también los hombres que nos llegan de afuera, siempre que ellos tenga por norma la lealtad, la honradez y el trabajo.

La patria, vuelvo a repetirlo, hijo mío, no es una expresión egoísta. Es un sentimiento de amor al suelo en que hemos nacido, a los hermanos de nuestra tierra, y a los extranjeros de corazón, que han llegado a unirse a nosotros para hacer la grandeza de la patria.

Pero este sentimiento tan noble y tan amplio, hijo mío, —concluyó el anciano— es patrimonio de la edad madura.

Cuando seas grande los comprenderás así.

(Quiroga, 2007, pp. 60-61)

Como afirma Pablo Rocca (2007) respecto a este caso de coautoría con Leonardo Glusberg: «La naturaleza de su propia “colaboración” en el volumen, la redacción separada de algunos textos por un autor y de los restantes por el otro, impide

distinguirlos con exactitud» (214). El gesto de borramiento autoral, en realidad, pudo haberse evitado, por lo que parece más bien una intención premeditada la de mantener una voz única, sin establecer una jerarquización interna. Tal vez porque esa decisión, la de colocar la firma individual, podía ser interpretada como una señal divisoria, una que no solo estuviese vinculada a lo estético o a lo formal, sino a la procedencia, o mejor, a la nacionalidad de cada autor. Acaso su atípica perspectiva fue producto de la poderosa fusión entre ambas patrias y ciertamente, esta visión provenía de la que podía sentirse parte, no solo como escritor.

Sea como fuere, y ya de regreso a los eventos inmediatamente posteriores a la muerte, Quiroga fue velado en la Casa del Teatro, sede de la Sociedad Argentina de Escritores, de la cual había sido vicepresidente entre 1928 y 1932, como parte de la primera Comisión directiva, junto a varios amigos, entre ellos, Leopoldo Lugones.¹³ En conversaciones vía mail que mantuvimos hace algunos años con Fabiana Mastrángelo, Secretaria de Relaciones Internacionales e historiadora vinculada a la institución, nos comentó que las actas más antiguas existentes en el archivo de SADE datan de 1939. No existe registro, o no se encuentran aquellas que van desde 1928 (año de fundación) a 1938, de modo que no pudimos encontrar más datos relacionados con la actuación de Quiroga en la institución ni material relacionado con su velatorio. Lo mismo ocurre con la Casa del Teatro, ubicada en la ciudad de Buenos Aires.

En diálogo con las autoridades del lugar nos transmitieron que no tenían conocimiento de archivo alguno que datara de aquella época. Una vez culminado el velatorio, los restos son llevados al sepelio, que tuvo lugar en el Cementerio de

¹³ En el Anexo 4, dedicado a la *Iconografía* reunida para esta investigación, presentamos una fotografía que registra el momento de la salida con los restos. A su vez, el velatorio de H.Q. en la Casa del Teatro se convirtió en el escenario de un testimonio en particular, único en su especie por la focalización privilegiada: «La tragedia de Horacio Quiroga. Consideraciones sobre su vida y su obra ante su muerte», del escritor argentino Elías Castelnuovo, publicado en *Claridad*, Buenos Aires (1937). El texto puede leerse íntegramente en el Anexo 5, como parte de la compilación textual que acompaña a este trabajo.

la Chacarita, y será allí donde se produce la intervención del gobierno uruguayo, crucial en cuanto a lo que determina y de la que no habrá marcha atrás, dado que en esa instancia se comunica oficialmente la repatriación:

El embajador Dr. Martínez Thédy encabezó el cortejo, en representación del gobierno uruguayo. En el cementerio del Oeste esperaba la llegada de los restos un público muy numeroso, que llenó el recinto del crematorio y los corredores de acceso. En nombre de la Sociedad de Escritores pronunció un discurso D[on] Alberto Gerchunoff, y en seguida ocupó la tribuna el doctor Martínez Thédy, quien expresó el sentimiento del pueblo del Uruguay por la muerte de Horacio Quiroga, y anunció que el gobierno del país hermano dictó un decreto que dispone la repatriación de sus restos, y ordena que al abrirse las clases del curso próximo en los institutos de segunda enseñanza, los profesores expliquen a la juventud la significación y la trascendencia de la obra del novelista (S/f, «Don Horacio Quiroga. Ayer se realizó la cremación de sus restos». *La Nación*, Buenos Aires, 21/II/1937, p.11).¹⁴

La presencia de las autoridades uruguayas en el cementerio constituyó un gesto de teatralización pública en clave de reclamo, e implicó una reapropiación en territorio extranjero de una entidad cultural, porque además, tal como señala Néstor García Canclini:

Lo que se define como patrimonio e identidad pretende ser el reflejo fiel de la esencia nacional. De ahí que su principal situación dramática sea la conmemoración masiva. [...] Las relaciones entre gobierno y pueblo consisten en la puesta en escena de lo que se supone es el patrimonio definitivo de la nación. [...] Los políticos y sacerdotes son los actores vicarios de este drama» (1990, pp. 152-153).

De ahí que sea el embajador uruguayo quien tome la palabra antes que todos los demás. A partir de este giro en los eventos, durante esa misma semana se producen rectificaciones en la prensa, de distinto tenor, tanto en Argentina como en Uruguay: «Los poderes públicos repatriarán los restos del escritor Horacio Quiroga» (*El Debate*, Montevideo, 21/II/1937); «Después de perseguirlo en vida

¹⁴ Las palabras leídas por el escritor argentino Alberto Gerchunoff en representación de la SADE y por Ezequiel Martínez Estrada en representación de los amigos de Quiroga durante la ceremonia de cremación, pueden leerse en el Anexo 5 de esta investigación, en el apartado 2. Discursos y semblanzas.

Terra pretende repartir las cenizas de Horacio Quiroga» (*Crítica*, Buenos Aires, 21/II/1937).

Oportunamente dimos cuenta que el Gobierno uruguayo había tomado una serie de disposiciones con motivo del lamentado fallecimiento del notable escritor compatriota (sic) Horacio Quiroga acaecido el viernes de la semana pasada en Buenos Aires. Una de esas disposiciones consistía en el repatrio de sus restos por más que se había anunciado, sin que la versión se hubiera confirmado, que había sido voluntad del extinto que se incinerara su cadáver y se le diera sepultura en Misiones, donde residió muchos años («Serán repatriados los restos de Horacio Quiroga». *El Diario*, Buenos Aires, 22/II/1937).

A partir de estos hechos las informaciones se propagan y continúan: «Ahora se acuerdan de H. Quiroga» (*El País*, Montevideo, 22/II/1937); «Las cenizas del escritor Horacio Quiroga serán llevadas a Montevideo» (*La Prensa*, Buenos Aires, 23/II/1937); «Incineraron los restos de Horacio Quiroga» (*Uruguay*, Montevideo, 23/II/1937);¹⁵ «Recogerán los restos de H. Quiroga» (*La Razón*, Buenos Aires, 25/II/1937); «Escritores uruguayos traerán los restos de H. Quiroga, de B[uenos] Aires» (*Tribuna Salteña*, Salto, 25/II/1937).¹⁶

Ante el nuevo contexto, era de esperarse que el repentino cambio de planes en cuanto al reposo final de los despojos —que la familia y allegados asimilaban muy pronto, pero que al resto llegó con mayor o menor retraso—, no fuera visto con muy buenos ojos por todos, mucho menos por los grupos opositores del gobierno uruguayo, que no perdieron oportunidad para machacar sobre su oportunismo.

A propósito, Ofelia Machado Bonet señala también, respecto al caso de Quiroga, dos aspectos centrales que se imbrican de manera natural en la reprochable conducta de sus contemporáneos: la *indolencia intelectual*, seguida de una *fingida*

¹⁵ Esta anónima nota a su vez agrega: «Se había pensado en un primer momento depositar esas cenizas en un lugar de Misiones, en las tierras de San Ignacio, donde el escritor pasó buen parte de su vida [...] pero a último momento la determinación de la familia ha sido la de acceder al homenaje decretado por el gobierno uruguayo».

¹⁶ Para visualizar un panorama más completo del suceso, nos remitimos a la cobertura en prensa escrita recogida en nuestro Anexo 3: «Relevamiento bibliográfico sobre los funerales de Horacio Quiroga en publicaciones periódicas del Río de la Plata».

solemnidad, tanto de parte de las autoridades (el gobierno, la política) así como de los agentes culturales relacionados con la disciplina del caído (artistas contemporáneos, medios de prensa e intelectuales), generando como resultancia una peligrosa *contemplación* que, ante la muerte de una figura de valía, busca enmendar un error cometido —que ese mismo sistema provocó—, otorgando homenajes tardíos.

De este razonamiento subyace que, para la autora, el comportamiento de la sociedad frente a estos casos termina por ser *coherente* y obsecuente respecto a la creación y posterior reproducción de una *versión oficial* de los hechos, no dando lugar a reflexión alguna sobre lo actuado en el pasado, o bien, un aprendizaje futuro. Un anónimo cronista de la época lo pone de otro modo:

Una vez, un periodista rosarino nos dijo que quería venir a Buenos Aires para ganarse la vida y algunas voluptuosidades escribiendo en revistas y periódicos. Con nuestra franqueza habitual —con esa franqueza que tantos sinsabores nos ha costado en este país, donde el embustero y el adulón tienen asegurada la prosperidad—, le dijimos:

—No vaya a Buenos Aires a escribir. En Buenos Aires, los que más ganan con la pluma son los que pelan aves en los mercados. [...] Acaba de morir en otro hospital, Horacio Quiroga, un escritor de primer orden y a quien no se puede acusar de ser víctima de sus ideas políticas. Ha muerto, también, en la miseria, porque se empeñó a vivir de su talento y de su pluma de escritor. [...] Lo único seguro en la vida del escritor que enriquece al editor pirata, que honra al país más que todos sus políticos, es un entierro pomposo y muchos discursos y artículos necrológicos. Hay legión de gente que aprovecha la muerte de los demás para buscar un poco de notoriedad.¹⁷

Si revisamos esta postura a través del concepto de *significación imaginaria social* de Castoriadis (1997) y retomamos la noción de *coherencia*, el autor nos indica:

¹⁷ «Otro escritor ha muerto en la miseria», s/f. *Última hora*, Buenos Aires, 23/II/1937. Del lado uruguayo también se acusa recibo en esta dirección: «Ha muerto Horacio Quiroga en un hospital. Se supone que muy pobre. Su vida fue dura, él también quiso trabajar con sus manos. Tal vez el oro de su cerebro quebró el éxito de sus empresas. No hubo dique para él. Ahora se gasta en honores que no podrá ver, lo que hubiera bastado quizás para arreglarle su situación en vida. Triste destino del escritor, que ha de morir para que valoren su oro» («El destino del escritor», por E.g.n. *El Terruño*, Montevideo, 1937).

«La coherencia no excluye de ningún modo las divisiones, las oposiciones y las luchas internas. [...] La coherencia no está, en general, puesta en peligro por las contradicciones entre la dimensión estrictamente imaginaria y la dimensión conjuntista-identitaria de la institución» (8). Es decir, ninguna historia inmediata puede evitar su conflicto presente, y solo puede ser juzgada por una posteridad no tan inmediata, que será igual de conflictiva. Así, la valoración histórica de los hechos implica siempre una restricción, un obstáculo a la hora de reconstruirlos desde nuestro lugar: tenemos datos, fechas, hechos, pero no conclusiones, o si las tenemos son parciales, subjetivas y provisionales, porque las interpretaciones cambian con el tiempo, de acuerdo a cada sujeto, a cada sociedad, a cada época. La ventaja que tuvieron los biógrafos y cronistas en el suceso de 1937, e inmediatamente posteriores, para nosotros se revela hoy como una oportunidad desafiante para abordar aquella historia, revisarla y renovar el sentido de los hechos que les fueron impuestos, no por obligación, sino por ser ni más ni menos que testigos de una época (Dosse, 2007). Si tomamos en cuenta esta línea de pensamiento, en función de la paradoja señalada por Ofelia Machado Bonnet, Horacio Quiroga tuvo que morir en Argentina para ser reclamado por su propio país.

Es que en vida Quiroga tuvo que sopesar más de una vez las variantes de un comportamiento ambiguo por parte del lado uruguayo, o al menos amortiguar las aparentes consecuencias (negativas a partir de 1934) de su «argentinismo manifiesto», como le expresa en carta a César Tiempo (2007), o bien, de darle directamente la espalda a Uruguay porque además, según Enrique Amorim: «Quiroga no quiso trazar con nadie. Por eso resultó póstuma su valoración» (1957).¹⁸

Un ejemplo del vínculo tenso con el Terrismo se trasluce en el engorroso trámite jubilatorio, señalado con ironía por el autor uruguayo al ser nombrado Cónsul

¹⁸ Sobre la posición pendular y fronteriza que le proporciona a Quiroga el situarse como sujeto rioplatense, y los reclamos que recibe al caer preso de cierta *exclusión nacionalista* (Quiroga, 2007, p. 518) [aplicada al caso de Zum Felde, a la publicación de *Más allá* (1935) y a los premios literarios] volveremos más adelante.

Honorario: «estoy en vísperas de mejorar notablemente, por obra y gracia de la misma mano jehováica que me castigó: el gobierno uruguayo» (Carta a Julio E. Payró; Quiroga, 2007, p. 369). Ese *castigo* en realidad tal vez no era otra cosa que una valoración desfavorable de su desempeño, ya que Quiroga no demostró ser precisamente un funcionario modelo, o al menos así lo determina un informe consular de 1927 sobre «La actuación de Horacio Quiroga en consulado general de B. Aires», firmado por el Cónsul General Carlos María Gurméndez, en el que expresa que escritor salteño se negaba a cumplir con las tareas administrativas: «aludiendo su condición de Cónsul y la inferioridad del trabajo, que consideraba depresivo para su reputación de intelectual [...] haciéndose resaltar el servicio que presta al país con su producción literaria, considerándose por ello inhibido de cumplir con los cometidos que le fije este Consulado General» (Gurméndez, 1927). De este modo, antes de su muerte se palpa un desfase notorio entre la estima de los intelectuales de ambos países y el comportamiento del gobierno Terrista con el escritor, como integrante del cuerpo diplomático. Según Hugo Achugar, como parte del proceso de recuperación y preservación del patrimonio cultural de una nación, habría varios tipos de conmemoración, en especial uno que podría aplicarse al caso quiroguiano:

[...] que es aún más perverso que la borradura o el silenciamiento de la memoria del enemigo o de aquellos que no merecieron ser considerados ciudadanos de la polis. Uno que apunta a una política de la memoria también elaborada por los grupos dominantes pero que implica la disrupción funcional de la memoria y que, en consecuencia, identifica memoria y olvido. En esta clase de conmemoración, los monumentos se convierten no en un medio para preservar la memoria sino para instalar una memoria distorsionada o una forma de olvido (2004, p. 144).

Fue así que luego de la ceremonia verificada en el Crematorio de la Chacarita en Buenos Aires, a través de un decreto se dispuso que las cenizas fueran repatriadas a Uruguay y conducidas a la ciudad de Salto, donde nació el escritor. A continuación presentamos la versión larga publicada en el diario *Uruguay* en Montevideo:

Ministerio de Relaciones Exteriores. –Ministerio de Instrucción Pública. –
Montevideo, febrero 20 de 1937.

En conocimiento de la muerte del escritor uruguayo don Horacio Quiroga, acaecida en el día de ayer en la ciudad de Buenos Aires, y considerando la originalidad y belleza de la obra realizada por el escritor desaparecido que, al par que enaltece el prestigio de las letras sudamericanas, refleja honor sobre la República que debe hacer público reconocimiento a quienes, como Horacio Quiroga, contribuyen al renombre de la patria por medio de la creación y realización de la belleza aumentando el patrimonio intelectual del Uruguay, el Presidente de la República, acuerda y decreta:

Artículo 1º –Designase al Embajador del Uruguay en la República Argentina para representarlo en el acto del sepelio y hacer uso de la palabra en su nombre.¹⁹

Artículo 2º –Dispóngase lo necesario para la repatriación de los restos del ilustre escritor desaparecido.

Artículo 3º –Por el Ministerio de Instrucción Pública dispóngase la erección de un busto y remítase Mensaje a la Asamblea pidiendo la autorización necesaria.²⁰

Artículo 4º –Diríjase comunicación a los Consejos de Enseñanza Primaria y Secundaria disponiendo que al iniciarse los cursos se recuerde en los centros de enseñanza la trascendencia y méritos de la obra del insigne escritor compatriota.²¹

¹⁹ Eugenio Martínez Thedy (1885-1967), nacido en Salto, fue Embajador de Uruguay en la República Argentina en la época en que muere Quiroga (designado el 15/V/1934). También cumplió labores en Perú a partir de 1948.

²⁰ A propósito de este tema, ver en nuestra compilación textual (Anexo 5) el artículo: «¿Cuál deberá ser la ubicación del monumento a Quiroga?», por Arapey [Seud. de Enrique Amorim], publicado en *La Nota*, Salto, abril de 1937.

²¹ Sobre el punto volveremos en el capítulo 5 de este trabajo.

Artículo 5º –Comuníquese, publíquese, etc. –*Terra*, Eduardo V. Haedo; José Espalter.²²

Cabe destacar que el decreto de la repatriación contó con una segunda versión, publicada luego en el *Diario Oficial*, presentando reducciones significativas en varios ítems, así como la supresión del mensaje introductorio que contenía el se había publicado inicialmente en la prensa:

Resolución. Se designa una Comisión en el repatrio de los restos de un escritor nacional y se autoriza suma para la conducción de los mismos a Salto. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Febrero 27 de 1937. –Número 597/37.

El Presidente de la República, en acuerdo con los Ministros de la Instrucción Pública y Relaciones Exteriores, resuelve:

Artículo 1º. Designar a los señores Alfredo Mario Ferreiro, Juan José Morosoli, Manuel de Castro y Enrique Amorim para que, constituidos en Comisión, representen al gobierno en el reempatrio de los restos del escritor nacional Horacio Quiroga.²³

²² La nota en la que está incluido el decreto se titula: «Se repatriarán los restos de H. Quiroga», 21/II/1937, p. 2. A propósito del Dr. José Espalter, se destaca su militancia en las filas del *vierismo*, fracción conservadora dentro del Partido Colorado (Rodríguez Ayçaguer, 2009). Ocupó sucesivamente un puesto en la Junta de Gobierno —órgano designado para disolver el Consejo Nacional de Administración y el Poder Legislativo en 1933, acompañando el golpe de Estado de Terra—; y una banca en la Asamblea Constituyente que elaboró la Constitución de 1934. Actuó en el Ministerio de Relaciones Exteriores desde marzo de 1935 hasta junio de 1938 (Oddone, 1967). Ese año también recibió del régimen nazi alemán la condecoración del Águila de Oro.

²³ [Enero, Febrero, Marzo 1937, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Pp. 470-A, Nº 13]. En realidad, la comitiva completa de intelectuales uruguayos estuvo compuesta por Carlos Reyles, Pedro Leandro Ipuche, Fernán Silva Valdés, Enrique Amorim, Alfredo Mario Ferreiro, Manuel de Castro y Juan José Morosoli. En Buenos

Artículo 2º. Autorízase una partida de mil pesos (\$ 1.000), imputable por partes iguales a «Eventuales» de los Ministerios de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, para los gastos que demanden los funerales dispuestos y la conducción de los restos del expresado escritor, a la ciudad de Salto.

Artículo 3º. Comuníquese y pase a Contaduría General a sus efectos. [Dr. Gabriel] Terra. Eduardo Víctor Haedo. José Espalter.

Mientras tanto, en Buenos Aires, previo al sepelio se había encargado al escultor ruso Stefan Dimitrievich Nefedov, cuyo nombre artístico fue Stephan Erzia (Baiervo, 1896-Moscú, 1959) la confección de una urna tallada en madera de algarrobo con el rostro de Quiroga para guardar sus cenizas y transportarlas a Uruguay. Enrique Amorim, responsable de la gestión y principal emisario de la comitiva oficial, lo cuenta así:

Fui a ver al escultor Erzia, a comprarle un tronco de quebracho. Al día siguiente debíamos repatriar los restos de Quiroga. Conseguí el tronco deseado. Cuando el escultor ruso supo que íbamos a volcar en ese madero las cenizas de un hombre como Quiroga, me dijo que era una verdadera lástima que por falta de tiempo, no se podría hacer algo mejor. Le pregunté en qué consistía su idea. Me respondió que el tronco elegido podría llevar esculpida la faz de Quiroga. Como no me sentí autorizado para encomendar una obra de tal naturaleza, consulté a un Ministro de Instrucción Pública de aquel entonces, que no quiso hacerse responsable del encargo. No obstante el desconocimiento de Erzia, fue tal el entusiasmo que puso el escultor, que por teléfono le respondí: *Si no se la pagan, buscaremos hacer una colecta pública. Proceda, haga la talla* (Amorim, 1947).²⁴

A su vez, Amorim en varios artículos deja entrever cómo fue que los restos finalmente se encaminaron a Uruguay. Cuenta que convenció a Darío Quiroga, hijo del escritor, de que el mejor lugar para que reposaran los restos era Salto, y

Aires, otra delegación de escritores hizo lo propio para acompañar el traslado de las cenizas: Baldomero Fernández Moreno, Alberto Gerchunoff, Jorge Luis Borges, Augusto Mario Delfino y Ezequiel Méndez Calzada.

²⁴ A su vez, el autor de *La carreta* en esa misma nota aclara: «No existe en ningún archivo oficial una constancia de petitorio, ni de pago alguno» (Amorim, 1947), confirmando tiempo después que la urna «nunca se le pagó» a Erzia (Amorim, 1952).

con el consentimiento de la familia fue así como se determinó, dando lugar al decreto presidencial. Hay por lo menos dos versiones que Amorim nos dejó sobre el asunto, con detalles diferentes, de modo que consideramos relevante citar ambas:

Versión 1

Las cenizas de H.Q. están en Salto. Sí. Fui yo, con el asentimiento de Darío y el pedido de Eduardo Víctor Haedo, quien hizo que esas cenizas, lo que resta de mi amigo —nada más que cenizas—, las guarde Salto, en una urna de Erzia. Así lo resolvimos Darío y yo en un ascensor de Suipacha 612, mientras yo argumentaba: «Bueno; ¿qué hacemos con las cenizas? ¿Las dejamos al lado de las de Ingenieros en la Chacarita o las llevamos a Salto? Haedo sostiene que no se hará la más leve explotación política del caso. Me lo dijo por teléfono, a grandes gritos, desde Montevideo». Darío, que no sabía qué hacer con las cenizas de su padre, porque Buenos Aires no tiene aún un triste panteón para sus escritores, me dio el consentimiento.

Luego de rodar por calle Corrientes dando tumbos en el adoquinado con la urna de H.Q. sobre mis rodillas, Forteza y yo la llevamos a pasar su primera noche en casa de Erzia. [...] Demás está decir que H.Q. jamás pagó la cuota para ser incinerado, pero había manifestado el deseo de que fueran quemados sus restos. Alguien de la familia, o próximo a ella, debía verificar si lo que entraba en el horno era quien así lo había querido en vida. El momento resultó tremendo. Y más aún, ver sobre una mesa de mármol el pequeño montón de cenizas: y sobre todo, accionar el cepillo que juntaba el polvo. Mi idea era que el polvo se confundiese con la madera de algarrobo de la urna que tallara Erzia. Pero ella no prosperó. [...] Erzia esculpió la urna en la noche, sin pegar los ojos. Y la acompañó a Salto. Deben de haber pocas tallas tan hermosas en el país. Eduardo Víctor Haedo cumplía paso a paso lo prometido. H.Q. no había querido regresar oficialmente al país [...].

En una de las últimas visitas que le hice en el hospital de Clínicas, me dijo: “Creo que podríamos pensar en un viaje a Salto. ¿No le parece?”. Esta idea consta en cartas; si no lo hubiera yo dicho ni habría asumido la

responsabilidad de traer a Salto sus cenizas. Lo traje hecho polvo, desgraciadamente. H.Q. ya se había sentido morir, mucho antes de su suicidio. Pero todo esto vale poco para explicar su vida y su obra. Los críticos debieran tomar otro rumbo, ellos, diestros en escribir sobre muertos y tan hábiles en eludir el libro del escritor que trabaja para explicarse o explicar las razones del vivir, en una patria que necesita tantas explicaciones («Cartas inéditas de Horacio Quiroga», 1983, p. 74).

Versión 2

Y fue cuando murió H.Q. que nos vimos en un duro trance, Darío y yo, para entregar al gobierno uruguayo las reclamadas cenizas de H.Q. Fue un momento crítico perfectamente explicable. Darío se oponía a que las cenizas de su padre reposaran en un lugar donde él jamás había vuelto y del que no tenía, digámoslo de una vez, un solo recuerdo agradable. La última vez que viajó a Salto, me lo dijo entre broma y broma, en el tren iba haciendo la lista de las personas a las que no iba a saludar... Darío dudaba y confiaba en mí, que era quien gestionaba, por pedido de Haedo, Ministro de Instrucción Pública en aquel entonces, la repatriación de los restos de H.Q. Fue en ese momento y lo recuerdo con perfecta claridad, en el ascensor de mi casa calle Suipacha 612, donde tuve que argumentar: «Y bien, ¿quiénes se ocupan por el destino de tu padre? Aquí, ¿alguien reclama los restos? ¿Es que hay un Panteón de Artistas? [¿]Es que le preparan homenajes?». No, pues bien, sus amigos están allá. [...] Darío, más indeciso que nunca, confió en mí. No quería darles el gusto de que lo enterraran aquellos que lo habían dejado en la calle («Sobre la nacionalidad de Horacio Quiroga», 1983, pp. 60-61).

[...] Darío dejó en mis manos la responsabilidad de entregar las cenizas de su padre. Le aseguré que no se explotaría con fines políticos la repatriación de las cenizas. Así me lo aseguraba por teléfono Eduardo Víctor Haedo. Y así cumplió, en un acto solemne en que se velaron los restos de aquel hombre de tan difícil amistad, de tan ardua convivencia. Largo sería de contar aquellas horas de verdadera tensión, en las que aparecía un Embajador uruguayo, Martínez Thédy, arrebatado por temores de toda índole, queriéndose lavar las manos a cada paso, mientras en el teléfono, el

Ministro de Instrucción Pública, lector por cierto de H.Q., reclamaba para Uruguay el honor de guardar sus cenizas. ¿Vino como uruguayo a dormir a Salto su sueño eterno? Vino respondiendo a un llamado amistoso que está por encima de cuanta frontera se quiera levantar. Vino porque un grupo de amigos de la infancia y de la mocedad, así lo quiso. [...] H.Q. encontró apoyo moral, ese apoyo que nos cuesta tanto dar en nuestro país y, también económicamente fue de aquí que se le ayudó (62-63).

[...] Vino después de muerto por pura amistad. Se negó a venir a Salto durante casi toda su vida. Tenía amigos que lo querían de verdad porque habían entrado en el secreto de su existencia. [...] H.Q. es de América. Negó a Salto toda su vida. Salto le pagó con una buena moneda (63).

Era el regreso, acaso el menos pensado, pero el que condujo a Quiroga a una noción de *futuro deseable/imaginado*,—concepto que utiliza Hugo Achugar (1995) para referirse al sustento narrativo de los discursos nacionales, construido por los sujetos históricos que integran una sociedad—, y cuyo relato final en el caso del escritor salteño fue concebido de manera colectiva y urgente por sus amigos, por las autoridades, por los medios, creando así una versión oficial que encaminó su inmediato encumbramiento.

Ofelia Machado Bonnet no fue la única en detenerse sobre la paradoja vinculada a la repatriación y a los homenajes póstumos, que activaron la puesta en marcha de una seguidilla de operaciones de ritualización cultural (García Canclini, 1990), dado que «una vez recuperado el patrimonio, o al menos una parte fundamental, la relación con el territorio vuelve a ser como antes: una relación natural. [...] Pero como a la vez se tiene la memoria de lo perdido y reconquistado, se celebran y guardan los signos que lo evocan» (178).

Habría otra paradoja, si se quiere menor, pero interesante: que la urna cineraria con los restos de Quiroga no haya sido esculpida por un artista uruguayo antes de abandonar suelo argentino; mientras que en territorio oriental, si hablamos de monumentación, el hecho se subsanó encargando al escultor Edmundo Prati un busto del autor de *Anaconda* para colocar en la ciudad de Salto, tal vez como

forma de nivelar aun más la balanza que sostenía los ampulosos honores locales. En este sentido:

[...] el monumento de la memoria en piedra es, más que una representación de otra cosa, la cosa misma. El monumento es el objeto y el objetivo de la representación. El monumento, en tanto hecho monumentalizado, constituye la celebración de un poder, de poder tener el poder de monumentalizar. [...] La memoria ritualizada del poder es y ha sido la memoria oficial. Pero memoria oficial no es necesariamente igual a memoria pública o memoria colectiva» (Achugar, 2004, pp. 135-137).

Finalmente, el hecho estudiado encendió diversos reclamos y polémicas que se verifican en la prensa uruguaya entre el oficialismo y los literatos antiterroristas que atacaron la postura contradictoria del gobierno al quedar en evidencia sus manejos previos a la muerte del escritor y posteriormente, en torno a los homenajes recibidos, así como la opinión de otros personajes externos al microclima uruguayo que tiempo después intervinieron en el asunto de manera específica, cuestionando la ubicación de los restos, o retomando los términos de Pierre Nora *el lugar de la memoria* (Nora, 2008).

De hecho, el asunto del *lugar* de reposo de la urna no quedará del todo resuelto en 1937, pues seguirá despertando controversias. Así lo demuestra, por ejemplo, una polémica sostenida en el diario *El País* de Montevideo (1954) entre el ensayista boliviano Raúl Botelho Gosálvez, de visita por nuestro país, y el pintor Artigas Milans Martínez, Director del Museo de Bellas Artes de Salto, lugar en el que por entonces se ubicaba la urna de Quiroga tallada por Erzia y que, según el escritor extranjero: «se perdía ante la profusión de cuadros y esculturas toda su patética solemnidad; [...] absorbida por la aglomeración, como desamparada de respeto dentro de la frialdad del museo».

De regreso a la repatriación, en respuesta a las críticas opositoras, desde el oficialismo prevaleció un sostenido silencio, que solo rompía líneas para dictaminar o ejecutar, para mediar u organizar todo lo concerniente a los funerales del escritor uruguayo, desde su llegada al departamento de Colonia, su viaje hacia Montevideo, pasando por la ceremonia en el Parque Rodó, luego su ida en tren con algunas escalas departamentales —Canelones, Florida, Durazno, Paso de los

Toros y Paysandú—, hasta llegar al panteón familiar en Salto y la ceremonia final.²⁵ A propósito de este gesto, García Canclini señala que «el sentido dramático de la conmemoración se acentúa con los silencios, mientras que se ofrece el escenario ritual para que todos compartan un saber que es un conjunto de sobreentendidos» (1990, p. 154). Según los primeros biógrafos quiroguianos, Delgado y Brignole:

Los honores que se le brindan son imponentes. Se levanta un túmulo en un parque público donde la urna es velada entre hachones encendidos e incensarios. Altas personalidades, soldados vestidos de gala, la custodian. [...] En los intervalos, ministros, escritores y poetas pronuncian oraciones ditirámicas. Un pueblo enorme, recogido bajo la cuádruple coacción del catafalco, la noche, el verbo y la música, rodea el túmulo, lo que no impide que se pregunte con frecuencia entre aquel mar humano: *¿pero quién era este Quiroga?* ([1939], 2016), p. 363).

El desconocimiento o confusión acerca de la figura de Quiroga se traduce también en algunas notas curiosas, donde se da un dato erróneo acerca de la ciudad natal y hasta el barrio del escritor:

En el momento de entrar en máquina nuestro periódico, nos llega desde B[uenos]. A[ire]s. un telegrama, informando sobre el fallecimiento de Horacio Quiroga, extraordinario escritor, conceptuado como el más grande cuentista de Sud América. Quiroga era uruguayo, nacido en La Unión, pasó su niñez y primera juventud en nuestra localidad. Las letras americanas han sufrido una irreparable pérdida. «Murió Horacio Quiroga» (*La Semana*, Montevideo, 20/II/1937).²⁶

La actitud resolutiva y diligente del gobierno uruguayo tuvo un fiel portavoz para liderar las gestiones de la repatriación —y un mediador clave en cada tramo del

²⁵ Para visualizar el alcance de la cobertura que realizara el diario *El Pueblo* (Montevideo), órgano de prensa oficial del terrismo, con su par opositor, *El País* (Montevideo), nos remitimos al Anexo 3 de esta investigación.

²⁶ El testimonio de un transeúnte extranjero que asistió a la ceremonia en Salto sigue esta línea: «[...] había mucha gente pero se me dijo que eran contados los que sabían de quien se trataba, y en cuanto al comportamiento del público y a las conversaciones que escuché, hacían pensar más bien, en el arribo de un personaje interesante, con vida, pero no en la llegada de cenizas de una celebridad sudamericana» (*La Campaña*, Salto, 03/III/1937).

suceso—, en la figura del Ministro de Instrucción Pública de entonces, Eduardo Víctor Haedo (1901-1970), personaje controversial y carismático.²⁷ Por cierto, será también Haedo quien propicie, un año después de los sucesos quiroguianos, la reunión de las tres poetisas mujeres más importantes de América por entonces: Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, quienes dictaron una conferencia en la Universidad de la República, en Montevideo (1938).

En el prólogo a la publicación de *Asuntos internacionales y otros temas políticos* (Cámara de Representantes, 1992), se dice: «[...] el nacionalismo de Haedo fue siempre un nacionalismo de cooperación y solidaridad, un nacionalismo de defensa intransigente de lo propio, de afirmación del ser nacional, ausente de todo odio y de todo belicismo, fundado en la comprensión del origen y del destino común de las patrias americanas» (Héctor Gros Espiell, en Haedo, 1992, p. 13). Su americanismo le valió ganarse un lugar de privilegio y de respeto entre sus pares. Ese aspecto de su personalidad y labor fue determinante para enarbolarse como figura ecuaníme en el asunto de la repatriación. Para comprobarlo, basta acercarse a la sentida y extensa nota necrológica que escribió Carlos Quijano en las páginas de *Marcha* ante su muerte (1970, p. 6/10).²⁸

²⁷ Periodista, pintor y político uruguayo, perteneciente al Partido Nacional. En sus comienzos, Haedo trabajó como redactor político y de asuntos internacionales en el órgano político de su partido, *El Debate* (1931-1964). Fue Ministro de Instrucción Pública desde setiembre de 1936 hasta junio de 1938 (Oddone, 1967). En 1938 accedió al senado e impulsó un proyecto para la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias, e inauguró el Salón Nacional de Bellas Artes, entre otros aportes a la cultura de nuestro país, como la fundación *Revista Nacional* (1938-1968).

²⁸ Por otra parte, Quijano dedicó tinta y espacio de manera constante a denunciar y analizar la coyuntura política adversa en Uruguay, especialmente durante el régimen terrista. Posteriormente sus esfuerzos continuaron en la difusión de los hechos sin dejar de discutir aquella realidad del país. Una selección de estos valiosos textos fue reunida por la Cámara de Representantes de Uruguay en 1989, con introducción a cargo de Arturo Ardao.

3. Perspectiva conceptual y marco teórico

La muerte tiene ribetes inesperados, y más cuando se trata de figuras tan importantes como las de Florencio Sánchez, José Enrique Rodó u Horacio Quiroga. En estos casos la muerte no solo inmortaliza, sino que apunta fijo y deja en evidencia el proceder de los hombres, el accionar del gobierno, el reconocimiento o la indiferencia de la sociedad. Sánchez murió en Italia en 1910 y sus restos fueron traídos en 1921 a Uruguay; Rodó también, pero en 1917, y solo en 1920 fue trasladado a Montevideo, ya que los trámites para repatriar sus restos fueron lentos por la distancia y por los problemas derivados de morir en un lugar tan remoto, en el que no se sabía su nacionalidad o quién era.

Si bien en el caso de Rodó la repatriación llega con excesivo retraso a nuestro país, no así los homenajes estatales e institucionales, por ejemplo, en el ámbito educativo. De acuerdo al libro de Actas de la sesiones del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria y Preparatoria del Uruguay (n° 298, 1917-1920), en el orden del día de la sesión del 3 de mayo de 1917, se hace exclusiva mención al deceso de Rodó (ocurrido apenas dos días antes), y a los homenajes proyectados en honor a su figura: «El consejo, en conocimiento de la muerte del ilustre compatriota José Enrique Rodó acaecida en Italia se pone de pie en homenaje al gran literato. [...] se resuelve además: 1° Enviar una comunicación de pésame a la familia del extinto. 2° Suspender las clases en todo el día de mañana. 3° Colocar en el aula de Literatura de los recintos y liceos el retrato del insigne estadista». A su vez, la adquisición de diversos retratos del escritor fue tratada posteriormente en la sesión del 30 de agosto:

El Sr. Decano da cuenta al Consejo, de que varios artistas, en conocimiento de que se había resuelto en homenaje al ilustre compatriota José Enrique Rodó, [resuelve] colocar un retrato de este en una de las aulas de la Sección. Se han presentado, ofreciendo en venta, numerosos cuadros con dicho retrato. El consejo resolvió iniciar las gestiones del caso para que se adquieran tres de estos cuadros, uno para la Sección y dos para los Liceos de la capital con el fin de que entre las obras propuestas se elijan las de mayor mérito.

Para el caso de Quiroga, su repatriación desde Argentina fue rauda y diligente — gestión que se vio facilitada por su cercanía geográfica, es claro—, pero también

por la proactividad diplomática en ambas orillas. Sin embargo, en lo que refiere a los homenajes realizados en Uruguay, si bien en el artículo 4 del decreto de la repatriación se exhorta a los Consejos de Enseñanza Primaria y Secundaria recordar al inicio de sus cursos la trascendencia y méritos de la obra del insigne escritor, no encontramos ninguna mención o referencia en el ámbito educativo al respecto, durante el transcurso del suceso o en los meses posteriores, como sí lo hubo con Rodó.

Esta omisión, tomando en cuenta que la iniciativa de repatriación fue liderada por el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, representado en la persona del Dr. Eduardo Víctor Haedo, no parece casual, ni podría calificar de olvido, puesto que el hecho tuvo repercusiones inmediatas en la prensa rioplatense.

Sumado a esto, al consultar las Actas de las sesiones del Consejo Directivo Central de la Universidad de la República, entre febrero y marzo de 1937, pudimos corroborar que de la sesión celebrada el 17 de febrero de ese año (dos días antes de la muerte de Quiroga) se salta a la sesión del 3 de marzo del corriente, que trata sobre la conversión de las deudas nacionales internas, entre otros asuntos. Nada se dice sobre los homenajes al escritor que ocurrían *in situ* en nuestro país, ni de su repatriación, ni apenas una mención de su muerte, ocurridas durante ese mes. Curiosamente la sesión estuvo presidida por otro escritor, el Dr. Carlos Vaz Ferreira.

También es de notar que cuando hablamos de Rodó, nos referimos a un intelectual referente para el ambiente espiritual, político y social de una época en la que ya se patentiza «una aceptación unánime, frontal, incontrovertida de su personalidad, su obra y sus enseñanzas» (Real de Azúa, 1967, p. 71). No ocurrirá lo mismo con Quiroga, cuya ligazón con Uruguay no parece ser ni tan clara ni tan sólida después de todo.²⁹

²⁹ Pese a que en términos de obra, para algunos críticos fundamentales, por aquel entonces ya era la de Quiroga: «indiscutiblemente la más viva de su generación. Y por lo mismo, la más ejemplar y de más perdurable huella» (Rodríguez Monegal, 1961, p. 164). A su vez, Real de Azúa complementa para el caso de Rodó: «la comprobación de que no se le lee y menos se le sigue ya peina canas [...]». Pero, al mismo tiempo, ni una

Pero no se trata solo de una figura destacada, como lo es Quiroga, sino que existe un patrón de comportamiento en la idiosincrasia de una sociedad frente a este tipo de circunstancias. En este sentido: «Parecería una fatalidad histórica la ignorancia contumaz de algunos pueblos respecto a los valores de sus propios hombres. Parecería una fatalidad histórica y, sin embargo, quizás no lo es», apunta Ofelia Machado Bonet en un oportuno texto a propósito de la muerte y posterior reconocimiento de algunos valores literarios en América Latina, especialmente en Uruguay, y cuyo título resume en una frase punzante el espíritu crítico y el tono acusativo del asunto: «Homenajecemos hoy a los que matamos ayer» (1943, p. 19). Un caso que acompañó al del escritor salteño, por ser contemporáneos, fue el de Carlos Reyles, quien falleció un año después, en 1938. Su muerte, a diferencia de la Quiroga, ocurrió en Uruguay y la situación de Reyles era diferente en cuanto a su abolengo, si bien por entonces, en las tertulias montevidéanas del Tupí: «el otrora opulento cabañero lucía allí su desvaído porte de gran señor empobrecido pero altanero» (Rocca, 1992, p. 30). Enrique Amorim los emparenta en varias oportunidades para fustigar sobre la precariedad de sus últimas circunstancias, estableciendo un paralelismo con Quiroga por su condición de escritor:

Horacio Quiroga debió morir y morir mal, como Rodó, como Sánchez, hasta como Reyles, para una valoración desapasionada de sus cuentos y novelas. [...] Si bien en vida Quiroga cosechó el respeto de sus colegas nada indiferentes por la literatura nacional, conoció una época en que no era «de buen gusto» celebrar lo nuestro. Para ser tenido en cuenta había que entroncarse en clásicos franceses y españoles cuando no demostrar deseos de emular a los ingleses (Amorim, 1957, p. 12).

Banda y música, y escuelas con el nombre del creador; pero ni una sola posibilidad de que ese hombre alcance difusión en el ámbito del pueblo o del estudiantado. [...] Este mal ha contaminado a toda la nación. Todos mueren pobres [...]. Reyles, tan altivo, debió bajar la cerviz y aceptar un título de Maestro de Conferencias. [...] murió desesperado y fundido. [...] No fue escuchado. Ese es el punto esencial. Aún discrepando con sus ideas, venía de la estancia del millonario y se hallaba en la miseria, el destino de Reyles interesa porque es común al escritor uruguayo (Amorim, 1983, p. 37-38).

sola de las mayores autoridades en cultura y letras iberoamericanas —sean ellos Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o José Gaos— ha dejado de colocarlo entre los más grandes» (1967, p. 72). Sobre el asunto de la nacionalidad de Quiroga nos referimos específicamente en los capítulos 7 y 8.

Otro caso paralelo al de Quiroga, esta vez sí con implicancias en ambas orillas por ser un compatriota uruguayo radicado en Argentina, fue el del popular actor José Podestá (1858-1937), quien fallece apenas dos semanas después que el escritor salteño. De hecho es velado en el mismo sitio (la Casa del Teatro) pero a diferencia de aquel, fue aclamado por el pueblo argentino y sus restos sepultados en el Cementerio de la Chacarita, donde también fue cremado Quiroga: «Una impresionante manifestación de pesar fue el acto del sepelio de los restos de Don José J. Podestá» (*La Prensa*, Buenos Aires, 07/III/1937); «Numeroso el público que acompañó los restos de Pepe Podestá» (*El Diario*, Buenos Aires, 07/III/1937); «Despidió una multitud los despojos de don Pepe» (*Tribuna libre*, Buenos Aires, 07/III/1937); «Amplio homenaje a José Podestá» (*La Nación*, Buenos Aires, 07/III/1937).

Al comparar estos casos, emerge la incógnita sobre por qué Podestá tiene su reposo final en Argentina y Quiroga no; por qué solo uno de ellos es *reclamado* por el gobierno uruguayo.³⁰ Por otra parte, las obras literarias (los autores), reflejan de manera muchas veces borrosa los intereses, las pasiones, los desapegos y la ideología que nuclea, por ejemplo, a un partido político. La actitud o el papel que adopte el intelectual, en este caso un escritor, dice cosas sobre lo que se haga con su imagen, con su obra y, en especial, sobre quién lo haga. Esta operación puede influir de manera decisiva en cómo puede ser leído luego un autor.

En este sentido, la función de un escritor consiste también en validar o no los materiales a los que accede y trabaja, es decir su realidad, de la que a su vez no puede evitar ser parte. Dice Real de Azúa:

[...] en las horas de crisis el intelectual suele adherir a causas que llegan a ponerlo, incluso, a él y a su clase, a las condiciones de funcionamiento de la

³⁰ Para el caso del actor, se justificaría una investigación totalmente nueva, para el caso del escritor, esperamos dar alguna respuesta en el transcurso de nuestro trabajo, tomando en cuenta, sin embargo, que existen diferencias en cuanto al modo de recepción artística: mientras que para los lectores el contacto con literatura y los autores se produce de manera privada, singular; para el caso del teatro el público teatral lo hace de manera participativa y colectiva.

cultura, en entredicho. Y es en estas horas, en que los partidos pierden su peso de aparatos de dominio, su opacidad, su mediocridad, que el escritor (tal vez por eso mismo) da su voz más pura, la palabra que más lejos llega (Real de Azúa, 1958, p. 105).

En el periodo inicial del batllismo (1903-1931) basta con observar la participación destacada de figuras como Zorrilla de San Martín, Vaz Ferreira, el mencionado Rodó y Acevedo Díaz, entre otros. Su presencia, actividad y cercanía con la vida política, siguiendo las reflexiones de Real de Azúa: «pueden testimoniar un alto aprecio por el creador de cultura, una clara comprensión de su significado. Pueden no testimoniar, en cambio, cuál es la función que cumple en la sociedad, la que cumple más tímidamente, en los partidos políticos» (p. 30). Como parte del crisol de lecturas que pudimos reunir, encontramos distintas voces que nos permiten acercarnos al contexto histórico, a partir de distintas fuentes y perspectivas sobre los mismos hechos.

Si analizamos la relación entre el Estado, los partidos políticos y la cultura a nivel general (y la literatura en particular), en el Uruguay de entonces, y tomando en cuenta el complejo escenario político y social —tanto nacional como internacional—, debido al impacto que los coletazos de la crisis de 1929 produjeron en Latinoamérica, así como las consecuencias que dejó el régimen dictatorial bajo la presidencia del Dr. Gabriel Terra (1933-38), cabe preguntarse cuál es (o era) la influencia real del escritor en la vida histórica de un país, de una sociedad, de una época.

Al repasar algunos discursos y artículos que Terra dio a conocer a la ciudadanía, en su actuación política antes del 31 de marzo de 1933, así como en el transcurso de su gobierno (1933-38), ya sea a través de la prensa, o bien, en publicaciones oficiales, observamos que la elección de los temas de los que habla se reiteran: la lucha contra la crisis económica y la ponderación del nacionalismo para el resurgimiento del país; también realiza aclaraciones, críticas, respuestas a sus adversarios; toma partido sobre disputas políticas internas; hace balances sobre las medidas económicas que se han tomado; describe situaciones y cambios en los ministerios y entes (Banco Hipotecario, Banco de la República, entre otros); menciona los postulados financieros que se aplican de cara al futuro del país, así

como la destinación de recursos, firma de tratados y convenios; establece un recuento de la obra positiva que se ha hecho durante su gestión, entre otros asuntos que toca.

En sus palabras no encontramos casi ninguna línea dedicada al ámbito cultural. Apenas surgen de manera escasa ciertas apreciaciones sobre el Ministerio de Instrucción Pública, más bien vinculadas al orden de lo administrativo, es decir, relativas a la construcción de escuelas, licitaciones de edificios para utilizar en la creación de Facultades (Odontología, Química y Farmacia, Arquitectura e Ingeniería). Los textos de Gabriel Terra consultados abarcan temáticas que van desde la Política internacional (1918) de nuestro país, hasta la inauguración de una planta hidroeléctrica en el departamento de Río Negro (1937), pasando por la más importante de sus comunicaciones a la opinión pública, denominada «Al país, a mis lectores» (1933), discurso de toma de mando luego de haberse producido el golpe de marzo, donde se establece por primera vez una versión oficial de los hechos, y que a la vez se impone como justificación.

Como parte de la coyuntura política internacional de la época, cabe destacar el conflicto entre Italia y Etiopía, que a mediados de la década del treinta, más precisamente a partir del 3 de octubre de 1935, tuvo repercusiones en Europa y en el resto del mundo. Las relaciones económicas entre Italia y Uruguay a partir de 1935 también entran en juego. Para Ana María Rodríguez Ayçaguer, «durante el *terrismo* (1933-1938), la visión de la Italia fascista estuvo teñida por la extrema polarización de la escena política local. A ello coadyuvieron las notorias simpatías que el régimen de Mussolini despertaba en destacados jerarcas de la administración terrista, comenzando por el propio Presidente Gabriel Terra» (2009, p. 24).³¹

³¹ «La situación del mundo así lo sugiere: rearme alemán, guerra de España, marea fascista, Segunda Guerra Mundial, crisis del imperialismo y el colonialismo, guerra fría y mundialización de las pugnas ideológicas, convocará al hombre de cultura a definiciones que tenían mucho menos que ver con un color partidario que con fidelidades universales de temperamento, de actitud moral o de ideología. A esos reclamos la intelligentsia uruguaya respondió con una coherencia mucho mayor que en otros países

Si bien el tema abordado por Rodríguez Ayçaguer no ha sido estudiado a fondo, dicho esto por la propia autora, los efectos de la crisis económica internacional en el periodo Terrista y su impacto frontal con Uruguay, el viraje reformista, la fundamentación del golpe de Estado y la política económica del país en la década del 30, así como la reforma en la política cambiaria, han sido analizados con detenimiento en diversas épocas: Raúl Jacob (1981); Juan Oddone (1989; 1990); Ivette Trochón y Beatriz Vidal (1993); Gerardo Caetano et al. (1996); Benjamín Nahum et al. (1998); Tabaré Petronio et al. (2000) y Esther Ruiz (2002; 2007), entre otros. En las últimas tres menciones se agrega el interés por la política social, los movimientos obreros, vivienda y depresión salarial, restricciones a la inmigración, legislación laboral y derechos humanos. De nuevo, muy poco o nada sobre aspectos culturales. Real de Azúa señala un camino de reflexión en torno a lo cultural que corre por detrás de las estructuras del poder:

Contemporáneamente a este empeño de un gobierno que ansiaba mostrar respeto a la inteligencia sino a la ley, y en clara función de réplica, se produjo un reagrupamiento partidario opositor que entre 1933 y 1938 tuvo su centro en el Ateneo y en el que el escritor, el intelectual, tuvo un papel importante. Tal vez la revista *Ensayos*, publicada desde 1936 y su núcleo director (Gallinal, Machado Ribas, Benvenuto, Gil Salguero, Ibáñez, Sabat Ercasty, Petit Muñoz y Fernández Artucio) sea el mejor testimonio édito de esta acción y esta coincidencia (Real de Azúa, 1958, p. 133).³²

A su vez, con relación al papel que comienzan a tener los proyectos colectivos de esta índole durante el período, se contaba con por lo menos un antecesor

hispanoamericanos en los que la cosmovisión liberal-progresista había penetrado menos profundamente que entre nosotros» (Real de Azúa, 1958, p. 115).

³² Hasta donde sabemos, y en concordancia con lo señalado por Real de Azúa, *Ensayos* fue la única revista literaria uruguaya que dedicó casi por entero un número en homenaje a Horacio Quiroga ante su muerte. Montevideo, N° 11, mayo de 1937. Contiene: «Horacio Quiroga y su pueblo», de Carlos A. Herrera Mac-Lean; «El sentido de la vida de Horacio Quiroga», de Antonio Grompone; «Horacio Quiroga», de Pedro Leandro Ipuche; «A Horacio Quiroga», de José María Delgado; «Notas bibliográficas», de Alicia Goyena. Algunos de estos textos se presentan en nuestra compilación textual sobre los funerales de Horacio Quiroga en el Anexo 5.

reconocible en la revista literaria *La Pluma* (1927-31), proyecto que había señalado un posible camino de participación social, con temática mixta, corriéndose del nicho intelectual o literario, en virtud de involucrarse con otros asuntos de interés colectivo: «Quienes, hasta entonces, se habían ocupado principalmente por los problemas estéticos, empezaron a pensar en la necesidad de una intervención que ampliara el horizonte participativo del creador en el mundo» (Rocca, 2009, p. 2).

En este sentido, tanto la revista *Ensayos*, como el *Boletín de la A.I.A.P.E*, fueron capaces de capitalizar discursivamente el contexto nacional (mirando con clara antipatía al terrismo en el ámbito local), así como internacional, porque no hicieron oídos sordos a los golpeteos del fascismo y su ascenso por estas latitudes, al tiempo que ampliaron la mirada ante el estallido del conflicto civil en España, entre otros temas globales que ocurrían simultáneamente y coincidieron con la etapa más activa de ambos órganos.³³

Por último, el corpus cronístico y ficcional que se adjunta a este trabajo (Anexo 5) cubre un amplio recorrido cronológico y estilístico, con el afán de organizar la multiplicidad de voces que nos permitan reconstruir hoy la crónica de un episodio: los funerales de Horacio Quiroga y la repatriación de sus restos. En esta operación, que implicó un trabajo de rescate, reunión y análisis, intentamos sopesar también los diferentes matices y volúmenes de ese diálogo, ya que cada texto presenta peculiaridades propias y de acuerdo con su circunstancia de enunciación, ya sea un poema, un artículo, un discurso fúnebre, se pueden comprobar variaciones en cuanto a la perspectiva de los autores, su relación con

³³ Para observar con más detenimiento el cruce entre cultura y política con relación al conflicto español, y verificar qué lugar ocuparon dichas informaciones en las páginas de estos dos proyectos culturales, remitimos al estudio y completo *Índice anotado* elaborado por Pablo Rocca (2009); así como los trabajos de la investigadora Pía Batista (2015; 2017) que se concentran en el trinomio cultura-política-enseñanza hacia otras publicaciones [*Anales de la Enseñanza Secundaria y Educación y Cultura*] y otros agentes productores [El Ateneo de Montevideo, Agrupación Universidad], dentro del período estudiado.

los sucesos relatados y que tienen como protagonista la figura del escritor uruguayo.

Esto se debe a que en cada texto, cuanto más tiempo transcurre, más crece el escritor de la selva y su obra, pero también —y principalmente— más crece el amigo, o el colega, o el escritor admirado a quien se vuelve a evocar y a convocar a la distancia, con más virtudes que defectos, o con defectos menos recordables. En tal sentido, las páginas rescatadas corren paralelamente a las de sus primeros biógrafos (Delgado y Brignole, 1939), disputándole un terreno no solo afectivo, sino crítico, para completar la imagen póstuma del maestro. En este sentido, la «percepción del carácter configurativo de las narrativas, en especial las autobiográficas y vivenciales, se articula, casi de modo implícito, al carácter narrativo de la experiencia» (Arfuch, 2007, p. 85). Esto es, los textos elegidos muestran detalles valiosos sobre el tramo anterior e inmediatamente posterior a la muerte de Quiroga, y sirven para configurar también una despedida, un cierre que en la mayoría de los casos ninguno de ellos pudo tener en persona con el autor.

En cuanto a las versiones del viaje con las cenizas de Quiroga hacia Uruguay, que a nivel discusivo muestran un tratamiento cronístico con matices de ficción, vale la pena mencionar algunas piezas que evocan el suceso desde distintos enfoques. En primer lugar: «La tragedia de Horacio Quiroga», pieza polémica e interesante de Elías Castelnuovo, que nos ofrece un encuadre escénico único desde el velatorio del escritor en la Casa del Teatro (1937). En segundo lugar, «Las cenizas de H. Quiroga ya duermen en su tierra salteña», escritor por Romualdo Brughetti, (2/III/1937), texto que pone énfasis en el traslado de los restos desde Montevideo a Salto. También debemos mencionar el texto «El retorno de Horacio Quiroga», por Germán Berdiales, (6/III/1937), único en su especie, ya que se trata de una carta del autor enviada a la prensa, en la que reconstruye brevemente la escena de la despedida de los restos de Quiroga en la dársena sur, en Buenos Aires, y en la que aparece mencionada la viuda del autor por primera vez. Por esa información

se puede deducir que María Helena Bravo no viajó a Montevideo para acompañar los restos del escritor.³⁴

Debemos mencionar también un texto de Alfredo Mario Ferreiro (1956), publicado casi veinte años después del evento en las páginas de *Marcha*, y que se erige como pilar en su especie, ya que rememora el suceso con emotividad y humor, no sin tomar distancia del evento. En ese cruce entre la representación de un suceso y la recreación de un imaginario: «Lo imaginario no es lo mismo que lo simbólico; lo simbólico está ligado a la razón, a lo empírico; lo imaginario, a la magia, a lo difuso» (García Rodríguez, 2019, pp. 33-34). Así, el texto de Ferreiro apunta más hacia el dominio de lo imaginario que al de lo simbólico, por citar un ejemplo, a diferencia del tratamiento verificado en otros textos provenientes del orden simbólico, como los decretos parlamentarios, el acta de defunción o incluso algún discurso fúnebre, textos que de alguna manera aportan fuerza a la lectura del individuo que vivió, pero imponen una forma de leer verídicamente un hecho social relacionado con el muerto.

A su vez, vale la pena hacer referencia a un artículo posterior, «El funeral laico a Horacio Quiroga», escrito por Manuel de Castro (*La Mañana*, Montevideo, 4/X/1964), nota que si bien presenta varias erratas, puede considerarse de primera mano ya que el autor formó parte de la delegación uruguaya que transportó los restos. Se trata, en suma, de textos provenientes de distintos escritores, en su mayoría uruguayos, con diversidad de enfoques en cuanto a la representación, al tono, a la distancia o cercanía que toman de los hechos, al género literario que utilizan para representar su testimonio (sean artículos, poemas, epitafios, u otras formas discursivas) y en donde aparece la dimensión emotiva así como conflictiva de sus perfiles.

Pero no serán los únicos textos con esta temática, ya sea corroborando lo que dijeron otros, o echando luz sobre detalles que fueron pasados por alto, tanto

³⁴ El escritor Alfredo Mario Ferreiro, a su vez, confirma en una crónica posterior los datos aportados por Berdiales con relación a esta circunstancia: «muy poco antes de la partida, bajamos todos al muelle, a saludar a la señora viuda de Horacio Quiroga que había concurrido a despedir los restos de su marido» (1956).

desde Buenos Aires a Montevideo, como desde Montevideo a Salto. Si bien la perspectiva es diferente, como mencionamos, dependiendo del momento de publicación y del enfoque del narrador y su relación con el evento, se trata en todos los casos de puntos de vista privilegiados, donde cada cronista plasma una manera personal de recrear un hecho concreto, si bien en algunos casos se prioriza más lo vivido por quien escribe. Este estilo, a su vez, se encuentra a medio camino entre el insumo biográfico y la narrativa histórica.

Además de la reconstrucción periodística o literaria (por su condimento ficcional) sobre la muerte, el viaje y los funerales del autor uruguayo, también fue necesario incorporar a la compilación textual los sucesivos discursos oficiales que rodearon el hecho, ya que guardan una clave discursiva propia y dieron al suceso un carácter solemne dentro del marco institucional y político, cuyo alcance fue a nivel nacional. Es que cuando la urna llegó a nuestro país, cubierta por una montaña de maletas y un pabellón uruguayo, ya estaba todo dispuesto. Había un cronograma establecido para las ceremonias; se habían aprontado los discursos y quiénes los pronunciarían. Así, intendentes, profesores y personalidades del arte en general prepararon piezas oratorias, «hojarasca irritante» dirá César Tiempo de todo aquello (1970, p. 26), en distintas partes, a saber: «Discurso leído en la Intendencia de Colonia al llegar los restos a Uruguay», de Luz Riverós (*La Colonia*, Colonia, 2 de marzo, 1937); «Discurso de homenaje en Paysandú», de Juan B. Speroni (*La Opinión*, Paysandú, 1 de marzo, 1937); «Homenaje del Ateneo de Paysandú», de Eugenio P. Bergara (*El Telégrafo*, Paysandú, 3 de marzo, 1937); «Discurso del Intendente Municipal [de Salto]», de Jorge Enrique Acosta (*La Campaña*, Salto, 1 de marzo, 1937); y «Discurso en representación del Liceo de Canelones», de Ildefonso Pereda Valdés (*Espacio*, Canelones, 7 de abril, 1937). Estas piezas dispersas fueron recogidas, entendemos que por primera vez, en nuestra «Compilación textual sobre los funerales de Horacio Quiroga (1937)» (Anexo 5) y complementan el desarrollo de esta investigación.

4. Antecedentes. Estado de la cuestión

Si bien la reconstrucción biográfica sobre los últimos días de Quiroga, así como todo lo relativo a su enfermedad y posterior muerte, ha sido consignado por diversos cronistas a lo largo de décadas; aquellos aspectos relacionados a la repatriación de sus restos, hasta donde sabemos, no han sido relevados o analizados con profundidad en ninguna de las biografías publicadas sobre el autor, a saber: *Vida y Obra de Horacio Quiroga* (José María Delgado y Alberto Brignole, 1939); *Horacio Quiroga. El hombre y su obra* (1954) y *Horacio Quiroga. Una historia de vida* (1994), ambos de Pedro Orgambide, el segundo apenas una reedición corregida del primero; y *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga* (Emir Rodríguez Monegal, 1968),³⁵ que en tal sentido constituye el último esfuerzo realizado dentro del género.³⁶

La gestación y casi inmediata publicación del libro de Delgado y Brignole, apenas un año y medio después de los hechos que analizamos, más que un proyecto biográfico, se nos presenta hoy como un gesto de ofrenda de parte de dos amigos salteños cercanos a Quiroga, quienes «arriesgaron esfuerzo, sinceridad sin vanos pudores y confianza en la sobrevida de una obra mayor y de una persona conocida en detalle» (Rocca, 1994, p. 10). Fue, en otras palabras, un intento por mantener viva la figura del escritor, o mejor, la del entrañable compañero. Esta generosa voluntad se patentizó en la copiosa acumulación de datos, testimonios y recorridos anecdóticos que, no sin omisiones, inexactitudes y también de concesiones (entre

³⁵ Poco antes de la publicación de *El desterrado*, Monegal dio a conocer un texto borrador del libro de 1968: *Genio y figura de Horacio y Quiroga* (Eudeba, 1967).

³⁶ Por otra parte, consideramos de vital importancia el breve pero el esclarecedor trabajo de Annie Boule-Christauflour (1975), quien si bien retoma el camino de los biógrafos quiroguianos, en sus apuntes repasa, verifica y completa algunos espacios en blanco dejados por ellos. A su vez, una aproximación previa con relación a la obra se verifica en su *Proyecto para obras completas de Horacio Quiroga* (1965), con valiosas rectificaciones, tanto propias como de otros repertorios bibliográficos posteriores, así como en la *Cronología de las obras de Horacio Quiroga* (1999).

otras valoraciones a las que el texto quedó temprana e inevitablemente ligado), permitió —con todo— acceder por primera vez al territorio de una imagen de vida: la de Horacio Quiroga, enriquecida por el trazo esmerado de quienes lo conocieron, aunque su contorno difuso nos haya revelado un perfil incompleto.

Tal vez el pecado mayor de los autores salteños se resuma a una sola frase que dará la bienvenida al lector en las primeras páginas del libro, y que funcionará no solo como defensa sino también como un aviso de advertencia a su futura recepción: «Cuanto aparece en este libro es auténtico» ([1939], 2016, p. 24). La declaración supone un problema, no para Delgado y Brignole, sino para los críticos y biógrafos posteriores de Quiroga, ya que a partir de su libro tendrán que hacer a un lado, en opinión de Rodríguez Monegal, no solo la «visión amistosa y hasta fraternal del gran escritor» para indagar sobre el hombre, sino también y principalmente «la novelización (no siempre feliz)» (1955, p. 20) de sus peripecias vitales que, miradas desde el prisma de la veracidad, se fijan en la retina de los lectores con más fuerza por tratarse de un relato de vida en reconstrucción.

De este modo, si bien Rodríguez Monegal concluye en que la importancia de este texto es indiscutible, «también lo son sus limitaciones como interpretación cabal del hombre interior y como análisis de su obra literaria» (1955, p. 20). Este costado, el de la obra, es el que en la primera biografía sobre Quiroga queda en el debe, porque prioriza el de la vida.

A su vez, el sello de *autenticidad* vinculado a este enfoque se prolongará en el tiempo sin la aparición de otros intentos biografistas que aporten datos nuevos o que contradigan lo que allí se expresa. Mal o bien, se trata de un acercamiento realizado a partir de la palabra directa de quienes lo trataron en profundidad. Si bien la actitud reticente hacia el libro de 1939 irá apareciendo de a poco junto a una nueva camada de relecturas sobre el autor, Enrique Amorim, contemporáneo de Quiroga y de la publicación, no esperó tanto para plantear algunos contrapuntos, parecidos a los que planteó Rodríguez Monegal después, es decir, a favor de integrar la interpretación de la obra a la imagen de vida: «El espíritu crítico [en *Vida y obra*], muchas veces, aparece como velado por excusas infinitas. [...] Los que toman la tarea de juzgar la realidad argentina se sienten maniatados

por subalternas insinuaciones». [...] «Descuidan, en cambio, al Quiroga escritor frente al público y a su época. Ponerlo cara a cara con la realidad literaria de aquel entonces [...]» (1983, p. 54. [28 de marzo de 1940]).

Pasarán quince años entre el libro de Delgado y Brignole y la aparición del siguiente trabajo biográfico, esta vez proveniente del país vecino y el primero en su especie entre los trabajos de Pedro Orgambide (1954). Sin dejar de ostentar una posición central como versión *oficial*, el libro de 1939 no solo se posicionó de inmediato como la versión *uruguaya*, sino que su reproducción sin mayor examen «resultó, más plagiada tanto para elogiar como para subrayar aspectos negativos» en la vida del escritor (Garet, 2016, p. 7). En especial, aquellos relacionados con la muerte.

Ya sea por sus «aparentes omisiones o descuidos», que *prima facie* son rasgos que emparentarían el trabajo de Orgambide con el de sus antecesores; o por la falta de actitud crítica que se verifica en cierto desdén por el dato erudito y la precisión investigativa, para Rodríguez Monegal esta no sería una biografía cabal, porque: «A lo dicho por Delgado y Brignole, o por posteriores investigaciones uruguayas, no agrega nada». No contento, el crítico uruguayo insiste en que: «no solo no contiene datos nuevos [...]; ni siquiera utiliza algunos importantes» (1955, p. 20). En realidad la pretensión de Orgambide sería otra, la de ofrecer una libre interpretación de Quiroga, no sin rendir pleitesía a trabajos anteriores, cuando no los pasa por alto, pero distanciándose a su manera del corsé narrativo que proponía el libro de 1939, sin la pretensión de competir con esos u otros biógrafos. ¿Un Quiroga *argentino*?

Sin embargo, para Pablo Rocca (1994) «la precaria y aun incompleta bibliografía, como cierta avaricia para intercalar observaciones ajenas» le impidieron al escritor argentino «ofrecer la mejor historia personal del autor» (10). Rocca es más cauto que Rodríguez Monegal al decir que: «[Orgambide] no se propone una investigación exhaustiva, sino un ameno relato de vida para iniciados». A su vez, le reconoce aciertos al incluir fuentes valiosas que ilustran mejor las etapas porteñas y selváticas de Quiroga, pero en especial, «el delicado contrapunto entre realidad político-social y la vida privada del escritor». Rocca saltea a Orgambide

como mojón biográfico, posicionando los trabajos de Rodríguez Monegal como «el segundo paso firme para una biografía del gran narrador» (10).³⁷

Es buen momento para consignar aquí la aparición del fundamental ensayo de Noé Jitrik (1959), más una suma de aportes documentales y bibliográficos, tanto previos como posteriores, ineludibles para cualquier revisión de los estudios quiroguianos, a saber: Roberto Ibáñez (INIAL, 1948, luego Departamento de Investigaciones y Archivo Literario, 1965) y Arturo Sergio Visca en la tarea de reunir, sistematizar y publicar, entre otros insumos, la correspondencia inédita de Quiroga en varios tomos (I y II en 1959; III en 1970); los trabajos de la mencionada Annie Boule (1965 y 1975); el repertorio bibliográfico de Walter Rela (1967 y 1972); más el ambicioso plan de obra (en ocho tomos) ideado por Ángel Rama y Jorge Ruffinelli que se dio a conocer progresivamente en las *Obras inéditas y desconocidas* (1967-1974) del escritor salteño.

La misión investigativa sobre el autor de *El salvaje* mantiene, como se aprecia, un interés creciente y es continuada por otros investigadores, incluso fuera de Uruguay, como Antón Hernán Rodríguez (1971), cuyo enfoque pone énfasis en el Quiroga de Misiones, reuniendo testimonios de personas que lo frecuentaron allí (como lo hizo a escala menor Rodríguez Monegal en 1950: «En Misiones, con los desterrados»). Esta clase de encuadres permiten situar al escritor en su medio, no solo en la selva, sino también en la ciudad de San Ignacio, donde fue visitado por intelectuales, y en el micromundo de Posadas, ya que «el estudio sobre Horacio Quiroga se venía haciendo siempre desde posiciones teñidas por un marcado

³⁷ Este pensamiento coincide con el de otro amigo personal de Quiroga y ávido impulsor de su obra, Samuel Glusberg: «no hay, por tanto, hasta la fecha, un *choix* [selección], verdaderamente representativo de Quiroga, precedido de un estudio bien fundado [...] los mejores libros sobre la obra total de Quiroga, se deben a Emir Rodríguez Monegal: *Las raíces de Horacio Quiroga*, publicado en Montevideo, y *Genio y figura de Horacio Quiroga*, en Buenos Aires» (Espinoza, 1980, p. 60). Nótese que *El desterrado* no es mencionado por Glusberg.

etnocentrismo europeísta.» (13).³⁸ Más cerca en el tiempo, aparecen los trabajos de Jorge Lafforgue y Pablo Rocca (1996; 2007), sin dejar de mencionar el valioso acercamiento que este último realizó en el capítulo I de *Horacio Quiroga. El escritor y el mito. Revisiones* (2007), ampliando el marco reflexivo respecto al asunto vida/obra, más allá de lo dicho por sus antecesores.

Antes de avanzar, regresemos a Jorge Ruffinelli. Fue uno de los primeros en realizar un contrapeso reflexivo entre los dos trabajos de Rodríguez Monegal (última baliza biograficista), a poco de editado el libro de 1967. El crítico señala «su innegable calidad informativa», producto de los «sucesivos tanteos» a nivel periodístico del crítico uruguayo luego de veinte años de inagotable interés, hasta llegar al libro, lo cual no hace sino confirmar «una suerte de fidelidad admirable». También se detiene en sus falencias.

Para Ruffinelli, *El desterrado* de Rodríguez Monegal presenta una dificultad no superada en *Genio y figura* (lo tilda de «versión señida y apretada» de aquel), que en realidad viene a reiterar lo mismo que Monegal le reclamó a Delgado y a Brignole: «no realizar el examen total de la obra quiroguiana, la explicación completa, cualitativa y cuantitativamente del narrador» (1968, p. 23). En este sentido, concluye Ruffinelli: «Al Quiroga de *El desterrado* le falta relieve», y «los intentos de otorgarle ese relieve aparecen viciados al oír una interpretación psicoanalítica lindante muchas veces con la fantasía.» A su vez, mientras que por un lado acusa errores de información en ambos textos, por otro señala que «con otra función más ligera —como sólida y eficaz, introducción a Quiroga— su ejemplo paralelo, *Genio y figura de H.Q.*, se ofrece con mayor rotundez» (23).
¿Un Quiroga *rioplatense*?

³⁸ En este sentido, son particularmente interesantes los aportes del lado misionero que realizaron Justo C. Morales (1937 y 1938), Carlos Selva Andrade (1940 y 1953) y lo poco que sabemos de la relación entre Quiroga y Liborio Justo (1971, y en Quiroga, 2007, pp. 377 y 464 [1932]).

Sea por exceso de novelería o limitaciones en cuanto a la interpretación (1939), o por falta de rigor crítico en el manejo de fuentes, error u omisión (1954/1994), o bien, por lo apresurado y riesgoso de dar riendas sueltas a un tipo de abordaje psicocrítico (1968), o porque también justo es decir que: «Las vidas heroicas son escasas para concebir libros valientes, capaces de representar una actitud libre frente al medio hostil, ingrato o simplemente frío» (Amorim, 1983, p. 51), lo cierto es que ninguna de las biografías existentes parece dar con la figura que intentan reconstruir, o mejor dicho, retratar: «¿Deberá esperar la obra de Horacio Quiroga, muchos años, al escritor que fije, en un sentido digno y concienzudo, las características que lo hicieron sobresalir sobre las cansadas u orgullosas cabezas de los escritores de nuestra América? Mucho lo tememos» (Rojas, 1947, p. 72). La pregunta es también retórica, porque a continuación será Manuel Rojas el primero en detectar las virtudes de un candidato diferente para realizar esa ardua tarea, por su relación íntima con el escritor salteño, y por el conocimiento a destajo que tenía de su literatura:

Nadie más indicado para escribir esa obra que Enrique Espinoza [seud. De Samuel Glusberg], que fue su amigo y su discípulo y que lo vio y lo sintió vivir, en Buenos Aires y en Misiones, en sus mejores y más fecundos años. Espinoza tiene una deuda con Quiroga y esperamos que algún día, libertándose de su angustia política, se decida a pagarla con creces. Es una deuda entre camaradas (Rojas, 1947, p. 72).

La deuda a la que se refiere Rojas, si analizamos la actuación de Samuel Glusberg (primero como lector y admirador, luego como editor y amigo personal de Quiroga), no parece tal, o si lo es, fue pagada con creces por el narrador chileno luego de más de tres décadas editando y difundiendo la obra del salteño, escribiendo sobre su vida y homenajeando su figura. Este recorrido intenso tuvo como punto de llegada la publicación, en 1980, del libro *Trayectoria de Horacio Quiroga*. Consciente como pocos de entrar en un terreno complejo, aún como protagonista, y con años de ventaja respecto de cualquiera de sus antecesores, Glusberg atempera la importancia de su propio trabajo, situándose en un plano por debajo de las biografías consagradas, aclarando que ha «prescindido de datos necesarios para ubicar a Horacio Quiroga en su medio y en su época [algo que,

como mencionamos, le reclamaba Amorim a Delgado y Brignole], [...] hablo más del hombre que de su obra. De ahí mis vacilaciones para publicar este mero testimonio» (1980, p. 11).

Por otra parte, acaso emparentado con el chileno por su *modus operandi* en cuanto a la producción de artículos sobre Quiroga de manera espaciada aunque constante, será Rodríguez Monegal quien termine por validar lo dicho por Rojas sobre Glusberg y proyectarlo, si se quiere, como un sucesor calificado para completar su tarea, porque: «Para estudiar a Quiroga [...] hay que ir también a Chile donde nunca estuvo Quiroga pero donde se conserva una de sus imágenes más vivas: la que guarda Enrique Espinoza [pseudónimo de Samuel Glusberg]». De hecho, a la vista del trayecto de ambos, en cuanto a Quiroga, se podría decir que *Genio y figura* es para Monegal, lo que *Trayectoria...* es para Enrique Espinoza. ¿Un Quiroga chileno?

Glusberg, que conoció a Quiroga en 1919 y que desde allí formó un tándem especial con él, administrando bien sus distancias, y posicionándose lejos de las luminarias que generaba, fue un «crítico sagaz, de mirada certera y gusto duradero. [...] acompañó [a Quiroga] en su labor literaria, lo ayudó a preparar reediciones de sus obras, lo impulsó a reunir en volúmenes sus cuentos dispersos» (Rodríguez Monegal, 1954), y también lo homenajeó en vida cada vez que pudo, ya que en todos los proyectos editoriales que fundó Glusberg se las ingenió para que aparecieran, de una manera u otra, las iniciales de H.Q. Por su variedad temática y alcance temporal, vale la pena presentar a continuación el detalle de la valiosa contribución bibliográfica de Samuel Glusberg a los estudios quiroguianos, pocas veces tomada en cuenta, al menos de manera unificada y global:

- En *La Vida Literaria* (Buenos Aires [1928-1932]). **Firmados por H.Q.:** «Una noche de edén» [n° 1]; «El arte salvaje» [n° 4]; «Revisión de valores» [n° 7-8]; «Al margen de la pintura. Xul Solar» [n° 10]; «El cuento norteamericano» [n° 14]; «El crisol» [n° 15]; «Reseña de *La liebre del Profesor Muller* de Matías Calandrelli» [n° 18]; «Homenaje [A Mariátegui]» [n° 20]; «Escenarios en blanco» [n° 23]; «La chusma» [n° 27]; «El cadáver de la libertad» [n° 32]; «Claxon» [n° 42]. **Dedicados a H.Q.:** «Diez minutos con el autor de *El salvaje*», por Enrique Espinoza [n° 1]; «El caso de Horacio Quiroga», por Alberto Zum Felde [n° 10]; «Reseña de *Pasado amor*», por Ezequiel Martínez Estrada [n° 13]; «Reseña de *Suelo natal* de Horacio Quiroga y Leonardo Glusberg», por Fermín Estrella Gutiérrez [n° 33]; «Dos cuentistas regionales: Horacio Quiroga, novelista y cuentista, y Guillermo Estrella, autor de *Los egoístas* y *El dueño del incendio*», por Juan B. González [n° 21] (Castro, CeDInCI, recurso digital).³⁹
- En *Trapalanda. Un colectivo porteño* (Buenos Aires [1932-1935]), **Firmado por H.Q.:** «Ante el tribunal» [n° 6] (Rubí, 2014, recurso digital).
- En *Babel. Revista de arte y crítica* (época de Buenos Aires [1921-1928]): **Firmados por H.Q.:** «Las sacrificadas» [n°1]; «El compañero Iván» [n°3]; «El vampiro» [n° 8]; «El galpón» [n° 11]; «Historia de un amor turbio» [n° 13]; «El potro salvaje» [n° 15]; «A la deriva» [n° 16]; «Los crepúsculos del jardín» [n° 19]; «Decálogo del perfecto cuentista» [n° 24]; «De Horacio Quiroga» [n° 25]; «Una bofetada» [n° 28]. **Dedicados a H.Q.:** «Reseña sobre *Anaconda*» [n° 9]; «Indiscreción» [n° 15]; Número homenaje a Horacio Quiroga [n° 20, por varios autores] (Efron, CeDInCI, recurso digital).
- En *Babel. Revista de arte y crítica* (época de Chile [1939-1951]): **Firmados por H.Q.:** «Los precursores» [n° 1]; «El soldado. Petipieza en cuatro cuadros» [n° 13]; «Sinfonía heroica» y «Una carta inédita de Horacio Quiroga» [n° 20]; Paz [n° 38]; «Una noche de edén» [n° 43]; «Los hombres hambrientos» [n° 49]. **Dedicados a H.Q.:** «La literatura y el hombre», por Manuel Rojas [n° 38]; «Horacio Quiroga, poeta de la naturaleza y del amor», por Luis Franco [n° 43]; «Otra faz de Horacio Quiroga», por Luis Franco [n° 49]; «La piedad y la lucha en Horacio Quiroga», por Luis Franco [n° 60]. **De Samuel Glusberg sobre H.Q.:**

³⁹ Para observar más de cerca el corpus y los propósitos de esta publicación en particular nos remitimos al trabajo de Verónica Delgado (2020).

Apéndice a «Una estación de edén» [n° 43]; «El regreso de Horacio Quiroga» [n° 20] (Donoso, 2000, recurso digital).⁴⁰

- En *Sech*. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile (Santiago de Chile [1936-1939]). **Firmados por H.Q.**; «El potro salvaje», «Los precursores» y «El hombre muerto» [n° 4]; **Número dedicado a H.Q.** [n° 4], contiene: «Algunos recuerdos personales», por Enrique Espinoza; «Horacio Quiroga visto del extranjero», por Ernesto Montenegro; «En la muerte de Horacio Quiroga», por Alfonso Hernández Catá; «Discurso en nombre de la Sociedad Argentina de Escritores», por Alberto Gerchunoff; «Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga», por Ezequiel Martínez Estrada (Jannello, CeDInCI, recurso digital).
- Por último, fuera de las revistas que dirigió, **Glusberg dedicó varios artículos** a Quiroga en otras publicaciones, a saber: «Don Horacio Quiroga, mi padre» [en *La levita gris. Cuentos judíos de ambiente porteño*, 1926, que a su vez está dedicado enteramente a él: «A Horacio Quiroga —maestro y amigo incomparable— dedico este libro de adolescencia»]; «Cómo viven y trabajan nuestros escritores. Horacio Quiroga» [en *Caras y Caretas*, n° 21, 1926]; «Horacio Quiroga o el hombre de la selva» [en *Trinchera*, 1932]; «Trayectoria de Horacio Quiroga» [en *Atenea*, n° 140, 1937]; «Notas sobre la narrativa de Horacio Quiroga» [en *Revista Cubana*, n° 28-30, 1937]; «Confesión del amigo que vuelve» [en *Repertorio Americano*, n° 3, 1938]; y *Trayectoria de Horacio Quiroga*, Babel, 1980 (Tarcus, 2009).⁴¹

*

Por otra parte, debemos destacar dos trabajos compilatorios previos de índole similar al que presentamos en el Anexo 5 de esta investigación, como los casos de *Aproximaciones a Horacio Quiroga*, de Ángel Flores (1976) y *Horacio Quiroga por uruguayos* (1995) de Leonardo Garet, que si bien utilizan criterios de selección disímiles, sirven como antecedentes en cuanto al intento de

⁴⁰ Para explorar más sobre Samuel Glusberg y el proyecto editorial de *Babel*, en especial en la época chilena, nos remitimos a los trabajos de las investigadoras Pierina Ferretti y Lorena Fuentes (2008 y 2011 [2]).

⁴¹ La pesquisa y extracción de las menciones que componen este punteo bibliográfico detallado con relación a los aportes de Samuel Glusberg son de nuestra autoría.

revalorización del narrador uruguayo desde una perspectiva coral de autores. En los dos casos se aprecia la voluntad de hacer convivir textos poco conocidos sobre el escritor a partir de una cronología laxa, sin mayores restricciones desde lo formal. Así, en cada volumen se reúnen artículos valorativos de su obra, homenajes, notas y enfoques críticos de índole dispar, algunos de los cuales tienen que ver con nuestro objeto de estudio y que conocimos de manera temprana gracias a estos trabajos.

Corresponde remarcar la importancia de las crónicas y testimonios posteriores a la muerte del autor, no solo aquellos que se encuentran dentro de la correspondencia que ha llegado hasta nuestros días, sino de insumos cruciales que hoy nos permiten conocer mejor a esta figura literaria. Tal es el caso de *El hermano Quiroga* (1957), de Ezequiel Martínez Estrada; *Evocación de Quiroga* (1970), de César Tiempo; el mencionado *Trayectoria de Horacio Quiroga* (1980), de Enrique Espinoza y *El Quiroga que yo conocí* (1983), de Enrique Amorim, este que resulta de una compilación de notas de diferentes épocas, por nombrar cuatro fuentes autorizadas y cercanas al autor, dado que trataron con él hasta el final, a excepción de Glusberg, que al momento del deceso se encontraba en Chile (*Sech*, 1937).

A ellos se suman aportes testimoniales y bibliográficos dispersos pero puntuales que ampliaron los escenarios de discusión y el abanico anecdótico para engrosar el mito: M. Ferdinand Pontac (1940); Carlos Selva Andrade (1940 y 1953); Alberto Arigós de Elía (1941); Luis Emilio Soto (1942); Manuel Gálvez (1944); Enrique Espinoza (1944); Manuel Rojas (1947); Enrique Amorim (1947 y 1957); Horacio Cardona Peña (1948); Mercedes Ramírez Rossiello [Amorim, 1953]; David Viñas (1953-54); César Tiempo (1954); Walter Guido Weyland (1955); José Pereira Rodríguez (1965); Rodolfo Walsh (1967); Alberto Bocage (1972); Juan Carlos Ghiano (1977); Jorge Luis Borges (1979); Juan Carlos Onetti (1986); Jorge B. Rivera (1993); Abelardo Castillo (1993) y Roberto Giusti (1994), entre otras voces calificadas que dedicaron páginas de relevancia sobre el escritor salteño. A su vez, es de rigor señalar los números especiales publicados por: *Nosotros*, Montevideo, marzo de 1937; *Sech*, Santiago de Chile, marzo de 1937; y

Ensayos, Montevideo, mayo de 1937, realizados especialmente en homenaje al autor ante su muerte.⁴²

Como señalamos al comienzo de esta comunicación, pese a que todos los cronistas señalan las penurias por las que atraviesa Quiroga luego de su apartamiento del cargo diplomático, en su última época, nuestro trabajo intenta retomar ese recorrido con la intención de ahondar en un campo que consideramos ha sido investigado a medias: el de la recuperación del símbolo nacional Horacio Quiroga a partir de su muerte, así como la restauración y posterior canonización de su figura literaria en las letras uruguayas desde entonces. En tal sentido, además de recuperar el trazo de sus biógrafos y principales estudiosos, es importante mencionar, como parte de los aportes del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivo Literario (1948), la llegada de Darío Quiroga a Uruguay.

Luego de la muerte de Quiroga, en 1937, pasaron más de diez años hasta que en 1949 Darío, hijo del escritor, llegara a nuestro país a donar al Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (INIAL) una serie de documentos de su padre, muchos de los cuales permanecían inéditos aún en aquel tiempo. En una significativa ceremonia habló del material reunido en la donación, que para estudios posteriores fue decisiva. El evento fue cubierto por distintos medios.⁴³ Darío también se refirió por primera vez a la pasión del narrador por el

⁴² Uno de los pocos proyectos editoriales que celebró al autor en vida fue *Babel. Revista de arte y crítica*, proyecto dirigido por Samuel Glusberg. Basta recordar el número homenaje [nº 21, noviembre de 1926] que con motivo del éxito de *Los desterrados* le dedicara, con fotografías y opiniones sobre su obra por parte de varias figuras del ambiente literario rioplatense y regional.

⁴³ Un rápido vistazo así lo indica, en *El País*, Montevideo: «Los manuscritos de Q.» [08/01, 10/01]; «Un valioso conjunto» [11/01]; «Se entregan hoy» [12/01]; «Fueron entregados» [13/01]; en *El Día*, Montevideo: «Entrega de originales y documentos de H. Quiroga» [13/01], «Sobre aspectos de la vida del escritor Horacio Quiroga disertó su hijo, el Sr. Darío Quiroga» [14/01]; en *La Mañana*, Montevideo: «Palabras de un director» [06/01]; «Documentos de H.Q.» [08/01, 11/01, 13/01]; «Conferencia sobre H.Q.»

cine, tema que desarrolló al día siguiente en una conferencia dictada en el Paraninfo de la Universidad, titulada: «Aspectos poco conocidos de la vida de Horacio Quiroga» (Montevideo, 13 de enero de 1949), de la cual tuvimos conocimiento por primera vez gracias a un artículo de Washington Benavídez (Quiroga, 1998). Si bien este hecho fue relevado por la prensa local, lamentablemente constatamos que ningún diario transcribió textualmente lo dicho, salvo líneas sueltas, aquí y allá. Solo Emir Rodríguez Monegal intentó reconstruir parcialmente la conferencia una semana después (1949).⁴⁴

Para terminar, existe una larga lista de representaciones ficcionales sobre la vida/obra de Quiroga que no solo se extienden en el tiempo, sino que abarca diversos géneros discursivos, como el comic, el cine (corto y largometraje), el documental, la novela gráfica, el teatro, la serie televisiva, entre otros formatos, y

[14/01]; en *El Debate*, Montevideo: «Conferencia» [13/01]; en *Acción*, Montevideo: «Una ceremonia significativa» [12/01, 14/01]; en *La Tribuna*, Montevideo: «Entrega de originales» [13/01]; en *El Diario*, Montevideo: «Manuscritos de Horacio Quiroga en la Biblioteca Nacional» [12/01]; en *El Plata*, Montevideo: «Mañana serán entregados» [11/01]; en *El Diario Español*, Montevideo: «Documentos de H.Q.» [11/01], «Fueron entregados» [13/01], «Conferencia sobre H.Q.» [14/01]. A su vez, en el Anexo 4 dedicado a la Iconografía, se presentan imágenes inéditas de este evento.

⁴⁴ La llegada de Darío, además, propició la visita que muy poco después Rodríguez Monegal le devolviera al hijo del escritor para seguir profundizando en el estudio de su padre, tal como afirma el crítico: «En mayo de 1949 visité Misiones con D.[arío] Quiroga [...]. La Dirección interina del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios de Montevideo nos había encomendado una misión de estudio» (1961). De esta experiencia, a su vez, surgen dos piezas textuales: la crónica «Con los desterrados de Horacio Quiroga» (*Marcha*, 1950), que luego aparece reunida en *Las raíces de Horacio Quiroga* (1961) con variantes en el título [«En Misiones, con los desterrados»]; y un valioso informe al director del INIAL, preparado por Monegal, en el que da a conocer detalles de su gestión, el itinerario de viaje, así como otros testimonios y observaciones. El texto fue dado a conocer por primera vez en 2021, en el N° 17 de la *Revista de la Academia Nacional de Letras* (Véase Penco, 2021).

que forman parte del proceso de recreación de su figura.⁴⁵ En lo que concierne a la ficción narrativa, acaso quepa señalar cuatro trabajos que abordan el asunto desde esa perspectiva: *El misterio Horacio Q*, de Juan Carlos Mondragón (1995); *Un amor a la deriva. Horacio Quiroga y Alfonsina Storni*, de Ana Atorresi (1997); *La vida brava. Los amores de Horacio Quiroga*, de Helena Corbellini (2007), y *Horacio Quiroga y Alfonsina Storni. Amor, locura y muerte*, de Fernando Klein (2020).

⁴⁵ En cuanto a las adaptaciones a cine se refiere, y tomando como punto de partida la primera transposición de cuentos de Quiroga a la pantalla grande con *Prisioneros de la tierra* (Mario Soffici, 1939), nos remitimos al trabajo de Alejandro Ferrari y Martín Bentancor (2016), en el que se ofrece «un mapa provisorio de este conjunto», que asciende a más de cincuenta representaciones, entre largo y corto metraje, así como en el género televisivo y documental. En el debe quedan, sin embargo, las representaciones teatrales.

5. De *Cuentos de la selva* (1918) a *Suelo natal* (1931)

Ya sea para aprovechar el envión de notoriedad que le había dado la publicación de *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917), o porque por aquel entonces ya tenía aceitado un ritmo de producción que le permitía cubrir en simultáneo un buen número de espacios tasados (*Fray Mocho*, *P.B.T.*, *El Hogar*, *Plus Ultra* y *Mundo Argentino*), Quiroga no tardó en publicar primero por separado (como le era habitual) las historias que integraron los *Cuentos de la selva (para los niños)*, para luego reunirlos en un volumen aparte, en 1918. El segundo segmento del título, *para los niños*, proponía decididamente un cambio de destinatario, el público infantil, al tiempo que habilitaba otros modos de lectura, entre ellos el de ser utilizado con finalidad educativa en las aulas.⁴⁶

Movido por el interés de generar ingresos con la ocurrencia, inició las gestiones pertinentes para ofrecer el proyecto a las autoridades escolares uruguayas, en virtud de que fuese adoptado como libro de lectura obligatoria para Enseñanza Primaria, no sin tantear primero los *auspicios* con los que contaría el *negocio*. Estas razones lo llevaron, en 1917 y perfilando la publicación del libro, a tomar contacto «con su excondiscípulo, el Presidente de la República Baltasar Brum y su también conocido de la juventud salteña, el ministro Rodolfo Mezzera», como indica Pablo Rocca (2007, p. 104),⁴⁷ así como con la «posición oficial» de Alberto Lasplaces, periodista, crítico literario y político batllista uruguayo, como se aprecia en la única pieza epistolar que pervive sobre este vínculo (Quiroga, 2007, p. 456).

Según sus primeros biógrafos, contrario a lo que el escritor esperaba, la respuesta de las autoridades uruguayas no tardó en llegar, dando por tierra con la iniciativa:

⁴⁶ Para observar un recorrido más detallado sobre el proceso de gestación de este libro en particular y sus peculiaridades, aspectos en los que no profundizaremos, nos remitimos a los trazados por Rocca (2007) y Ferrari (2018, 2021).

⁴⁷ En aquel entonces Brum era Ministro de Relaciones Exteriores (entre 1919 y 1923 sería Presidente de la República) y Mezzera fue su Ministro de Justicia e Instrucción pública.

[...] cuando se pasó su propuesta a informe de los inspectores escolares, estos lo produjeron de modo lapidario: tal tiempo de verbo estaba mal colocado, esta cláusula quedaba sin sentido, aquella repetición de vocablos denotaban pobreza y mal gusto, cual giro era una verdadera bofetada aplicada a la sintaxis. Poner aquello entre manos de los que recién se inician en el estudio del lenguaje escrito resultaba pernicioso. Esto en cuanto forma, porque, además, el libro desvirtuaba el propósito clásico de la fábula infantil: carecía de moraleja (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 238).

En realidad, presentada así por los amigos salteños, la respuesta de la Dirección General de Instrucción Pública del Uruguay, en la que se argumenta en contra de la pertinencia de los *Cuentos de la selva*, en rechazo al ofrecimiento que Quiroga hiciera a este organismo de adquirir ejemplares para las escuelas del país, queda excesivamente reducida a unos pocos titulares, que parecen más caprichos de escritorio. Será Samuel Glusberg, en 1921, quien hará público el informe-respuesta –si bien no de manera completa– en el N° 10 del período argentino de la revista *Babel*. Vale la pena transcribirlo a continuación:

[...] [la] respuesta originalísima y moralizadora que hemos resuelto copiar para esta sección [...]. Dice el firmante de la nota, un señor Emilio Fournié (tanto gusto):

“He leído el libro *Cuentos de la selva* de que es autor el señor Horacio Quiroga; comprende ocho cuentos que tienen de nueve a quince páginas, y se refieren a hechos ocurridos en las selvas de Misiones, interviniendo animales poco conocidos entre nosotros.

Son cuentos que no tienen el carácter de novelas cortas, como los consideran algunos autores, sino más bien como el de fábulas en prosa, figurando en casi todos ellos, animales y personas. La conclusión de carácter moral que fluye de esos cuentos no es siempre la más apropiada para la lectura de niños, puesto que si en el 1º, 5º y 7º se pone de manifiesto el agradecimiento, en el 2º, 3º y 4º se destaca la venganza; en el octavo la haraganería de una abeja que, en general, se presenta como prototipo del trabajo. Pero aun en los cuentos donde la moraleja es buena, encuentro que se llega a una conclusión demasiado infantil a través de un escrito demasiado largo, de tal modo que su lectura no se adaptaría a los niños mayores por la primera razón, ni a los menores por la segunda. (¿?) [sic] En cuanto a la parte gramatical y literaria encuentro el mismo inconveniente que se nota en los libros escritos para niños cuando se pretende alcanzar una más fácil comprensión, empleando un lenguaje semejante al de los niños; a veces, hasta con deficiencias”.

Y a continuación el señor Emilio Fournié (?) [sic] trata de ejemplificar sus aseveraciones poniéndose del todo ridículo al citar como “gazapos” ciertos pasajes de los cuentos de Quiroga. ¿Pero, a qué copiarlos? Con lo transcrito sobra. ¿Acaso alguien, que sea sensato, puede tomar los reproches de este

ilustre jefe de oficina que escribe tan pedestremente como otra cosa que un elogio de la obra de Quiroga?

Sirva, pues, nuestra indiscreción para enterar a los maestros que existe un libro para los niños que ha sido rechazado como “texto escolar”. Ya se sabe lo que esto significa («Indiscreción», p. 140.).

El tono despectivo que utiliza Glusberg al tildar de «jefe de oficina» al autor del informe, parece exagerado para calificar la labor de Emilio Fournié. Al margen de que no estuviese de acuerdo con sus juicios, Fournié fue maestro, profesor, contador público e Inspector Técnico de Enseñanza Primaria y Normal, área en la que desempeñó un rol importante. Integró la Comisión Asesora del Ministerio de Protección a la Infancia, que legisló y aprobó el Código del Niño, en 1934. Por otra parte, escribió: *El campamento escolar de Piriápolis* (1927); *Las escuelas al aire libre, desde el punto de vista pedagógico* (1927); *Organización de la enseñanza primaria y normal en el Uruguay* (1932); *Diferenciación del alumnado por su capacidad intelectual y educación de los niños irregulares de carácter* (1940); *Organización Integral de la Protección a la Infancia* (1944, junto a varios autores); *La biblioteca pública del Instituto Internacional Americano de protección a la infancia* (1946); *Cómo utilizan el material audiovisual en la enseñanza* (1957), entre otros trabajos, según figura en el catálogo de la Biblioteca Pedagógica Central «Mtro. Sebastián Morey Otero», en Montevideo.

En este sentido, y ante la jerarquía de Fournié (que el crítico chileno desconoce, o pasa por alto), la respuesta a Quiroga tal vez pueda leerse no como una falla (por su eventual rechazo), sino como un gesto de honestidad intelectual y respeto hacia el escritor, más allá de las expresiones desfavorables con relación a la propuesta de *Cuentos de la selva*, que no cuadraba. A su vez, no es de extrañar que la razón por la cual Quiroga no figure en las sucesivas ediciones de libros de lectura o lecturas complementarias oficiales de enseñanza primaria y normal en Uruguay posteriores al informe, al menos en vida del escritor, se deba al dictamen de Fournié como antecedente.

Una exhaustiva búsqueda en el acervo bibliográfico de la Biblioteca Pedagógica Central (Montevideo) así nos lo confirma, luego de repasar numerosos índices sin

encontrar mención alguna al escritor salteño, en volúmenes autorizados por el Consejo o evaluados y adaptados para su uso. A saber: *Lecturas Suplementarias para las Escuelas Urbanas*, de Joaquín Mestre (1921, 1926, 1942); *Libro primero de lectura*, de Abadie-Zarrilli (1921, 1922, 1943); *Páginas de literatura contemporánea*, de Juana de Ibarbourou (1926, 1928); *Catálogo de los trabajos clasificados por materias y autores, publicados en «Anales de Instrucción Primaria», «Enciclopedia de Educación» y «Educación»* (1927-1940); *Uruguay. Libro tercero de lectura*, Abadie-Zarrilli (1927); *Alegría. Primer libro de lectura*, de Abadie-Zarrilli (1927, 1931, 1939, 1942); *Libro cuarto de lectura*, de A. Vásquez Acevedo (1929, 1936); *Lecturas suplementarias para las Escuelas Rurales*, de Joaquín Mestre (1931); *Poesía. Primer libro de lectura*, de Abadie-Zarrilli (1931); *Naturaleza: tercer libro de lectura*, de Abadie-Zarrilli (1941); *Libro segundo de lectura*, de Abadie-Zarrilli (1944); *Campo. Segundo libro de lectura*, de Abadie-Zarrilli (1948); *Cuadernos de lecturas N° 2*, de Élide Blanca Miranda y Eugenia Beinstein de Alberti (1949), entre otros.⁴⁸

Mientras tanto, el libro de 1918 continuó con su recorrido:

En vida de Quiroga *Cuentos de la selva* es traducido al inglés en 1922 por Arthur Livingston y cuenta con ilustraciones de Aiden Lassell Ripley. En 1927 aparece la primera traducción francesa con traducción de Francis de Miomandre e ilustraciones de Roger Reboussin. En 1935 se realiza la primera edición uruguaya, por la editorial Claudio García, con ilustraciones de Eduardo Vernazza (Ferrari, 2018, p. 23).

El filtro pedagógico aplicado a Quiroga para el caso de los *Cuentos de la selva* se refuerza si tomamos en cuenta que en 1924 la Dirección General de Enseñanza Primaria y Normal, presidida por el Dr. Eduardo Acevedo, presentó un proyecto mediante el cual se llamó a concurso para la redacción de textos correspondientes a los cuatro primeros años de las escuelas, para dotarlas de libros de lectura «que

⁴⁸ Para completar nuestra pesquisa, en cuanto a confirmar la aparición de Quiroga en los programas oficiales de enseñanza Primaria, luego de revisar los *Programas de enseñanza primaria para las escuelas urbanas* (1917, 1921, 1925, 1941, 1957) y rurales (1949); así como los *Programas de estudios magisteriales de 1° grado [1895-1932]* (1916, 1922, 1928), tampoco encontramos su nombre.

respondieran al verdadero espíritu de la Escuela uruguaya». El llamado tuvo como jurado principal al inspector Fournié, como parte del comité de evaluadores. Así lo confirma el testimonio de los autores Humberto Zarrilli y Roberto Abadie Soriano, que resultaron seleccionados:

Este concurso, despertó vivísimo interés entre los maestros, siendo numerosos los trabajos presentados. El Jurado, integrado por personas de notoria versación en la materia y de indiscutible solvencia moral, tales como el Dr. José Pedro Varela, que lo presidía; Emilio Fournié, Inspector Técnico; Teófilo Gratwhol, Inspector Regional; Dr. José Pedro Segundo, Decano de Enseñanza Secundaria y Preparatoria; Arturo Carbonell y Migal, Director del Instituto Normal de Varones; Dr. Raúl E.[duardo] Baethgen, miembro del Consejo N.[acional] de Enseñanza Primaria y Normal; y Luisa G. de Murguía, Sub-inspectora de Escuelas de Montevideo, otorgó, por unanimidad, el primer premio a la serie de libros de lectura presentada por nosotros, titulados: *Alegría, Tierra Nuestra, Uruguay y Optimismo*. Desde este momento y de acuerdo con las bases, estos libros pasaron a ser los oficiales del Consejo N. [acional] de Enseñanza Primaria y Nacional (1946, p. 135-136).

A propósito del último título mencionado, *Optimismo. Libro cuarto de lectura* (Zarrilli-Abadie), se produce allí un caso de excepción, que tal vez constituya la primera aparición de un texto quiroguiano en un manual oficial de lectura de Primaria, ya que tanto en su primera edición (1927), como en las tres siguientes (1936, 1939 y 1941) cuenta con la presencia de «La abeja haragana», mención que desaparece en la última edición de 1945. Lo curioso de esta inclusión es que se trate —como vimos— de un texto valorado negativamente por Fournié en su informe inicial, señalando «la haraganería de una abeja que, en general, se presenta como prototipo del trabajo» y, en este sentido, su ausencia de moraleja y las deficiencias que este punto deja entrever en cuanto a los valores morales que lo convierten en un texto no apto para niños, junto con el resto. A propósito de este punto, con relación a la literatura infantil vinculada a Quiroga, y también como complemento valorativo al que ofreció el inspector uruguayo, la profesora Nélida Riccetto dice:

Entre los narradores para quienes la «literatura infantil» primero es Literatura, está Horacio Quiroga [...]. Los *Cuentos de la selva* muestran al mejor Quiroga, en pleno dominio de sus recursos de narrador realista —aunque cultive la fábula— [...]; recrean el medio físico inmediato: paisaje natural, no cultural ni idílico; animales verdaderos y no ositos de peluche. Lo

sensorial no excluye lo emotivo. Hay acción intensa, que los niños reclaman, y hay violencia, como la que los niños aplauden en *La Odisea*. Pero hay también ternura [...]. Lo que no hay es moralina ni moraleja (Ricchetto, 1998, p. 219).

Esta fábula en particular, incluida originalmente en *Cuentos de la selva*, que a su vez «tuvo edición en la revista *Caras y Caretas* posterior a la publicación en libro» (Ferrari, 2021, p. 101), fue el único texto que logró recuperarse del rechazo para ser tomado en cuenta luego, tal vez porque en realidad, como señala Pablo Rocca: «“La abeja haragana” parece ejemplificar la máxima marxista de que “el que no trabaja no come”», (2007, p. 106), dando lugar a una moraleja que, interpretada de esta manera, logró infiltrarse como enseñanza.

Cotejando las sucesivas apariciones en *Optimismo*, encontramos que hacia el final del texto, junto con un vocabulario mínimo y una breve actividad, en todas aparece la siguiente esquila con referencia al escritor: «Horacio Quiroga: Dígame que el autor de este cuento es uno de los grandes novelistas uruguayos, que escribe con preferencia motivos que se desarrollan en las selvas argentinas, que él conoce admirablemente». Nótese el orden de prioridad en las informaciones, en el sentido de pertenencia de su carácter literario, el origen nacional de su pluma, así como el de procedencia de sus saberes en cuanto al ambiente y la especificidad de su aporte.

Se trata de aspectos que en Quiroga inevitablemente requieren ser volcados al unísono en su presentación pero delimitados con jerarquía, precisión y también cuidado, en especial si hablamos de un público infantil y docente, como en este caso, ya que mediante esas breves líneas es incorporado por primera vez a un contexto de carácter formativo y oficial en el estudio de la literatura de un país, y no al sistema de cualquier país, sino al uruguayo.

Por otra parte, es interesante mencionar que la necesidad de incorporar al cine como elemento de enseñanza, tal como lo afirma el propio Quiroga en momentos diferentes,⁴⁹ así como lo referido a su uso para «la documentación aislada, para las

⁴⁹ Primero en «El cine en la escuela. Sus apologistas», nota que forma parte de «Los estrenos cinematográficos», *Caras y Caretas*, 21/II/1920; más tarde en «El cine

ciencias y aún para el registro fragmentario de alguna actividad artística [...]» — en definitiva, funciones que concuerdan con la visión del escritor uruguayo sobre el rol didáctico del cine y su utilización como instrumento «educativo» (Cuarterolo, 2009)— eran ideas que estaban presentes en la época no solo de gestación de los *Cuentos de la selva*, sino también del lento proceso de incorporación de su literatura a las aulas, tal como hemos venido rastreando.⁵⁰ En 1917, por ejemplo, la postura que de modo apocalíptico avizoraba y fomentaba la sustitución del libro de texto en las aulas frente al registro fílmico se verifica en Buenos Aires con la creación de un proyecto cultural denominado *Cinematógrafo educativo*, a cargo de la educadora argentina Antonieta Capurro de Renauld. El emprendimiento se extendió a Montevideo bajo la dirigencia de Joaquín E. Rimbaut. Un anónimo cronista, dando cuenta del emprendimiento, por entonces comenta:

El cine educativo se inspira en el principio siguiente. La linterna de proyección, por los innegables beneficios que reporta a los métodos objetivos de la instrucción primaria, ha de sustituir al libro de texto, que va a quedar rezagado a un simple medio de consulta, ya que las lecciones sobre la pantalla son más fácilmente asimiladas por los pequeños educandos, grabándoseles en la retina, razón por la cual es más pronta la recordación.⁵¹

educativo. *Patagonia*», texto publicado en *Atlántida*, 3/VIII/1922, y finalmente en «Cinematógrafo infantil», en *El Monitor de la Educación Común*, en 1929.

⁵⁰ Para observar un ordenamiento cronológico detallado de las notas cinematográficas escritas por Quiroga, publicadas en las revistas porteñas *El Hogar*, *Caras y Caretas*, *Atlántida*, *Mundo Argentino*, *El Monitor de la Educación Común* y el diario *La Nación*, desde 1918 hasta 1931, véase el apartado de anexos en Ferreira y González Estévez (2014). A su vez, el investigador Alejandro Ferrari (2021) ubicó e incorporó recientemente a este corpus una nueva pieza que puede considerarse inicial dentro de la producción del autor: «El Teatro Mudo: elogio del cinematógrafo», publicada el 16 de mayo de 1917, en el N° 332 de la revista *Mundo Argentino*.

⁵¹ «Cinematógrafo educativo para niños», *Fray Mocho*, 23/II/1917. A propósito de la salud y de las retinas ante la pantalla, un artículo publicado casi una década después del

Luego del rechazo a su propuesta de libro de texto, hacia 1920, Quiroga cambia el foco conceptual y, por qué no, también el de su interés económico aprovechando las posibilidades técnicas del nuevo arte cinematográfico, reclamando la difusión de cintas de rigor científico en las aulas para un mejor aprendizaje de los más chicos: «al no difundir en escuelas y colegios el filme científico en todos sus ramos, y de inmediato [...] damos un paso atrás, porque no hay libro de texto que valga, para el millón de cosas que es necesario ver para comprender» (Quiroga, 1997, p. 75). En este momento Quiroga se atreverá a introducir una percepción didáctica que abarque la presencia del cine y la literatura, en una de sus ficciones misioneras en la que los animales «asistieron al cine, donde al ver escenas del natural en la selva, cruzaron una mirada entre ellos, sonriendo suavemente».⁵²

En este sentido, se pondera la enseñanza tanto fuera de las aulas, como de las pantallas, en procura de transmitir observaciones y experiencias verídicas que nos hablen de la realidad tal como es y formen el carácter de los estudiantes, tal como lo quiso hacer con la fallida adaptación de los *Cuentos de la selva*, pensado para los niños, solo que esta vez concentrará esfuerzos mediante un cambio de interlocutor, en la figura de los formadores:

texto citado parece echar por tierra las virtudes del dispositivo con relación a las exhibiciones ante niños: «En Alemania recientemente han dado a conocer sus opiniones respecto al cinematógrafo buena cantidad de hombres de ciencia. De estas opiniones sácase la consecuencia de que los padres que cuidan de la salud moral y física de sus hijos deben evitar en cuanto les sea posible la frecuentación de los niños a las salas donde se pasan *films*. La vista de los niños sufre muchísimo más de lo que puede presumirse por el esfuerzo que realizan para seguir el desarrollo de las cintas, aparte de los graves inconvenientes que reportan las aglomeraciones de público en lugares cerrados, sin luz, con mala y poco frecuente renovación de aire. “Los niños no deben concurrir al cinematógrafo”, parece ser la máxima a que se ha llegado después de serios y bien medidos estudios al respecto» («Comentarios sobre el cine», en *Caras y Caretas*, 14/IV/1928).

⁵² «Paz», publicado en *El Hogar*, Buenos Aires, 16/XII/1921.

desde que la enseñanza se convirtió en profesión, perdió con ella su virtud vocacional. No hay ser capaz de enseñar lo que no siente, ni profesor capaz de enseñar a ver lo que late tras la frente de cada criatura. Se nace educador como se nace artista o inventor; es decir, ya lúcido y amante desde que se abrió los ojos (Quiroga, 1994, p. 76).

En esta línea de pensamiento, hemos verificado que en Quiroga la utilización de la maestra rural como ejemplo argumentativo desde lo literario para atribuir al cine superioridad didáctica frente a los libros de textos, u otros mecanismos de comprensión, se remonta a un artículo de 1922, donde expresa que:

el chico no debe aprender leyendo. Conocemos una maestra de escuela rural situada en pleno monte, que enseñaba elementos de botánica a sus alumnos, mostrándoles con muchas precauciones para que no le ensuciaran, las figuritas de un rico texto escolar... Cuando en vez de entontecer con libros a los alumnos, las escuelas enseñen con el material vivo del cine, habremos aprendido por fin, sin mayor pedagogía, que un chico de ojos bien abiertos tiene otra puerta de entrada para aprender, que un frío libro, unos ojos miopes y una dispepsia (Quiroga, 1997, p. 283).

También en 1922, con motivo del centenario de la independencia de Brasil, y debido a su designación como secretario de la embajada por parte del Presidente uruguayo Baltasar Brum, Quiroga es enviado al país norteno en una misión diplomática (Jitrik, 1959, p. 27). El viaje hizo posible el premeditado encuentro con el escritor, editor y traductor brasileño José Monteiro Lobato (1882-1948), por quien Quiroga sentía gran admiración desde que había tomado contacto con su literatura en 1917 —con la publicación del libro *Urupés* a cargo de Manuel Gálvez, responsable, a su vez, de la primera edición de los *Cuentos de amor de locura y de muerte*—, que continuó gracias a un permanente contacto epistolar que mantuvieron desde entonces (Quiroga, 2007). Varios proyectos unen sus intereses, entre ellos, justamente la literatura infantil y el cine (véase Gurgel, 2005 y 2007; Rocca, 2007, Giacosa, 2012).⁵³ Sobre este asunto, ambos dieron cuenta de

⁵³ En cuanto a Lobato, no tenemos conocimiento de trabajos que se hayan encargado de rastrear el recorrido de recepción de su literatura infantil en Uruguay. Un elemento a tener en cuenta, en caso de realizarse, sería consignar la aparición de sus textos —tal vez por primera vez— en la sección de lectura «para los niños», como parte del *Programa de enseñanza primaria para las escuelas urbanas* de 1941 (Consejo Nacional de enseñanza

un arte novedoso «con estética propia y además generador de un gran negocio [...]». Ambos se fascinaron con el progreso de las técnicas fílmicas, repudiaron la censura y sobre todo, destacaron la belleza de las *stars* [...] Reflexionarán sobre la renovadora manera de mirar-ver [...] el cine mudo y el cine sonoro (en este asunto, a diferencia de Quiroga, el brasileño celebrará la irrupción del sonido por cuanto esta técnica tiene de progreso)» (Utrera, 2009, p. 7).

Más tarde, en «El maestro de territorios» (1926), Quiroga comienza a decantar sus reflexiones hacia una visión educativa que no solo se concentre en el uso de las herramientas o de los dispositivos de aprendizaje (libros de textos, documentales cinematográficos, informativos y películas), sino que postula integrar la práctica con el espíritu artístico. Así, en «Cinematógrafo infantil» (1929)⁵⁴ retomará por tercera vez la imagen de la escuela rural y de la maestra para fijar de otra manera la idea anterior, agregando el componente vital, en cuanto a que la pantalla no matará a libro escolar, pues no se trata: «de reducir la enseñanza a la exhibición cinematográfica de elementos objetivos. No. [...] La pantalla sirve para adquirir por medio de ella todos aquellos conocimientos sensibles casi exclusivamente al ojo».

El cine ofrece vida propia, tal como lo hace la literatura, porque para Quiroga ambos registros son pensados a partir de una escritura que contempla un tipo de representación ficcional, sin la necesidad de que sean teatrales, de allí que para él ambas artes se complementan de manera significativa en el plano didáctico, de lo contrario no utilizaría la expresión «libro abierto del cine» como enganche del artículo para captar el interés de los niños en las aulas y también el de los maestros.

primaria y normal, p. 103) con relatos pertenecientes a la *Historia de las invenciones* (1935), que se convertiría rápidamente en un clásico ineludible dentro de este tipo de literatura.

⁵⁴ Publicado originalmente en *El Monitor de la Educación Común*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, N° 681, setiembre de 1929, p. 188-189.

Por otro lado, a propósito de aulas, pese a que Delgado y Brignole afirman que «las fábulas y cuentos [de Quiroga] son lectura obligada en los liceos de la República» ([1939], 2016, p. 238), o bien, que «Había sido incorporado oficialmente a la literatura uruguaya, entrando en los programas de la materia» (p. 352), los datos que poseemos hoy indican que la incorporación del estudio de la obra de Quiroga en los programas oficiales de literatura de Enseñanza Secundaria en Uruguay ocurre de forma lenta y algo tardía, no solo si tomamos en cuenta la coordenada de su muerte (1937), sino también la expresada por al menos una de las versiones del decreto de la repatriación, en cuyo artículo 4º dice: «Diríjase comunicación a los Consejos de Enseñanza Primaria y Secundaria disponiendo que al iniciarse los cursos se recuerde en los centros de enseñanza la trascendencia y méritos de la obra del insigne escritor compatriota».⁵⁵

Tomando estas informaciones en cuenta, y luego de revisar el archivo histórico de programas, en la sección Documentación estudiantil de la Dirección General de Educación Inicial, Primaria y Secundaria de ANEP, verificamos que Quiroga en realidad es incorporado en el Plan 1941 y no antes [allí, la bolilla 18 indica *Quiroga o Reyles*], como parte del Programa de literatura de tercer año (primer curso), aprobado por la Comisión y confirmando su vigencia por resolución del Consejo en 1952, datos en los que a su vez se ampara Real de Azúa para elaborar un exhaustivo listado de autores elegidos en el sistema educativo uruguayo para la enseñanza literaria (1958).

A partir de allí su mención aparecerá sin variantes, a excepción de algunos cursos de segundo ciclo, donde se lo consigna con otro acompañamiento de autores *Acevedo Díaz o Viana o Reyles o Quiroga*, y entre 1963 y 1979, y en ocasiones formará parte de la Variante B, es decir, como lectura complementaria de un

⁵⁵ Decimos *al menos una versión* ya que el decreto oficial que encontramos publicado en el *Diario Oficial*, Marzo 16 de 1937 (Enero, Febrero, Marzo 1937), Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Página 470-A, N° 13, es en todo más sucinto y omite, entre otros puntos, el de la inclusión de su nombre en los centros de enseñanza, pese a que ambos decretos se encuentran firmados por el Presidente Gabriel Terra.

listado de autores fijos. En estos casos se alude siempre a la lectura de *Los desterrados* y otros dos cuentos provenientes de publicaciones ulteriores.⁵⁶

Por último, luego del informe negativo del inspector Emilio Fournié, Quiroga no abandonó la empresa educativa ni el deseo de colocar los libros de textos para niños en las aulas. Poco más de una década después, y de varios intentos: «pudo, al fin en 1931, ver que el Consejo Nacional de Educación argentino, adoptara como texto de lectura para 4º grado, *Suelo natal*, un libro que había escrito para la infancia con la colaboración de Leonardo Glusberg» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 321).⁵⁷

El libro, en el que también aparecerá la fábula ya testeada de «La abeja haragana», conoció seis ediciones ininterrumpidas en vida del autor, y una séptima en preparación al momento de su muerte. En carta dirigida a Enrique Amorim, en marzo de 1935, y atravesando su peor momento económico luego del cese de sus funciones en el consulado argentino, Quiroga deposita casi por completo sus esperanzas en los dividendos que para entonces le reportaba anualmente los derechos de autor: «capeo el temporal, confiando en que el libro escolar haga el resto» (Quiroga, 2007, p. 246). Sin llegar a ser este un gran negocio, fue el que más dinero le reportó en ese último trance, y «por lo menos le acercó un alivio» (Rocca, 2007, p. 110).

Para observar un análisis cuantitativo y cualitativo de este libro desde una perspectiva más reciente, que abarca aspectos como geografía, lengua, moral y

⁵⁶ La búsqueda se concentró en los programas de literatura de Secundaria desde primer a cuarto año (primer ciclo y segundo ciclo), abarcando los preparatorios (curso único) de Agronomía, Arquitectura, Medicina, Química, Ingeniería, Ciencias Económicas y Derecho. En cuanto a las coordenadas temporales, revisamos desde el Plan 1917, pasando por el Plan 1927, hasta 1931, luego la Reforma de 1937 y el Plan 1941, vigente en 1952, y que incorpora variaciones en el Plan 1963, que a su vez continúa hasta 1973.

⁵⁷ *Suelo natal. Libro de lectura*. Buenos Aires, F. Crespillo ed., 1931. Aprobado por el Consejo Nacional de Educación para 4º grado, escrito en colaboración con Leonardo Glusberg, Maestro en las escuelas primarias de la Capital Federal y profesor en la Escuela Nacional de Comercio de Ramos Mejía, junto a ilustraciones de Miguel Petrone.

civismo, remitimos al muy buen trabajo de Marta Inés Reggi (2007). Allí la autora realiza una confrontación del libro de 1931 con los requisitos institucionales de la época en la que fue aprobado para su uso en las aulas argentinas. Su balance concluye en que si bien el proyecto estuvo enmarcado dentro del programa de estudios y fue admitido por la normativa del país, en realidad: «se observa que los contenidos transmitidos son diametralmente opuestos», y que «las directivas y recomendaciones del Consejo Nacional de Educación no fueron determinantes para su aprobación» (p. 59).

Pero *Suelo natal*, en opinión de Patricia Festini, va más allá de los programas vigentes de la época, y si interpretamos la fuerte impronta quiroguiana en la elaboración del temario, esta: «parece prefigurar la construcción de un individuo íntegro, amante de la naturaleza, del trabajo, de enfrentar nuevos desafíos y, por sobre todo, amante de la sencillez. Un individuo que refleje, quizás, la que fue su búsqueda en el monte misionero» (2015, p. 3). Un camino en el que también hay lugar para integrar las novedades científicas y artísticas, intención que en el libro se patentiza con la inclusión de un texto sobre cine: «El cinematógrafo» (1931, 57-59). En él Quiroga plantea la idea del archivo vital, la del retrato vivo de la acción, reconociendo y validando un formato que para entonces, contrario a su inclinación personal por el tipo de cine que celebraba (el mudo), por entonces había alcanzado ya «un mayor perfeccionamiento técnico con las películas sonoras y las películas habladas» (1931, ídem).

6. *Más allá* (1935). Una desvinculación institucional, una reconexión literaria

Las consecuencias de haber sido declarado cesante de su cargo diplomático en el consulado uruguayo en Argentina, el 15 de abril de 1934, se tornan irreversibles para Quiroga. Ante la pérdida de sus privilegios políticos, pero principalmente de los económicos, —ya que no podía vivir solo de sus pequeños negocios o incluso de lo que podía obtener con su pluma, que para entonces había casi abandonado— muestran un panorama complejo para afrontar la noticia de su desvinculación, o peor, como indican Delgado y Brignole, «el haber sido sacrificado, so pretexto de ahorro y reorganización [...] lo cual prácticamente, significaba arrojarlo a la miseria, porque en toda su vida no había sabido guardar nunca un vintén y todas las rentas con que contaba se reducían a su sueldo» ([1939], 2016, p. 334).

Así, la desaparición del ingreso fijo genera un descalabro imprevisto que lo lleva a mover cuanto contacto e influencia tenía en ambas orillas, apelando a las buenas migas que su reputación le había prodigado, tanto en el ejercicio consular como en su actividad literaria: la carta de sus colegas argentinos de la SADE al presidente Gabriel Terra en reclamo de su reintegro es un ejemplo; las gestiones de sus amigos salteños y de otros escritores y políticos cercanos al círculo terrista en Uruguay, constituyen otro. Ninguna acción surte efecto, o sí, pero a medias, ya que en febrero de 1935 le llega el nombramiento del cargo consular honorario. A partir de aquí, no le quedará otro remedio que aceptar el inicio de los trámites jubilatorios, que serán por demás engorrosos y extremadamente largos, incluso con las ventajas administrativas que por su reputación tenía.

En este contexto adverso, según Annie Boule: «Lo único agradable para Quiroga entre 1934 y 1937, aparte de algunos detalles, fue sin duda la publicación de *Más allá* [1935] y la compañía de sus pájaros y plantas» (Boule, 1975, p. 95). En cuanto a la calidad de este último conjunto de textos, coinciden sus biógrafos y críticos en que: «aunque aquí y allá su robustez mental y su maestría técnica dieran pruebas de existir intactas todavía, en el conjunto no podía pasar inadvertido cierto decaimiento de la potencia creadora» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 319). Para Rodríguez Monegal esa declinación en realidad habría comenzado antes, con el *fracaso* de su novela *Pasado amor* (1929) —incluso los

biógrafos salteños conceden que allí «había dado por concluida su obra» ([1939], 2016, p. 314)—, pero no solo eso, sino que aquel último mojón novelesco trajo aparejado algo mayor: «su progresivo abandono del arte, su sabio renunciamiento» (Rodríguez Monegal, 1950, p. 209). El investigador uruguayo es aún más incisivo en su apreciación, porque para él los *desiguales* relatos de *Más allá*, mirados desde una perspectiva global, en realidad no agregan nada a lo entregado por el escritor salteño en otros períodos de su producción.

Por otro lado, Enrique Amorim señala la falta de autenticidad en la elección de los textos, rasgo que termina por afectar la extraña convivencia a la que parecen sometidos en el volumen, volcados sin una estrategia clara, como si fueran «pastiches», dándonos los últimos esfuerzos de «un escritor desnudo que entrega la obra total, lo que puede dar como máximo» (Amorim, 1983, p. 74). En este sentido, y si tenemos presente el contexto de gestación del libro, tal vez le asista razón al amigo coterráneo: «*Más allá* es un libro arrancado a H.Q.» (Amorim, 1983, p. 25).

Pero se trata de un libro arrancado por una buena causa: no solo para que sus lectores y amigos continuaran celebrando al maestro con la aparición de una nueva producción quiroguiana luego de seis años desde su última publicación en libro (*Pasado amor*, 1929), sino también para ayudarlo a amortiguar el mal trance espiritual y económico. Así, sus amigos en ambas orillas aprovechan el sello binacional Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense [S.A.L.R.P.] para invitarlo a editar, mientras al unísono no dejaban de hacer fuerza en el plano administrativo y político para destrabar la jubilación.

De hecho, tanto las gestiones administrativas, es decir, todo lo relacionado con la documentación requerida para agilizar los trámites ante el gobierno uruguayo, así como el proceso de edición del libro son asuntos que ocurren en paralelo y pueden visualizarse entrettejidos en la correspondencia cruzada que entre 1934 y 1935 mantuvo Quiroga con los uruguayos Asdrúbal Delgado y José María Fernández Saldaña —sus abogados defensores—, y con el escritor argentino César Tiempo,

que a su vez se cartea con Alfredo Mario Ferreiro, estos dos en calidad de editores responsables de la publicación quiroguiana.⁵⁸

Tomando la expresión de Amorim, aquel «arrancamiento» también provocó tensiones entre las partes involucradas en el proceso de edición de *Más allá*, ya que si bien para Quiroga se trataba de un volumen que recogía «historias ya conocidas», más que de otra especie, como le informa a Julio E. Payró (agosto 25, 1934), se intensifica el reclamo de sus editores a la hora de solicitarle a Quiroga el envío de los textos, tanto en términos de cantidad como de extensión. A propósito de este asunto, Alfredo Mario Ferreiro informa a César Tiempo el 26 de octubre de 1934:

Quiroga nos contestó negándose a enviar más originales. Dice que no escribe por kilo. Petit bronca, pero en cuanto vea unos ma[n]gos se le va la diarrea como por encanto. Lo que sí, escribible pidiéndole disculpas si querés por “nuestra carta”, pero decile que mande una foto firmada si es posible. Está en San Ignacio. Misiones (Carta inédita, Ferreiro, 1934. Ver Anexo 1).

Una semana antes de este mensaje, Quiroga escribía al mismo destinatario (César Tiempo) haciendo un breve descargo, cuyo desencadenante fue *la carta* a la que

⁵⁸ Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense [S.A.L.R.P.]. *Sección argentina*. Buenos Aires. Directores administradores: César Tiempo. Aristóbulo Echegaray [luego fue reemplazado por Alfredo E. Moen como Administrador General. En este rol también figuró David L. Zeitlin]. Asesor artístico: Antonio Pena. Comité consultivo: Mario Bravo, Arturo Capdevilla, Samuel Eichelbaum, Ricardo Rojas, Juan Torrendell. *Sección uruguaya*. Montevideo. Directores administradores: Agustín de Ocampo. Alfredo Mario Ferreiro. Administrador General para el Uruguay y exterior: Juan Edmundo Miller. Comité consultivo: Emilio Frugoni, Emilio Oribe, Carlos Sabat Ercasty, Justino Zavala Muniz, Alberto Zum Felde. [Datos extraídos de las hojas membretadas del proyecto en ambos países]. Este emprendimiento editorial generó la circulación de un valioso catálogo de voces, ya que «en un trienio de esfuerzos (1935-1938), aparecieron casi treinta títulos de 24 escritores y filósofos uruguayos, desde los del 900 (Vaz Ferreira, Frugoni, Quiroga) a los del 20 (Ipuche, Espínola, Morosoli, Amorim, Rodríguez Pintos, Juana de Ibarbourou) e incluso los jovencísimos Santiago Dossetti y Alfredo D. Gravina» (Rocca, 1991, p. 227).

se refiere Ferreiro. La moderada respuesta de Quiroga, que es acumulativa en cuanto a su enojo, no excluye el rechazo frente a la presión que ejercía el lado uruguayo sobre los originales enviados para la conformación del libro. Decimos acumulativa porque Quiroga ya había advertido sobre su plan de incluir entre «ocho o diez cuentos, la mayor parte breves» (mayo 30 a César Tiempo), si bien la cifra final fue de once textos, al tiempo que había insistido en que el volumen sería pequeño (junio 26, ídem), dando por finalizado el asunto de la extensión, al solicitar que se le conceda «este derecho *póstumo*» (julio 17, ídem).⁵⁹

También fue claro en otras solicitudes no menos importantes, por ejemplo en cuanto al tamaño de los tipos en la imprenta para facilitar la lectura, lo mismo con relación a los adelantos de dinero pactados en la contraentrega del original final, y la necesidad de dar su vistazo a todo en las pruebas de imprenta.⁶⁰

Ante tanto detalle a cuidar, aun sabiéndose entre colegas en los que podía confiar, tampoco se guardó sus guiños envenenados: «Brava gente esa de Montevideo» (julio 3, ídem). Dice finalmente Quiroga:

⁵⁹ Frente a los hechos posteriores, es interesante observar la polisemia que adquiere esta palabra elegida por Quiroga para referirse a su último libro, aunque fuese en tono de sorna: *póstumo* en consonancia con el título, *Más allá* y su *atmósfera fronteriza*, ultramundana; *póstumo* en el sentido de que este nuevo conjunto de relatos aparece luego de haber entregado ya lo mejor de su obra literaria; *póstumo* porque, al cabo, el cierre de este ciclo se comporta como un epílogo mortal en la peripecia trágica del autor.

⁶⁰ En una carta destinada al librero Arnoldo Moen, en diciembre 8 de 1934, Quiroga devuelve las pruebas de página corregidas de *Más allá*, entre ellas determina la supresión del subtítulo *Cuentos* y dispone algunas sugerencias en cuanto al diseño de página para una mejor lectura. Sin embargo, en la misiva se refiere a su interlocutor como Sr. *Administrador de Sociedad Amigos del Libro Rioplatense* (Quiroga, 2007, p. 465), pero creemos que Quiroga confunde el nombre de quien fuera su editor de *Los perseguidos* (1905) e *Historia de un amor turbio* (1908), con el de otro familiar, en este caso Alfredo E. Moen, verdadero Administrador General de la Sección argentina de la S.A.L.R.P., y autor de la carta inédita que adjuntamos en el Anexo 2 que acompaña esta investigación, destinada a César Tiempo, casi un mes antes de la muerte del escritor uruguayo.

Ruégole que haga saber a los interesados que el original que envié, si corto, es bueno y decente, y suficiente para hacer con él un honesto libro. Me duele un poco que se me tome la literatura al kilo [...]. Casi ninguno de mis libros pasa de las doscientos y pico de páginas. [...] Que no embromen allá. No he contestado directamente a la carta que le envió, por consideración a Ud. (Carta a César Tiempo, octubre 20 de 1934, Quiroga, 2007, p. 290).

Cuatro meses después, ya con las pruebas en sus manos, Quiroga aprovecha para elogiar el producto final: «La presentación de aquel, perfecta. Nada que objetar, ni siquiera el color de la tapa», sin dejar de recordarles, satisfecho, que tenía razón: «Compruebo también que sus codirectores de Montevideo gritaban en vano por la escasez del material» (Carta a César Tiempo, febrero 2 de 1935, Quiroga, 2007, p. 295). Por encima de cualquier valoración posterior en cuanto a la calidad del volumen, parece haber en Quiroga cierta conformidad con las decisiones que tomó entonces. Lo que tal vez no esperaba era que su nueva obra implicara otro fracaso comercial.

Ya sea por alguna temprana reseña desfavorable (refiriéndose a *La Nación* dice: «Hay en esa casa unos ratones envenenados que no me perdonan el que resulte autor interesante de leer» [5 de marzo]),⁶¹ o bien por la *incomprensión* en cuanto a la lectura de estos nuevos relatos que no eran recibidos como novedad («acaso esas tonterías de patología y horror sean buenas para la venta» [23 de marzo]),⁶² el

⁶¹ Seguramente se refiera a la nota «Más allá», s/f, publicada en *La Nación*, el 3 de marzo de 1935, p. 4 (Rela, 1972). Dirá luego: «La amable nota de *La Gaceta* excita mi deseo de saber quién hizo la de *La Nación*. Si Ud. Logra averiguarlo, me daré el gusto alguna vez de aludirlo en algún apólogo. No por malo, sino por burro», escribe Quiroga a César Tiempo (24 de abril). Poco antes, en febrero y desde la orilla uruguaya, «el joven Lauro Ayestarán, aún no convertido en el principal musicólogo uruguayo, reseñó favorablemente *Más allá* en *El Bien Público*» (Rocca, 2007, p. 52).

⁶² Para rastrear un germen asociado a esta *incomprensión*, aplicada no solo a su obra sino también a la proliferación de datos inexactos de su biografía, remitimos al segmento «El maduro», en el trabajo de Pablo Rocca (2007). Allí, el investigador uruguayo señala el intercambio epistolar entre el autor de *Los desterrados* y el escritor salteño Carlos María Princiville, a partir de una conferencia (devenida más tarde en artículo, «Los cuentos selváticos de Horacio Quiroga», publicado en *Alfar*, Montevideo, 1949). El acuse de

mensaje de su audiencia lectora en ambas orillas es claro y contundente, tal como se lo expresa en carta a su editor César Tiempo al mes siguiente:

Nada raro que no se venda *Más allá*. No se vende hoy nada, fuera de lo que debería ser incomparable. [...] En los viejos tiempos, cuando mis libros se vendían, alcancé como máximo despachar 1.500 ejemplares en cuatro años. Y yo gozaba entonces nombre de autor entretenido. El resto de los no compradores decían, como el del caso: “Para qué voy a leer a Quiroga; sé que es bueno” (7 de abril, Quiroga, 2007, p. 300).

Por cierto, ante la noticia de la mala venta, y acaso para medir fuerzas creativas con las de su vieja amiga uruguaya, o bien para saber cómo habían trabajado sus editores ese libro en virtud de recibir alguna explicación por el resultado fallido, Quiroga solicita a Tiempo una información particular: «Tendría interés en saber la acogida que ha tenido el libro de [Juana de] Ibarbourou» [*Estampas de la Biblia*, 1934], publicado por la S.A.L.R.P. un año antes que *Más allá*.

Por otra parte, para nivelar un poco a su favor la valoración del libro en prensa, en mayo de ese año, en Buenos Aires, aparece otra reseña positiva en *El Hogar* («Cuentos sobre el alma», de Ramón Doll [Rela, 1972]), lo cual suscita en él una moderada celebración: «Muy bien la página de Doll. Tanto más grata, vista la despreocupación del hombre para hablar claro» (16 de junio a César Tiempo), sin embargo, en esa misma ciudad aparecen nuevas reflexiones que, si bien suman lecturas en cuanto a la recepción del libro, siguen sin convencerle: «*La Prensa* confió la crónica de *Más allá* a algún *retardado*» (16 de junio, ídem).

Hacia fines de ese año se palpa en sus palabras un estado de resignación, no solo con respecto a las escasas repercusiones que provoca su libro, sino también al acuse de la indiferencia hacia su figura: «No me extraña que Ricardo [Rojas] me conozca poco. Creo que la mayoría de [los] colegas pecan por igual lado. Y otros

recibo de Quiroga y su posterior respuesta a Princivalle deja como resultado «el primer documento que se conoce en el que dialoga con un crítico acerca de su obra, cuando este ya ha emitido su opinión» (2007, p. 48).

exclusivamente ahora por *Más allá*, que es un solo aspecto del autor», dice a Samuel Glusberg el 30 de diciembre (Quiroga, 2007, p. 472).⁶³

A su vez, una maniobra estratégica vinculada con la aparición de su nuevo libro en Uruguay, implementada para revertir su situación desfavorable, radicó en la firma de ejemplares, en especial uno dedicado al diario *El Pueblo* de Montevideo, órgano de prensa del gobierno terrista. A propósito de esta situación, Pablo Rocca esclarece: «Alfredo M. Ferreiro [editor de la S.A.L.R.P.] dirigía —junto a José Pedro Heguy Velazco— la sección literaria. Por Ferreiro y por los intentos de reconciliación con el gobierno, a fin de verse favorecido en su beneficio jubilariorio, se explica esa “concesión” de la dedicatoria» (Quiroga, 2007, p. 522). Para Quiroga esa concesión ciertamente implicaba una contrariedad que, mal le pesara, y a efectos de mantener sus expectativas intactas, debía sortear: «no me es grato firmar libros para compañeros o no con quienes no gasto reciprocidad al respecto» (2 de febrero, en carta a César Tiempo).

Tampoco se quedan quietos sus editores en procura de mover el libro de otras maneras. El 19 de julio de 1935 el escritor argentino Juan Pablo Echagüe (1875-1950), en respuesta a César Tiempo, acusa recibo de un pedido de compra de ejemplares a su amigo:

Nuestros fondos para comprar libros son bien exigüos en este momento, pero su generoso llamado de Ud. en favor de Horacio Quiroga, no puede ser desatendido. Haremos un esfuerzo en obsequio de ambos. Hoy mismo someteré a la Comisión el libro de Quiroga, y espero que obtendré su aprobación para adquirir el número de ejemplares que sea posible de *Más allá* (Carta inédita, Echagüe, 1935).⁶⁴

⁶³ Esta reflexión quiroguiana acaso vaya en consonancia con el mencionado ítem de la *incomprensión*, y con este comentario de su amigo chileno Samuel Glusberg: «Literatos desaprensivos que nunca entendieron el renacimiento de Quiroga en la selva misionera, se limitaron a retrogradarlo a la época de su accidentada formación finisecular que, naturalmente, había dejado huellas en su espíritu» (Espinoza, 1944, p. 69).

⁶⁴ Entre 1931 y 1944, Echagüe (crítico literario y periodista argentino) presidió la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, creada en los albores de 1870 con el propósito de fomentar la creación y el desarrollo de estas asociaciones civiles autónomas,

Un poco antes, y para empeorar las cosas, del lado uruguayo de la S.A.L.R.P. se verifica un deterioro en las relaciones entre los directores de la sección y su administrador, cuyas diferencias en cuanto a modelo de negocio y conformación del catálogo generan rispideces, tal como acusa Ferreiro: «como [Agustín de] Ocampo, que siempre ha sido muy idiota para los negocios, se deja llevar de la nariz por Miller, las cosas están asumiendo un papel de editorial “Rosa” o algo por el estilo» (Carta inédita a César Tiempo, 2 de abril, 1935). Esta situación desemboca en el alejamiento de Ferreiro. De hecho, así comienza una carta enviada a su par argentino explicando la decisión:

Mi separación de la Sociedad Amigos, etc. es un hecho. Ocampo quería que le enviara una carta, pero yo le he dicho que me parece mucho mejor camino el de la afirmación oral, sin ninguna otra complicación que complique las ya complicadas complicaciones entre Miller, Ocampo, varios nenes aspirantes a literatos rojos y otras zonceritas [sic] por el estilo han ido emergiendo [...]. Viene así a quedar consolidado un régimen de preponderancia capitalista y, por consiguiente, vulgar, de personas en absoluto incapacitadas para juzgar las obras que se publiquen.

[...] Cuando con [Mario] Radaelli instalamos la Cooperativa Uruguay de Lectores —que sirvió de base para la lista de los primeros 500 socios—, la cosa era para publicar las obras que, por su excepcional mérito, merecieran aparecer y para retribuir en forma a los autores semejante hazaña. ¿Ahora? Ya ha visto usted la catarata... (Carta inédita, Ferreiro, 1º de mayo, 1935).

Ferreiro se baja del proyecto pero su compromiso con el libro de Quiroga, así como el respaldo político al escritor salteño se mantienen firmes. En cuanto a *Más allá*, una carta posterior a la muerte del escritor (7 de abril de 1937), escrita a César Tiempo en hoja membretada de la S.A.L.R.P., muestra un nuevo enojo de Ferreiro, esta vez con la imprenta familiar Porter Hnos. —taller desde donde había emergido la publicación quiroguiana— y su negativa de vender ejemplares a la editorial para su distribución en Uruguay, en virtud de satisfacer la demanda de los libreros. Ferreiro enumera a su colega una serie de apreciaciones y determinaciones:

consolidándose en las primeras décadas del siglo XX como entidad rectora a nivel nacional.

1°. Que la actitud de Porter Hnos. me parece sencillamente estúpida. Así con todas las letras.[...].

2°. Que esa actitud perjudica solamente a ellos mismos. Los pedidos que yo hago *no* son para socios. *Son para libreros* del Uruguay a los que de ningún modo podrán venderles ellos. [...] Casualmente además de los 20 pedidos tengo pedidos para otros 20 más. En total 40 ejemplares.

3°. Que si ellos desisten de su actitud y me envían o me hacen enviar en el día de mañana jueves 8 de abril los 40 ejemplares que necesito, consideraré el asunto como si nada hubiera ocurrido. Si yo no recibo los ejemplares en el día 9, tomaré las siguientes resoluciones:

a) Consideraré el libro de Quiroga como *agotado*. Pasando la correspondiente comunicación a los libreros y dejando sin efecto los pedidos pendientes. Tampoco tomaré ningún nuevo pedido para los asociados. [...]

c) Cancelaré asimismo las gestiones que estoy haciendo actualmente para que el Ministerio de esta Capital adquiera una partida grande de ejemplares (Carta inédita, Ferreiro, 1937).⁶⁵

Por último, y como corolario de esfuerzo, la presencia de Ferreiro se patentiza en el trance de la repatriación, ya que integrará la comitiva oficial de escritores que, en representación del gobierno uruguayo, y nombrados mediante decreto parlamentario, se hizo cargo del traslado de los restos de Quiroga hacia nuestro país.⁶⁶

⁶⁵ En el mecanografiado original, los señalamientos en cursiva de esta cita aparecen escritos en mayúscula.

⁶⁶ Ferreiro rememoraré estos eventos en 1956, casi veinte años después, en las páginas de *Marcha*, en un texto publicado por entregas al que llamó: «De cómo se nos perdió y encontramos a H. Quiroga», 3, 10 y 24/VIII/1956, N° 824, 825 y 827 respectivamente. Puede leerse completo en el Anexo 5 de esta investigación.

7. El perfecto rioplatense

Pese a los malos resultados obtenidos en cuanto a las ventas y a la tibieza general percibida en su recepción literaria, —sin contar el asunto político que mediaba entre una orilla y otra y cuyos trámites daban para largo—, la inclusión de *Más allá* en el catálogo de la S.A.L.R.P. calzaba a Quiroga como anillo al dedo en este momento. Así lo hace notar en la primera carta enviada a César Tiempo, en la que reconoce y celebra la oportunidad ofrecida: «Tal libro vendrá al pelo para su editorial y su nombre, pues soy el perfecto rioplatense» (30 de mayo de 1934).

La posición fronteriza entre las dos orillas le permitía moverse cómodamente en un terreno de indefinición, otorgando concesiones hacia ambos lados, pues en esta oportunidad no solo encontró empatía y similitud con la curiosa situación de su interlocutor argentino: «la circunstancia de que yo no soy ni uruguayo ni argentino, y Ud. no es ni argentino ni judío», sino que también le permitió reforzar el origen de su pluma, como si su contacto con Uruguay fuera en este caso más un acto de excepción que uno que respondiera a su predilección natural, y tal vez por eso acepta el cortejo: «La sección uruguaya, debe apreciar como es debido la conquista de un pájaro raro como yo» (20 de agosto de 1934).

Si bien el formato de publicación, así como la ubicación de los títulos en la portadas, se reiteran en la colección de la S.A.L.R.P. por ser un diseño único en el que no interfería la nacionalidad de los autores, el diseño de tapa de la primera edición del libro de Quiroga permite aventurar una interpretación que agrega sentido en cuanto al asunto de pertenencia de su figura a nivel territorial. En ella vemos que en el centro se colocan dos puntos geográficos indicando las capitales hermanas, Buenos Aires y Montevideo. A su vez, estas se encuentran rodeadas por círculos que con sus movimientos parecen ampliar su campo de acción, similar al alcance de un radar, y cuya onda expansiva llega a ambos territorios y allende, todo sobre un fondo de color amarillo estridente, donde se destaca en letra negra capital el título del volumen.

En ese mapa de nacionalidades, intereses e influencias compartidas, la ubicación del sintagma *Más allá*, no se ubica en el centro de la tapa, es decir, en el medio de

ambas capitales, ni por debajo de ellas, sino expresamente sobre la ciudad de Buenos Aires y desde allí mira hacia su par de enfrente y también hacia los lectores. En este caso, la leve inclinación, que a modo de guiño coloca a la obra en un sitio simbólico, parece cuadrar a la perfección con los señalamientos privados de Quiroga.

La binacionalidad del proyecto de la S.A.L.R.P., además de permitirle al escritor salteño ampliar la recepción literaria en el tramo final de su trayectoria, animándose a repartir en dos el territorio exclusivamente argentino de su literatura, así como de mantenerlo ocupado a nivel espiritual y creativo con el armado del libro, también le ofrecía la chance de recomponer el vínculo con el público uruguayo que, si bien tenía presente su figura, acusaba recibo de una insalvable distancia, ejercida de manera ininterrumpida y voluntaria durante casi tres décadas por el escritor salteño. No sería sencillo que con este libro en particular Quiroga obtuviera el candor necesario para provocar señales de bienvenida.

Sin embargo, el nuevo desembarco le venía muy bien para atemperar los ánimos nacionalistas del ambiente gubernamental que, mal le pesara, había prescindido de sus servicios. Esto también significaba que hasta tanto no se resolviese a su favor el asunto de la jubilación, era prudente cuidar las señales y las formas en virtud de no deteriorar aún más los canales de influencia administrativa que le quedaban, y que tanto él como sus colegas y amigos de ambas orillas tenían que transitar para ayudarlo.

En suma: situar a *Más allá* en una posición rioplatense como excusa para acercarlo nuevamente a Uruguay, por encima de cualquier resultado, era una buena idea. Aun mejor si le sumamos que la llegada de Quiroga a territorio uruguayo, en lo que refiere al plano de su literatura, fue acompañada por el visto bueno de quien para entonces era el crítico más respetable de nuestras letras, Alberto Zum Felde (1888-1976), quien tuvo a su cargo el estudio preliminar del

libro de 1935.⁶⁷ Este gesto, que simboliza un puente, en el pasado no había operado igual, de modo que gracias a esta oportunidad el ensayista también aprovechará la oportunidad de «enmendar el juicio peligroso emitido un lustro atrás» (Rocca, 2007, p. 46). Se trata del dictamen que Zum Felde realizó cinco años antes de su estudio preliminar, ya que al conformar «un panorama de la evolución cultural y literaria del país: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (1930), en tres tomos [...], [y] —pese a que él mismo había nacido en Bahía Blanca, de padres uruguayos—, se rehusó a estudiar la obra de Quiroga a partir de 1901, por considerar que desde esa fecha era propiedad exclusiva de la literatura argentina» (Rocca, 2007, p. 40). A Quiroga, en realidad, esta determinación le conformaba y hasta le placía. Pero es necesario volver un poco hacia atrás.

Como se indicó al comienzo de este trabajo, cuando Quiroga es cesado de sus funciones en el consulado, el escritor uruguayo Enrique Amorim, quien poseía contactos e influencias en las altas esferas del gobierno terrista, se contacta directamente con el Ministro de Relaciones Exteriores de entonces, Juan José de Arteaga —de filiación herrerista, y quien ocupó esa cartera entre mayo de 1934 y marzo de 1935 (Oddone, 1967)—, terciando en favor de que Quiroga fuese repuesto en su cargo. La gestión no surte efecto, no solo porque su puesto ya había sido *ipso facto* dado a otra persona, sino que además, según expresa Rodríguez Monegal, y de acuerdo a la respuesta que la autoridad de aquella cartera hizo llegar a Amorim (21 de enero de 1934), el Ministro «no había encontrado apoyo en su gestión [...] [ya que entre quienes lo secundaban, se aludió] a “la indiferencia que ese señor ha demostrado siempre, según ellos, por su tierra a la que ha sido indiferente en alguna oportunidad en que se le invitó a volver a ella”» (Amorim, 1957, p. 12).

Amorim traslada rápidamente estas apreciaciones a Quiroga, reenviándole la carta de Arteaga y poniéndolo al tanto del intercambio. No tardó en llegar la reacción

⁶⁷ A su vez, Zum Felde ya se encontraba cercano al proyecto editorial como creador, puesto que había sido publicado un año antes en la Sección uruguaya de la S.A.L.R.P., con *Alción: misterio en tres ciclos* (1934).

del escritor de la selva, ya que una semana después se pronunció al respecto (febrero 2, 1935):

[...] sé por fin a qué atenerme con mi exconsulado. Sin hacer hincapié en los considerandos expuestos en mi contra por la comisión de presupuesto, hago notar que jamás, ni gobierno ni institución alguna del Uruguay, me invitó a volver al país. El único que lo hizo fue Batlle y Ordóñez, en 1911, 12 o 13, no recuerdo bien, cuando era presidente Viera.⁶⁸ Como escritor, entiendo que en algún cenáculo o institución de Montevideo se decidió no incluirme en antologías de Uruguay, por el carácter argentino de mi obra —lo que es muy cierto.— Y nada más (Rodríguez Monegal, 1957)⁶⁹

Quiroga intenta dejar en claro dos puntos importantes en una sintética respuesta: primero, al ser acusado de indiferente con relación a los *llamados* de su patria, —juicio que en estas circunstancias adquiere carácter de represalia de parte de las autoridades uruguayas—, sostiene no haber recibido *jamás* una invitación formal de este gobierno en particular (sí desde el Batllismo, corriente que lo había apadrinado políticamente hasta el cambio de autoridades en 1933), en virtud de borrar el rótulo de desagradecido. Segundo, Quiroga no solo acusa la ausencia de esa invitación, sino que redobla la apuesta al declarar que en realidad él había sido objeto de una *exclusión*, esta vez de otro territorio, el de las letras de su país. En este punto es preciso retomar la idea del puente establecido por Zum Felde para el caso de *Más allá*.

⁶⁸ La invitación debió ocurrir más tarde, entonces, dado que el Dr. Feliciano Viera (nacido en Salto, como Quiroga) ejerció sus funciones como Presidente de la República entre 1915 y 1919, siendo su sucesor otro coetáneo de ambos, Baltasar Brum.

⁶⁹ Esta carta de Quiroga hacia Amorim citada por Monegal aún permanece inédita ya que no se encuentra reunida en los epistolarios del autor, y tomando como referencia el último y más acabado trabajo compilatorio de esta índole (Quiroga, 2007); lo mismo ocurre con otras dos piezas mencionadas en el artículo de Monegal, reproducido más tarde en *Las raíces de Horacio Quiroga* (1961), dirigidas también a Amorim en las siguientes fechas: 28 de abril y 23 de marzo, de las que el crítico uruguayo también cita fragmentos.

Ante la respuesta de Arteaga, en la que a modo de castigo se le pasa factura por dar señales antinacionalistas, aquellas expresiones de Zum Felde no habían colaborado, puesto que la remoción de su cargo implicaba también otra forma de *exclusión*, más sesgada quizás, que se sumaba a la literaria.

Por entonces (1930), al ensayista uruguayo le asistirán razones para considerar a Quiroga *ciudadano literario* de las letras vecinas, o bien, para reconocer el *carácter argentino* de su obra: la materia de su escritura, su radicación en aquel país, sus vínculos con el ambiente literario, sus influencias en el campo editorial. Es que un año antes del *Proceso intelectual...* Zum Felde ya había dejado clara su postura en un artículo previo. Allí, el prestigioso crítico declaraba no solo la supresión del nombre de Horacio Quiroga del índice de la literatura uruguaya, como luego confirmará, sino que fundamenta a favor de la justa ubicación de su figura, no como una forma de rechazo, sino de concederle a Quiroga su independencia, o al menos el mérito de haberse ganado ese lugar por mérito propio y que, por lo mismo, no daba lugar a reclamos de ningún tipo del lado uruguayo:

Quiroga, que solo podría ser reclamado por el Uruguay en virtud del hecho fortuito y pasivo de su nacimiento, es tenido como propio por la Argentina, en virtud de su personalidad literaria. El derecho que asiste a la Argentina es indiscutible. Y la persistencia nuestra en mantenerlo dentro del cuadro de nuestras letras, una impropiedad. [...] Por lo demás, no sabemos que él nunca haya aclarado el equívoco, ni protestarlo acerca de su “uruguayidad”. Está donde está pensará. Y es dueño de ello (Zum Felde, «El caso de Horacio Quiroga»).

Crítico y escritor coinciden en cuanto al sitio literario. Pero Zum Felde, al referirse a la convivencia de ambas patrias, endurecerá su juicio al abogar por un exclusivismo nacional y negará a Quiroga su *rioplatinidad* intrínseca: «No es posible que un hombre figure en dos literaturas a la vez, que tenga dos nacionalidades y figure en dos historias distintas» (1929). Sin embargo, para el caso único de Quiroga lo es, y en él se cumplen todos los requisitos que niega

⁷⁰ Publicado primero en el diario *El Ideal*, Montevideo, y reproducido luego en *La vida literaria*, Buenos Aires, N° 10, año I, mayo, 1929, p. 7.

Zum Felde. Más tarde, el ensayista recapacitará, no solo al restituir a Quiroga en las ediciones posteriores a 1930 del *Proceso intelectual...*, sino porque en el estudio preliminar a *Más allá*, posiciona su obra en una categoría mundial, superando las limitantes nacionalistas. Allí también dejará atrás el *litigio* que tenía amarrado a Quiroga sobre ambas orillas del Plata, ya que la voluntad universal de su obra, para elevarse como tal, necesitaba abandonar cualquier expresión nacionalista, o regional en cuanto a su americanismo, que pudiese reducirla. En este sentido, la opción separatista de Zum Felde cambia rotundamente a una visión integradora, y sus palabras adoptan la clave de una bienvenida: «no agravemos el aislamiento de fuera con la apatía de dentro; rindámosle nuestro pleno homenaje», dirá en el prólogo a la edición de *Más allá* (1935). Por último, un repaso cronológico por las historias, compendios, manuales y diccionarios de literatura uruguaya, si bien no tan exhaustivo, arrojó rápidamente la repetida inclusión de Quiroga en diversas épocas, antes y luego de su muerte:

Historia crítica de la literatura uruguaya, de Carlos Roxlo (1912-1916); *Opiniones literarias: prosistas uruguayos contemporáneos*, de Alberto Lasplaces (1919); *Crítica de la literatura uruguaya* (1921), *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (1930 [1941, 1967, 1985]), *Índice crítico de la literatura hispano-americana* [vol. II, La narrativa] (1959), de Alberto Zum Felde; *Historia sintética de la literatura uruguaya*, de Carlos Reyles (1931); *Nuevas opiniones literarias*, de Alberto Lasplaces (1939); *La literatura del Uruguay*, de Alberto Zum Felde (1939); *Antología y crítica de literatura uruguaya*, de Nicolás Fusco Sansone (1940); *Exposición de la poesía uruguaya*, de Julio J. Casal (1940); *Diccionario uruguayo de biografías: 1810-1940*, de José María Fernández Saldaña (1945); *El modernismo literario en el Río de la Plata*, de Antonio Seluja Cecín (1965); *Colección de clásicos uruguayos. Biblioteca Artigas. Horacio Quiroga, selección de cuentos* (2 tomos), selección de Emir Rodríguez Monegal (1966); *Aquí: cien años de raros*, de Ángel Rama (1966); *Enciclopedia uruguaya: suplemento*. Plan y dirección general de Ángel Rama (1968); *Historia de la literatura uruguaya. Capítulo Oriental* (1969); *Antología de poetas modernistas menores*, de Arturo Sergio Visca (1971); *El*

900 y el modernismo en la literatura uruguaya, Rafael Varela (1973); *Ensayos sobre literatura uruguaya*, de Arturo Sergio Visca (1975); *Información general sobre la literatura del siglo XX*, de Mercedes Rein (1976); *Literatura uruguaya 1807-1975*, de Sara Bollo (1976); *Panorama de la literatura infantil en Uruguay*, de Sylvia Puentes de Oyenard (1984); *Nuestros clásicos: de Bartolomé Hidalgo a Ernesto Herrera*, de Antonio Seluja Cecín (1985); *Diccionario de Literatura Uruguaya. Tomo II. L-Z*, Alberto Oreggioni (dir.) (1987); *Los grandes de la cultura uruguaya*, Instituto Nacional del Libro (1990); *Uruguay y sus libros para niños: 9 ensayos críticos*, coordinado por Sylvia Puentes de Oyenard (1994); *El 900*, de Oscar Brando (coord.) (1999); *Nuevo diccionario de literatura uruguaya*, [dir. Pablo Rocca, ed. Alberto Oreggioni] (2001), *Ejercicios de memoria: estudios sobre Literatura uruguaya*, de Graciela Mántaras Loedel (2008); y la recopilación póstuma *Crítica activa: letras (y vidas) uruguayas y otras notas*, de Ruben Cotelo (2018).⁷¹

⁷¹ Para cotejar con su inclusión en el canon argentino nos remitimos a las páginas 39-40 de este trabajo. Luego de la muerte del escritor, en las figuraciones de ambas orillas, se observa que el listado crece y logra sostenerse en el tiempo.

8. Premios literarios

Antes que cualquier otra circunstancia, Quiroga tenía que lidiar día a día con la necesidad, principalmente en su última etapa vital, en virtud de paliar las condiciones precarias por las que atravesaba luego de perder el ingreso fijo del consulado. Así, en virtud de distribuir sabiamente sus fuerzas, «esperanzas y realidades», dirá él, se le ocurrió que «sería bueno presentar *Más allá* al premio anual montevideano. Visto que en el extranjero no puedo aspirar a aquellos, puede que en mi patria consiga algún tercero. *Vae Victis!*» (7 de diciembre de 1935, carta a César Tiempo).

Por un lado, interpretamos que para Quiroga la decisión de postular por primera vez al premio oficial uruguayo constituía una oportunidad válida de resarcirse en metal, esta vez bajo el amparo de su literatura y no de sus méritos o fallas como funcionario diplomático, al tiempo que en este momento la necesidad económica pesaba; mientras que por otro, la situación lo enfrentaba a una encrucijada mayor, una más profunda: la conveniencia de Quiroga a la hora de adoptar una posición fronteriza se relaciona directamente con un hecho crucial, su doble nacionalidad, es decir, la uruguaya de nacimiento y la argentina, que luego de trasladarse al país vecino asumió, al margen del carácter netamente argentino de su obra, es decir, de su *ciudadanía literaria*.

En primer lugar Quiroga, de padre argentino y madre uruguaya, nació en Salto y fue bautizado en dicha ciudad. En segundo lugar, ante las pruebas presentadas por Leonardo Garet, sabemos que: «Quiroga obtuvo la ciudad argentina según se desprende del documento pertinente, en 1911» (Garet, 1995, p. 7). Este documento prueba que el escritor inició la solicitud en el Juzgado de Posadas, que finalmente falló a su favor el 16 de octubre de 1911, declarándosele «ciudadano argentino con los derechos y deberes inherentes a su condición de tal» (p. 8).

Este dato, que hoy nos permite observar con más claridad y detenimiento el asunto de su *rioplatinidad*, no era algo que en tiempos de Quiroga se supiese de manera fehaciente, ni incluso luego de su muerte. Una anécdota de Enrique Amorim, que data de la época en la que el autor de *La carreta* alquilaba la casa de

Quiroga en la calle Agüero, sobrevuela apenas el asunto, pero al menos deja entrever una pista sobre la existencia de un *testamento* que encontró al pasar, revisando en su *caprichosa* biblioteca:

La sorpresa que daban aquellos libracos de tan extraña vestidura, me condujo a la revelación de su nacionalidad. [...] [al encontrar] la libreta de enrolamiento de Horacio Quiroga. En ella constaba que había resultado “ínepto para el servicio militar”. Nada más fácil que buscar en las listas de su promoción militar en Argentina. Nacido en Salto, seguramente, habíase enrolado. Era ciudadano argentino, por lo tanto. Y esto, no lo ignoraba su hijo Darío. La mujer de éste, a la que vi no hace muchos años, me lo corroboró (Amorim, 1983, p. 60).

Que no lo ignorara Darío, su hijo, o el círculo familiar más íntimo del autor, resulta claro, pero no así con relación a sus amigos y colegas, en especial dentro del ambiente literario, que en su mayoría desconocían su nacionalidad argentina. Un ejemplo de esto se verifica en el comunicado de la SADE al Presidente Gabriel Terra en defensa de Quiroga, luego del cese de funciones. Uno de los argumentos esgrimidos por los colegas para solicitar la restitución del escritor, señala que el escritor: «había renunciado a las más altas recompensas oficiales que se otorgan en nuestro país a la producción literaria [...] por el noble empeñamiento de negarse a adoptar la ciudadanía del país donde desarrolló toda su obra, prefiriendo mantenerse, dentro de su pobreza, fiel a su tierra» (Giusti, 1934).

Analizada ahora desde el prisma de su doble nacionalidad, la idea de *renuncia* que se pondera en el comunicado no se sostiene, sino que en realidad permite confirmar que Quiroga directamente no hizo valer su ciudadanía argentina, o la utilizó «solo en áreas administrativas y por un tiempo determinado» (Garet, 1995, p. 11). La recompensa que implicaba esa decisión no tenía que ver solo con lo material, sino que jugaba en favor de la fidelidad patria con su tierra natal. Por eso también resultan discutibles las fuentes de su *nobleza* y las razones de su *preferencia* en los argumentos ofrecidos por sus amigos escritores en la nota del lado bonaerense. En este punto en particular, no parecen contar con la información de que Quiroga hubiese adoptado la nacionalidad argentina, al decir

que: «No es posible dejar de ver que para aspirar a los grandes premios literarios argentinos tenía que renunciar a la nacionalidad uruguaya» ([1939], 2016, p. 315). Sí puede coincidir en las consecuencias negativas que podía traerle a Quiroga hacer patente de forma oficial su elección, o incluso manifestarla, ya sea a través de la postulación al premio argentino, o bien, tomarse el trabajo de aclarar su situación ya que, como indica Rodríguez Monegal: «al incorporarse en 1917 al Consulado general del Uruguay en la Argentina, hubiera despejado todo equivoco en lo que respecta a su verdadera nacionalidad electiva» (Rodríguez Monegal, 1961, p. 24). De modo que la *renuncia* no la realizaría desde el punto de vista formal, sino sentimental, puesto que llevarla adelante, según afirman sus primeros biógrafos: «representaba un pésimo negocio para Quiroga, porque aquella renuncia significaba la pérdida del empleo bien remunerado que ejercía en el Consulado, sueldo seguro y permanente cuya conservación le valía más que las sumas, siempre problemáticas de aquellas remuneraciones» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 315).

Pero el *negocio* ya no era tal, sino todo lo contrario: no solo porque había perdido el empleo fijo, sino porque pese reunir desde 1911 los requerimientos para su postulación a los premios nacionales de su propio país, se había negado a participar. Hacerlo ahora lo forzaba a abandonar inevitablemente esa *rioplatinidad* estratégica, en virtud de acomodar el cuerpo hacia el costado más conveniente, el uruguayo. Además, no se trataba únicamente de asumir la derrota ante las autoridades que lo acababan de cesar, sino de terminar de aceptar su pertenencia a esta nación. Por eso la expresión latina utilizada por Quiroga (*Vae victis!*) también indica la indefensión de esa derrota, es decir, los vencidos no deben esperar justicia de sus vencedores, sino aceptar el dictamen, ya que son quienes ponen las condiciones de la rendición. Con todo, un pasaje en especial dentro de su correspondencia ofrece luz sobre cuál era la posición oficial de Quiroga dentro del enclave rioplatense que le ofrecía el proyecto de la S.A.L.R.P.:

Tendría mucho placer de que mi libro apareciera en la sección argentina. [...] Si hubiera dificultades en asignarme el título de argentino, puede hacerse notar, aparte del carácter rioplatense de la editorial, mi campo de acción casi exclusivo argentino. Y como ahora andan en sentimentalismos

rioplatenses, puede que venga de perilla mi dislocación, favorable y cara a ambas orillas. Como puede ser que altere el orden de los relatos, y aun que separe algunas historias con el subtítulo “Mucho, más acá”, sería bueno que lo recordara Ud. (Carta a César Tiempo, 13 de setiembre de 1934).

A propósito del *Concurso oficial*, y tratando en vano de eludir esa circunstancia invocando la excusa de su ejemplo como *salvedad*, dice Quiroga: «claro que me agradaría, si lograra salvarse el asunto nacionalidad. [...] ¿por qué no patrocinan Uds., los de la Rioplatense, la rioplatinidad absoluta en literatura, y su derivado[s] premios? Estando, como están en Montevideo, en tren sentimental al respecto, llegado es ahora el momento de probar tal sentimiento fraternal. [A] mí me convendría» (30 de enero de 1935, carta a César Tiempo). Se palpa en su comentario cierta toma de distancia, como si el asunto fuera un problema de los otros, del sistema y correspondiese a ellos solucionarlo para que él pueda adecuar sus propósitos. Y es allí cuando la indiferencia se vuelve conveniencia en Quiroga. Según Samuel Glusberg:

Muchos se mostraron más preocupados de su origen nacional que él mismo: uruguayo entre los uruguayos y argentino entre los argentinos. Solo cuando se trataba de premios literarios en metálico, Quiroga era invariablemente argentino para los uruguayos y uruguayos para los argentinos. Por eso, a pesar de la excelencia de su obra, no consiguió la más mínima recompensa oficial en ninguna de ambas capitales del Plata (Espinoza, 1944, p. 95).

En realidad, contrario a lo último que expresa el crítico chileno, Quiroga tuvo razón (otra vez) al presentarse al concurso, o hablando en criollo, valió la pena la patriada, ya que el jurado del Ministerio de Instrucción Pública de Uruguay finalmente le otorgó el premio nacional de ese año a su obra éditada, *Más allá* (1935), al tiempo que se elevó una moción para adjudicarle la Medalla de Oro a la trayectoria por su labor extraordinaria, pese a que esta «no alcanzó la unanimidad que necesitaba para triunfar» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 352). Con relación al premio metal, encontramos pruebas que permiten confirmar su existencia: una carta del Administrador General de la Sección argentina de la S.A.L.R.P., Alfredo E. Moen, que informa a su colega César Tiempo sobre la disponibilidad de la partida de dinero y la necesidad de que Quiroga tramitara un poder desde Buenos Aires para remitírsela:

En diversas oportunidades tuve la intención de avisarle que Horacio Quiroga ha obtenido una remuneración de \$ 600, en el último Concurso del Ministerio de I.[nstrucción] Pública. Hoy hemos estado con Ferreiro en la Contaduría para informarnos cómo Quiroga debe proceder para hacer efectivo el cobro de dicha remuneración. Allí nos han expresado que si el Sr. Horacio Quiroga no puede efectuar el cobro personalmente, debe hacerlo otra persona munida de un poder perfectamente legalizado. Para no dejar pasar mucho tiempo, hemos pensado que Quiroga puede remitirnos ese poder a nombre de Alfredo Mario Ferreiro, quien tiene algunas relaciones que pueden facilitar la realización de cualquier trámite otro resultaría difícil (Carta inédita, Moen, 21 de enero, 1937) [Ver Anexo 1].

Pese al extenso y nutrido epistolario que deja Quiroga, luego de la fecha consignada en esta carta, hasta ahora inédita, apenas quedan dos piezas con las que cubrir este período final: una dirigida a su casero, vecino y amigo Isidoro Escalera fechada el 25 de enero, y otra al escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada, del 9 de febrero de ese año (Quiroga, 2007). En ninguna se hace alusión al asunto que menciona el Administrador General de la S.A.L.R.P. con respecto al pago disponible, o si el escritor salteño logró enviar el poder solicitado para cobrarlo antes de su muerte.

9. Aquel otro nuevo y pasado amor, Salto

Mientras Quiroga aguardaba en Misiones con justificada impaciencia el pago de la jubilación, cuya partida utilizaría para ponerse al día con las deudas a sus proveedores y salir del apremio financiero, desde principios de 1935 se vislumbra en su correspondencia la idea de realizar un viaje junto a su familia, apenas logran salir del atolladero. Enrique Amorim desliza la invitación para que se trasladase a un lugar especial, como una forma de «*arrancarlo*, aunque sea por breve tiempo a la jungla misionera, grandiosa, pero terriblemente impasible, y traerlo a un lugar donde sienta [...] el calor de las tiernas evocaciones» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 336) [El destacado es nuestro]. El narrador, entusiasmado responde:

Quién sabe si en pos de su viaje a esta [se refiere a Misiones], no resulta que le devolvemos la visita a Salto. Siempre he tenido ganas de rever el paisaje natal, si no sus habitantes. A mi mujer en particular le tienta la aventura. Todo si prosperamos económicamente (5 de marzo, Quiroga, 2007, p. 246).

La idea le interesa y conviene por varias razones, que irán cambiando conforme a sus necesidades y padecimientos: el primer envión para salir de la selva hacia su ciudad natal —tan distante para él, porque salvo contadas veces, «hace treinta años que Quiroga no pone pie en ella» (Delgado y Brignole, [1939], 2016, p. 336)—, le sirve como *aventura* para descomprimir la situación hogareña con su esposa, en virtud de recomponer la armonía conyugal, y el desenlace del divorcio al año siguiente es la prueba cabal de este primer empuje. También le sirve para acompañar su desembarco literario en Uruguay, ya que para entonces acababa de ser publicado *Más allá*. A su vez, el viaje le permitiría reencontrarse con sus amigos salteños —que venían moviendo cielo y tierra para ayudarlo con sus trámites—, para sellar su agradecimiento en un abrazo fraterno.

Por otra parte, aprovecharía la *escapada* «para tratar de liquidar de paso el lote de chacra sucesión Forteza», a *malbaratarlo*, dirá a su amigo abogado Asdrúbal

Delgado (Quiroga, p. 223-224).⁷² Finalmente, los achaques de salud que comienzan a asomar, también anuncian dolores mayores, sumados a la necesidad de apurar los asuntos administrativos, que hacen que «si fuera indispensable mi presencia allí, iría», afirma antes de completar el cuadro final de su hipotético viaje a Salto. Decimos hipotético porque en realidad nunca llega a concretarse en vida. O sí.

Alfredo Mario Ferreiro, no obstante, es el único que afirma que la visita a Salto en realidad ocurrió. Según el escritor: «Amorim se lo llevó a Las Nubes, a su casa de la calle Paraguay, en Salto, cerca de la estación ferroviaria, en la parte norte de la ciudad. Allí lo tiene a Quiroga un tiempo» (1956).⁷³ Sin embargo, es curioso que ni el supuesto anfitrión, Amorim, ni los amigos biógrafos salteños mencionen esta visita, y en cambio sí comenten el asunto del viaje que en realidad quedó en suspenso.

Por otra parte, en el «*film* que Enrique tiene en Salto y al que ha añadido más personajes para mantenerlo siempre al día», como expresa Ferreiro en el mismo artículo, quedaron registradas las únicas imágenes en movimiento (sin sonido) que se conservan de Horacio Quiroga. Estas lo muestran riendo, tocando la guitarra y fumando, manipulando un pequeño animal encadenado, así como interactuando

⁷² En cuanto a la liquidación de propiedades, bienes y herencias del escritor, un breve pero ilustrativo artículo del historiador y profesor salteño, Enrique Agustín Cesio, ofrece pistas sobre el patrimonio que Quiroga tuvo en Salto, «que en conjunto no superaban la dimensión de una pequeña fortuna» (Cesio, 1987).

⁷³ El chalet Las Nubes, construido entre 1928 y 1931, perteneció a Enrique Amorim y a su esposa, Esther Haedo. Está ubicado en la hoy denominada Avda. Enrique Amorim 1700 y ocupa dos padrones en la ciudad de Salto. En 1973 la casa de Amorim fue declarada Patrimonio Histórico, y en 2010 ratificada como Monumento Histórico Nacional, al ser adquirida por la Comisión del Patrimonio Cultural de la Nación. Los constructores fueron José y Santiago Texeira Campos. Su calculista: el ingeniero Antonio Texeira Campos. La casa fue realizada en base a ideas del propio Enrique Amorim. Los datos que presentamos fueron extraídos de la nota: «El Estado compró Las Nubes», por Juan Manuel Chaves. Publicada en *El Boulevard*, Montevideo, 26/VI/2011.

en varias reuniones sociales junto a su segunda esposa e hija menor María Elena, así como con Darío.

Si bien se trata de un remontaje de Amorim de sus propias filmaciones, es decir, de filmaciones extraídas en diversas coordenadas temporales colocadas juntas, al observar con detenimiento el aspecto de Quiroga, su vestimenta y el contexto, acaso algún fragmento pueda pertenecer a la visita mencionada por Ferreiro, pero no contamos con más elementos para confirmarlo por el lado de Quiroga.⁷⁴

Sea como fuere, la primera razón que conspira contra el plan de la visita a Salto es monetaria, según se aprecia en casi todos los casos donde el asunto aparece mencionado en su correspondencia desde 1935, hasta que en noviembre de 1936 lo dictamina: «Mis medios no me alcanzan para ello» (Quiroga, 2007, p. 228). La segunda se verifica ese mismo año, cuando queda solo en la selva al marcharse su esposa e hija hacia Buenos Aires (antes, en junio), una vez que llegan los primeros pesos de la jubilación; y la tercera tuvo que ver con su internación en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires, en setiembre de ese año, a instancia de sus amigos bonaerenses que le allanan una vez más el camino.

⁷⁴ Se trata de la película *Galería de escritores*, dirigida por Enrique Amorim. Años de realización: 1928-1956. Duración: 57 minutos. «Escritores. 1921-58. 20 min. muda y b. y n. 16 mm. Cuadro técnico: Director Enrique Amorim. Resumen: Antología de escritores. Aparecen: Aníbal Poncel y Coronado, Quiroga y familia, Rafael Alberti, Nicolás Guillén, Atahualpa Yupanqui, Pablo Neruda, Emil Ludwig, Ralph Bates, Alfonso Reyes, Margarita Abella Caprile, Estefan Zweig, Pío Baroja, Jules Romain, Fernán Silva Valdés, Emilio Oribe, Federico García Lorca, etc.» (Pastor Legnani y Vico de Pena, 1975). La película se exhibió el 4, 5 y 7 de setiembre de 2006, en Sala 2 de Cinemateca Uruguaya, junto a *¡Ay Uruguay!* Debo estos datos al Lic. Eduardo Correa, quién estuvo al frente del *Centro de Documentación Cinematográfica* de Cinemateca Uruguaya, que muy amablemente colaboró con nosotros en esta y otras investigaciones. También corresponde agradecer al *Archivo de Filmes* de la misma institución, y en especial a Ana Laura Martínez, que nos permitió visionar la película de Amorim, que se encuentra en su acervo. Por último, la película puede visualizarse hoy en día en YouTube de manera íntegra: <https://www.youtube.com/watch?v=fqAHFVo8rK8&t=1275s>

Así se lo informa a Martínez Estrada: «Recibo hoy carta de [Julio E.] Payró, cuyo suegro, [Alberto] Gerchunoff, habló con [el Dr. José] Arce a mi respecto. Dice Arce que están a mi disposición, él y sus herramientas, y que no debo preocuparme de *nada*. Se entiende bien claro por la carta que hasta ahorraré mis menguados pesos» (8 de setiembre, 1936, Quiroga, 2007, p. 439).

Ya instalado aparte en una modesta piecita del hospital que le habían preparado, en la que recibía diariamente visitas de familiares y amigos; y luego de atravesar altos y bajos producto de los dolores que una operación preliminar habría de provocarle, la idea de Salto regresa en sus conversaciones finales. Es nuevamente Amorim el destinatario de aquellos impulsos nostálgicos que lo acercaban a su pueblo natal. Así lo rememora cuando lo visitó mientras Quiroga convalecía en el hospital:

Sendas visitas y no más, por razones de tranquilidad para el enfermo, hice a Quiroga en el Hospital de Clínicas. Sonriendo me dijo que llegaba la hora de su viajecito a Salto. Ya lo he dicho, y es por esta razón que acepté el ofrecimiento de [Eduardo Víctor] Haedo, tratado con Darío, que no quería ceder al principio. Las relaciones entre padre e hijo tienen un capítulo importante, que mucha gente quiroguiana ignora. ¿Fue esta la razón de la indiferencia de Darío para acompañar los restos de su padre a Salto? Nunca lo sabremos (Amorim, 1983, p. 39).⁷⁵

Le asiste razón a Amorim sobre ese capítulo particular entre ellos, uno que por el lado del padre justificó algunas menciones en la privacidad epistolar. Allí Horacio se refiere a Darío con cierto orgullo, ya sea por imitar su modelo en la vida práctica en procura de salir adelante, como le cuenta a Julio E. Payró: «El hombre prosigue con bríos: leña, plantación de naranjos y un mar de proyectos en todo orden de negocios. Es el animador de la sociedad con su cuñado. [...] Darío va a concluir por hacer f[ort]una, si persiste y tiene siempre a su lado a alguien que lo modere. Tenemos buena relación» (Quiroga, 2007, p. 365); o bien por haberle

⁷⁵ La «Carta inédita de Darío Quiroga a Enrique Amorim» (17 de abril de 1937), presentada en el Anexo 1, confirma esta circunstancia: Darío no viaja a Montevideo a acompañar las cenizas de su padre, ni a presenciar los homenajes realizados en su memoria, ya sea por voluntad propia o bien porque se encontraba internado en el Hospital Tornú, tal como informa a Amorim en esa misiva.

transmitido e inculcado el *don* de contar, como expresa en una carta a Martínez Estrada: «Ahora Darío escribe cuentos. En *Mundo Argentino* ha publicado uno, bastante bien. Creo que tiene el don de contar. Se propone trabajar. Allá veremos [...] hay pasta en el muchacho» (Íd., 2007, pp. 441/447).

Pese a los elogios, la celebración de virtudes no es tan recíproca desde la vereda del hijo, o al menos eso se deduce del comentario que extrae el crítico uruguayo Rodríguez Monegal en diálogo con Darío: «Al hablar de su relación con D[on]. Isidoro Escalera [vecino, empleado y amigo de Quiroga en Misiones], dijo Darío: “Fue como un padre para mí”. Y luego se rectificó, agregando: “Más todavía, porque los escritores no suelen ser buenos padres”» (/apud Penco, 2021, p. 124).

Una anécdota de César Tiempo hecha más luz sobre el vínculo padre e hijo y, en especial, sobre la aridez en las lecciones del padre. Alrededor de 1921 Quiroga consiguió un empleo para Darío en la librería Anaconda de su amigo Santiago Glusberg, ya que el muchacho, según el crítico argentino: «no terminaba de sentar cabeza [...] era muy joven y daba la impresión de ser un atolondrado. Después se modificó sustancialmente». Pero eso no es todo, continúa el editor y crítico:

Quiroga permaneció un buen rato en la librería y cuando salió lo acompañé. Apenas habíamos llegado a la esquina de Rivadavia y Montevideo, Quiroga metió bruscamente la mano en uno de los bolsillos del sobretodo y extrajo un libro amarillento y enjuto [...] un ejemplar de *Las montañas de oro*. Lanzó una palabrota y volvió sobre sus pasos. Darío, sabedor del profundo afecto que profesaba su padre por Lugones había deslizado en su bolsillo el poco menos que inhallable ejemplar. Quiroga, entró a la librería, arrinconó a Darío, le espetó una filípica y abandonó el libro sobre una de las mesas [...]. Volvimos a salir. Quiroga hablaba solo, visiblemente fastidiado. En la esquina de Callao se le iluminó bruscamente la cara y se echó a reír. —Darío es loco. Se va en impulsos. En la escala de sus valores el primer lugar lo ocupa el corazón. Fea cosa para afrontar la vida. Me gustaría pedirle disculpas por las burradas que le dije (Tiempo, 1970, p. 22).

De regreso a la habitación del Hospital de Clínicas, que para fines de 1936 ya no era tan asistida, al tiempo que disminuye también la correspondencia, la

internación avanza hacia una coordenada inevitable, la operación, cuyo desenlace Quiroga presiente. Este hecho lo impulsa a evocar nuevamente el reencuentro con Salto, como le hace saber a Asdrúbal Delgado: «como es difícil que no salga bien de este embrollo tan poco deseado, insisto en ir a pasar unos cuantos días con Uds.» [...]; «no olvido de que antes de regresar al norte, he de pasar un par de días allí» (Quiroga, 2007, pp. 243/241). En esta línea, la conversación con Amorim continúa:

[...] con sospechosa insistencia. Volvía extrañamente, a sus juegos de infancia, a las lejanas amistades. [...] Durante más de una hora, no hizo otra cosa que hablarme de su pueblo natal. Salí con la sospecha de la muerte. Su melancolía, su evocación, los nombres, los hechos de su lejana juventud, la nitidez con que veía el pasado, el placer en contar sus andanzas de la niñez, cosa insólita en Quiroga, me sorprendieron (S/f, 23 de febrero de 1937 [Entrevista a Amorim]).

En su hora final, Quiroga pide volver a Salto, y si bien es un deseo que no logra consumir, acaso pueda interpretarse como una última voluntad; más allá de cualquier impedimento económico que tuviese por delante luego de la operación, si es que salía de ella, y cuya coordenada no obstaculizaba aquel horizonte; más allá del trance de indecisiones que atravesaron sus hijos, amigos y colegas en las horas posteriores e inmediatas a su deceso; y más allá de no haber dejado indicaciones sobre el destino final de sus restos, haciendo caso a ese *no sé qué* visceral que le dictaba dejar las cosas tal como estaban ante la idea de mudar el panteón familiar a Buenos Aires, como le había ofrecido su hermana María en sus postrimerías: Quiroga anhela volver a Salto.

Impulsado por la necesidad de corresponder a un llamado vital —acaso por única vez, uno que no provenía de la selva, sino de su otro paraíso natal, Salto—, al que durante tanto tiempo había hecho oídos sordos, en sus últimas horas se le presenta a Quiroga la chance de hacer las pases con aquel otro primer amor, que en estas circunstancias se acercaba nuevamente a él, tal como le escribe a su *hermano menor* Martínez Estrada, a quien confiesa: «No hay más amor como dios manda; pero hay el recuerdo, reavivado hasta hacer sangre, de un grande, pasado amor» (junio 19, 1936, Quiroga, 2007, p. 400).

10. Una posteridad (des)cuidada. Consideraciones finales

Como resultado parcial de esta investigación, que tuvo por objeto indagar en la recuperación y restauración simbólica de Horacio Quiroga ocurrida luego de su muerte (1937), pudimos determinar la importancia que tuvo el accionar del gobierno uruguayo, surgido del golpe de Estado del presidente Gabriel Terra (1933-38), en dos instancias puntuales que influyeron de manera decisiva sobre la posteridad del narrador salteño.

La primera, en abril de 1934, al declarar cesante a Quiroga en su cargo de Cónsul de distrito en San Ignacio, luego de diecisiete años, tres meses y veintinueve días de actividad ininterrumpida al servicio del país en el extranjero; la segunda, al decretar tres años después la repatriación oficial de sus restos desde Buenos Aires hacia Uruguay, ocurrida entre el 19 de febrero y el 4 de marzo de 1937, para recibirlo con honores póstumos y depositar las cenizas en su ciudad natal, Salto.

Entre este último gesto de reclamo y apropiación y aquella primera determinación administrativa e institucional quedó abierto un terreno de disputa, no solo en torno a la pertenencia de la obra quiroguiana, sino también como figura ilustre de por lo menos uno de los Estados que lo comparten, Uruguay y Argentina, generando un enclave territorial en el que se situó el núcleo central de nuestra investigación, tomando como punto de referencia las ceremonias realizadas en uno y otro lado.

*

En cuanto a la primera decisión, la de 1934, cabe señalar que, si bien ante la llegada de las autoridades terristas Quiroga pierde buena parte del apoyo diplomático que lo había cobijado bajo el batllismo, creemos que nuestro trabajo demuestra que la decisión de su cese encontró amparo en el recorte presupuestal de los gastos estatales, producto de los coletazos de la crisis de 1929, que hirieron sobremanera la economía del país, y en la nueva legislación, puesta en práctica a partir de enero de 1934 con la creación de la Caja de Pensiones y Jubilaciones que, entre otras resoluciones, prohibió el pago de asignaciones a quienes se ausentaran del país. Por otra parte, el *castigo* al que se referirá Quiroga luego de afrontar la noticia del cese, en realidad no era otra cosa que una valoración

negativa de su desempeño a lo largo del tiempo, ya que no era un funcionario modelo. Tal como se indicó, Quiroga contaba con al menos un informe desfavorable en su haber (1927) de parte del Consulado General que, si bien no había sido tomado en cuenta hasta entonces, a la hora de su desvinculación se hizo valer. Por otra parte, el territorio de Misiones ofrecía una zona casi despoblada y, en este sentido, resultaba algo inútil en cuanto a su jurisdicción, para la representación diplomática de un país lejano de esa frontera como Uruguay.

Pese a esta coyuntura, el acceso al trámite jubilatorio puede leerse como un gesto reparador de parte del gobierno terrista, que ante las furtivas gestiones de los amigos uruguayos y argentinos del escritor salteño, ante autoridades encumbradas de ese gobierno, finalmente le es concedido. Cobra aquí importancia su nombramiento como Cónsul Honorario (febrero de 1935), artilugio administrativo que le permitió conservar y acceder a la jubilación.

Sin embargo, como se pudo observar, Quiroga sufrió en Misiones las consecuencias del desempleo y poco a poco se configuró una situación económica afligente. A propósito, en su correspondencia son abundantes las alusiones a esta circunstancia, tan así que el asunto cobra notoriedad pública en Uruguay, en especial en la prensa opositora al gobierno, que toma la iniciativa de denunciar el problema. Este hecho motiva una asamblea de escritores nacionales para tratar el asunto (octubre de 1935) en el Ateneo de Montevideo, contra el desinterés estatal y a favor de «los prestigios intelectuales del país».

Con todo, transcurrirán casi dos años desde el inicio del trámite jubilatorio, largo, engorroso y lento, hasta recibir la primera partida (abril de 1936), que además resulta tardía: porque si bien la noticia del pago es bien recibida, Quiroga no pudo compensar el apremio económico sufrido en ese lapso con otras actividades privadas, incluida su vuelta a la pluma. En primer lugar, la publicación del volumen *Más allá* (1935) no tuvo mayores réditos económicos, pese a que fue publicado en dos países de manera simultánea; en segundo lugar, el ingreso que le reportaban los derechos de autor de *Suelo natal* (1931), si bien le dio a Quiroga un alivio en el último trance, no constituía un gran negocio; y en tercer lugar, son apenas once los textos aislados que surgen de su praxis literaria final, entre 1935 y 1937 (Rela,

1972; Rocca, 2007), y no logran hacer la diferencia, producto de la crisis en la prensa porteña y del deterioro físico que afectaba a su mano izquierda luego de un accidente.

A las necesidades económicas del escritor, como se pudo observar, se sumaron otras circunstancias de índole familiar y de salud que completan el cuadro amargo: el divorcio de su hija Eglé, el suyo con María Helena Bravo, y la internación en el Hospital de Clínicas debido al inicio de su tratamiento, luego de una operación preliminar.

En virtud de lo argumentado sobre este punto, podemos concluir que, si tomamos como primer eslabón de los eventos el cese de sus funciones en 1934, los hechos inmediatos muestran a un Quiroga acorralado por las circunstancias, empujado a vivir sus últimos años en situación de pobreza y pendiente de la tardía promesa administrativa. Se trata de aspectos que devienen de la pérdida de su empleo fijo, y que amplían y contextualizan la trágica escena final.

Por tales razones, se justificarán luego los enconos de parte de varios colegas y de la prensa en ambas orillas, en especial desde las páginas opositoras en Uruguay, que castigarán al gobierno ante la repatriación de los restos, acusándolo de oportunista, como una forma de enmendar el error cometido en el pasado. Observado el hecho desde esa perspectiva la conclusión resultaba evidente: el mismo sistema que llevó a Quiroga a la miseria luego lo encumbró. En realidad, según Ofelia Machado Bonet (1943), esta paradoja guarda tras de sí un problema mayor, que en realidad forma parte de la idiosincrasia de una sociedad, no como respuesta a una fatalidad individual, como en el caso de Quiroga por ejemplo, sino *histórica*, es decir, como una eterna deuda en el reconocimiento póstumo de los valores literarios de nuestra nación.

*

Con respecto a la segunda decisión del gobierno uruguayo, la repatriación de 1937, los elementos encontrados permiten determinar que la intervención diplomática tuvo lugar en el crematorio del cementerio de La Chacarita, sitio donde se incineraron los restos del escritor salteño y apenas transcurridas 48 horas

de la muerte del autor uruguayo. En la ceremonia, el embajador uruguayo Emilio Martínez Thédy comunica el decreto N° 597/37, según indica el *Diario Oficial*, aprobado y firmado por el presidente Terra (20 de febrero), publicado inmediatamente en la prensa de Uruguay (21 de febrero), oficializando el reclamo de los restos en un gesto político inédito en territorio extranjero, reapropiándose de una figura literaria nacional, simbólica y materialmente.

Como consecuencia de lo expuesto, la noticia supuso una serie de conflictos y de contradicciones relacionadas con el destino final de las cenizas del escritor de la selva, que se agregan a los elementos señalados: en primer lugar, se creía que las cenizas serían conducidas a Misiones, tierra a la que el autor consideró su patria por haber plantado allí su casa (y las raíces mitológicas de casi toda su obra), y a la que en varios artículos se refiere como el paraíso terrenal donde obtener una paz idílica y en la que merodea cierta idea de retorno. Por otro lado, y en consonancia con lo anterior, su exclusivo campo de acción en la literatura Argentina le había permitido recoger expresiones de popularidad durante su extensa trayectoria, así como ganarse el respeto de muchos colegas. Estos méritos le valieron formar parte del canon de la literatura de ese país, tanto en vida como luego de su muerte, situación que se prolongó hasta el presente.

A su vez, Quiroga fue pionero en apuntalar la producción literaria nacional en Argentina y luchó por los derechos de autor y la revalorización del rubro escritural, además de haber sido vicepresidente (entre 1928 y 1932) de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), razón por la cual se justifica que su velatorio haya transcurrido en su sede, por entonces ubicada en la Casa del Teatro, en Buenos Aires.

En segundo lugar, el argumento del reposo final de sus restos en Misiones circuló como si se tratara de la última voluntad del autor, mientras que en realidad Quiroga no dejó ninguna indicación al respecto. En tal sentido, la partida de defunción del autor, presentada en el Anexo 2, oficia como documento probatorio al indicar la ausencia de testamento, reforzando el carácter indefinido de su destino final. A propósito del asunto, Quiroga dejó en suspenso la posibilidad de trasladar el panteón familiar de Salto a Buenos Aires, de acuerdo al ofrecimiento

que le hiciera en vida su hermana María, rogándole que «dejase las cosas como estaban, porque sentía *no se qué* ante la idea de tal propósito» ([1939], 2016, p. 48).

De este modo, si bien para Annie Boule, Horacio Quiroga «murió callado, sin dejar una línea escrita, pensando sin duda que tal desenlace no necesitaba comentario y sobre todo que le pertenecía exclusivamente, fuera de toda literatura» (1975, p. 99), en tercer y último lugar, en sus últimas conversaciones aparece la idea de volver a Salto. Primero se presenta como visita transitoria (que queda trunca por la insuficiencia económica y el agravamiento de sus dolencias), para luego posicionarse como anhelo mayor, en las postrimerías de su muerte. En este sentido, la evocación de la ciudad natal, el reencuentro con sus amigos y el recuerdo de la infancia lo invitan a imaginar otro tipo de retorno que Misiones no contempla, una vuelta a otro tipo de raíces, y esta vez: «Convertido en hijo pródigo a posteriori, o mejor dicho, para la posteridad» (Espinoza, 1944, p. 69). De esta forma Quiroga prepara el camino, y el 21 de noviembre de 1936 escribe a su amigo salteño Asdrúbal Delgado: «hasta los elefantes van a morir a todos los sitios donde dieron sus primeros trotes» (Quiroga, 2007, p. 242).

El trasfondo de estas palabras deja planteado un nuevo horizonte reflexivo y afectivo que no permite cerrar del todo el sentido final en cuanto a su lugar de pertenencia, sin embargo, nuestra investigación ofrece elementos y pruebas para arriesgar al menos más de una interpretación.

*

Como parte de la estrategia de la repatriación, el gobierno uruguayo asignó la tarea ejecutiva al Ministro de Instrucción Pública de entonces, Eduardo Víctor Haedo. A su vez, Haedo designó a una comitiva de escritores uruguayos cercanos al gobierno para el traslado de los restos, mientras que en la vecina orilla ocurre lo mismo con una integración de escritores argentinos. Enrique Amorim y Alfredo Mario Ferreiro serán las figuras centrales de la escolta uruguaya, tal como se ha desarrollado en el pasaje correspondiente en esta tesis.

Enrique Amorim, a pedido de Haedo, convence a Darío Quiroga para entregar las cenizas, ya que este se oponía a que reposaran en un lugar donde su padre no había vuelto (Uruguay, Salto), y porque no quería darles el gusto a aquellos que lo habían dejado en la calle (Amorim, 1983, pp. 60-61). Si bien Haedo sostuvo no hacer ninguna explotación política del caso Quiroga, nuestra investigación ofrece informaciones concretas acerca de los recibimientos oficiales registrados en las ceremonias del Parque Rodó y Salto, así como de la procesión de la urna a escala departamental y los discursos políticos en torno a los restos, que prueban lo contrario.

Alfredo Mario Ferreiro, en cambio, fue decisivo para destrabar las gestiones jubilatorias en favor del narrador salteño, y como Director administrador de la Sección uruguaya en el proyecto Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense [S.A.L.R.P.], propició la reconexión literaria de Quiroga en territorio uruguayo, invitándolo a publicar su último libro de cuentos, *Más allá* (1935). La publicación también sirvió para ayudar a Quiroga en el trance económico luego del cese. Según lo analizado, la posibilidad de editar desde una posición estratégica binacional le permitió a Quiroga inclinar el cuerpo hacia Uruguay y retomar el vínculo con sus orígenes literarios, más allá de su predilección natural hacia el medio porteño, espacio que la Sección argentina de la S.A.L.R.P. también satisfacía. Sea como fuere, la publicación le permitió desembarcar de nuevo en su tierra y atemperar los ánimos nacionalistas del ámbito gubernamental, de los cuales dependían las decisiones ministeriales vinculadas a su jubilación, que por entonces se encontraba en trámite.

A su vez, su indefinición fronteriza le sentía cómoda, y ante la circunstancia de que no se sentía ni uruguayo ni argentino, o al menos se resistía a optar por una u otra opción, este sello calzó a la perfección con sus propósitos privados, en virtud de mantener intacta su *rioplatinidad* intrínseca. Este rasgo identitario en el pasado le había sido negado por el mayor crítico de nuestras letras, Alberto Zum Felde, al excluirlo de los índices de la literatura uruguaya (1930). Sin embargo, tras el análisis expuesto en nuestro trabajo, podemos afirmar que la publicación de *Más allá* se estableció como puente de retorno literario de Quiroga hacia Uruguay. Y

esa recuperación simbólica se produjo también gracias a la presencia de Zum Felde en el estudio preliminar del volumen, quien en esas páginas no solo devuelve a Quiroga su carácter rioplatense, sino que lo eleva a una categoría mundial, superando cualquier nacionalismo exclusivista, que hasta el momento tendía a reducirlo.

En síntesis, *Más allá* no solo reunió a la perfección lo rioplatense en Quiroga, sino que también refuerza su figuración en la literatura de los dos países, que no solo lo comparten de hecho (al margen del carácter netamente argentino de su obra) sino también de derecho, pues en Quiroga concurren la nacionalidad uruguaya de nacimiento y la argentina, que luego de trasladarse al país vecino asumió. Ocurre que en la época del autor, su nacionalidad argentina no era algo que se supiese de manera fehaciente, ni incluso luego de su muerte. En este sentido, por razones de conveniencia Quiroga no hizo valer su doble condición, excepto cuando postuló su último libro al premio oficial de Uruguay en 1935.

Esa participación lo obligó a moverse desde la posición rioplatense hacia la uruguaya, tomando una decisión que implicaba más que la posibilidad de acceder al premio en metal que estaba en juego. Este acto, en realidad, terminó por devolverlo simbólicamente a su sitio de origen aceptando, aunque fuera a regañadientes, su pertenencia a esta nación. Acaso pueda ser esta la última voluntad literaria de Quiroga.

Por último, pese a que el libro no tiene una buena recepción, tanto monetaria como en términos de candor popular, no ocurrirá lo mismo con el reconocimiento oficial, ya que el jurado del Ministerio de Instrucción Pública de Uruguay finalmente le otorgó el premio nacional de ese año a su obra edita *Más allá*, confirmando su reincorporación al canon de la literatura uruguaya.

*

Gracias al relevamiento de las distintas polémicas y tensiones producidas en el campo literario local y bonaerense, durante y después de la repatriación, podemos visualizar ahora bajo un nuevo foco la obra de Quiroga luego de su muerte. Este recorrido implicó un análisis específico de algunos libros fundamentales del autor

para rastrear y reencausar su reposicionamiento en el canon de las letras uruguayas, por ejemplo el caso de los *Cuentos de la selva (para los niños)* (1918), ofrecido a la autoridades de Uruguay como libro de lectura obligatoria para Enseñanza Primaria, y rechazado por la Dirección General de Instrucción Pública, mediante un informe lapidario del maestro, profesor e Inspector Técnico de Enseñanza Primaria y Normal Emilio Fournié.

Las pruebas reunidas nos permiten aventurar que la no figuración de Quiroga en las sucesivas ediciones de libros de lectura o lecturas complementarias oficiales de Enseñanza Primaria y Normal en nuestro país, posteriores al informe, puedan deberse al dictamen del inspector Fournié por su ascendencia en ese terreno. Una exhaustiva pesquisa (1921-1949) confirma su ausencia, al tiempo que el narrador salteño tampoco aparecerá en los programas oficiales de enseñanza primaria, al menos entre 1917 y 1957, período en el que se extendió nuestra búsqueda. Debemos consignar, como parte de las consideraciones finales, un caso de excepción que implica un hallazgo, y que acaso constituya la primera aparición de un texto quiroguiano en un manual de lectura de primaria, *Optimismo* de Zarrilli y Abadie (1927), en el que aparece el relato «La abeja haragana», reiterándose su aparición en las ediciones de 1936, 1939, 1941 y desapareciendo en la última de 1945.

A su vez, contrario a lo que informaron los amigos salteños Delgado y Brignole sobre que «las fábulas y cuentos [de Quiroga] son lectura obligada en los liceos de la República» ([1939], 2016, p. 238), o bien, que «había sido incorporado oficialmente a la literatura uruguaya, entrando en los programas de la materia» (p. 352), los datos que recabamos indican que la incorporación del estudio de la obra de Quiroga en los programas oficiales de literatura de Enseñanza Secundaria en Uruguay ocurre de forma lenta y algo tardía, si tomamos en cuenta la coordenada de su muerte (1937).

De este modo, verificamos que Quiroga en realidad es incorporado en el Plan 1941 y no antes (la bolilla 18 indica *Quiroga o Reyles*), como parte del Programa de literatura de tercer año (primer curso), aprobado por la Comisión y confirmando su vigencia por resolución del Consejo en 1952, datos en los que a

su vez se ampara Real de Azúa para elaborar un exhaustivo informe con una listado adjunto de autores elegidos en el sistema educativo uruguayo medio para la enseñanza literaria (1958).

Con relación a *Suelo natal* (1931), podemos señalar que lo que Quiroga no pudo conseguir con *Cuentos de la selva* en Uruguay casi una década atrás, lo logra con este proyecto de textos para niños, ya que fue aprobado por el Consejo Nacional de Educación para 4° grado escolar en Argentina. Allí Quiroga recoge la testeada fábula de «La abeja haragana», único texto sobreviviente del filtro pedagógico realizado por Fournié. En tal sentido, *Suelo natal* capitalizó en su confección un conjunto de aprendizajes recogidos de la experiencia anterior, entre ellos: la autoría conjunta, ya que el proyecto argentino fue escrito en colaboración con Leonardo Glusberg, Maestro en las escuelas primarias de la Capital Federal y profesor en la Escuela Nacional de Comercio de Ramos Mejía, nivelando la balanza en cuanto a la experiencia de ambas plumas, priorizando el aporte de cada profesión para potenciar el volumen; y también la variedad temática que presentan los textos, ya que este libro incorporó en su índice historias vinculadas a diferentes materias: geografía, moral, lengua, civismo, al tiempo que hizo lugar a novedades científicas como el cinematógrafo. Una hábil y certera adecuación a sus receptores posicionó mejor a *Suelo natal* como texto de utilidad e interés, tanto para docentes como para el alumnado, que a su antecesor, *Cuentos de la selva*, en el que este conjunto de aspectos no estaban contemplados o directamente intencionados.

*

Con la intención de analizar la crónica de estos episodios y, si fuese posible, dar alguna respuesta, fue necesario rastrear y trabajar con fuentes intocadas que constituyen la primera recepción crítica del narrador uruguayo. Así, tanto las tres piezas epistolares inéditas que comparecen en el Anexo 1, como la compilación textual presentada en el Anexo 5 de nuestro trabajo, permiten realizar hoy la reconstrucción narrativa de los sucesos de forma colectiva al integrar un conjunto de voces y, por ende, de acercamientos al autor y a los hechos estudiados, para continuar allí donde los biógrafos dejaron de contar y siguieron hablando los

amigos, los colegas, la prensa, los familiares y los políticos. Se trata de textos que fueron exhumados de publicaciones periódicas y libros, y hasta donde sabemos nunca fueron reunidos en un trabajo de esta índole.

En virtud de trazar un mapa discursivo sobre el asunto de los funerales del autor y contextualizar las pruebas presentadas, fue necesario fijar las coordenadas temporales y espaciales de los eventos analizados, para luego examinar el alcance de sus repercusiones. A tales efectos confeccionamos el Anexo 3, en el que se recoge la cobertura en prensa escrita que tuvo la repatriación de los restos de Quiroga desde Argentina hacia Uruguay, en las publicaciones periódicas de ambas capitales, así como en provincias y departamentos. Los asientos bibliográficos consignados en esta muestra, que consideramos parcial, ascienden a más de cuatrocientos, y abarcan también algunas menciones en el exterior sobre la muerte del escritor uruguayo.

A este esfuerzo se suma el aporte iconográfico incluido en Anexo 4, mediante la incorporación de un conjunto de treinta imágenes, muchas de ellas presentadas por primera vez. En suma, confiamos en que el aporte realizado a través de los anexos documentales pueda resultar de utilidad a investigaciones futuras dedicadas al estudio de este autor, tan caro a las letras de ambas naciones.

En cuanto al resurgimiento del estudio de la vida y obra del autor a partir de 1950, debieron pasar quince años desde el primer trabajo biográfico, a cargo de los amigos salteños (1939) hasta el siguiente aporte en este género (Orgambide, 1954), para romper el sello de *autenticidad* con el que aquellos rubricaron la entrañable y, a la vez, problemática versión *oficial* sobre el narrador salteño.

A partir de la evidencia recolectada podemos afirmar que Quiroga fue *arrancado* de suelo argentino para ser replantado nuevamente en Uruguay, tanto sus raíces literarias como vitales. Así, el ascenso, canonización y posterior restauración de su figura ilustre nacional, estatus al que se lo elevó a partir del trance de la repatriación, fue útil a los intereses políticos de turno. Si bien primero fue valorado en vida por su país de adopción (Argentina), su (des)cuidada posteridad fue reclamada de forma política, al ser acuñado por su país de origen. Esta compleja circunstancia final, a la postre le permitió a Quiroga obtener el

consensuado reconocimiento internacional, mérito que lo distingue hasta nuestros días.

11. BIBLIOGRAFÍA

Estudios generales y crítica sobre el autor

- ABREU MENDOZA, Carlos (2018). Más allá de la necrografía: una relectura del suicidio en la vida y obra de Horacio Quiroga. *Revista canadiense de estudios hispánicos*. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/i40211828>.
- AMORIM, Enrique (3 de marzo de 1953). *Versión* [mecanografiada] *de la entrevista con el señor Enrique Amorim*, realizada por Mercedes Ramírez de Rossiello y Clara Silva de Zum Felde. En «Documentos del 331 al 339, 9-10». El ejemplar se conserva en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- _____. (1983). *El Quiroga que yo conocí*. Montevideo, Uruguay: Arca.
- ARIGÓS DE ELÍA, Alberto (28 de setiembre de 1941). La casa de Horacio Quiroga [San Ignacio]. *La Nación*, Buenos Aires, p. 4.
- BABEL (noviembre de 1926). Número homenaje dedicado a Horacio Quiroga. Buenos Aires, (21). Colaboran: Benito Lynch, Arturo Capdevilla, Ernesto Montenegro, Baldomero Fernández Moreno, Luis Franco, Juana de Ibarbourou, Roberto F. Giusti, Félix Lima, Manuel Gálvez, Luis García, Leopoldo Lugones, Arturo Capdevilla, Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Roberto Julio Payró, Alberto Gerchunoff, entre otros.
- BERDIALES, Germán (1939). Nuestro gran cuentista para niños: Horacio Quiroga. *Del arte de escribir para los niños*. Buenos Aires: Librería Argentina.
- BOULE, Annie (1965). Proyecto para obras completas de Horacio Quiroga. *Bulletin Hispanique*. Tome 67, (1-2), pp. 91-128. Recuperado de <https://doi.org/10.3406/hispa.1965.3837>.
- _____. (1975). Horacio Quiroga cuenta su propia vida (apuntes para una biografía). *Bulletin Hispanique*. Tome 77, (1,2), pp. 74-106. Recuperado de <https://doi.org/10.3406/hispa.1975.4169>.
- _____. (1999). Cronología de las obras de Horacio Quiroga, [rectificaciones]. *Bulletin Hispanique*. Tome 101, (1), pp. 275-280. Recuperado de <https://doi.org/10.3406/hispa.1999.5007>.
- BRIGNOLE, Alberto J.; Delgado, José María (2016). *Vida y obra de Horacio Quiroga*. Prólogo y notas de Leonardo Garet. Salto: Escuela Filantrópica Hiram. [1939]
- CARDETTINI, Onelia (noviembre de 1989). Los veranos fatales, Horacio Quiroga: dos muertes inéditas y un mito. *Puro cuento*. Buenos Aires. Recuperado de <https://studylib.es/doc/6665625/dos-muertes-ineditas-y-un-mito>
- CASTILLO, Abelardo (1993). Liminar. Horacio Quiroga. *Todos los cuentos. Horacio Quiroga*. Colección Archivos F.C.E. Madrid: ALLCA XX, pp. 21-33.

- CASTRO, Virginia (Consultado en marzo de 2023). *Índice. La vida literaria. Crítica-Información-Bibliografía* [1928-1932]. AméricaLee. El Portal de Revistas Latinoamericanas del Siglo XX. Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas [CeDInCI]. Recuperado de www.cedinci.org
- CESIO, Enrique A. (10 de abril de 1987). Los bienes de Quiroga. *Brecha*, Montevideo.
- CUARTEROLO, Andrea (2009). Primeros debates y reflexiones en torno al cine nacional. *Una historia del cine político y social en Argentina. Formas, estilos y registros* (1896-1969). Ana Laura Lusnich y Pablo Piedras (Coed.), Vol. i, Buenos Aires: Nueva Librería, pp. 67-78.
- DELGADO, Verónica (2020). *La Vida Literaria de Samuel Glusberg: la revista de un editor 1928-1932*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CeDInCI. (Biblioteca Orbis Tertius; 14). En *Memoria Académica*: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.4834/pm.4834.pdf>
- DONOSO, Gustavo (2019). *Índice de la revista Babel (1939-1951)*. *Anales De Literatura Chilena*, (31), 235–261. Recuperado de: <https://ojs.uc.cl/index.php/alch/article/view/54155>
- EFRON, Natalia (Consultado en marzo de 2023). *Índice. Babel. Revista de arte y crítica* (Buenos Aires, n° 1: abril 1921 – n° 29: diciembre 1929). AméricaLee. El Portal de Revistas Latinoamericanas del Siglo XX. Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas [CeDInCI]. Recuperado de www.cedinci.org
- ESPINOZA, Enrique [Seud. Glusberg, Samuel] (1944). El regreso de Horacio Quiroga. *Babel. Revista de arte y crítica*, (20), Santiago de Chile, pp. 68-72.
- _____. (1980). *Trayectoria de Horacio Quiroga*. Buenos Aires: Babel.
- FERRARI, Alejandro y Martín Bentancor (13 de mayo de 2016). +Quiroga. *Entre la vida, la escritura y el cine* [Suplemento especial]. *Brecha*, Montevideo, pp. 1-8.
- _____. (2018) Estudio preliminar. En *Horacio Quiroga. Cuentos de la selva para niños*. Montevideo: Ministerio de Relaciones Exteriores, Consejo de Educación Inicial y Primaria, pp. 15-42.
- _____. (2021). Adendas a la bibliografía de Horacio Quiroga. *(an)ecdótica*, 5(2), 95-120. <https://doi.org/10.19130/iifl.anec.2021.5.2.49244>
- FERREIRA RODRÍGUEZ, Gerardo (agosto de 2010) Horacio Quiroga: un ojo amaestrado (o dos). Leve vistazo a la cartelera cinematográfica de Buenos Aires en 1922. *Piedra Alta*, Salto, (3), pp. 8-9.
- _____. (2011). Horacio Quiroga y Mario Soffici, dos *Prisioneros de la tierra* (1939): Apuntes sobre una notable transposición. Ponencia leída en el encuentro *L+C: literatura y cine*, realizado en mayo de 2011, en

- Cinemateca y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelAR. Publicado luego en la revista digital *No-Retornable*, Buenos Aires.
- _____; Andrés González Estévez (2014). *Horacio Quiroga: contexto de un crítico cinematográfico. Diálogos con Caras y Caretas y Fray Mocho (1911-1931)*. Cuadernos de Literatura (7). Montevideo: Biblioteca Nacional.
- FERRETI, Pierina; Lorena Fuentes (2011). Enrique Espinoza y la revista *Babel*. Una mirada a su proyecto editorial y a su lugar en el campo cultural chileno. *Babel. Revista de arte y crítica*, (6), Santiago de Chile, pp. 9-40.
- _____. (2008). El imaginario literario de la revista *Babel*. *Babel. Revista de arte y crítica*, (2), Santiago de Chile, pp. 7-37.
- FESTINI, Patricia (2015) La sencillez para escribir: *Suelo Natal*, el libro de lectura de Horacio Quiroga. En *Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura*, (4), pp. 153-176.
- FLORES, Ángel. (Ed.) (1976). *Aproximaciones a Horacio Quiroga*. Caracas: Monte Ávila.
- FUENTES, Lorena (2011). Enrique Espinoza y la revista *Babel*. Una aproximación a su itinerario biográfico y editorial. *Babel. Revista de arte y crítica*, (4), Santiago de Chile, pp. 9-34.
- GÁLVEZ, Manuel (1944). *Amigos y maestros de mi juventud. Recuerdos de la vida literaria. 1900-1910*. Buenos Aires: Guillermo Kraft Ed.
- GARET, Leonardo (Comp.) (1995). *Horacio Quiroga por uruguayos*. Montevideo, Academia Uruguaya de Letras.
- GERCHUNOFF, Alberto (1979). *Figuras de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Vernácula.
- GIACOSA, Romina Julieta (2012). Monteiro Lobato y su relación con Horacio Quiroga: Proyectos paralelos en la literatura infantil latinoamericana. En IV Jornadas de Poéticas de la literatura argentina para niños, 27 y 28 de septiembre de 2012, La Plata. Disponible en *Memoria Académica*: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1601/ev.1601.pdf
- GIUSTI, Roberto (1994). *Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*. Buenos Aires: Theoría.
- GHIANO, Juan Carlos (20 de marzo de 1977). Aproximaciones a Horacio Quiroga. *La Nación*, Buenos Aires, p. 1.
- GLUSBERG, Leonardo; Horacio Quiroga (1931). *Suelo natal*. Buenos Aires: F. Crespillo. Libro de lectura aprobado por el Consejo Nacional de Educación para 4° grado.
- GURGEL, Ribeiro, María Paula (25 de marzo de 2005). Quiroga y Monteiro Lobato. Encuentros americanos (Trad.: Pablo Rocca.). *El País Cultural*, Montevideo, Año 10, (3148).

- _____. (2007) Sobre diálogos literarios: Monteiro Lobato, Manuel Gálvez y Horacio Quiroga. *El Matadero*, Buenos Aires, (5).
- JANNELLO, Karina (Consultado en marzo de 2023). Índice. *Sech. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile* [1936-1939]. *AméricaLee. El Portal de Revistas Latinoamericanas del Siglo XX*. Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas [CeDInCI]. Recuperado de www.cedinci.org
- JITRIK, Noé (1959). *Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- LASPLACES, Alberto (1939). Horacio Quiroga. *Nuevas opiniones literarias*. Montevideo: Claudio García Ed., pp. 143-176. Reproducido como Prólogo a *Horacio Quiroga: cuentos* (1937). Montevideo: Biblioteca Rodó.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1966) [1957]. *El hermano Quiroga. Cartas de Quiroga a Martínez Estrada*. Montevideo: Arca.
- ONETTI, Juan Carlos (2009). Hijo y padre de la selva. En *Obras completas*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 170-174. [1986]
- ORGAMBIDE, Pedro (1954). *Horacio Quiroga. El hombre y su obra*. Buenos Aires: Stilcograf.
- _____. (1994). *Horacio Quiroga. Una historia de vida*. Buenos Aires: Planeta.
- PASTOR LEGNANI, Margarita; Rosario Vico de Pena (1975). *Filmografía uruguaya 1898-1973*. Montevideo: Cinemateca Uruguaya, Cine Universitario del Uruguay.
- PENCO, Wilfredo (2021). Tras las huellas de Horacio Quiroga: el viaje a Misiones en 1949. Informe de Emir Rodríguez Monegal al director interino del INIAL. *Revista de la Academia Nacional de Letras*, (17), enero-diciembre. Montevideo: Academia Nacional de Letras, pp. 117-132.
- PEREIRA RODRÍGUEZ, José (1965). Horacio Quiroga en el taller. *Ensayos*, Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.
- PLATERO, Soledad (11 de diciembre de 1998). Los complots de la escritura [entrevista a Juan Carlos Mondragón]. *El País Cultural*, Montevideo, (475), pp. 1-3.
- PRINCIVALLE, Carlos María (1949). Los cuentos selváticos de Horacio Quiroga. *Alfar*, Montevideo (88), s/p.
- QUEREILHAC, Soledad (2017). Sobre ediciones y lecturas. Entrevista a Jorge Lafforgue. *El matadero*. Buenos Aires, (11), pp. 87-100. Recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/matadero/article/view/7281>
- QUIROGA, Horacio (1994). *Lo que no puede decirse y otros textos*. Selección y prólogo de Pablo Rocca. Montevideo: Banda Oriental.
- _____. (1997). *Arte y lenguaje del cine*. Comp. Gastón Gallo. Prólogo de Carlos Dámaso Martínez. Buenos Aires: Losada.

- _____ (1998). *Actas de las jornadas de homenaje a Horacio Quiroga*. Montevideo: Departamento de Literaturas Uruguay y Latinoamericana. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- _____ (2007). *Obras. Tomo V: Diario y Correspondencia*. Coed. Jorge Lafforgue y Pablo Rocca. Buenos Aires: Losada.
- _____ (2009). *Obra Completa. Tomo 1, 2, 3 y 4*. Edición, prólogo y notas de Leonardo Garet. Montevideo: Cruz del Sur.
- RAMA, Ángel (1967) Lo uno y lo diverso de Horacio Quiroga. Prólogo al tomo IV de las *Obras inéditas y desconocidas de Horacio Quiroga*. Montevideo: Arca.
- REGGI, Marta I. (2007) Los libros de lectura de los autores de las novelas semanales (1920- 1935) entre el discurso didáctico y el discurso de la ficción. En Festini, P. (Coord.). *Tres miradas en torno a infancia y sociedad. Seminarios de investigación: tres casos de estudio en Ciencias Sociales*. Quilmes: Serie Digital de la Universidad Nacional de Quilmes, (6), pp. 29-74.
- RELA, Walter (1972). *Horacio Quiroga. Repertorio bibliográfico anotado 1897-1971*. Buenos Aires: Casa Pardo.
- RICCETTO, Ma. Nélica (1998). Quiroga y la «Literatura infantil». *Actas de las jornadas de homenaje a Horacio Quiroga*. Montevideo: Departamento de Literaturas Uruguay y Latinoamericana. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, pp. 217-221.
- RIVERA, Jorge B. (1993). Profesionalismo literario y pionerismo en la vida de Horacio Quiroga. *Horacio Quiroga: Todos los cuentos*. Colección Archivos, edición crítica a cargo de Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Fondo de Cultura Económica de Madrid.
- ROCCA, Pablo. (Coord.) (1991) *Diccionario de Literatura Uruguay. Tomo III. Obras, cenáculos, páginas literarias, revistas, períodos culturales*. (Dir.) Alberto F. Oreggioni, (Coord.) Carina Blixen, Wilfredo Penco. Montevideo: Arca.
- _____ (1992). *Montevideo, altillos, cafés, literatura*. Antología y prólogo. Montevideo: Arca.
- _____ (30 de diciembre de 1994). Nueva biografía de Horacio Quiroga; La herencia maldita. *El País Cultural*, Montevideo, (269), pp. 10-11.
- _____ (1994) Horacio Quiroga en la bolsa de valores (periodismo y literatura, público y mercado). *Revista de Estudios Hispánicos*, Puerto Rico, (21), pp. 119-134.
- _____ (Ed.) (2001). *Polémicas literarias del Novecientos*. Montevideo: Banda Oriental.

- _____. (2007). *Horacio Quiroga. El escritor y el mito. Revisiones*. Montevideo: Banda Oriental.
- _____. (2017). Quiroga y el mito del Plata. *El matadero*, Buenos Aires, (11), pp. 47-54.
- RODRÍGUEZ, Antonio Hernán (1985). *El mundo ideal de Horacio Quiroga y cartas inéditas de Quiroga a Isidoro Escalera*. Posadas: Montoya. [1971]
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (21 de enero de 1949). Del archivo José E. Rodó al de Horacio Quiroga [Sobre la conferencia ofrecida por Darío Quiroga en la Biblioteca Nacional de Uruguay, el 13 de enero de 1949]. *Marcha*, Montevideo, pp. 14-15 y 13.
- _____. (25 de mayo de 1949). Informe al director interino del INIAL. En *Tras las huellas de Horacio Quiroga: el viaje a Misiones en 1949*, de Wilfredo Penco (2021), en *Revista de la Academia Nacional de Letras*, (17), enero-diciembre. Montevideo: Academia Nacional de Letras, pp. 117-132.
- _____. (1950). La generación del 900; Objetividad de Horacio Quiroga. *Número*, Montevideo, (6-7-8), ene-jun.
- _____. (6 de agosto de 1954). En las huellas de Horacio Quiroga: Enrique Espinoza en su *Babel* (1921-1951). *Marcha*, Montevideo, (731), pp. 14-15.
- _____. (15 de abril de 1955). Oportunidad y riesgos de una nueva interpretación. *Marcha*, Montevideo, (759), pp. 20-21.
- _____. (26 de julio de 1957). Nueva luz sobre Quiroga. Miseria y grandeza de su declinación. *Marcha*, Montevideo, (872), pp. 21-22.
- _____. (1961). *Las raíces de Horacio Quiroga*. Montevideo: Asir.
- _____. (1967). *Genio y figura de Horacio Quiroga*. Buenos Aires: Eudeba.
- _____. (1968). *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*. Buenos Aires: Losada.
- ROJAS, Manuel (marzo/abril de 1947). La literatura y el hombre. Horacio Quiroga. *Babel*, Santiago de Chile, (38), pp. 67-73.
- ROSEMBERG, Fernando (1995). El escritor Weyland y Horacio Quiroga. *Todo es Historia*. Buenos Aires, (335), pp. 46-53.
- ROSSIELLO, Mercedes (1959). Prólogo. *Cartas inéditas de Horacio Quiroga*, Tomo II. Ordenación y notas de Roberto Ibáñez. Montevideo: Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos literarios, pp. 21-42.
- RUFFINELLI, Jorge (15 de agosto de 1968). Hacia un Quiroga esencial. *Marcha*, Montevideo, p. 23.
- S/F. (mayo de 1929). El caso de Horacio Quiroga [de Alberto Zum Felde]. *La vida Literaria*, Buenos Aires, (10), p. 7.
- SOTO, Luis Emilio (12 de marzo de 1942). Horacio Quiroga. 1937-1942. *Argentina Libre*, Buenos Aires, p. 75.

- TARCUS, Horacio (Ed.) (2009). *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*. Buenos Aires: Emecé.
- _____. (2000). Historia de una pasión revolucionaria. Mika Feldman y Hipólito Etchebéhère, de la reforma universitaria a la guerra civil española. *El Rodaballo*. Buenos Aires, (11/12). Recuperado de <https://elsudamericano.files.wordpress.com/2014/01/historiadeunapasic3b3n.pdf>
- TIEMPO, César (1970). *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga*. Introducción, notas y entrevista de Arturo Sergio Visca a César Tiempo. Montevideo: Biblioteca Nacional. Departamento de Investigaciones, pp. 24-26.
- UTRERA, Laura Lorena (2009). A mentalidade nova. Las repercusiones del cine de Hollywood de los años veinte: Horacio Quiroga y Monteiro Lobato. *Revista Escrita*, Río de Janeiro, (10).
- VIÑAS, David (1953-1954). Quiroga: el mito de Anteo. *Espiga*, Buenos Aires, (18-19), s/p.
- WALSH, Rodolfo (1995 [1967]). El país de Quiroga. *El violento oficio de escribir. Obra periodística, 1953-1977*. Buenos Aires: Planeta, pp. 226-233.
- WEYLAND, Walter Guido (20 de marzo de 1955). Vicente López, 1927–1931. *La Nación*, Buenos Aires, p. 1.
- ZUM FELDE, Alberto (1930). *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Montevideo: Imprenta Nacional Colorada. [1941, 1967, 1985]

Bibliografía general

- ACHUGAR, Hugo (2004). *Planetas sin boca. Escritos sobre arte, cultura y literatura*. Montevideo: Trilce.
- ARFUCH, Leonor (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- BADO, Washington (2013). La inmolación. *Crónicas de Batlle y Ordóñez a Gabriel Terra*. Montevideo: Arca, pp. 104-112.
- BATISTA, Pía (2015). Reforma de la enseñanza en el Uruguay de la década de 1930: la revista *Ensayos* y la Agrupación Universidad. *Políticas Educativas*, Santa María, (1). Recuperado a partir de <https://seer.ufrgs.br/index.php/Poled/article/view/63320>
- ____ (2017) La configuración de la enseñanza secundaria en Uruguay. Tres revistas pedagógicas (1936-1947). *Políticas Educativas*, Santa María, (2). Recuperado a partir de <https://seer.ufrgs.br/index.php/Poled/article/view/76806>
- CAETANO, Gerardo; Jacob, Raúl; Porrini Beracocha, Rodolfo (1996). *El Terrismo de Estado*, en *Las brechas de la historia*, Fernando Pita (Comp.). Montevideo: Ediciones de Brecha.
- CASTORIADIS, Cornelius (1997). El imaginario social instituyente [Traducción de Luciana Volco]. *Zona Erógena*. Buenos Aires, (35). Recuperado de <http://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoriadis%20Cornelius%20-%20El%20Imaginario%20Social%20Instituyente.pdf>
- COCCHI, Ángel; Nahum, Benjamín; Frega Novales, Ana; Trochón, Yvette (1998). *Crisis política y recuperación económica 1930-1958*. Montevideo: Banda Oriental.
- DI CANDIA, César (2000). *Grandes entrevistas uruguayas* [Eduardo V. Haedo entrevista a Luis Alberto de Herrera]. Montevideo: Aguilar, pp. 99-107.
- DOSSE, François (2007). *El arte de la biografía*. Traducción: Universidad Iberoamericana (sin autor especificado). México: Universidad Iberoamericana.
- FACAL, Silvia (2000). *El Uruguay en tiempos de Terra frente a la inmigración masiva de refugiados y judíos*, en *Estudios migratorios latinoamericanos*. Buenos Aires, (45), pp. 431-445.
- FISCHER, Diego; Pisani, Silvia (1998). *Al Este de la historia*. Montevideo: Aguilar.
- FRUGONI, Emilio (1985). *La revolución del machete*. Montevideo: Crisol.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.

- GARCÍA RODRÍGUEZ, Gustavo O. (2019). Aproximaciones al concepto de imaginario social. *Civilizar: Ciencias Sociales y Humanas*. Bogotá, 19, (37), pp. 31-42. <https://doi.org/10.22518/usergioa/jour/ccsh/2019.2/a08>
- HAEDO, Eduardo V. (1946). *El Partido Nacional y el principio de la no-intervención*. Montevideo: Directorio del Partido Nacional.
- _____. (1946). *En defensa de la soberanía. El Uruguay y la política internacional del Río de la Plata*. Buenos Aires: Padilla y Contreras.
- _____. (1973). *El Uruguay y la política internacional del Río de la Plata*. Buenos Aires: Eudeba.
- _____. (1990). *La caída de un régimen*. Montevideo: Cámara de Representantes.
- _____. (1996). *Asuntos internacionales y otros temas políticos. Cámara de representantes* [2 tomos]. Montevideo: Cámara de Representantes.
- ÍÑIGO Fernández, Luis E. (2023). *Vae Victis. Una historia de las derrotas que sellaron el destino de la humanidad*. Madrid: Edaf.
- JACOB, Raúl (1981). *Uruguay 1929-1938: depresión ganadera y desarrollo fabril*. Montevideo: Fondo de Cultura Universitaria.
- _____. (1983). *El Uruguay de Terra*. Montevideo: Banda Oriental.
- MACHADO BONET, Ofelia (mayo de 1937). Sobre la enseñanza en la literatura. *Ensayos*, Montevideo, (11), pp. 137-143.
- NORA, Pierre (2008). Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares. En *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Traducción: Laura Masello. Prólogo de José Rilla. Montevideo: Trilce.
- ODDONE, Juan Antonio (1955). *Tablas cronológicas. Poder Ejecutivo-Poder Legislativo 1830-1951*. Instituto de investigaciones históricas. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias. Universidad de la República.
- _____. (1967). *Tablas cronológicas. Poder Ejecutivo-Poder Legislativo 1830-1967*. Instituto de investigaciones históricas. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias. Universidad de la República. [Segunda edición corregida y aumentada].
- _____. (1989). *El Uruguay de los años treinta. La política económica del Terrismo*. Montevideo: Fondo de Cultura Universitaria.
- _____. (1990). *Uruguay entre la depresión y la guerra [1929-1945]*. Montevideo: Fondo de Cultura Universitaria.
- PETIT MUÑOZ, Eugenio (1969). *Historia sintética de la autonomía de la enseñanza media en el Uruguay*. Montevideo: Universidad de la República O. del Uruguay, Facultad de Humanidades y Ciencias.
- PETRONIO, Tabaré (et al.) (2000). *Terra: ¿Dictadura y revolución?* Montevideo: La República.
- PODETTI, Ramiro (2001). *La azotea de Haedo*. Montevideo: Ediciones de la Plaza.

- QUIJANO, Carlos (20 de noviembre de 1970). Eduardo Víctor Haedo [Necrológica]. *Marcha*, Montevideo, pp. 6/10.
- _____. (1989). *Los golpes de Estado* [1933 y 1942 TI; 1973 TII]. Montevideo: Cámara de Representantes.
- REAL DE AZÚA, Carlos (1950). Ambiente espiritual del 900. Apartado de la Revista *Número*, (6-7-8), Montevideo, pp. 3-24.
- _____. (1958). Partidos políticos y literatura en el Uruguay. *Tribuna Universitaria*, Montevideo (6/7), pp. 101-136.
- _____. (1958). Problemas de la enseñanza literaria: la elección de autores. *Anales del Instituto de Profesores Artigas*, Montevideo, (3), pp. 33-56.
- _____. (mayo de 1967). El problema de la valoración de Rodó. *Cuadernos de Marcha*, Montevideo, (1), pp. 71-80.
- RIAL, Alejandro; Ruiz, Esther (2002). *Uruguay: 1937-1938: de Terra a Baldomir. El escenario político y la sucesión presidencial* (Papeles de trabajo). Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- ROCCA, Pablo (2009). *Dos revistas culturales en la guerra civil española. Literatura e imágenes en el Boletín de A.I.A.P.E y Ensayos de Montevideo (1936-1939)*. Montevideo, Centro Cultural de España/ Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras/ FHCE/ UdelaR.
- RODRÍGUEZ AYÇAGUER, Ana María (2009). *Un pequeño lugar bajo el sol. Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya 1935-1938*. Montevideo: Banda Oriental.
- RUIZ, Esther (2007). Del viraje conservador al realineamiento internacional. 1933-1945, en Ana Frega et al. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Montevideo: Banda Oriental.
- SARLO, Beatriz (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TERRA, Gabriel (1918). *Política internacional*. Montevideo: Talleres gráficos A. Barreiro y Ramos.
- _____. (1933). *La palabra del presidente Gabriel Terra*. Montevideo: Imprenta militar.
- _____. (1934). *Los discursos del presidente Terra. La reforma constitucional [1931-1934]*. Montevideo: [s/a].
- _____. (1937). *Así habló Terra*. Montevideo: [s/a].
- _____. (hijo) (1962). *Gabriel Terra y la verdad histórica*. Montevideo: [s/a].
- TROCHÓN, Yvette; Beatriz Vidal (1993). *El régimen Terrista (1933-1938). Aspectos políticos, económicos y sociales*. Montevideo: Banda Oriental.

WILLIMAN, José Claudio (1943). *Una comedia política 1937-1943*. Montevideo: Impresora Moderna.

ZARRILLI, Humberto; Roberto Abadie Soriano (1939). *Optimismo. Libro cuarto de lectura*. Edición oficial. Ilustraciones de Carmelo de Arzadun. Consejo Nacional de enseñanza primaria y normal. Montevideo: Imprenta latina.

_____ (1946). *Metodología de la lectura. Desde el deletreo a la globalización*. Montevideo: Consejo Nacional de enseñanza primaria y normal.

ZUM FELDE, Emilio (1940). *Ensayos sobre enseñanza secundaria*. Montevideo: Ensayos.

Fuentes documentales específicas sobre los funerales de Horacio Quiroga

- ALFAR (21 de febrero de 1937). Horacio Quiroga. *Uruguay*, Montevideo, p. 6. No hemos encontrado datos sobre la identidad de Alfár.
- AMORIM, Enrique (marzo de 1937). H.Q. fuel y solitario. *Nosotros*, Buenos Aires, (12), pp. 319-321. [Número en homenaje a Horacio Quiroga]. Reunido posteriormente AMORIM, 1983.
- ____ (5 de marzo de 1937). Despedida a Horacio Quiroga. *Uruguay*, Montevideo, p. 16.
- ____ (12 de octubre de 1947). La urna de Horacio Quiroga. *Tribuna Salteña*, p. 1.
- ____ (16 de julio de 1952). Sobre la nacionalidad de Horacio Quiroga. *Tribuna Salteña*, Salto, pp. 1-2. Reunido posteriormente en AMORIM, 1983.
- ____ (9 de marzo de 1957). Horacio Quiroga en la posteridad. Sin dato de fuente, p. 12. Original consultado en la colección personal de Enrique Amorim, en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- ____ (30 de octubre de 1959). Finis. *El Popular*, Montevideo, p. 2. Reunido posteriormente en AMORIM, 1983.
- ____ (29 de noviembre de 1959). Ha muerto el artista que talló la efigie de Quiroga. *Tribuna Salteña*, s/p, según el original consultado en la colección personal de Enrique Amorim, en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- BACCINO DE LEÓN, Napoleón (1979). Epílogo, 1937. *Horacio Quiroga. Itinerarios*. Montevideo: Biblioteca Nacional, pp. 65-67.
- BERDIALES, Germán (6 de marzo de 1937). El retorno de Horacio Quiroga. *La Unión*, Minas, p. 2.
- BERGARA, Eugenio P. (3 de marzo de 1937). Homenaje del Ateneo de Paysandú. Discurso del Dr. Eugenio P. Bergara, presidente del Ateneo, pronunciado en la estación de ferrocarril Midland de Paysandú, en el homenaje que realizara esta institución junto a la Intendencia al pasar los restos de Quiroga por allí, camino a Salto. Fue publicado como parte de la nota «Homenajes a Quiroga. La Intendencia y el Ateneo». *El Telégrafo*, Paysandú, (3 de marzo de 1937, pp. 3-6).
- BIOY CASARES, Adolfo (2001). *Descanso de caminantes. Diarios íntimos*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 89/456-457.
- BRAVO, María Helena (15 de agosto de 1938). Solicitud de pensión de María Elena B. de Quiroga [sic] e hija. A N° 304459. Caja de jubilaciones y pensiones civiles. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

- Archivo histórico. Fondos documentales. Archivo General de la Nación, Uruguay.
- _____ (30 de agosto de 1938). Solicitud de pensión de María Elena B. de Quiroga [sic] e hija. Resolución. 2815/1935. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Archivo histórico. Fondos documentales. Archivo General de la Nación, Uruguay.
- _____ (20 de julio de 1950). Resolución sobre reforma de cédula y reasignación de la pensión. 2815/935. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Archivo histórico. Fondos documentales. Archivo General de la Nación, Uruguay.
- _____ (20 de mayo de 1957) Palabras del Sr. Representante Dr. Julio B. Pons sobre situación en que se encuentran la poetisa Sra. Juana de Ibarbourou y la Sra. Viuda del escritor Horacio Quiroga. Carpeta N° 2209. 1.331. Cámara de representantes (oficio N° 3048). Sesión del día 14 de mayo de 1957. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Archivo histórico. Fondos documentales. Archivo General de la Nación, Uruguay.
- BOCAGE, Alberto C. (1972). Entrevista a Jorge Lenoble [7 de octubre] «Documentos D. 337.1»; Entrevista a Marcos Kaner [8 de octubre] «Documentos D. 337.3». Entrevista a Promoceno Horrisberger [octubre]. Las tres piezas se conservan en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- BORGES, Jorge Luis (1979). Borges conversa sobre Gerchunoff. *Figuras de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Vernácula, pp. 11-16.
- BOTELHO GOSÁLVEZ, Raúl (19 de diciembre de 1954). Las cenizas de Horacio Quiroga. *El País*, Montevideo, pp. 3/11.
- BRIGNOLE, Alberto J., Delgado, José M. (1939). Capítulo XXIII. *Vida y obra de Horacio Quiroga*, Montevideo: Claudio García y Cía. Editores, pp. 398-404.
- BRUGHETTI, Romualdo (1 de marzo de 1937). Inhumaron hoy las cenizas de H. Quiroga. *Uruguay*, Montevideo, p. 9.
- _____ (2 de marzo de 1937). Las cenizas de H. Quiroga ya duermen en su tierra salteña. *Uruguay*, Montevideo, p. 4.
- _____ (marzo de 1937). Horacio Quiroga, convocador de sombras. *Nosotros*, Buenos Aires, (12), pp. 326-28.
- CAPORALE Scelta, Julio (25 de febrero de 1937). Horacio Quiroga ha muerto. *Mundo uruguayo*, Montevideo, (931), pp. 8-9.
- CARDONA PEÑA, Horacio (19 de junio de 1948). Horacio Quiroga. *Repertorio americano*, San José de Costa Rica, (23), pp. 364.

- CASTELNUOVO, Elías (marzo de 1937). La tragedia de Horacio Quiroga. Consideraciones sobre su vida y su obra ante su muerte. *Claridad*, Buenos Aires, (311), pp. 4-8.
- CORBELLINI, Helena (2007). Las cenizas; El silencio. *La vida brava. Los amores de Horacio Quiroga*. Montevideo: Sudamericana, pp. 246-249.
- COSTA, Jorge Enrique (1 de marzo de 1937). Discurso del Intendente Municipal [de Salto]). Publicado como parte de la nota «El pueblo salteño vivió ayer horas de intenso fervor ante los restos de Horacio Quiroga». *La Campaña*, Salto, p. 8.
- DE CASTRO, Manuel (4 de octubre de 1964). Cronicones Montevideanos. El funeral laico a Horacio Quiroga. *Suplemento femenino de La Mañana*, Montevideo, p. 6. Una copia mecanografiada de este artículo fue consultada en la *Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras [SADIL]* en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- DE IBARBOUROU, Juana (28 de febrero de 1937). Mensaje lírico. *El Diario*, Montevideo, p. 13, como parte de la nota «Alcanzó caracteres realmente emocionantes el homenaje rendido a los restos de Horacio Quiroga». Como la composición no lleva título, optamos por utilizar el que coloca el cronista, pese a que luego varía, ya que es recogido por *El Debate*, Montevideo; *Los principios*, San José; *La Gaceta*, San Ramón; *El Terruño*, Durazno. Hasta donde sabemos, la composición no había sido exhumada de las páginas de los periódicos citados, ni recogida en libro, ya sea por la autora o por sus principales críticos.
- DELGADO, José María (mayo de 1937). A Horacio Quiroga. Oración fúnebre. *Ensayos*, Montevideo, (11). Número en homenaje a Horacio Quiroga. Recogido posteriormente en GARET, 1995, pp. 87-90.
- DI CANDIA, César (30 de agosto de 1990). Ester Haedo, 91 años, viuda de Enrique Amorim. *Búsqueda*, Montevideo, pp. 38-39.
- E.G.N. (marzo de 1937). El destino del escritor. *El Terruño*, Montevideo, (236), p. 1. Desconocemos la identidad de E.G.N.
- ECHAGÜE, Juan Pablo (19 de julio de 1935). Carta inédita a César Tiempo. La pieza original mecanografiada se encuentra en el Departamento de Archivos y colecciones particulares. Fondo César Tiempo, en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina.
- ENSAYOS (mayo de 1937). Número en homenaje a Horacio Quiroga. Montevideo, (11). Contiene: Horacio Quiroga y su pueblo, de Carlos A. Herrera MacLean; El sentido de la vida de Horacio Quiroga, de Antonio Grompone; Horacio Quiroga, de Pedro Leandro Ipuche; A Horacio Quiroga, de José María Delgado; Notas Bibliográficas, de Alicia Goyena.
- ESPINOZA, Enrique [seudónimo de Samuel Glusberg] (diciembre de 1921) Indiscreción. En *Babel*. Buenos Aires, (10), pp. 140.

- _____ (febrero de 1937). Trayectoria de Horacio Quiroga. Publicado originalmente en *Atenea*, Concepción (Chile), (140), pp. 127-138, y más tarde en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, (19), (15 de mayo de 1937), pp. 296 y 302. Posteriormente Glusberg publica una versión aumentada y final de este trabajo bajo el mismo título: *Trayectoria de Horacio Quiroga*, Buenos Aires: Babel, 1980.
- _____ (marzo de 1937). Algunos recuerdos personales. *Sech* Revista de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, (4), pp. 2-11. Número en homenaje a Horacio Quiroga.
- _____ (mayo/julio de 1938). Confesión del amigo que vuelve. *Nosotros*, Buenos Aires, (26/28). Reproducido luego en *Repertorio americano*, San José de Costa Rica, (3), noviembre, pp. 41-42. [Sobre la muerte de Leopoldo Lugones. Vinculación con H.Q.]
- FERNÁNDEZ MORENO, Baldomero (marzo de 1937). Epitafio a Horacio Quiroga. Palabras pronunciadas en la última ceremonia realizada en Salto. *Nosotros*, Buenos Aires, (12). Número en homenaje a Horacio Quiroga.
- _____ (1957). Viaje a Salto con las cenizas de Horacio Quiroga [crónica en el prólogo]; La Colonia [poema]; Viaje a Salto con las cenizas de Horacio Quiroga [poema]; Epitafio a Horacio Quiroga, en *Poemas del Uruguay*. Buenos Aires: Editorial Perrot, pp. 11-15/35-38.
- FERDINAND PONTAC, M. [seudónimo de Luis Bonavita] (24 de marzo de 1940). De la vida atormentada de Horacio Quiroga. *Suplemento de El Día*, Montevideo, (376), pp. 4-5.
- FERREIRO, Alfredo Mario (26 de octubre, 17 y 26 de diciembre de 1934; 2 y 17 de abril, 1 de mayo y 2 de julio de 1935; 10 de junio de 1936; 7 de abril y 4 de junio de 1937), cartas inéditas a César Tiempo; (4 de julio de 1935) carta inédita a Alfredo E. Moen. Las piezas originales mecanografiadas se encuentran en el Departamento de Archivos y colecciones particulares. Fondo César Tiempo, en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina.
- _____ (29 de setiembre de 1944). Horacio Quiroga integra hipostáticamente una luciferina trinidad con Lautréamont y Julio Herrera y Reissig. *La Razón*, Montevideo.
- _____ (3, 10 y 24 de agosto de 1956). De cómo se nos perdió y encontramos a H. Quiroga. *Marcha*, Montevideo, (824, 825 y 827 respectivamente).
- GERCHUNOFF, Alberto (28 de febrero de 1937). Discurso leído en la ceremonia efectuada en el Parque Rodó de Montevideo. Publicado como parte de la nota «Están velando en el Parque Rodó las cenizas de Horacio Quiroga». *El País*, Montevideo, pp. 16-9.
- _____ (marzo de 1937). Discurso. Palabras leídas en representación de la SADE durante la ceremonia de cremación de los restos de Quiroga en el Cementerio de Chacarita. *Nosotros*, Buenos Aires, (12). Número en

- homenaje a Horacio Quiroga. También en *Sech*. Revista de la sociedad de escritores de Chile, Santiago, (4), marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga]. La versión definitiva de este texto, con mínimas variantes y un cambio de final, se recoge en Gerchunoff, 1979, pp. 195-200.
- GIUSTI, Roberto (11 de junio de 1934). Carta dirigida al Sr. Presidente de la Rep. O. del Uruguay, D. Gabriel Terra. [Nota enviada en nombre de la Sociedad Argentina de Escritores con motivo del cese de funciones de Horacio Quiroga como Cónsul de Misiones, firmada por Roberto F. Giusti, Presidente y Arturo Cerretani y César Tiempo, Secretarios]. «Documentos D. 326». Se conserva en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- _____ (28 de febrero de 1937). Horacio Quiroga. *La Vanguardia*, Buenos Aires, p. 7.
- GOBIERNO DE MISIONES (1962). Petición realizada por el Círculo de periodistas de Misiones para utilizar la Casa de Quiroga como biblioteca. (4 de octubre de 1962) Expediente 4043-C. Libro 1-1962. «Documento D. 340»; El gobierno de Misiones cede al Círculo de periodistas de Misiones la Casa de Quiroga. (23 de octubre de 1962) Decreto N° 1111. «Documento D. 341». Ambas piezas se conservan en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- GUARANY (febrero de 1937). Horacio Quiroga. Ha muerto uno de los más grandes escritores sudamericanos. *Imparcial*, Río Negro, p. 2. Desconocemos la identidad de Guarany.
- GURMÉNDEZ, Carlos María (9 de diciembre de 1927). Informe al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores Don Rufino T. Domínguez, sobre la actuación de Horacio Quiroga en consulado general de B. Aires. «Documento D. 324». Se conserva en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- HERNÁNDEZ CATÁ, Alfonso (marzo de 1937). En la muerte de Horacio Quiroga. Publicado en *Sech*. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, (4). Número en homenaje a Horacio Quiroga, pp. 35-37.
- IPUCHE, Pedro Leandro (mayo de 1937). Horacio Quiroga. Palabras pronunciadas al llegar a Montevideo la urna con las cenizas. *Ensayos*, Montevideo, (11). Número en homenaje a Horacio Quiroga.
- JUSTO, Liborio (4 de noviembre de 1971). Carta a Antonio Hernán Rodríguez. Publicada en RODRÍGUEZ, Antonio Hernán (1985), pp. 143-144.
- KLEIN, Fernando (2020). Muerte en el Clínicas. *Horacio Quiroga y Alfonsina Storni. Amor, locura y muerte*. Sudamericana, pp. 243-251.
- MACHADO BONET, Ofelia (mayo de 1937). Sobre la enseñanza en la literatura. *Ensayos*, Montevideo, (11), pp. 137-143.

- _____ (marzo de 1943). Homenajeamos hoy a los que matamos ayer. *Hiperión*, Montevideo, (79), pp. 19-23.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (febrero de 1937). Horacio Quiroga. Discurso de Ezequiel Martínez Estrada. *Sur*, Buenos Aires, (29), pp. 108-111. Reproducido un mes después en *Nosotros*, Buenos Aires, (12). Número en homenaje a Horacio Quiroga.
- _____ (marzo de 1937). Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga. *Sech*. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, (4). Número en homenaje a Horacio Quiroga, pp. 19-21.
- MEJÍA NIETO, Arturo (27 de mayo de 1937). Horacio Quiroga hizo su propia defensa ante la posteridad. *Repertorio americano*, San José de Costa Rica, (12), pp. 184 y 191.
- MILANS MARTÍNEZ, Artigas (22 de diciembre de 1954). Las cenizas de Horacio Quiroga. *El País*, Montevideo, p. 5.
- MOEN, Alfredo E. (21 de enero de 1937). Carta inédita a César Tiempo. La pieza original mecanografiada se encuentra en el Departamento de Archivos y colecciones particulares. Fondo César Tiempo, en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina.
- MONDRAGÓN, Juan Carlos (21 de febrero de 1987). Quiroga y las flechas de las palabras. *La Hora*, Montevideo.
- _____ (2005). Hombre con sombrero, segundo a la izquierda, sin identificar. *El misterio Horacio Q.* Montevideo: Planeta, pp. 113-131.
- MORALES, Justo C. (diciembre de 1937). Los comienzos literarios de Horacio Quiroga. *Nosotros*. Buenos Aires, (21), pp. 78-88.
- _____ (noviembre de 1938). La personalidad íntima de Horacio Quiroga. *Nosotros*. Buenos Aires, (32), pp. 431-436.
- NOSOTROS (marzo de 1937). Número en homenaje a Horacio Quiroga. Buenos Aires, (12). Contiene: H.[oracio] Q.[uiroga] fiel y solitario, de Enrique Amorim; A Horacio Quiroga, de Alfonsina Storni; Discurso de Alberto Gerchunoff; Discurso de Ezequiel Martínez Estrada; Horacio Quiroga, convocador de sombras, de Romualdo Brughetti; Epitafio a Horacio Quiroga, de Baldomero Fernández Moreno.
- PEREDA VALDÉS, Ildefonso (7 de abril de 1937). Discurso en representación del Liceo de Canelones en homenaje a Horacio Quiroga. Publicado como parte de la nota «Ecos del homenaje a Horacio Quiroga». *Espacio*, Canelones, p. 1.
- PETIT DE MURAT, Ulises (5 de marzo de 1937). Elegía menor. *El Hogar*, Buenos Aires, (1429), p. 5.
- PORTILLO, Eduardo Andrés (3 de marzo de 1937). Horacio Quiroga ha muerto. La selva pierde su espíritu. *Leoplán*. Buenos Aires, (56), p. 11.

- PRINCIVALLE, Carlos María (20 de febrero de 1937). Quiroga, a través del espíritu de otro salteño. *Última hora*, Salto, p. 4.
- QUIROGA, Eglé (2007). Carta de Eglé Quiroga [marzo de 1937]. *Horacio Quiroga. Obras. Tomo V: Diario y Correspondencia*. Buenos Aires: Losada, p. 498.
- _____. Darío (17 de abril de 1937). Carta inédita a Enrique Amorim. Manuscrito original en la *Colección Enrique Amorim*, custodiada en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- _____. (15 de enero de 1952). El fallecimiento del escritor Darío Quiroga. Expresiva nota del diario *La Nación* de Buenos Aires. S/f. *Tribuna Salteña*, Salto, p. 5.
- RANIERI, Raúl [Administrador General] (30 de octubre de 1935). Horacio Quiroga. Jubilado civil. N° 879338. Asunto 3396. Carpeta 2815 (8 de noviembre de 1935). Concedida la liquidación de haberes jubilatorios. Caja de jubilaciones y pensiones civiles. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Archivo histórico. Fondos documentales. Archivo General de la Nación, Uruguay.
- _____. (16 de noviembre de 1935). Resolución 2815/925. Horacio Quiroga. Jubilado civil, firmado por el Presidente Dr. Gabriel Terra y el Ministro de Instrucción Pública Dr. Martín Echegoyen. Caja de jubilaciones y pensiones civiles. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Archivo histórico. Fondos documentales. Archivo General de la Nación, Uruguay.
- _____. (3 de abril de 1936). Memorándum dirigido al Sr. Emilio San Juan, Presidente del Instituto de Jubilaciones y Pensiones del Uruguay. Caja de Jubilaciones y Pensiones Civiles. Resolución sobre el asunto: Horacio Quiroga, jubilación. Aprobada el 6 de marzo de 1936. La pieza original mecanografiada se encuentra en el Departamento de Archivos y colecciones particulares. Fondo César Tiempo, en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina.
- REGA MOLINA, Horacio (26 de febrero de 1937). Horacio Quiroga, el escritor de la selva. *El Diario*, Montevideo, p. 3.
- RIVERÓS, Luz (2 de marzo de 1937). Discurso en la Intendencia de Colonia al llegar los restos de Quiroga. Publicado como parte de la nota «Rindió homenaje el pueblo de Colonia a las cenizas de Horacio Quiroga». *La Colonia*, Colonia, p. 4.
- S/F. (23 de febrero de 1937). Enrique Amorim nos habla de la vida de H. Quiroga. *Uruguay*, Montevideo, p. 16.
- S/F. (febrero de 1937). Con la muerte de Horacio Quiroga desaparece el más brillante cuentista de las selvas. *Caras y Caretas*, Buenos Aires, (2004), p. 42.

- SECH Revista de la Sociedad de Escritores de Chile (marzo de 1937). Número en homenaje a Horacio Quiroga. Santiago de Chile, (4). Contiene: Algunos recuerdos personales, de Enrique Espinoza; La literatura y el hombre, de Manuel Rojas; Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga, de Ezequiel Martínez Estrada; Horacio Quiroga visto del extranjero, de Ernesto Montenegro; En la muerte de Horacio Quiroga, de Alfonso Hernández Catá; Discurso en nombre de la SADE, de Alberto Gerchunoff.
- SELVA ANDRADE, Carlos (junio-julio de 1940). Un recuerdo de Horacio Quiroga. *Columna*, Buenos Aires, s/p.
- _____ (27 de diciembre de 1953). Horacio Quiroga, el Misionero. Publicado junto a una carta inédita de Quiroga [San Ignacio, 17 de julio de 1934], *La Prensa*, Buenos Aires, s/p.
- SIALO, F. (6 de marzo de 1937). Horacio Quiroga (Episodio local). *Crónica*, Treinta y Tres y Pueblo Olimar, p. 8. Desconocemos la identidad la identidad de F. Sialo.
- SILVA VALDÉS, Fernán (4 de abril de 1937). Boceto para un romance a Horacio Quiroga. *Tribuna Salteña*, Salto, p. 8.
- SILVA VILA, Juan (2 de marzo de 1937). Cinco cantos de despedida a Horacio Quiroga. *Tribuna Salteña*, Salto, p. 8.
- SOSA, Jesualdo (marzo de 1937). Nuestro homenaje. *Boletín de A.I.A.P.E* [Órgano de la agrupación de intelectuales, artistas, periodistas y escritores], Montevideo, (3), s/p.
- _____ (23 de febrero de 1937). La secreta materia del cuento de Quiroga. *Uruguay*, Montevideo, p. 16.
- SPERONI, B. Juan. (1 de marzo de 1937). Discurso de homenaje en Paysandú. Oración fúnebre pronunciada por el profesor Juan Bautista Speroni en la estación de ferrocarril Midland, en representación del Liceo Departamental de Paysandú, al pasar los restos de Horacio Quiroga por esa ciudad con destino a Salto. El texto forma parte de la nota «Pasaron ayer las cenizas de H. Quiroga». *La Opinión*, Paysandú, p. 1.
- STORNI, Alfonsina (marzo de 1937). A Horacio Quiroga. Publicado primero en *Nosotros*, Buenos Aires, (12). Número en homenaje a Horacio Quiroga.
- TALLÓN, José Sebastián (1 de junio de 1937). Discusión de Horacio Quiroga. *Columna*, Buenos Aires, (2), pp. 3-8.
- TIEMPO, César [seudónimo de Israel Zeitlin] (2 de marzo de 1937). Carta inédita a Enrique Amorim. Manuscrito original en la *Colección Enrique Amorim* custodiado en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.
- _____ (6 de diciembre de 1947). Horacio Quiroga. *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, (43), pp. 204-205. Recogido luego por el autor en *Protagonistas*, Buenos Aires, Ed. Kraft (1954), pp. 243-247. Más tarde, con

ligeras modificaciones, aparece bajo el título «Horacio Quiroga, ese desconocido...», en *Acción*, Montevideo, 22/VII/1962, p. 5.

_____ (1970). Como una sirvienta; La urna en las rodillas. *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga*. Montevideo, Biblioteca Nacional. Departamento de Investigaciones, pp. 24-26.

URRUTIA ARTIEDA, María Aléx (28 de febrero de 1937). Horacio Quiroga. *El Tiempo*, Azul, p. 3.

ZUM FELDE, Alberto (mayo de 1929). El caso de Horacio Quiroga. En *La vida literaria*. Buenos Aires, (10), p. 7.

_____ (1935). *Estudio preliminar*. [Prólogo a la primera edición de *Más allá*. Buenos Aires-Montevideo: S.A.L.R.P., pp. 9-21].

_____ (20 de febrero de 1937). Con Horacio Quiroga desaparece una recia personalidad americana. *Uruguay*, Montevideo, p. 16.

ANEXOS

Anexo 1. **Documentos inéditos**

Carta a César Tiempo⁷⁶

Alfredo E. Moen

Montevideo, Enero 21 de 1937.

Sr. César Tiempo
Tinogasta N° 2426 – Apto 8
Buenos Aires – R.A.

Estimado Tiempo:

En diversas oportunidades tuve la intención de avisarle que Horacio Quiroga ha obtenido una remuneración de \$ 600, en el último Concurso del Ministerio de I[nstrucción]. Pública.

Hoy hemos estado con Ferreiro en la Contaduría para informarnos cómo Quiroga debe proceder para hacer efectivo el cobro de dicha remuneración. Allí nos han expresado que si el Sr. Horacio Quiroga no puede efectuar el cobro personalmente, debe hacerlo otra persona munida de un poder perfectamente legalizado.

Para no dejar pasar mucho tiempo, hemos pensado que Quiroga puede remitirnos ese poder a nombre de Alfredo Mario Ferreiro, quien tiene algunas relaciones que pueden facilitarle la realización de cualquier trámite otro resultaría difícil.

Por este motivo le envío hoy estas líneas, y aprovecho la oportunidad para saludarlo muy cordialmente.⁷⁷

GD/AEM

⁷⁶ La pieza original mecanografiada se encuentra en el Departamento de Archivos y colecciones particulares. Fondo César Tiempo, en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Buenos Aires, Argentina.

⁷⁷ Pese al extenso y nutrido epistolario que deja Quiroga, luego de la fecha consignada en esta carta, apenas quedan dos piezas con las que cubrir el período: una carta a Isidoro Escalera fechada el 25 de enero, y otra a Martínez Estrada, del 9 de febrero de ese año (Quiroga, 2007). En ninguna se hace alusión al asunto que menciona el Administrador General de la S.A.L.R.P. con respecto al pago disponible o si el escritor uruguayo logró enviar el poder solicitado para cobrarlo antes de su deceso.

Carta a Enrique Amorim⁷⁸

Darío Quiroga

BAires abril 17/937

Querido Amorim:

Me trajo Gato los diarios de allá que le enviaste.⁷⁹ Realmente grandes los homenajes que hicieron a papá. Lo mejor, tus palabras.⁸⁰ Es más fácil elogiar una cosa entre terceros que ante su autor. Por eso no puedo decirte más que me gustó mucho, y muy mucho.

Sigo en el [Hospital Dr. Enrique] Tornú a la espera de una mejoría. Te tendré al tanto de ella. Quiero agradecerte también tu conducta con papá antes y después de su muerte, y quiero también hagas extensivos mis saludos a todos lo[s] que lo recordaron en esa última y desgraciada oportunidad. Hasta pronto y un abrazo de

Darío Quiroga Cires

⁷⁸ La carta que presentamos se encuentra en la *Colección Enrique Amorim*. Sección *Correspondencia*, carpeta Q, 46, en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Montevideo.

⁷⁹ Se refiere a Enrique Iglesias, apodado «el Gato», médico y amigo personal de Quiroga y de su familia. Según Helena Corbellini en *La vida brava* (2007), Iglesias ofició como uno de los testigos del matrimonio entre Quiroga y María Helena Bravo en 1927. Por otra parte, Iglesias es contado por Quiroga dentro de los participantes de la tertulia denominada Anaconda, que lideró en Buenos Aires a principios de la década del veinte.

⁸⁰ Acaso se refiera a las sentidas palabras que pronunció Enrique Amorim en la ceremonia final, llevada a cabo a altas horas de la noche en la ciudad de Salto: «Despedida a Horacio Quiroga», publicado en *Uruguay*, Montevideo, 5/III/1937, p. 16. Puede leerse en el Anexo 5, como parte de nuestra compilación textual.

Carta a Enrique Amorim⁸¹

César Tiempo

Enrique Amorim
SALTO

Caro:

Ya va a aparecer la revista.⁸² Colaboran los mejores. Mario Puccini, Stefan Zweig, Cansinos-Assens, Gide, etc. No te hagas el personaje de Mallea y haceme llegar tu aporte. Una página sobre Quiroga sería formidablemente oportuna. Algún día contaré una historia del más puro sabor quiroguiano con el querido viejo por protagonista.⁸³

El 19 debía venir a casa. Esa misma mañana se suicidó. Hubo de venir antes, cuando mi viaje a Montevideo. Me decía que quedaría verosímilmente curado a medias.⁸⁴ Pero nada traducía ese estado de ánimo que lo llevaría a un gesto del que son tan amigos los salteños: Baltasar Brum, entre otros. Cuidado. Mandame eso cuanto antes.

Hasta siempre y *vergess mir nicht*.⁸⁵

2/III/937

César Tiempo

⁸¹ El original de esta carta se encuentra en la *Colección Enrique Amorim*. Sección *Correspondencia*, carpeta 48, en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, Montevideo.

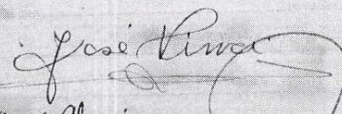
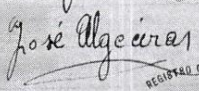
⁸² En 1937 Tiempo fundó la revista literaria *Columna: Revista de las grandes firmas en defensa de los grandes ideales*. Seguramente en este caso se refiera al N° 2, año I, publicado el 1/VI/1937, en el que también figura otro texto desconocido en homenaje al escritor salteño: «Discusión de Horacio Quiroga», de José Sebastián Tallón.

⁸³ Esa y otras anécdotas, junto a testimonios de Tiempo sobre Quiroga, fueron reunidas posteriormente en *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga* (1970).

⁸⁴ La expresión es exacta y se constata en la última carta que Tiempo recibió de Quiroga, apenas un mes y medio antes de su muerte (2/I/1937, Quiroga, 2007, p. 309).

⁸⁵ Traducido del alemán: «No me olvides».

Anexo 2. Partida de defunción de Horacio Quiroga [20 de febrero, 1937]⁸⁶

QUIROGA Horacio Silvestre	1142789 71 Número ciento cuarenta y uno. En la Capital de la República Argentina a veinte de Febrero de mil novecientos treinta y siete ante mi Jefe de las Secciones Trece y Catorce del Registro José Vinici de veintidos años, soltero, domiciliado Cordoba mil ochocientos, declaro, que ayer, a las siete horas, en Moreno seiscientos ochenta y seis, falleció Horacio Silvestre QUIROGA, de intoxicación por cianuro de potasio, según certificado del médico Nicolás Raúl Carreras, que archivo bajo el número de esta acta, que era del sexo masculino, de cincuenta y siete años, uruguayo, diplomático, domiciliado donde falleció, hijo de Prudencio QUIROGA, argentino y de Pastora FORTEZA, uruguaya, fallecidos, y casado con María Elena BRAVO. Se ignoró si testó. Leída el acta, la firmaron conmigo, el declarante y el testigo José Algeiras de veintiseis años casado, domiciliado en casa del declarante, quienes han visto el cadáver.   
--	---

⁸⁶ Quiroga, Horacio Silvestre. Documento N° 1142789, hoja 71. Acta expedida por el Registro del estado civil y capacidad de las personas. Sistema de Administración de Documentos Electrónicos, 1° de agosto de 2017. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Anexo 3. Relevamiento bibliográfico sobre los funerales de Horacio Quiroga en publicaciones periódicas del Río de la Plata, y otras repercusiones en prensa en el exterior

Gerardo Ferreira Rodríguez

La voz de la nación es su prensa. Y si para nosotros, los que la originamos, la alimentamos y la sostenemos, puede no siempre ser nuestra voz, para el extranjero esta voz es siempre la expresión de nuestra alma: es decir, de nuestro estado de civilización. [...] Mas cuando un acontecimiento logra encarnar y realizar de modo tal las aspiraciones culturales de una nación, que la prensa entera abre cuan grandes son sus columnas a la exaltación de ese acontecimiento, entonces podemos estar seguros de que —al revés de lo anterior—, ese acontecimiento honra a nuestra nación, mereciendo por tanto que se le lance triunfalmente a través de las fronteras. (Horacio Quiroga, «Cántico nacional», 1923) [Quiroga, 2007, pp. 550-551].

Para la conformación de este anexo, cuyo proceso de elaboración puede rastrearse desde 2017, fue fundamental el empuje inicial que nos proporcionó la beca Justino Zavala Muniz (MEC, 2016), como parte del programa Fondo de Estímulo a la Formación y Creación Artística [FEFCA]. Por aquel entonces, la falta de fuentes extranjeras en los principales acervos de Uruguay imposibilitaba el acceso físico a las publicaciones periódicas en un lugar clave para nuestra investigación: Argentina, donde no solo se producen buena parte de las repercusiones en prensa sobre la muerte del escritor uruguayo y los sucesos posteriores, sino porque nos encontramos ante el contexto de recepción inmediata de los hechos estudiados.

En este sentido, si bien constatamos la presencia de numerosos medios de prensa argentinos en los archivos uruguayos, apenas pudimos extraer con éxito las informaciones que nos aportaron los diarios *La Nación* y *La Prensa*; y las revistas *Sur*, *Columna*, *Claridad*, *Nosotros* y *Caras y Caretas*. Ante este panorama desbalanceado frente el cual nos encontrábamos —ya que las repercusiones en prensa recabadas desde fuentes uruguayas resultaban auspiciosas—, la verdadera deuda del relevamiento radicaba en incorporar de manera cabal las informaciones

producidas en el país vecino. Su inclusión nos permitió visualizar el grado de interés y de importancia de los eventos en ambas capitales, así como verificar en el tiempo su onda expansiva en cuanto al grado de intensidad de la cobertura en prensa, para comprender a través de números concretos la relevancia y el temperamento de esa *voz de la nación* a la que se refiere Quiroga en la cita que encabeza este anexo. Los datos obtenidos nos ayudaron a mapear el alcance de las repercusiones a nivel territorial, así fuese de manera primaria, ampliando el rango de las capitales y observando también a las provincias o departamentos en ambos países. Tampoco quedaron de lado las escasas informaciones provenientes desde el exterior. Por fortuna, luego de los avances realizados en Buenos Aires y de incorporar los nuevos materiales investigados, el anexo se enriqueció sustancialmente. Esta versión aumentada que, ante todo no rehúye de sus imperfecciones a la hora de presentar sus resultados, es la que damos a conocer por primera vez hoy como parte complementaria de nuestra investigación.

La cronología a la cual nos apegamos casi estrictamente para realizar la tarea en una y otra orilla abarca desde el 19 de febrero (fallecimiento del escritor en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires) hasta el 4 de marzo de 1937, punto culmine de los homenajes realizados al autor en su ciudad natal, Salto, luego de conducir la urna con sus cenizas al panteón familiar. En cuanto a las publicaciones periódicas en diarios uruguayos: 14 diarios cubren el hecho en Montevideo, dejando como resultado 121 entradas con información sobre los eventos. En cuanto a los diarios de otros departamentos, fueron 52, que nos permitieron consignar 172 entradas con informaciones variadas. En total, en los diarios de nuestro país recabamos 293 asientos bibliográficos como parte de la cobertura en prensa escrita sobre los episodios estudiados.

Con relación a las publicaciones periódicas de Argentina. En Buenos Aires, del enorme caudal revisado se consignaron 21 diarios, dando lugar a 53 entradas con información sobre los eventos, mientras que en otras provincias fueron 20 las publicaciones que arrojaron datos, generando 28 entradas con información pertinente. En total, contabilizamos 81 asientos bibliográficos para el caso de los diarios argentinos.

En cuanto a las revistas, por razones de cantidad, los resultados son menores en los dos países. Del total consultado se constataron en Argentina apenas 16 revistas que hicieron mención a algún aspecto de los sucesos, provocando 19 entradas con información. En Uruguay fueron 9 las publicaciones que acusaron recibo sobre los hechos, generando 11 entradas con información respectiva. En cuanto a las alusiones en medios del exterior, se consignaron 13 entradas en total, con informaciones repartidas entre Chile (3 revistas y un diario), Costa Rica (1 revista) y Puerto Rico (1 revista).

En este relevamiento se consignan, finalmente, un total de 418 asientos bibliográficos, provenientes de publicaciones periódicas, como parte de la cobertura en prensa de los funerales del escritor uruguayo Horacio Quiroga en el Río de la Plata en 1937. Confiamos firmemente en que nuestro aporte pueda resultar útil a futuros investigadores, estudiantes y críticos interesados en seguir profundizando en el estudio de este valioso autor, tan caro a ambos márgenes del Plata, pero cuya magnitud es de carácter universal.

Argentina

PUBLICACIONES PERIÓDICAS. DIARIOS | BUENOS AIRES

La Nación

- 1) «Horacio Quiroga. Falleció ayer en esta capital», s/f, Sábado 20/II/1937:7.
Reproducida íntegramente por el diario *Uruguay* [Montevideo, Ed. de la mañana], s/f, Sábado 20/II/1937:3. [‘Ha muerto el último hechicero de Misiones’. Sentido comentario de *La Nación* ante el fallecimiento de H. Quiroga].
- 2) «Sepelios», s/f, Sábado 20/II/1937:14.
- 3) «Don Horacio Quiroga. Ayer se realizó la cremación de sus restos», s/f, Domingo 21/II/1937:11.
- 4) «Repatriación de los restos de H. Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:5.
- 5) «Traslado de los restos de Horacio Quiroga a Montevideo», s/f, Sábado 27/II/1937:7.
- 6) «Montevideo rindió sentido homenaje a Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:4.
- 7) «La casa de Horacio Quiroga», por Alberto Arigós de Elía, *Suplemento*, Domingo 28/IX/1941:4.
- 8) «Vicente López, 1927–1931», por Walter Guido Weyland, *Suplemento*, Domingo 20/III/1955:1.

La Prensa

- 9) «Falleció ayer en esta capital el escritor Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937.
- 10) «Las cenizas del escritor Horacio Quiroga serán llevadas a Montevideo», s/f, Martes 23/II/1937:6.
- 11) «Serán repatriadas las cenizas del escritor Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:10.

- 12) «Fueron inhumadas en Salto las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:10.
- 13) «Será esculpida en una roca la cabeza de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 4/III/1937:11.
- 14) «Horacio Quiroga, el Misionero»; «Una carta inédita de Quiroga [San Ignacio, 17/VII/34]», por Carlos Selva Andrade, Domingo 27/XII/1953:1.

La Libertad - Avellaneda

- 15) «Dejó de existir en la Capital Federal D. Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

La Opinión, -Avellaneda

- 16) «Es llorado», s/f, Domingo 21/II/1937:3.
- 17) «Embarcáronse los restos de Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:3.

La Unión - Lomas de Zamora

- 18) «Murió el cuentista uruguayo Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

Buenos Aires Herald

- 19) «South American Kipling. Horacio Quiroga dead», s/f, Sábado 20/II/1937:4.

Crítica

- 20) «Ha muerto Horacio Quiroga, el más grande narrador de Sud América», s/f, Viernes 19/II/1937:6.
- 21) «Después de perseguirlo en vida Terra pretende repartir las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:12.

- 22) «La dictadura terrista, que fue indiferente al talento de Horacio Quiroga, le ofreció tarde los honores», s/f, Lunes 1/III/1937:4.

La Vanguardia

- 23) «Con la muerte de Horacio Quiroga, las letras rioplatenses pierden su más recio y talentoso narrador», s/f, Sábado 20/II/1937:3.
- 24) «Horacio Quiroga», por Roberto F. Giusti, Domingo 28/II/1937:7.

Noticias Gráficas

- 25) «Horacio Quiroga, nuestro Rudyard Kipling, ha muerto», s/f, Viernes 19/II/1937:4.
- 26) «Embarcaron los restos de Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:8.

Argentina Libre

- 27) «Horacio Quiroga. 1937-1942», por Luis Emilio Soto, Jueves 12/III/1942.

La República

- 28) «Falleció ayer», s/f; «Horacio Quiroga fue un cuentista vigoroso», s/f, Sábado 29/II/1937:5.
- 29) «Despedida de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:3.

La Argentina

- 30) «Don Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:1.

El Diario

- 31) «Horacio Quiroga, el notable cuentista, ha fallecido ayer», s/f, Sábado 20/II/1937:8.
- 32) «Los restos de D. H. Quiroga se inhumaron ayer», s/f, Domingo 21/II/1937:3.
- 33) «Llevarán sus restos a Montevideo»; «Fueron trasladados ayer al Uruguay las cenizas de Don Horacio Quiroga» [Discurso de Alberto Gerchunoff], s/f, Viernes 26/II/1937:7 y 14 respectivamente.

El Mundo

- 34) «Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:15.
- 35) «Horacio Quiroga, el escritor de la selva», por Horacio Rega Molina, Lunes 22/II/1937:25.
- 36) «Serán repatriados los despojos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:5.
- 37) «Homenaje póstumo a Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:18-19.
- 38) «[Foto de la ceremonia realizada en el Parque Rodó de Montevideo]», s/f, Martes 2/III/1937:20-21.

La Fronda

- 39) «Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:3.
- 40) «Don Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:1.

La Razón

- 41) «Horacio Quiroga, el vigoroso cuentista, ha fallecido hoy», s/f, Viernes 19/II/1937:8.
- 42) «Recogerán los restos de H. Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:1.
- 43) «Homenaje póstumo a H. Quiroga en Montevideo», s/f, Lunes 1/III/1937:2.
- 44) «Homenajes a H. Quiroga en Uruguay», s/f, Miércoles 3/III/1937:2.

Última Hora

- 45) «Ha fallecido en nuestra ciudad el talentoso escritor Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:3.
- 46) «Llevan al gran escritor desaparecido», s/f, Domingo 21/II/1937:3.
- 47) «Otro escritor ha muerto en la miseria», s/f, Martes 23/II/1937:4.
- 48) «Balconeando» [Sobre los velorios en la Casa del teatro], s/f, Miércoles 24/II/1937:4.

Bandera Argentina

- 49) «Ha muerto un gran escritor argentino: Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:1.

El Argentino, La Plata

- 50) «Falleció en Buenos Aires el escritor Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:4.
- 51) «Sepelio de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:3.

El Día, La Plata

- 52) «Dejó de existir el escritor uruguayo Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:7.

Diario del Bicentenario

- 53) «Horacio Quiroga. El hombre de la selva», s/f, N° 128, 1937:512.

El Atlántico [Bahía Blanca]

- 1) «Falleció el escritor Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:5.
- 2) «El poeta de la selva misionera», s/f, Domingo 21/II/1937:14.
- 3) «Ha desaparecido un gran escritor», s/f, Martes 23/II/1937:16.
- 4) «Son velados en Montevideo los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:2.

La Nueva Provincia

- 5) «Falleció Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:5.
- 6) «Sepelio de los restos de Quiroga»; «Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:4 y 8 respectivamente.

La Razón [Chivilcoy]

- 7) «Falleció Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

El Litoral [Santa Fe]

- 8) «Ha fallecido el escritor Horacio Quiroga», s/f, Viernes 19/II/1937:1.

La Voz del Pueblo [Tres Arroyos]

- 9) «Los despojos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:1.

El Territorio [Resistencia]

- 10) «Dejó de existir el conocido novelista Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

La Voz del Chaco

11) «Falleció el escritor H. Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:4.

El Rivadavia [Comodoro Rivadavia]

12) «Serán sepultados en el Salto los restos de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:1.

La Voz del interior [Córdoba]

13) «H. Quiroga murió en la capital»; «Ha muerto H. Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:4.

14) «Los restos de Quiroga a Uruguay», s/f, Viernes 26/II/1937:4.

Los Andes [Mendoza]

15) «Falleció ayer el escritor uruguayo Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:2.

16) «Fueron cremados los restos del escritor Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:3.

La Mañana [Río Gallegos]

17) «Falleció el notable escritor H. Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:5.

18) «La incineración de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:1.

El Orden [Tucumán]

19) «La nota fúnebre», s/f, Martes 23/II/1937:1.

La Gaceta

- 20) «Horacio Quiroga, el autor de los cuentos sobre los ríos y las selvas, falleció», s/f, Sábado 20/II/1937:2.
- 21) «Fueron incinerados los restos del señor H. Quiroga en BsAs», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.

La Tribuna [Rosario]

- 22) «Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:12.

El Gráfico [9 de julio]

- 23) «El gran cuentista ha muerto», s/f, Martes 23/II/1937:2.

El Orden [Coronel Pringles]

- 24) «H. Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

El Orden [Mercedes]

- 25) «Falleció ayer en la capital D. Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

El Tiempo [Azul]

- 26) «Horacio Quiroga» [Poema], por María Aléx Urrutia Artieda, Domingo 28/II/1937:3.

La Capital [Mar del Plata]

27) «Falleció ayer el famoso cuentista Horacio Quiroga», s/f, Sábado
20/II/1937:1.

La Hora [Maipú]

28) «Los restos del escritor Quiroga serán cremados hoy», s/f, Lunes
22/II/1937:1.

Uruguay

PUBLICACIONES PERIÓDICAS. DIARIOS | MONTEVIDEO

El Diario

- 1) «Saliendo de la Casa del Teatro», s/f, Domingo 21/II/1937:1.
- 2) «Serán repatriados los restos de Horacio Quiroga», s/f, Lunes 22/II/1937:3.
- 3) «Fueron incinerados los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:11.
- 4) «El sábado llegarán los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:3.
- 5) «Horacio Quiroga, el escritor de la selva», por Horacio Rega Molina, Viernes 26/II/1937:3.
- 6) «Esta noche llegarán los restos de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:3.
- 7) «Contiene los restos de Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:1. [Foto de la urna]
- 8) «Alcanzó caracteres realmente emocionantes el homenaje rendido a los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:13.
- 9) «La mejor obra sobre Horacio Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:3.
- 10) «Parte esta noche el poeta Fernández Moreno», s/f, Martes 2/III/1937:8.

Uruguay [Ed. de la mañana]

- 11) «Aliviarán la situación de Horacio Quiroga los escritores uruguayos», s/f, Lunes 7/X/1935:15.
- 12) «Con Horacio Quiroga desaparece una recia personalidad americana», por Alberto Zum Felde, Sábado 20/II/1937:16.
- 13) «Horacio Quiroga», por Alfaro, Domingo 21/II/1937:6.
- 14) «Repatriarán los restos de Quiroga», s/f, Lunes 22/II/1937:15.
- 15) «Enrique Amorim nos habla de la vida de H. Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:16.
- 16) «El sábado llegan los restos de Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:16.
- 17) «El regreso de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:1.

- 18) «Llegarán hoy los restos de Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:16.
- 19) «Tributarán homenajes a los restos de H. Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:2.
- 20) «Anoche llegaron los restos de H. Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:16.
- 21) «La multitud ante Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:1.
- 22) «Salto rindió ayer, emotivo homenaje a Horacio Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:15.
- 23) «Ya descansan en el Salto los restos del escritor Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:2.
- 24) «Inhumaron las cenizas de Horacio Quiroga ayer», s/f, Martes 2/III/1937:16.
- 25) «Quiroga duerme su último sueño en su solar salteño», s/f, Miércoles 3/III/1937:9.
- 26) «Horacio Quiroga se llamará un parador», s/f, Jueves 4/III/1937:2.
- 27) «Despedida a Horacio Quiroga», por Enrique Amorim, Viernes 5/III/1937:16.

Uruguay [Ed. de la noche]

- 28) «Se está muriendo de hambre en Misiones, Horacio Quiroga», s/f, Sábado 5/X/1935:13.
- 29) «Ha muerto el último hechicero de Misiones», s/f, Sábado 20/II/1937:3.
[Reproduce la nota publicada por *La Nación* ese día. Ver *La Nación*, 1)]
- 30) «Fue la última pasión de Horacio Quiroga el cultivar orquídeas. En Buenos Aires se enterró ayer al gran escritor. Incinerarán sus restos según su última voluntad», s/f, Domingo 21/II/1937:2. [Publicada íntegramente y con el mismo título en el diario *Imparcial*, Montevideo, s/f, Domingo 21/II/1937, s/p; según recorte impreso custodiado en la *Colección Horacio Quiroga* ubicada en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional en Uruguay].
- 31) «Se repatriarán los restos de H. Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:2.
- 32) «Incineraron los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:4.
- 33) «Los restos del escritor Horacio Quiroga serán traídos a Montevideo esta semana», s/f, Martes 23/II/1937:9.

- 34) «La secreta materia del cuento de Quiroga», por Jesualdo, Martes 23/II/1937:16.
- 35) «El sábado llegan a Montevideo los restos de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:10.
- 36) «Las cenizas de Horacio Quiroga llegan hoy a su patria para ser honradas», s/f, Sábado 27/II/1937:1.
- 37) «Homenaje oficialista es el que hacen a Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:18.
- 38) «Las cenizas de Quiroga llegan hoy a Salto», s/f, Domingo 28/II/1937:1.
- 39) «Inhumaron hoy las cenizas de H. Quiroga», por Romualdo Brughetti, Lunes 1/III/1937:9.
- 40) «Las cenizas de H. Quiroga ya duermen en su tierra salteña», por Romualdo Brughetti, Martes 2/III/1937:4.
- 41) «Horacio Quiroga se llamará un parador», s/f, Miércoles 3/III/1937:4.

El País

- 42) «Provocó dolorosa impresión en Argentina el deceso del intelectual Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:2.
- 43) «Con Horacio Quiroga ha desaparecido el más grande cuentista de nuestra América», s/f, Domingo 21/II/1937:3.
- 44) «Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:5.
- 45) «Ahora se acuerdan de H. Quiroga», s/f, Lunes 22/II/1937:5.
- 46) «Serán traídos el sábado los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:16.
- 47) «Los restos de Quiroga fueron incinerados», s/f, Miércoles 24/II/1937:11.
- 48) «Haedo y los artistas», s/f, Jueves 25/II/1937:5.
- 49) «Salto: preparan actos de homenaje a Horacio Quiroga»; «Florida: los restos de Horacio Quiroga pasarán el 28», s/f, Viernes 26/II/1937:3.
- 50) «A las 20, llegan hoy los restos de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:16.
- 51) «Las cenizas de Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:5.

- 52) «Están velando en el Parque Rodó las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:16-9.
- 53) «Salto tributó un gran homenaje póstumo a Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:3.
- 54) «Quiroga y las pompas oficiales», s/f, Miércoles 3/III/1937:5.
- 55) «Fracasó el homenaje a Quiroga», s/f, Jueves 4/III/1937:5.
- 56) «Las cenizas de Horacio Quiroga», por Raúl Botelho Gosálvez, Domingo 19/XII/1954: 3, 11.
- 57) «Las cenizas de Horacio Quiroga», por Artigas Milans Martínez, Miércoles 22/XII/1954:5.

El Día

- 58) «Falleció ayer en Buenos Aires el escritor uruguayo Horacio Quiroga, una de las primeras figuras de la literatura americana», s/f, Sábado 20/II/1937:6.
- 59) «Horacio Quiroga, el Rudyard Kipling rioplatense», s/f, Sábado 27/II/1937:8.
- 60) «Llegaron al Uruguay los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:8.
- 61) «Horacio Quiroga», por Alberto Lasplacés, *Suplemento*, año VI, N° 216, Domingo 28/II/1937:2-3.
- 62) «De la vida atormentada de Horacio Quiroga», por M. Ferdinand Pontac, *Suplemento*, año IX, N° 376, Domingo 24/III/1940:4-5.
- 63) «En busca de la sombra de Horacio Quiroga», por Ramiro W. Mata. Fotos de Martín G. Mata Bergara, *Suplemento*, Domingo 16/VII/1961:6-7.
- 64) «Horacio Quiroga. Su primera soledad», por Ramiro W. Mata, *Suplemento*, Domingo, año XXXIX, N° 2000, 7/XI/1971:26-27.
- 65) «Salto, naranja en los crepúsculos», por F. Fernández Alborz, *Suplemento*, Domingo 3/IV/1955:2-3. [Fotos de la urna de Horacio Quiroga].

La Mañana

- 66) «Horacio Quiroga, el más grande cuentista sudamericano acaba de morir en Buenos Aires», s/f, Domingo 21/II/1937:13.
- 67) «Los restos de Horacio Quiroga serán repatriados», s/f, Martes 23/II/1937:4.

- 68) «La repatriación de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:3.
- 69) «Se preparan homenajes en salto con motivo de la llegada de los restos de H. Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:16.
- 70) «Los restos de Horacio Quiroga llegan hoy por vía Colonia», s/f, Sábado 27/II/1937:16.
- 71) «La patria rinde a Horacio Quiroga el fervoroso homenaje de su recuerdo», s/f, Domingo 28/II/1937:1.
- 72) «El pueblo rindió homenaje a los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:20.
- 73) «La llegada de las cenizas de Horacio Quiroga a la ciudad de Salto», s/f, Lunes 1/III/1937:16.
- 74) «Ayer fueron inhumadas las cenizas del destacado escritor compatriota H. Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:6.
- 75) «El poeta Fernández Moreno», s/f, Miércoles 3/III/1937:4.
- 76) «Homenajes de Paysandú a Horacio Quiroga», s/f, Sábado 6/III/1937:20.
- 77) «Cronicones Montevideanos. El funeral laico a Horacio Quiroga», por Manuel de Castro, *Suplemento femenino*, Domingo 4/X/1964:6.

La Tribuna Popular

- 78) «Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:2.
- 79) «Ecos del deceso de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:6.
- 80) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:6.
- 81) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:2.
- 82) «Fueron veladas en el Parque Rodó las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:2.
- 83) «El pueblo salteño rindió homenaje a Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:2.
- 84) «Homenaje a Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:2.

El Bien Público

- 85) «Murió el novelista uruguayo Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

- 86) «Sobre la personalidad literaria de Horacio Quiroga, el gran cuentista uruguayo, que acaba de fallecer», s/f, Domingo 21/II/1937:3.
- 87) «Serán traídos a Montevideo los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:3.

El Plata

- 88) «Falleció ayer en Buenos Aires el escritor Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:4.
- 89) «Serán traídos al país los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:4.
- 90) «Fueron incinerados ayer los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:4.
- 91) «Mañana llegan los restos de Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:10.
- 92) «Esta noche llegarán los restos de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:16.
- 93) «El traslado de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:4.
- 94) «Ya descasan en tierra salteña las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:4.

El Debate

- 95) «Horacio Quiroga, el mejor cuentista de Sud América», s/f, Sábado 20/II/1937:2.
- 96) «La prensa argentina enaltece la obra literaria de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:2.
- 97) «Los poderes públicos repatriarán los restos del escritor Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:2.
- 98) «Serán repatriados los restos del escritor H. Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:2.
- 99) «En el Parque Rodó serán velados el sábado los restos de H. Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:2.

- 100) «Ayer fueron incinerados los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:6.
- 101) «La repatriación de los restos del escritor H. Quiroga», s/f, Jueves, 25/II/1937:3.
- 102) «El sábado serán traídos los restos del gran escritor uruguayo Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:3.
- 103) «Sentido homenaje recibirán los restos de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:2.
- 104) «Último mensaje» [Juana de Ibarbourou], s/f, Domingo 28/II/1937:3.
- 105) «Imponente fue el homenaje a H. Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:14.
- 106) «Imponentes fueron las exequias de H. Quiroga en Salto», s/f, Martes 2/III/1937:3.

El Diario Español

- 107) «Ante la muerte de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:1.
- 108) «Fueron incinerados los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:3.
- 109) «Los homenajes a Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:1.
- 110) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:1.

España Moderna

- 111) «Horacio Quiroga. Cuatro tomos de sus cuentos editó la ‘Biblioteca Rodó’», s/f, Jueves 12/VIII/1937:6. [Reseña].

El Pueblo

- 112) «Murió ayer en B[uenos] Aires el insigne escritor uruguayo H[oracio] Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:5.

- 113) «Se repatriarán los restos del escritor Don Horacio Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:10.
- 114) «Vendrán a nuestro país los restos de H. Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:3.
- 115) «Serán trasladados al Salto los restos del escritor H. Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:3.
- 116) «Escritores uruguayos traerán los restos de H. Quiroga, de Bs Aires», s/f, Jueves 25/II/1937:3.
- 117) «Hoy llegan los restos del escritor H. Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:4.
- 118) «Los restos del inmortal Quiroga recibieron el homenaje de nuestro pueblo», s/f, Domingo 28/II/1937:3.
- 119) «Fueron homenajeados ayer», s/f, Miércoles 3/III/1937:4.
- 120) «En una roca de Salto Grande será esculpida la cabeza de H. Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:4.
- 121) **Diario Oficial** [Enero, Febrero, Marzo 1937] 13. *Resolución*. Se designa una Comisión en el reempatrio [sic] de los restos de un escritor nacional y se autoriza suma para la conducción de los mismos a Salto. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Ministerio de Relaciones Exteriores. Montevideo, Febrero 27 de 1937. Número 597/37. 16/III/1937:470-A – Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

Tribuna Salteña [Salto]

- 1) «Se queja porque no cobra...», s/f, Domingo, 6/X/1935:8.
- 2) «Fue Quiroga un maestro de la narración», s/f, Domingo 21/II/1937:1.
- 3) «Serán traídos a nuestra ciudad los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.
- 4) «Horacio Quiroga, en los días de ‘Los sagrados furores juveniles’, por Telmo Manacorda, Martes 23/II/1937:7.
- 5) «Horacio Quiroga y el Consistorio del Gay Saber», por Telmo Manacorda, Jueves 25/II/1937:1-5.
- 6) «El poeta Lugones despedirá los restos en Buenos Aires»; «Comité de homenaje a Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:8.
- 7) «Mañana llegarán a nuestra ciudad los restos de Horacio Quiroga», «Comité de homenaje a Horacio Quiroga. Exhortación»; «Piden que Prati ejecute el busto», s/f, Sábado 27/II/1937:8.
- 8) «Nuestra ciudad recibe emocionada las cenizas del hijo ilustre», s/f, Domingo 28/II/1937:1.
- 9) «Horacio Quiroga y su acción en la ‘Revista de Salto’», s/f, Domingo 28/II/1937:5. [Sobre el libro *Historia de Salto* de José M. Fernández Saldaña y César Miranda].
- 10) «Un antecesor familiar, alto poeta: Eduardo Forteza», «La ejecución será confiada al escultor Edmundo Prati», s/f, Domingo 28/II/1937:5.
- 11) «Exhortación»; «Comité de homenaje a Horacio Quiroga»; «De la dirección del liceo»; «Los oradores de hoy»; «Últimos despachos de anoche»; «El tren llega a Salto a las 18 y 11 horas»; «Del Ateneo de Salto», s/f, Domingo 28/II/1937:8.
- 12) «El imponente homenaje popular en Parque Rodó», s/f, Lunes 1/III/1937:1.
- 13) «Homenajes recibidos en diversas estaciones», «Fue magnífica la oración fúnebre pronunciada por José Ma[ría] Delgado», s/f, Lunes 1/III/1937:5.

- 14) «El homenaje a Horacio Quiroga no tiene precedentes en el historial salteño», s/f, Lunes 1/III/1937:8.
- 15) «Estuvo en tribuna el ministro de instrucción Sr. Eduardo V[ictor] Haedo», s/f.; «El honor de la delegación visitante», s/f.; «Cinco cantos de despedida a Horacio Quiroga, por Juan Silva Vila», Martes 2/III/1937:8.
- 16) «Introducción al estudio de la obra de Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:1.
- 17) «La iniciativa y la decisión en el homenaje Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:8.
- 18) «El futuro parador de Salto Grande llevará el nombre de Quiroga», s/f, Jueves 4/III/1937:5.
- 19) «El fallecimiento del escritor Darío Quiroga. Expresiva nota del diario *La Nación* de Buenos Aires», s/f, Martes 15/I/1952:5.
- 20) «Ha muerto el artista que talló la efigie de Quiroga», por Enrique Amorim, Domingo 29/11/1959. [Según recorte impreso custodiado en la *Colección Horacio Quiroga* custodiada por el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional en Uruguay].

Ahora

- 21) «Ha muerto Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.
- 22) «Sobre la muerte de Horacio Quiroga», s/f, Lunes 22/II/1937:8.
- 23) «Reempatriación de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.
- 24) «Calificada concurrencia asistió a las exequias del escritor», s/f, Martes 23/II/1937:6.
- 25) «Horacio Quiroga es merecedor de ese sitio y mucho más», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.
- 26) «Montevideo tributará su homenaje a H. Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:8.
- 27) «Una silueta de Horacio Quiroga publicada en *El Mundo*», s/f, Jueves 25/II/1937:6.
- 28) «El pueblo de Salto y no el oficialismo de Salto»; «Los actos que el oficialismo realizará», s/f, Viernes 26/II/1937:1.

- 29) «Desde mañana hasta el domingo Montevideo tributará su homenaje póstumo a Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:8.
- 30) «La capilla ardiente destinada a velar los restos de Quiroga»; «El domingo llegan los restos de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:1.
- 31) «El pueblo de Salto homenajeó ayer a Horacio Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:1.
- 32) «Montevideo tributó desde la noche del sábado su homenaje a Horacio Quiroga», s/f, Lunes /III/1937:8.
- 33) «Horacio Quiroga, el Rudyard Kipling rioplatense», s/f, Jueves 4/III/1937:3-7.
- 34) «Se habría defraudado la última voluntad de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 11/III/1937:1.

La Campaña

- 35) «Murió hoy», s/f, Viernes 19/II/1937:1.
- 36) «El fallecimiento del escritor Quiroga»; «Se prepara un homenaje a Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.
- 37) «Quiroga», por X.X., s/f, Sábado 20/I/1937:8.
- 38) «Se hacen gestiones para traer a Salto los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.
- 39) «Se gestionará el traslado de los restos de Horacio Quiroga a Salto», s/f, Martes 23/II/1937:8.
- 40) «Amorim vendría acompañando los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.
- 41) «La ciudad de Salto rendirá un importante homenaje a los restos póstumos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:8.
- 42) «El traslado de los restos del escritor salteño Horacio Quiroga», Jueves 25/II/1937:1.
- 43) «Horacio Quiroga era salteño», s/f, Jueves 25/II/1937:3.

- 44) «Hoy se reúne el comité pro-homenaje a Horacio Quiroga»; «Horacio Quiroga habría muerto en la más espantosa miseria», s/f, Jueves 25/II/1937:8.
- 45) «Los restos de Horacio Quiroga descansarán junto al río Uruguay que supo arrullar su cuna»; «Comité de Homenaje a H. Quiroga» [Exhortación], s/f, Viernes 26/II/1937:8.
- 46) «Salto recibirá mañana los restos de Horacio Quiroga. Se cumplirá un anhelo popular», s/f, Sábado 27/II/1937:1.
- 47) «Actos a realizarse en homenaje del escritor salteño Horacio Quiroga»; «Exhortación»; «Iniciativa digna de aplauso. El busto de Quiroga lo haría Prati»; «El ‘Águila blanca’ traerá las cenizas de Quiroga ante las cuales se abate el pabellón de la patria», s/f, Sábado 27/II/1937:8.
- 48) «La llegada de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:1.
- 49) «El pueblo salteño vivió ayer horas de intenso fervor ante los restos de Horacio Quiroga», s/f.; «Salto rindió homenaje a Horacio Quiroga»; «Palabras de Enrique Amorim, pronunciadas en la necrópolis»; «Discurso del Intendente Municipal, Sr. Jorge Enrique Costa»; «Los actos realizados tuvieron el alcance de una apoteosis», s/f.; «Despedida de las delegaciones», s/f.; «Edmundo Prati habla para *La Campaña*», Lunes 1/III/1937:8.
- 50) «La delegación que acompañó los restos de Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:1.
- 51) «Dentro de diez días estará en Salto el monumento a Artigas. Nos dijo Edmundo Prati», Martes 2/III/1937:8. [A propósito también del monumento a Quiroga]
- 52) «Homenaje a la memoria de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:1.
- 53) «Habla un distinguido extranjero del homenaje de nuestro pueblo a Quiroga», por A.R., Miércoles 3/III/1937:8.
- 54) «Horacio Quiroga», por Alejandro C. Arias, Miércoles 19/V/1937:9.

Defensa Popular

55) «Horacio Quiroga», s/f, Lunes 22/II/1937:4.

56) «Los homenajes a Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:1-2.

La Nota

57) «¿Cuál deberá ser la ubicación del monumento a Quiroga?», por Arapey [pseudónimo de Enrique Amorim], abril, 1937. [Según recorte impreso custodiado en la *Colección Enrique Amorim* ubicada en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional en Uruguay].

La República

58) «La repatriación de los restos de Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.

59) «Serán traídas a Salto las cenizas de H. Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.

60) «El homenaje salteño a Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:1.

61) «Exhortación», s/f, Viernes 26/II/1937:1.

62) «Comité de homenaje a Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:1.

63) «Exhortación»; «De la dirección del liceo», s/f, Sábado 27/II/1937:2.

64) «La difusión de las obras de Horacio Quiroga», s/f, Viernes 12/II/1937:1.

Última Hora

65) «Tres opiniones» [Horacio Quiroga, 1]; «Inhumación de los restos de Quiroga», por X, Sábado 20/II/1937:1.

66) «Horacio Quiroga»; «Quiroga, a través del espíritu de otro salteño», por Carlos M[aría] Princivalle, Sábado 20/II/1937:4.

67) «Tres opiniones» [Horacio Quiroga, 2], s/f, Lunes 22/II/1937:1.

- 68) «Tres opiniones» [Horacio Quiroga, 3]; «El sábado llegan los restos de Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.
- 69) «El homenaje a Quiroga»; «Comité de homenaje a Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:4.
- 70) «Tres opiniones» [Horacio Quiroga, 4]; «A las 17 del domingo estarán en Salto los restos de Quiroga»; «Bueno, bueno...», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.
- 71) «Tres opiniones» [Horacio Quiroga, 5]; «Lo merece»; «Sobre el consulado de Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:1.
- 72) «Acto a realizarse en homenaje del escritor salteño Horacio Quiroga»; «De la dirección del liceo», s/f, Viernes 26/II/1937:4.
- 73) «El mejor homenaje a Quiroga»; «De la dirección del liceo», s/f, Sábado 27/II/1937:4.

El Pueblo [Tacuarembó]

- 74) «Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.

La Tarde [Treinta y Tres]

- 75) «Olvido» [Horacio Quiroga], s/f, Martes 23/II/1937:1.
- 76) «Horacio Quiroga»; «Quiroga y sus cuentos salvajes», por Alberto Zum Felde, Lunes 1/III/1937:2.
- 77) «Tablas de salvación. Aferrándose a los muertos», s/f, Jueves 4/III/1937:1.

Crónica - Pueblo Olimar

- 78) «Horacio Quiroga. Episodio Local», por F. Sialo, Sábado 6/III/1937:8.

Vergara – Vergara

- 79) «Horacio Quiroga», por H.G.C. [Héctor G. Cardozo], Sábado 6/III/1937:4.

80) «Figura ilustre de nuestra literatura. Horacio Quiroga», por J.P.C. [Jacinto P. Cabrera], Sábado 20/III/1937:6.

La Campaña

81) «Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:7.

El Norte [Artigas]

82) «Horacio Quiroga. Su ciudad natal guarda sus restos», s/f, Miércoles 3/III/1937:3.

La Voz de Soriano [Soriano]

83) «El último maravilloso hechicero de Misiones», s/f, Martes 2/III/1937:1.

La Época

84) «Los restos de H. Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:2.

Centenario – Cardona

85) «Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:5.

El Día – Mercedes

86) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:2.

87) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:2.

88) «Las cenizas de Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:2.

89) «La memoria de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 4/III/1937:2.

Acción – Mercedes

90) «Murió Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

91) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.

92) «Gran concurso literario», s/f, Viernes 5/III/1937:2.

Reacción [San José]

93) «Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:1.

Los Principios

94) «Homenajes a la memoria de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.

95) «Ante la muerte de Horacio Quiroga» [Mensaje lírico de Juana de Ibarbourou], s/f, Jueves 4/III/1937:3.

Ahora [Canelones] – Santa Lucía

96) «Cuenta gotas», s/f, Martes 27/II/1937:3.

Espacio

97) «Será recordado el escritor Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:3.

98) «Ecos del homenaje a Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 7/IV/1937:1.

Nuevos Rumbos

99) «Algo sobre Horacio Quiroga», s/f, Sábado 6/III/1937:1.

La Gaceta – San Ramón

100) «En la muerte de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 1/IV/1937:1.

La Razón

101) «Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:2.

Renovación – Pando

102) «Ha muerto Horacio Quiroga», por E.A.Z., Sábado 6/III/1937:2.

103) «Se recordará a Quiroga en todos los liceos», s/f, Sábado 24/IV/1937:3.

El Deportivo [Colonia] – Carmelo

104) «El escritor Horacio Quiroga»; «Propúsose un homenaje a Quiroga», s/f,
Viernes 5/III/1937:1-3.

El Deber – Carmelo

105) «Se recordará a Quiroga en todos los liceos», s/f, Domingo 18/IV/1937:6.

Colonia Suiza – Nueva Helvecia

106) «Ecos de la muerte de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 6/III/1937:9.

La Colonia – Colonia

107) «El sábado a las 17 horas llegarán de Buenos Aires los restos de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:1.

- 108) «Esta tarde a las 17 serán desembarcados los restos de Horacio Quiroga»; «Invita el Municipio y la Dirección y Profesores del Liceo Local», s/f, Sábado 27/II/1937:1.
- 109) «Rindió homenaje el pueblo de Colonia a las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:4.

La Unión – Colonia

- 110) «Los restos de Horacio Quiroga»; «Exhortación», s/f, Viernes 26/II/1937:4.
- 111) «Horacio Quiroga y el régimen», s/f, Viernes 26/II/1937:8.

El Eco de Palmira – Nueva Palmira

- 112) «El viernes 19 falleció en Buenos Aires el escritor uruguayo Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:8.
- 113) «Ahora saben quién fue Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 10/III/1937:8.

La Idea – Carmelo

- 114) «Ha muerto Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.
- 115) «En honor de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 6/III/1937:7.

El Municipio – Carmelo

- 116) «La ensenada del Arroyo «las vacas» llevaría el nombre del escritor Horacio Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:5.

La Publicidad [Durazno]

- 117) «Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:5.

El Terruño

118) «Último mensaje», s/f, Miércoles 3/III/1937:8.

119) «Sencillo homenaje de Durazno a Horacio Quiroga», s/f, Sábado 6/III/1937:2.

República Nueva [Flores] – Trinidad

120) «Falleció Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.

La Idea Nueva – Trinidad

121) «Falleció el prosista Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.

La Unión [Lavalleja] – Minas

122) «El retorno de Horacio Quiroga», por Germán Berdiales, Sábado 6/III/1937:2.

La Democracia [Florida]

123) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:3.

124) «Los restos de Horacio Quiroga pasaron el domingo por la estación», s/f, Martes 2/III/1937:8.

El Heraldito – Florida, Durazno, Flores, Cerro Largo

125) «Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:3.

126) «Horacio Quiroga. La piara, simulando emoción, rodea la urna que contiene las cenizas del gran escritor», s/f, Miércoles 3/III/1937:1.

La Voz de Florida

- 127) «Una gran figura literaria desaparece», s/f, Martes 23/II/1937:2.
128) «Reempatrio de los restos del escritor Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:2.

Jornada [Paysandú]

- 129) «El uruguayo Horacio Quiroga era el Poe criollo. Murió el novelista de la selva y el terror», s/f, Sábado 20/II/1937:1.
130) «Los restos de H. Quiroga serán repatriados»; «Quiroga», s/f, Domingo 21/II/1937:1.
131) «Los restos de Horacio Quiroga», Martes 23/II/1937:1.
132) «Los restos de Horacio Quiroga pasarán por esta [ciudad]», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.
133) «Ahora se acuerdan de Quiroga», s/f, Jueves 25/II/1937:2.
134) «Quiroga, sus restos», s/f, Viernes 26/II/1937:2.
135) «Los restos de Quiroga», s/f, Domingo 28/II/1937:1.
136) «Los restos de Quiroga» [pasaron por la ciudad en tren], s/f, Martes 2/III/1937:2.
137) «Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:1. [Almuerzo para la delegación, organizado por Eduardo Víctor Haedo].
138) «Homenajes a Horacio Quiroga», s/f, Jueves 4/III/1937:1.

El Diario

- 139) «Falleció Horacio Quiroga», Viernes 19/II/1937:2.
140) «Repatriación de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.
141) «la conducción de los restos de Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:2.
142) «Homenaje de Paysandú a Horacio Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:1.

143) «Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:2.

La Opinión

144) «Los restos de Horacio Quiroga serán próximamente repatriados», s/f, Martes 23/II/1937:1.

145) «Lo mismo de siempre», por Plumario, Jueves 25/II/1937:1.

146) «Quiroga, sus restos»; «Un homenaje», s/f, Jueves 25/II/1937:3.

147) «Los restos de Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:1-2.

148) «Los restos de Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:1.

149) «Pasaron ayer las cenizas de H. Quiroga»; «Delegación salteña», «El águila blanca», s/f, Lunes 1/III/1937:1-2.

150) «Homenajes del Ateneo a H. Quiroga», s/f, Martes 2/III/1937:1.

151) «La obra de Quiroga», s/f, Jueves 4/III/1937:4.

152) «Hermoso discurso de Enrique Amorim», s/f, Viernes 5/III/1937:1.

El Telégrafo

153) «Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:1.

154) «Los restos de Quiroga serán traídos a su patria»; «En un túmulo se colocarán los restos de Horacio Quiroga», s/f, Martes 23/II/1937:1.

155) «Los restos de Quiroga serán transportados el sábado a Salto, ciudad natal del gran escritor», s/f, Miércoles 24/II/1937:1.

156) «Delegación de intelectuales partió anoche para Buenos Aires», s/f, Viernes 26/II/1937:1.

157) «Las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Sábado 27/II/1937:1.

158) «Pasaron los restos de Quiroga», s/f, Lunes 1/III/1937:1.

159) «Pasó ayer de regreso el motocar ´Águila Blanca`», s/f, Martes 2/III/1937:1.

160) «Gran concurso literario. La obra de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 3/III/1937:1.

161) «Homenajes a Quiroga. La Intendencia y el Ateneo», por Eugenio P. Bergara, Miércoles 3/III/1937:3-6.

162) «El pueblo de Salto homenajeó a Horacio Quiroga», s/f, Jueves 4/III/1937:2.

La Campaña [Río Negro]

163) «Falleció en Buenos Aires Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:2.

Imparcial

164) «Horacio Quiroga. Ha muerto uno de los más grandes escritores sudamericanos», por Guarany, s/f, Martes 23/II/1937:2.

165) «Los restos de Don Horacio Quiroga», s/f, Viernes 26/II/1937:2.

166) «Homenaje con historia», por Guarany, s/f, Viernes 5/III/1937:2.

La Reforma

167) «Ayer: Horacio Quiroga. Hoy: Pepe Podestá», s/f, Sábado 13/III/1937:3.

Renovación

168) «El escritor Horacio Quiroga falleció en B[ueno]s Aires», s/f, Martes 23/II/1937:4.

La Palabra [Rocha]

169) «Ha muerto el gran escritor Horacio Quiroga», s/f, Lunes 22/II/1937:2.

Ecos del Este

170) «[i] Lo de siempre!», s/f, Miércoles 24/II/1937:4.

171) «Horacio Quiroga y el régimen», s/f, Lunes 1/III/1937:3.

172) «Se habría defraudado la última voluntad de Horacio Quiroga», s/f, Martes
16/III/1937:1.

Uruguay

El Terruño

- 1) «El destino del escritor», por E.G.N., Montevideo, año XX, N° 236, 15/II/1937 al 15/III/1937:1. [Extraído, a su vez, de la *Revista del Rotary Club* de Montevideo. Ver 385)].

Hiperión

- 2) «Homenajeamos hoy a los que matamos ayer», por Ofelia M. B. de Benvenuto, Montevideo, marzo de 1943, N° 79:19-23.

Ensayos

- 3) Número en homenaje a Horacio Quiroga. Montevideo, año II, N° 11, mayo, 1937. Textos: «Horacio Quiroga y su pueblo», por Carlos A. Herrera MacLean; «El sentido de la vida de Horacio Quiroga», por Antonio Grompone; «Horacio Quiroga», por Pedro Leandro Ipuche; «A Horacio Quiroga», por José María Delgado; «Notas Bibliográficas», por Alicia Goyena.

Mundo Uruguayo

- 4) «Horacio Quiroga ha muerto», por Julio Caporale Scelta, Montevideo, N° 931, año XIX, 25/II/1937:8-9.
- 5) «El Uruguay recibió los restos de un hijo ilustre», s/f, Montevideo, N° 932, año XIX, 4/III/1937:54.

Revista del Rotary Club de Montevideo

- 6) «El destino del escritor», por E.G.N., Montevideo, N° XXXIX, año IV, 5/III/1937:7. [Reproducido íntegramente en la revista *El Terruño*, Montevideo. Ver 380)].

Boletín de A.I.A.P.E [Órgano de la agrupación de intelectuales, artistas, periodistas y escritores]

- 7) «Nuestro homenaje», por Jesualdo, Montevideo, N° 3, año I, marzo de 1937.

La Semana

- 8) «Murió Horacio Quiroga», s/f, Sábado 20/II/1937:2.

La Voz del Cordón

- 9) «Horacio Quiroga, gran maestro de la narración», s/f, Lunes 1/III/1937:4.
10) «La mejor obra sobre Quiroga», s/f, Lunes 15/III/1937:2.

Marcha

- 11) «De cómo se nos perdió y encontramos a H. Quiroga», por Alfredo Mario Ferreiro, 3, 10 y 24/VIII/1956, N° 824, 825 y 827 respectivamente.

Argentina

Sur

- 1) «Horacio Quiroga». Discurso de Ezequiel Martínez Estrada, Buenos Aires, N° 29, febrero 1937: 108-111. Publicado luego en *Nosotros*, Buenos Aires, 1937. Ver 389)].

Nosotros

- 2) «Crónica» [Horacio Quiroga, noticia de su muerte], s/f, Buenos Aires, año II, segunda época, N° 11, febrero, 1937:241.
- 3) Número en homenaje a Horacio Quiroga. Textos: «H.Q. fiel y solitario», por Enrique Amorim; «A Horacio Quiroga», por Alfonsina Storni; «Discurso de Alberto Gerchunoff»; «Discurso de Ezequiel Martínez Estrada»; «Horacio Quiroga, convocador de sombras», por Romualdo Brughetti; «Epitafio a Horacio Quiroga», por Baldomero Fernández Moreno], Buenos Aires, N° 12, año II, segunda época, marzo, 1937.
- 4) «La personalidad íntima de Horacio Quiroga», por Justo C. Morales. Buenos Aires, año III, segunda época, N° 32, noviembre, 1938: 431-436.

Caras y Caretas

- 5) «Con la muerte de Horacio Quiroga desaparece el más brillante cuentista de las selvas», s/f, Buenos Aires, año XL, N° 2004, 27/II/1937: 42.

Columna. Revista de las grandes firmas

- 6) «Discusión de Horacio Quiroga», por José Sebastián Tallón, Buenos Aires, N° 2, año I, 1/VI/1937:3-8.

- 7) «Un recuerdo de Horacio Quiroga», por Carlos Selva Andrade, Buenos Aires, junio-julio, 1940.

Claridad

- 8) «La tragedia de Horacio Quiroga. Consideraciones sobre su vida y su obra ante su muerte», por Elías Castelnuovo, Buenos Aires, N° 311, marzo, 1937:4-8.

Pan. Síntesis de toda idea mundial

- 9) «El regreso de Anaconda», por Horacio Quiroga [pp. 4 y 10]; «La secreta materia del cuento de Quiroga», por Jesualdo [Extraído del diario *Uruguay*, Montevideo, pp. 4-9]; «Palabras de homenaje», s/f. [p. 5], Buenos Aires, N° 101, año III, 10/III/1937.

Gente de prensa. Quincenario de crítica

- 10) [Noticia-comentario sobre Elías Castelnuovo y Horacio Quiroga], s/f, Buenos Aires, N° 14, año II, 15/IV/1937: 7-8.

Norte. Periódico literario

- 11) «Escritores fallecidos», [Horacio Quiroga], s/f Buenos Aires, N° 17, año III, 1/IV/1937: 2.

Revista Hispánica Moderna. Boletín del Instituto de las Españas

- 12) «Noticias literarias» [Horacio Quiroga], s/f, Buenos Aires, N° 3, año III, tomo III, abril de 1937: 230.

Mundo Argentino

- 13) «Ha muerto el gran escritor de las selvas misioneras», s/f, Buenos Aires, N° 1363, año XXVII, 3/III/1937.

Leoplán

- 14) «Horacio Quiroga ha muerto. La selva pierde su espíritu, por Eduardo Andrés Portillo, Buenos Aires, N° 56, año IV, 3/III/1937:11.

¡Aquí está!

- 15) «Horacio Quiroga, el hombre que amaba la selva», s/f, Buenos Aires, N° 80, año II, 22/II/1937:57.

El Hogar

- 16) «Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga», por Ezequiel Martínez Estrada; «Elegía menor», por Ulises Petit de Murat, Buenos Aires, N° 1429, año XXXIII, 5/III/1937:5.

Sintonía

- 17) «Se nos fue Horacio Quiroga», s/f, Buenos Aires, N° 201, año V, 25/II/1937:7.

La Literatura Argentina

- 18) «Horacio Quiroga», por Alberto Gerchunoff [Tapa y artículo], Buenos Aires, N° 100/101/102, año IX, abril, mayo, junio de 1937:1-2/86.

Bitácora

- 19) «Horacio Quiroga, muerto», [Contratapa], s/f, Buenos Aires, Cuaderno I, abril de 1937:16.

Chile

Sech. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile

- 1) Número en homenaje a Horacio Quiroga. Textos: «Algunos recuerdos personales», por Enrique Espinoza; «La literatura y el hombre», por Manuel Rojas; «Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga», por Ezequiel Martínez Estrada; «Horacio Quiroga visto del extranjero», por Ernesto Montenegro; «En la muerte de Horacio Quiroga», por Alfonso Hernández Catá; «Discurso en nombre de la SADE», por Alberto Gerchunoff], Santiago de Chile, N° 4, año I, marzo, 1937.

Atenea. Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes [Universidad de Concepción]

- 2) «Trayectoria de Horacio Quiroga», por Enrique Espinoza [pseudónimo de Samuel Glusberg], Concepción, año 14, N° 140, febrero, 1937:127-38. [Ver 1), *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica].
- 3) «Notas del mes. Las cenizas de Horacio Quiroga», s/f, Concepción, N° 142, año XIV, tomo XXXVIII, abril de 1937:138-140.

Anales de la Universidad de Chile

- 4) «Vicente Barbieri-Horacio Quiroga», por Enrique Labrador Ruiz, Santiago de Chile, N° 105, 1957:299-302.

El Mercurio, Santiago de Chile [Diario]

- 5) «Horacio Quiroga», por Roberto J. Payró; «Horacio Quiroga ha muerto», s/f, Sábado 20/II/1937:1 y 5 respectivamente.
- 6) «Los restos de Horacio Quiroga», s/f, Miércoles 24/II/1937:19.

- 7) «Patria», por Horacio Quiroga, con ilustración de Estrada Gómez; «Horacio Quiroga, el Kipling de América», por Horacio Rega Molina, Domingo 28/II/1937:5.

Costa Rica

Repertorio Americano

- 1) «Trayectoria de Horacio Quiroga», por Enrique Espinoza [pseudónimo de Samuel Glusberg], San José de Costa Rica, año 18, N° 19, 15/V/1937:296 y 302. [Ver 2), *Atenea*, Chile].
- 2) «Horacio Quiroga hizo su propia defensa ante la posteridad», por Arturo Mejía Nieto, San José de Costa Rica, año 18, T. 33, N° 12, 27/V/1937: 184 y 191.
- 3) «Confesión del amigo que vuelve», por Enrique Espinoza [pseudónimo de Samuel Glusberg], San José de Costa Rica, N° 859, tomo XXXVI, año XX, 12/XI/1938:41-42.
- 4) «Horacio Quiroga», por César Tiempo, San José de Costa Rica, año 28, T. 43, 6/XII/1947: 204-205. [Reproducido más tarde –con ligeras modificaciones– bajo el título «Horacio Quiroga, ese desconocido...», en *Acción*, Montevideo, 22/VII/1962:5]
- 5) «Horacio Quiroga», por Alfredo Cardona Peña, San José de Costa Rica, T. 43, N° 23, 19/VI/1948: 364.

Puerto Rico

Brújula

- 1) «Cuentos en Hispanoamérica. ¿Cómo se hace un cuento? (Contesta Horacio Quiroga), por Juan José de Soiza Reilly [asterisco al pie con comentario sobre la muerte de H.Q., s/f.], San Juan de Puerto Rico, N° 9 y 10, vol. III, enero-julio, 1937:76-78.

Anexo 4. Iconografía



Imagen 1. Foto perteneciente a la *Colección Horacio Quiroga* custodiada en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.



Imagen 2. «En la nota que reproducimos podemos ver una de las ceremonias cumplidas con motivo del lamentado fallecimiento del escritor compatriota Horacio Quiroga, ocurrido en la vecina orilla. En efecto, puede verse en ella el momento en que el cortejo fúnebre sale de la Casa del Teatro, donde fueron velados los despojos». Aparecida en la portada de *El Diario*, Montevideo, domingo 21/II/1937, p. 1.



Imagen 3. «Llevan al gran escritor desaparecido», *Última Hora*, Buenos Aires, domingo 21/II/1937, p. 3.



Imagen 4. «La incineración de los restos de Horacio Quiroga», *La Mañana*, Río Gallegos, domingo 28/II/1937, p. 1.



Imagen 5. Delegación uruguayo-argentina en la dársena sur de Buenos Aires junto a la urna de Horacio Quiroga tallada por Stefan Erzia. Foto original perteneciente a la *Colección Horacio Quiroga* custodiada en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.



Imagen 6 y 7. Llegada de los restos a territorio uruguayo, en el puerto de Colonia. Archivo Nacional de la imagen y la palabra. SODRE, Uruguay.

EL PUEBLO RINDIO HOMENAJE A LOS RESTOS DE HORACIO QUIROGA

LA CEREMONIA D E ANOCHE EN EL PARQUE RODO

En el Pabellón de la Música del Parque Rodó, se realizó anoche una emocionante ceremonia en homenaje al gran escritor Horacio Quiroga recientemente fallecido y cuyos restos incinerados, fueron traídos desde Buenos Aires, debiendo ser llevados a Salto, su ciudad natal, en donde reposarán definitivamente.

Una multitud numerosísima rodeó el pabellón en momentos en que fué traída la urna que contiene las cenizas del ilustre hombre de letras la cual fué colocada envuelta en las banderas uruguayas y argentinas en el centro del pabellón, alrededor del cual formaban guardia un pl-

quete de la Metropolitana, sosteniendo antorchas.

La urna consiste en un grueso tronco de árbol, en uno de cuyos lados ha sido esculpida con singular acierto la austera fisonomía del gran literato.

Al Ministro de Instrucción Pública, Sr. Eduardo V. Haedo, correspondió iniciar la pte oratoria, poniendo de relieve en su discurso el triste destino de la mayoría de nuestros escritores, que los lleva a morir lejos de la patria.

A continuación el periodista argentino señor Alberto Gergounoff, en una magnífica pieza oratoria puso de relieve en sus más brillantes aspectos, la múltiple personalidad

de Horacio Quiroga. Describió con singular precisión la evolución sufrida por el espíritu del escritor compatriota hasta llegar a la última y total comunión con la naturaleza.

A través de su vívida descripción de la obra de Quiroga, el señor Gergounoff demostró una completa identificación con el espíritu de aquel gran artista, fruto sin duda de un profundo conocimiento de su compleja personalidad.

El señor Fernán Silva Valdéz y el escritor Fernández Moreno, leyeron luego sendas composiciones en verso dedicadas a la muerte de Quiroga.

Los sucedió en el uso de la pala-



El periodista argentino Sr. Alberto Gergounoff que pronunció un magnífico discurso

bra el señor Pedro Leandro Ipuche, quien habló en nombre de los intelectuales y finalmente la señorita Maruja Demicheli recitó la siguiente composición de la poetisa compatriota Juana de Ibarbouro:

"Acaso las selvas de Misiones estén llorando — nadie conoce la voz, la inteligencia y la sensibilidad de las cosas — y tal vez el grave rumor del Paraná sea hoy clamor elegir. O por la muerte de Quiroga, que los amo como un enamorado. Se fué el "Hermano Anaconda" y quizás en un postero gesto de su "humor" extraño, se fué en una de sus piraguas ahuecadas por su propio fuego. Caronte, que esperaba al extraordinario pasajero barbado como él, habrá batido furioso sus remos en las espesas aguas eternas.

Y Quiroga, sonriendo entre sus barbas, habrá decidido rebelde como lo fué en la vida: Me voy por mi Paraná, pues da lo mismo. Todos los caminos llevan al Juicio del Su-



Un aspecto del público en el Pabellón de la Música, durante la ceremonia

Un jinete al suelo

En Austria y Vinova, cayó el equino que montaba Orio Carrare, uruguayo casado de 39 años, domiciliado en Nueva Granada 1672.

El jinete cayó al pavimento sufriendo lesiones en el cuerpo. Curado por la Asistencia Pública pasó a su domicilio.

Imagen 8. «El pueblo rindió homenaje a los restos de Horacio Quiroga», *La Mañana*, Montevideo, 28/II/1937, p. 30.





Imágenes 9 a 12. Llegada de la urna al Parque Rodó, en Montevideo para recibir los homenajes. Archivo Nacional de la imagen y la palabra. SODRE, Uruguay.



Imágenes 13. «Homenaje póstumo a H. Quiroga en Montevideo», *La Razón*, Montevideo, 1/III/1937, p. 2.

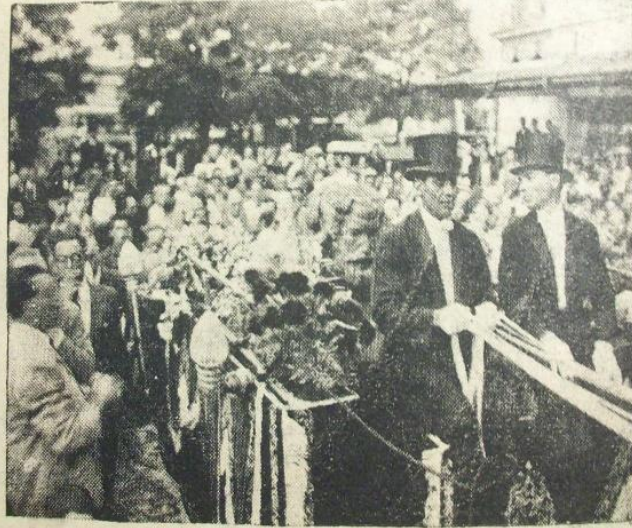


Imagen 14. Abajo, en el centro, Juan José Morosoli, a su izquierda, calvo, Pedro Leandro Ipuche. A su frente el escritor argentino Jorge Luis Borges, en los homenajes realizados en el Parque Rodó. Al fondo, con quevedos y calvo, Fernán Silva Valdés. «Anoche llegaron los restos de H. Quiroga», *Uruguay*, Montevideo, 28/II/1937, p. 16.



Imágenes 15. Ministro de Instrucción Pública, Dr. Eduardo Víctor Haedo, en la época de la repatriación. Archivo Nacional de la imagen y la palabra. SODRE, Uruguay.

La eureña imperial



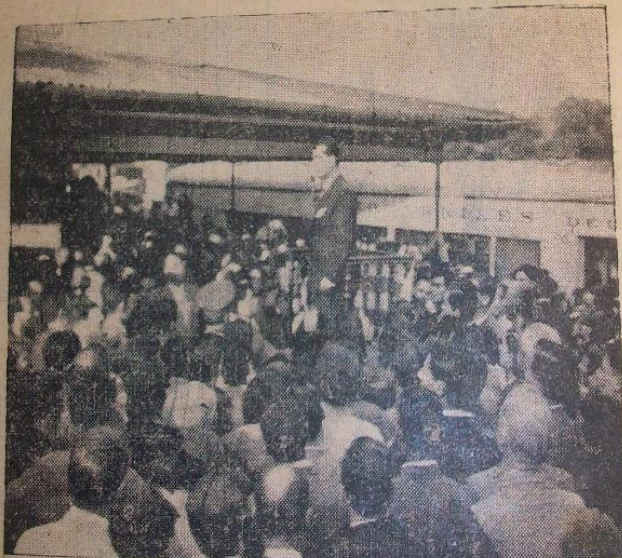
La eureña imperial, sobre la que ya ha sido colocada la urna funeraria, se apresta para hacer a bandono de la Estación Midland, en dirección al Liceo Departamental.

LA ORATORIA EN LA ESTACION



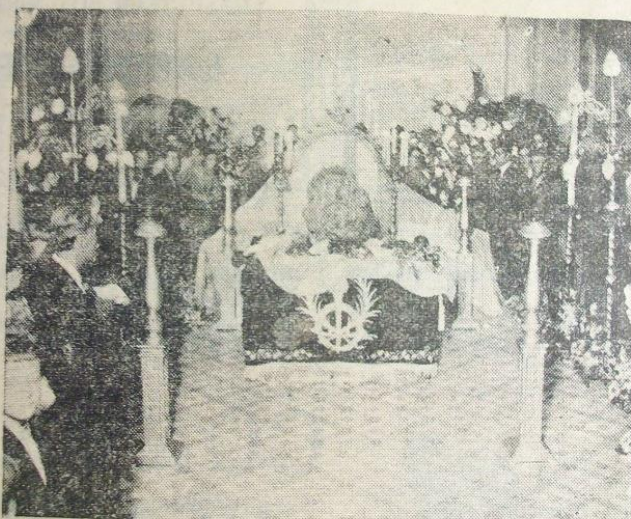
Desde la tribuna levantada en la Estación Midland, dirige la palabra a la concurrencia el Intendente Municipal señor Jorge Enrique Costa.

ENTREGA DE LAS CENIZAS



El Ministro de Instrucción Pública señor Víctor Haedo en momento de hacer entrega de las cenizas próceres de Horacio Quiroga al pueblo salteño.

La capilla ardiente



La capilla ardiente instalada en el Salón de Actos Públicos del Liceo Departamental, ante la que deponen su emocionado homenaje un numeroso grupo de alumnos.

Imágenes 16 a 19. Fotos que acompañan al artículo: «El homenaje a Horacio Quiroga no tiene precedentes en el historial salteño», publicado en *Tribuna Salteña*, Salto, 1/III/1937, p. 8.



Imagen 20. El escultor Stefan Erzia, junto al escritor uruguayo Alfredo Mario Ferreiro y otra acompañante [sin identificar] en el chalet Las Nubes, Salto, 1937. Imagen encontrada en Internet sin créditos ni año.

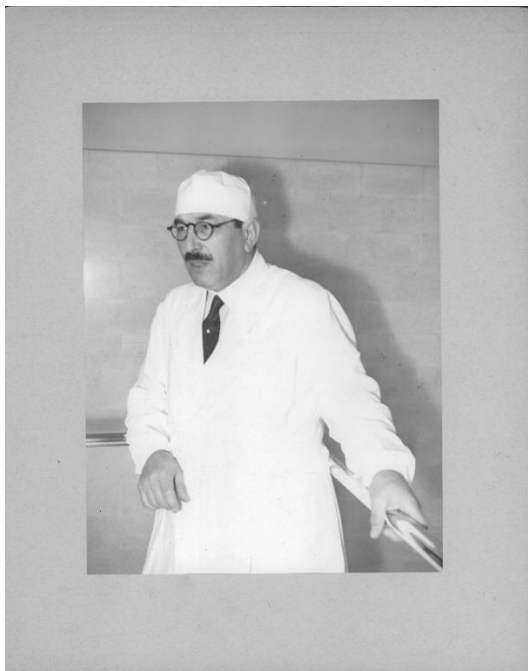


Imagen 21. Dr. José Arce, profesional que operó y atendió a Quiroga en el Hospital de Clínicas en 1937. Archivo General de la Nación, Argentina. Dpto. Doc. Fotográficos.



Imagen 22. María Elena Quiroga Bravo (1933-1988), apodada Pitoca, hija menor de Horacio Quiroga. Foto alojada en el portal web: www.genealogiafamiliar.net.

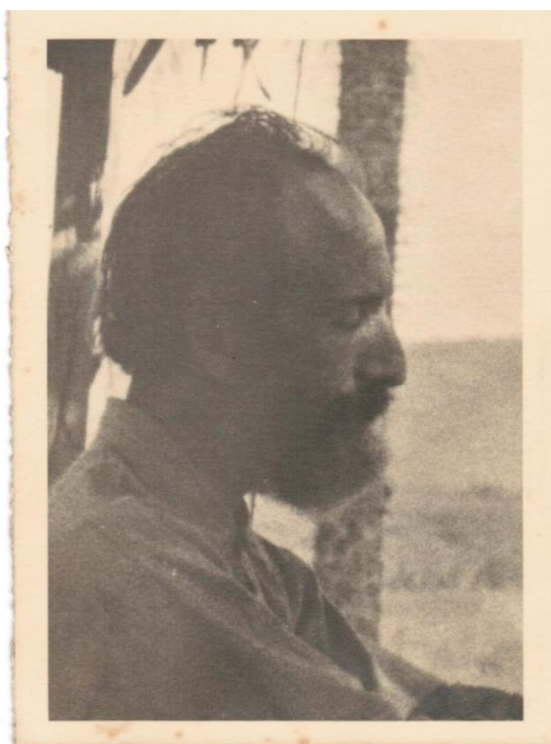


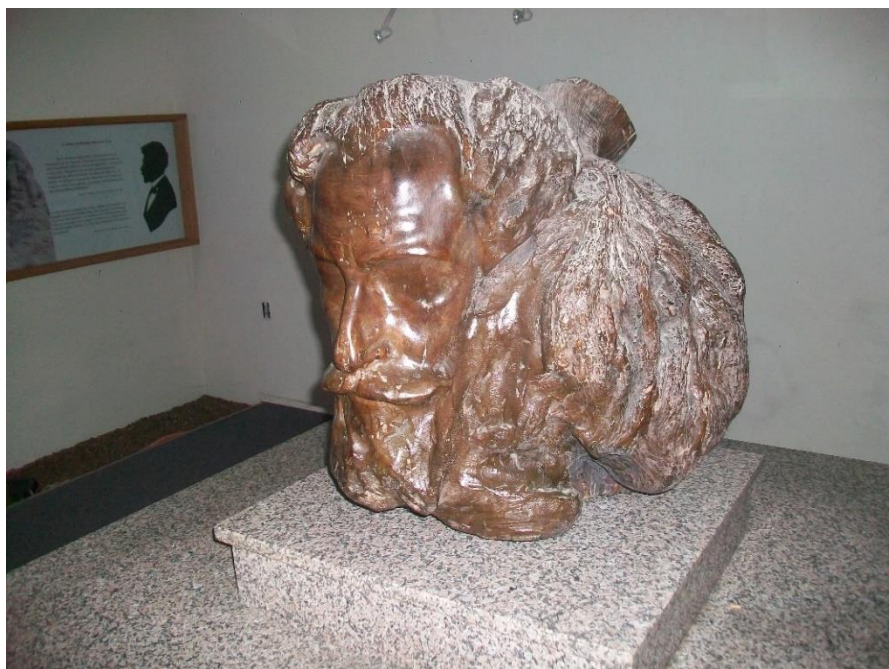
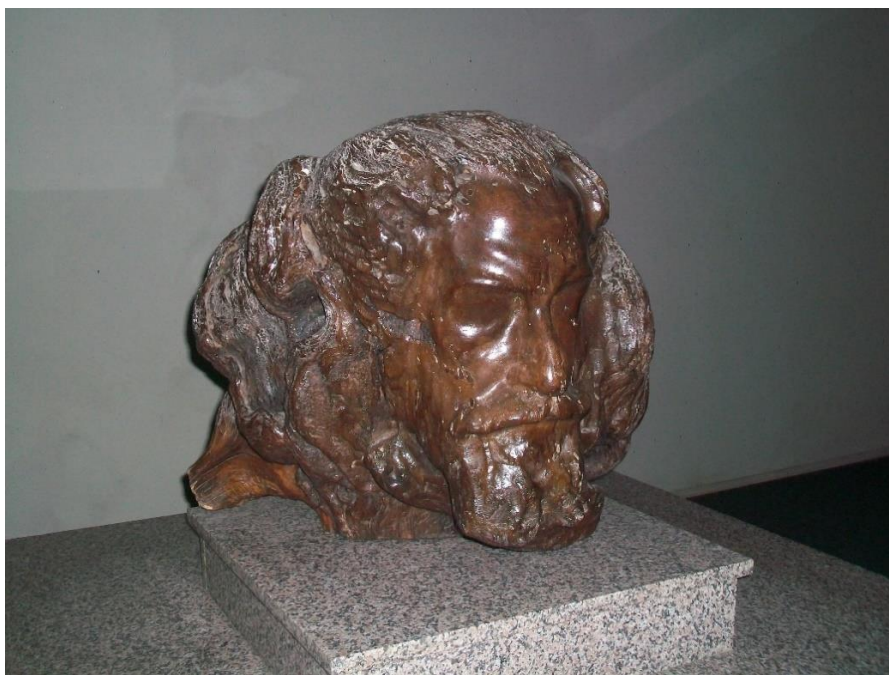
Imagen 23. Horacio Quiroga [circa 1935-1936]. Foto perteneciente a la *Colección Horacio Quiroga*, custodiada en el *Archivo Literario* del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Montevideo, Uruguay.

Imágenes 24 a 27. Conferencia de Darío Quiroga a la Biblioteca Nacional de Uruguay: «Aspectos poco conocidos de la vida de Horacio Quiroga» (Montevideo, 13 de enero de 1949). Archivo Nacional de la imagen y la palabra. SODRE, Uruguay.





Imágenes 28 a 30. Urna del escultor Stephan Erzia tallada en madera de algarrobo que contiene las cenizas de Horacio Quiroga. Museo Casa Quiroga, Salto. Imágenes: Gerardo Ferreira Rodríguez.





Anexo 5. Compilación textual sobre los funerales de Horacio Quiroga (1937)

1. Crónicas en publicaciones periódicas y libros.....227-302

- * *La tragedia de Horacio Quiroga*, de Elías Castelnuovo. *Claridad*, Buenos Aires | marzo, 1937.
- * *Evocación de Quiroga*, de César Tiempo. *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga*, Montevideo | 1970.
- * *El retorno de Horacio Quiroga*, de Germán Berdiales. *La Unión*, Minas | 6 de marzo, 1937.
- * *H.Q. fiel y solitario*, de Enrique Amorim. *Nosotros*, Buenos Aires | marzo, 1937.
- * *Sobre la nacionalidad de Horacio Quiroga*, de Enrique Amorim. *Tribuna Salteña*, Salto | 16 de julio, 1952.
- * *El funeral laico a Horacio Quiroga*, de Manuel de Castro. *La Mañana*, Montevideo | 4 de octubre, 1964.
- * *Viaje a Salto con las cenizas de Horacio Quiroga [I]*, de Baldomero Fernández Moreno. *Poemas del Uruguay*, Buenos Aires | 1957.
- * *De cómo se nos perdió y encontramos a H. Quiroga*, de Alfredo Mario Ferreiro. *Marcha*, Montevideo | 3, 10 y 24 de agosto | 1956.
- * *Algunos recuerdos personales*, de Enrique Espinoza [Samuel Glusberg]. *Sech*, Santiago de Chile | marzo, 1937.
- * *Horacio Quiroga*, de César Tiempo. *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica | 6 de diciembre, 1947.
- * *Borges conversa sobre Gerchunoff*, de Jorge Luis Borges. *Figuras de nuestro tiempo*, Buenos Aires | 1979.

2. Discursos, semblanzas y otros textos en publicaciones periódicas....303-348

- * Discurso [I], de Alberto Gerchunoff. Palabras leídas en representación de la SADE durante la ceremonia de cremación en el cementerio de Chacarita. *Nosotros*, Buenos Aires | marzo, 1937.
- * *Horacio Quiroga*, de Ezequiel Martínez Estrada. Palabras leídas en representación de los amigos de H.Q. durante la ceremonia de cremación en el cementerio de Chacarita. *Sur*, Buenos Aires | febrero, 1937.
- * *Oración fúnebre*, de José María Delgado. *Ensayos*, Montevideo | mayo, 1937.

- * *Horacio Quiroga*, de Pedro Leandro Ipuche. Palabras pronunciadas al llegar a Montevideo la urna con las cenizas. *Ensayos*, Montevideo | mayo 1937.
- * Las cenizas de H. Quiroga ya duermen en su tierra salteña, de Romualdo Brughetti. Uruguay, Montevideo | 2 de marzo, 1937.
- * Discurso en representación del Liceo de Canelones, de Ildefonso Pereda Valdés. *Espacio*, Canelones | 7 de abril, 1937.
- * *Horacio Quiroga ha muerto*, de Julio Caporale Scelta. *Mundo Uruguayo*, Montevideo | 25 de febrero, 1937.
- * *Horacio Quiroga, el escritor de la selva*, de Horacio Rega Molina. *El Diario*, Montevideo | 26 de febrero, 1937.
- * Discurso [II], de Alberto Gerchunoff. Leído en la ceremonia efectuada en el Parque Rodó de Montevideo. *El País*, Montevideo | 28 de febrero, 1937.
- * Discurso leído en la Intendencia de Colonia al llegar los restos a Uruguay, de Luz Riverós. *La Colonia*, Colonia | 2 de marzo, 1937.
- * Discurso de homenaje en Paysandú, de Juan B. Speroni. *La Opinión*, Paysandú | 1 de marzo, 1937.
- * Homenaje del Ateneo de Paysandú, de Eugenio P. Bergara. *El Telégrafo*, Paysandú | 3 de marzo, 1937.
- * Discurso del Intendente Municipal [de Salto], de Jorge Enrique Acosta. *La Campaña*, Salto | 1 de marzo, 1937.
- * *Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga*, de Ezequiel Martínez Estrada. *Sech*, Santiago de Chile | marzo, 1937.

3. Poemas y anécdotas en publicaciones periódicas y libros.....349-377

- * *A Horacio Quiroga*, de Alfonsina Storni. *Nosotros*, Buenos Aires | marzo, 1937.
- * *Mensaje lírico*, de Juana de Ibarbourou. *El Diario*, Montevideo | 28 de febrero, 1937.
- * *Horacio Quiroga (Episodio local)*, de F. Sialo. *Crónica*, Treinta y Tres y Pueblo Olimar | 6 de marzo, 1937.
- * *De la vida atormentada de Horacio Quiroga*, de M. Ferdinand Pontac. *El Día*, Montevideo | 24 de marzo, 1940.

- * Cinco cantos de despedida a Horacio Quiroga, de Juan Silva Vila. *Tribuna Salteña*, Salto | 2 de marzo, 1937.
- * Boceto para un romance a Horacio Quiroga, de Fernán Silva Valdés. *Tribuna Salteña*, Salto | 4 de abril, 1937.
- * *Elegía menor*, de Ulises Petit de Murat. *El Hogar*, Buenos Aires | 5 de marzo, 1937.
- * *Despedida a Horacio Quiroga*, de Enrique Amorim. *Uruguay*, Montevideo | 5 de marzo, 1937.
- * *Viaje a Salto con las cenizas de Horacio Quiroga* [II]; *Epitafio*, de Baldomero Fernández Moreno. *Poemas del Uruguay*, Buenos Aires | 1957 y *Nosotros*, Buenos Aires | marzo, 1937.

4. Otras notas y una polémica en publicaciones periódicas378-414

- * Sepelios. *La Nación*. Buenos Aires. S/f. | 20 de febrero, 1937
- * Falleció ayer en esta capital el escritor Horacio Quiroga. *La Prensa*. Buenos Aires. S/f. | 20 de febrero, 1937.
- * Con la muerte de Horacio Quiroga desaparece el más brillante cuentista de las selvas. *Caras y Caretas*. Buenos Aires. S/f. | 27 de febrero, 1937.
- * Se repatriarán los restos de H. Quiroga. *Uruguay*, Montevideo. S/f. | 21 de febrero, 1937.
- * Ahora se acuerdan de H. Quiroga. *El País*, Montevideo. S/f. | 22 de febrero, 1937.
- * Quiroga y las pompas oficiales. *El País*, Montevideo. S/f. | 3 de marzo, 1937.
- * Fracásó el homenaje a Quiroga. *El País*, Montevideo. S/f. | 4 de marzo, 1937.
- * Los homenajes a Quiroga. *Defensa Popular*, Salto. S/f. | 1 de marzo, 1937.
- * Homenaje oficialista es el que le hacen a Quiroga. *Uruguay*, Montevideo. S/f. | 27 de febrero, 1937.
- * Se habría defraudado la última voluntad de Horacio Quiroga. *Ecos de Este*, Rocha. S/f. | 11 de marzo, 1937.
- * Homenaje con historia. El que tributó el gobierno actual a los restos de Horacio Quiroga, de Guarany. *Imparcial*, Río Negro | 5 de marzo, 1937.

- * Olvido. *La Tarde*, Treinta y Tres. S/f. | 23 de febrero, 1937.
- * Tablas de salvación. Aferrándose a los muertos. *La Tarde*, Treinta y Tres. S/f. | 4 de marzo, 1937.
- * Horacio Quiroga y el régimen. *La Unión*. Colonia. S/f. | 26 de febrero, 1937.
- * La ensenada del arroyo 'Las Vacas' llevaría el nombre del escritor Horacio Quiroga. *El Municipio*. Carmelo. S/f. | 2 de marzo, 1937.
- * ¿Cuál deberá ser la ubicación del monumento a Quiroga?, de Arapey [Enrique Amorim]. *La Nota*, Salto | abril, 1937.
- * La urna de Horacio Quiroga. *Tribuna Salteña*, Salto. S/f. | 12 de octubre, 1947.
- * Una polémica: Las cenizas (I), de Raúl Botelho Gosálvez. *El País*, Montevideo | 19 de diciembre, 1954.
- * Las cenizas (II) [Respuesta I], de Artigas Milans Martínez. *El País*, Montevideo | 22 de diciembre, 1954.
- * Las cenizas (III) [Respuesta II]. *Tribuna Salteña*, Salto. S/f. | 4 de enero, 1955.

1. Crónicas en publicaciones periódicas y libros

La tragedia⁸⁷

Elías Castelnuovo

En una sala de la Casa del Teatro se están velando los restos de Horacio Quiroga. Son, aproximadamente, las doce de la noche. Hay poca gente. Menos había, sin embargo, en el velorio de Roberto J[ulio] Payró. Es cierto que Horacio Quiroga no creía en la gente y la gente, tal vez por eso no se hace presente, pero, Roberto J. Payró, en cambio, creía y la gente tampoco se presentó.

La concurrencia es escasa en efecto, pero notable, conspicua, ilustre. Alrededor de la caja, donde yace el maestro, ahora, se desplaza con lentitud la crema del intelecto argentino. Hombres limpios, elegantes, correctos. De rato en rato un par de ellos se abraza en forma teatral y para exteriorizarse su angustia se golpean la espalda ruidosamente. Luego, con la mayor gravedad, se llevan una mano al mentón y se plantifican en un lugar visible, como un par de figuras petrificadas. Paulatinamente, se puede decir, que por la cámara mortuoria desfilan las últimas

⁸⁷ «La tragedia de Horacio Quiroga. Consideraciones sobre su vida y su obra ante su muerte». Publicado en *Claridad*. Buenos Aires, Nº 311, marzo 1937, pp. 4-8. El artículo suscita malestar en Eglé, hija de Quiroga, quien lo manifiesta en una carta a Samuel Glusberg (1980) y luego recogida en la correspondencia de Quiroga (2007):

Querido Glusberg:

Yo sigo trabajando en *Crítica*, donde tengo ahora una tarea mucho más absurda que las traducciones. Hago trabajo administrativo, que es la cosa más *seca* que se puede pedir. También yo leí el estúpido artículo de Castelnuovo en *Claridad*. Te imaginarás lo que me indignó. Me parece de lo más cobarde. ¿Por qué no dijo eso en vida de papá? No debió meterse nunca en su vida privada como lo hizo. Se ve perfectamente que es un envenenado. Dice algunas cosas que dan la pauta de su pobre mentalidad. ¿Recuerdas aquello de que ningún campesino asistió al velorio? Al pobre se le ha hecho una ensalada en la cabeza con su viaje a Rusia y quiere que en las calles de Buenos Aires abunden los campesinos con botas y todo... Castelnuovo es íntimo de doña Salvadora Medina Onrubia de Batalla, que tiene un Rolls Royce... Siento que no le hayas contestado como se merece. Si algún día lo llego a ver le diré todo lo que pienso de su valiente actitud.

Eglé.

Buenos Aires, marzo 1937.

momias de la literatura nacional. No asisten con propiedad al velorio. Unos, lo hacen para probar que no están totalmente momificados. Otros, para familiarizarse con su cadáver. Y, otros, para tener una idea gráfica de la perspectiva de su propio entierro. Todos, naturalmente, se lamentan de la falta de brillo del espectáculo. No acusan al gobierno o al municipio por no haber siquiera remitido al acto un edecán o un pelafustán en su reemplazo, porque son todos en su mayoría empleados del municipio o del gobierno, pero, seguramente piensan que si en vez de fallecer un gran escritor hubiera fallecido un gran almacenero o un gran pirata del fraude o de la coordinación, el poder ejecutivo habría decretado inmediatamente honores oficiales. Y si hubiera sido un poeta llorón, patriotero, entripado, retrógrado, el decreto habría comprendido incluso la bandera a media asta.

Fuera del potrero de la institución no hay ningún representante de las clases bajas. Ningún obrero. Ningún campesino. El pueblo está ausente en absoluto de la ceremonia. ¿Es que Horacio Quiroga no era un escritor popular acaso? ¿O es que el pueblo duda del escritor hasta cuando el escritor cierra los ojos? ¿O es que el escritor vive separado del pueblo y el pueblo del escritor? ¿O es que hay escritor y escritor en este régimen burgués? ¿Escritor que es del pueblo y escritor que no lo es? ¿Escritor que lucha por la emancipación del proletariado y escritor que lucha por la perpetuidad de su explotación? ¿Escritor que se define a favor de una clase o de otra y escritor que permanece indefinido en una posición neutral? ¿Esto es?⁸⁸ ¿Cuál era la ideología de Horacio Quiroga? ¿A qué clase correspondía su mentalidad política? Desde luego, no participaba de la ideología burguesa. Pero,

⁸⁸ En la prensa porteña también se acusa recibo de las palabras de Castelnuovo, en consonancia con las expresiones de Eglé Quiroga: «Elías Castelnuovo, el hombre que fue a Rusia y descubrió que allí el sol sale lo mismo que en los demás países, esperó la muerte de Horacio Quiroga para escribir una serie de pavaditas en contra suya, tratando de restar méritos a su labor diciendo que la obra de Quiroga carecía de significación porque nunca había abordado el problema social. ¿Por qué no se lo dijo cuando Quiroga vivía y Castelnuovo iba a visitarlo? Habría que olvidar que entonces el aspirante a comisario del pueblo iba a mendigar un prólogo o un elogio» (S/f, *Gente de prensa*, Buenos Aires, 15 de abril de 1937).

tampoco participaba de la ideología proletaria. Estaba entre la espada y la pared del antagonismo que agita al pensamiento contemporáneo.

Interiormente, según su propia expresión, era revolucionario. Exteriormente, en la práctica, no lo podía ser. Por varias razones. Primero: por su posición social. Hasta no hace mucho ocupó un cargo oficial en el consulado uruguayo y un puesto en la redacción de *La Nación*. Segundo: por su conformación política. El hombre, consciente o inconsciente tiene un ideario político que surge inconsciente o conscientemente de su posición económica dentro del orden de la sociedad actual. Si la política es la que dirige la economía y la economía es la que establece las relaciones sociales; si, además, la política se confunde con la economía y con la política en virtud de que ambas tienen por objeto ordenar y satisfacer las necesidades materiales y psíquicas del hombre, pensar que una persona puede permanecer al margen de la política y de la economía o que puede no poseer ningún criterio respecto a la economía y a la política, es suponer que el hombre ignora sus propias necesidades o que no se ha formado ninguna opinión respecto a ellas, cosa materialmente estúpida e imposible. El hecho de que haya quien todavía sostenga que no le interesa la política o la economía que es como decir que no le interesa la dirección y el abastecimiento de su propia existencia, se debe generalmente a la ignorancia o a la hipocresía de los intelectuales trapaceros que tratan de no tomar partido en la contienda civil para seguir usufructuando precisamente los desperdicios de la economía y de la política. Pues, no solo se especula con la neutralidad. Porque la neutralidad en cualquier conflicto en que hay siempre un agresor y un agredido, un explotador y un explotado, favorece automáticamente al asesino en detrimento del asesinato. De modo que hasta aquel que se niega a hacer política hace sin querer o queriendo una política determinada. Horacio Quiroga aparece en 1902. Se forma en un tiempo en que la política no desempeña ningún rol en el desarrollo intelectual del escritor, aunque desempeñe una función capital en el desarrollo de su economía. La literatura de América entonces, respira con el pulmón fúnebre de Europa. Persigue el pesimismo del pesimismo de la filosofía alemana y la decadencia de la decadencia de la poesía francesa. Al pueblo se le llama «chusma vil» en verso. Se desprecia al hombre y

se le canta al perro podrido. Aunque recién empieza, como se trata de una imitación, empieza por donde la imitada termina. Vale decir: con todas las moscas de la descomposición cadavérica. Sus conductores –Vargas Vila, Almafuerte, Santos Chocano– ideológicamente son dignos de ser conducidos sobre un carrito. Los hijos más bastardos de la reconcepción de las peores teorías de redención se presentan como los padres auténticos de la sociología. No se conoce aún ni el forro de la interpretación económica de la historia. La imaginación ocupa el sitio de la experiencia y la magia el sitio del materialismo dialéctico. Se parte de la base de que no existe un proceso espiritual, sentimental, místico. No son las formas de producción y sus herramientas de trabajo las que mueven al mundo. Son las formas de pensar. La mecánica del cerebro. Además, el mundo no se mueve. Es una ilusión o una alucinación. El mundo está quieto. Todo es igual. Sopla el viento, es cierto, mas la barca del Uruguay continúa anclada en el mismo puerto. La humanidad –Montevideo: [Julio] Herrera y Reissig, Roberto de las Carreras– no avanza ni retrocede.

Sufre una parálisis completa. El sol sale, como en los versículos de Salomón, y vuelve a salir, da vueltas y más vueltas por el cielo y siempre está en el mismo lugar. El presente no es más que una repetición del pasado y el porvenir tiene que ser necesariamente una repetición del tiempo actual. Entonces, no es cuestión de saber si las clases preteridas están condicionadas por su estructura para asumir el poder. Es cuestión de «creer». Con este agravante aún: que son pocos los que «creen» en el pueblo y son muchos los que no creen en absoluto. Los literatos a los sumo creen en la literatura. En la gloria amplia, elevada, pura, desinteresada, que, como se sabe ahora acarrea los más amplios emolumentos. Las más elevadas prerrogativas. No creen en la función individual. Y este ovillo de creencias constituye finalmente la madeja política de su entendimiento.

Al estallar la guerra europea, no obstante, se pone de relieve la transformación del mundo. Su estructuración económica. Su dialéctica. Más de relieve aun cuando estalla la revolución rusa. Más y más cuando sucede la insurrección española. Lo que parecía entonces un volcán apagado comienza a vomitar repentinamente lava

y fuego. Y Horacio Quiroga que en su preparación política no ha previsto el cambio, o lo ha negado, cuando el cambio se opera, es tomado de sorpresa. No puede o no logra reconstruir su filosofía. Y como su vida práctica no lo apremia se aferra a su vieja concepción, ya superada, que es como aferrarse a la galera en la época del ferrocarril o al ferrocarril en la época del aeroplano. –Yo podría simular izquierdismo o comunismo como Gide –declara– pero, soy enemigo de toda simulación. Yo no siento «ego». Además, no estoy preparado. Prefiero dejar de escribir.

Cambiar de orientación literaria que es, en el fondo, mudar de orientación política, para un escritor ya maduro, asentado, entraña un verdadero drama. No cambiar, cuando todo cambia, sin embargo, entraña algo peor. Entraña un retroceso. La aniquilación del pensamiento. Una rectificación no es nunca una derrota. Derrota es siempre persistir en el error. El proceso de la revolución es como el proceso de la guerra: ninguno de los dos admite el estancamiento. O se ataca o se es atacado. O marcha hacia adelante o se marcha hacia atrás. Solo un palo del teléfono puede permanecer parado.

Hacía, efectivamente, cinco o seis años que Horacio Quiroga escribía poco o nada. Asimismo, hacia un tiempo semejante que la contextura de su producción había decaído. Si el escritor es el traductor y el intérprete de la realidad de su época, cuando esta realidad se modifica, o se modifica el escritor o la realidad desaparece de su obra. Y Horacio Quiroga, vuelto a la selva, intentó vanamente resucitar una realidad que ya había transformado en una especie de «encomienda», de fundo, donde el primer plano no era ocupado ya por la lucha del hombre explotado contra el hombre explotador. La realidad más cruda de Misiones, no era ya la hormiga colorada ni la víbora de la cruz, sino la miseria moral y material de los trabajadores, cuya suerte no dependía de los animales feroces sino de la ferocidad de los potentados que le chupaban la sangre. La realidad no residía ya en la «tragedia de los ananás».⁸⁹ Residía en la tragedia de los mensús que de diez hijos

⁸⁹ Hace referencia a «La tragedia de los ananás», *La Prensa*, Buenos Aires, 1/I/1937, último cuento publicado en vida por Quiroga.

que tenían, morían siete por desnutrición y de 180 que se presentaban a cumplir con el servicio militar eran exceptuados 178 por sífilis, por escrofulosis o por incapacidad fisiológica.

Recuerdo que antes de regresar por última vez a Misiones, en 1932, Horacio Quiroga, a raíz de una fractura que casi le cuesta una mano, se encontraba bastante deprimido. Aplastado. Álvaro Yunque, que lo quería mucho, trató de impedir su regreso. Aprovechando la circunstancia de mi vuelta de la Unión Soviética vino una mañana a buscarme. Su propósito consistía en que yo lo entusiasmase con la descripción del nuevo mundo a objeto de invertir su partida. Esto es: que en lugar de irse a Misiones, al cabo, Horacio Quiroga, se fuese a Rusia. Almorzamos juntos. Yo hablaba con frenesí. Horacio Quiroga, en cambio, me escuchaba desdeñosamente. Se había educado tanto en la escuela de las «creencias» que se imaginaba tal vez que también la revolución rusa era o no era una revolución profunda según se creyese o no se creyese en ella. Al final, Álvaro Yunque, que compartía mi entusiasmo, le decía:

—No vaya a Misiones. Vaya a Rusia. Usted necesita levantar su espíritu. No, hundirlo más. Misiones no lo aguanta más a usted ni usted a Misiones. No tiene más nada que hacer allí. Rusia, en cambio, lo puede hacer vivir de nuevo. Entonces, ni Álvaro Yunque ni yo sabíamos que un escritor no marcha a Rusia, como no marcha a España, por consejo, por indicación.

En Rusia, la muerte de un escritor, asume las proporciones de un acontecimiento solemne. La población se vuelca sobre sus despojos y es necesario, a menudo, como en el caso de Máximo Gorki, tomar medidas para canalizar el amontonamiento. Pero, en Rusia, el escritor está al servicio del pueblo. Vive por él y para él. No hay allí, además, una línea divisoria entre el trabajador manual y el trabajador intelectual. Ni hay intereses encontrados. Los privilegios de la sangre no fueron suplantados por los privilegios de la inteligencia. El escritor no es el señor feudal del cerebro. Ni es el aristócrata de la belleza. Es el compañero. Si se quiere: el compañero mayor. Y no lo es por decreto del gobierno, sino por resolución del pueblo. Aunque no reina allí una igualdad absoluta, reina no

obstante una igualdad que no reina en ninguna parte del mundo. Dentro del sistema capitalista, en cambio, la división de clases capitalista escinde a la sociedad en dos campos antagónicos. Y el escritor que se niega a prestar su concurso a la burguesía o al proletariado, el escritor equidistante, recibe como premio al fin la indiferencia del proletariado y de la burguesía. Ahora, el maestro, yace inmóvil, rígido, encerrado en una caja de madera.⁹⁰

El jueves por la tarde salió del hospital donde se encontraba internado para preparar su viaje de regreso a Misiones y el viernes por la mañana emprendía, en cambio, el viaje sin retorno a la región de las tinieblas. Adquirió una dosis de cianuro y hacia la madrugada, en la soledad de su pieza, sin luz y sin testigos, se envenenó. A fuerza de experimentar en vida, tal vez, el «horror a la muerte», al llegar el instante de la ruptura, se ve que el hombre sintió una alegría extraña, porque murió con una sonrisa en la boca y conservó en un semblante la serenidad augusta del santo o del mártir que desaparece con majestad de la tierra merced quizás a la suposición que lo anima de que resucita después al tercer día en el cielo. Su rostro, blanco, pecoso, denota una tranquilidad absoluta. Yo lo observo así tendido, duro, flaco, con el mismo respeto que me inspiró en vida. Con la misma seriedad. Más: guardando la misma distancia.

Horacio Quiroga era un hombre adusto, puntiagudo, huraño. A su lado, se tenía la impresión siempre que se estaba frente a una planta salvaje, enzarzada, espinosa, que había que contemplar sin acercarse demasiado para no pincharse. Recuerdo que la primer[a] vez que lo vi cometí la imprudencia de abordarlo directamente. De tocarlo. Lo encontré en un salón de pintura. Estaba embutido en un sobretodo largo que ponía más en evidencia la exigüidad de su estatura, mirando como de

⁹⁰ Acaso puedan ser esas líneas las que más tarde Enrique Amorim reinterpreta: «[Quiroga] Negaba rotundamente su firma al pie del documento solidario; y así es que Castelnovo quien se encarga de poner los puntos sobre las íes en este díscolo personaje de nuestras letras. Eglé, en una carta, se me quejó del autor de *Tinieblas*, Elías Castelnovo, tan capaz él también, como el autor de *Anaconda*, de una actitud inusitada y poco oportuna» (Amorim, 1983, p. 17).

costumbre el suelo y apretándose la barba. Recuerdo que lo agarré cordialmente de un brazo y lo torcí un poco. En seguida que me miró, le dije:

—¿Usted es Quiroga?

Contrariamente a lo que supuse no me contestó afirmativamente. Al revés: me devolvió la pregunta, secamente.

—¿Y usted quién es? —exclamó.

Le di mi nombre y cambió de conducta. Pero, no del todo. Yo lo tenía cogido del brazo, sin embargo, y no lo largaba. En lugar de soltarlo, encima, como él esperaba y al efecto respingaba el cuerpo y fruncía la nariz, yo me tomé una nueva libertad. Lo agarré de los dos y lo empecé a sacudir. No me quedé allí aún. Valido de mi juventud y de mi estatura lo arrastré hacia un rincón de la sala. Y allí lo acorralé. En estas condiciones entré en contacto con el narrador de las junglas misioneras. Era entonces tan grande mi cariño que todo lo que hacía él me parecía que estaba bien hecho. No me pareció de otra manera después cuando conocí más íntimamente. Comprendí que Quiroga era así. Poco expansivo, reservado, arisco, solitario. Comprendí de paso que cada uno es como es y no como uno quiere que sea. Desde ese día fui amigo suyo sin romper, empero, jamás la distancia que su manera de ser me imponía. Por eso, repito, ahora que estoy frente a su cadáver, no me atrevo a dejar caer una lágrima sobre su rostro ni a darle un beso en la frente. A dejar de algún modo ante mi conciencia alguna señal de despedida.

Porque Horacio Quiroga era enemigo de toda manifestación sentimental externa. Como él se guardaba todo exigía que los demás procedieran de manera idéntica. Recuerdo que cuando murió Roberto J. Payró a quien quería y admiraba entrañablemente, Horacio Quiroga, fue el primero en darme la noticia. Me encontré accidentalmente con él en un vagón del ferrocarril una mañana. No bien me vio, me dijo:

—¿Sabe lo que pasa? ¡Murió Payró!

Ignoro lo que se me escapó en el acto, porque yo lo quería también y lo admiraba tanto como él, pero recuerdo que Horacio Quiroga desvió rápidamente a conversación. Lo hizo en forma terminante. Comenzó a hablar de otra cosa martillando el entrecejo, como diciendo:

—Si usted se pone a comentar el suceso, me bajo del tren y lo planto.

Rehuía sistemáticamente toda confesión dolorosa. Al punto que nadie conocía la tragedia de su vida. Porque, la vida de Horacio Quiroga tenía seis meses, según me contó un primo hermano suyo, Jorge R. Forteza, cuyo testimonio invoco, mientras la madre lo amamantaba, un día, le trajeron al padre muerto de tres tiros de escopeta. A los doce años, el padrastro, que fue el único padre que conoció el muchacho, sufrió un ataque de amnesia y olvidó todo: la palabra, la escritura y la marcha. Horacio Quiroga que sentía por él un gran afecto comenzó a enseñarle todo desde el principio. Cuando logró restituirlo de nuevo a la vida normal, otro día, en su presencia, el padrastro se suicidó. Ya en su mocedad salió de padrino en un duelo en que participaba su mejor amigo, y mientras revisaba las armas, otro día más, se le escapó un tiro y lo mató. Finalmente, se casó con una mujer que también se suicidó en presencia suya. Sin contar el final, su propio suicidio, tenemos en su historia cuatro hechos singularmente trágicos.

Tenemos que comienza a mamar la tragedia que nace con la leche que le da la madre y tenemos que la sigue gustando después durante el transcurso de su infancia, luego de su mocedad y de su madurez para ingerir a la postre el último trago con el cianuro que clausuró la postrer mañana de su existencia.

Ciertamente, no vivimos el tiempo del perdón. Vivimos el tiempo de la falta del perdón. Porque de lo contrario, Horacio Quiroga por las circunstancias terribles que acompañaron el curso de sus días, se habría hecho acreedor a la absolución de todos sus pecados. Tampoco vivimos el tiempo de la tragedia individual. Vivimos el tiempo de la tragedia colectiva. El dolor más profundo de un hombre, al llegar el año 37, carece de significación si se establece un paralelo con el dolor de las masas humanas. Ya no le es dado a ningún artista vivir de puertas adentro. Tiene

ineludiblemente que vivir de puertas afuera. No le es dado vivir para él. Está condenado a vivir para los demás. No le es dado aislarse como en el pasado. Encerrarse en su genio o en su desgracia. Tiene irremediabilmente que salir a la calle.

Yo no niego el dolor de nadie. Ni niego que en el momento actual se pueda escribir sin dolor. Ni tampoco niego que el dolor de la literatura no sea la expresión del propio dolor del individuo o de la sociedad. Ni niego finalmente, que haya habido en la historia una época más dolorosa que la presente. Pero, sostengo, eso sí, que el artista que sufre, sufre inútilmente si permanece en el aislamiento. Sufrir sin discernimiento, sin buscar una salida al sufrimiento, es no saber sufrir. Porque el dolor tiene dos aspectos. Un aspecto pasivo, solitario, egoísta, nulo, y un aspecto activo, social, generoso, positivo. Sufrir en una trinchera no es lo mismo que sufrir en un sótano. Sufrir y perpetuar deliberadamente el sufrimiento es como estar enfermo y no procurar expulsar del cuerpo la enfermedad.

El escritor que lucha por la emancipación de una clase, de una clase que representa el porvenir de la cultura y de la raza, sabe que no hay parto sin sangre, pero sabe también que no es la sangre quien origina el parto. Sabe que la tragedia no está en la constitución de la vida humana, sino en la constitución de la sociedad. Y que el puñal no lo esgrime la musa de la poesía, sino la musa de la economía. Sabe que todos los conflictos, los más graves –la revolución, la guerra, la crisis–, no reconocen en su base más causa que esa. Si sufre, sabe que no sufre por su culpa, sino por culpa de la sociedad que lo enferma o que lo oprime o que lo explota o que lo envenena. Y sabe que su dolor es un cero a la izquierda si no se suma al dolor de los demás. Y en vez de ponerse a hurgar sus propias llagas trata de hurgar en las llagas a la sociedad. Y en vez de conformarse con su dolor trata de contribuir con su experiencia y con su acción para crear otra sociedad en la cual no sea posible ni el dolor ni la tragedia.

Vuelvo a penetrar en la sala mortuoria. Vuelvo a examinar su rostro. Cosa extraña en él: todavía sonríe. Todavía conserva su serenidad. No trasfunde su aspecto un

solo signo de su tormento. Se ha resignado el pobre, totalmente. Ha cerrado los ojos como diciendo:

—No ha pasado nada.⁹¹

A pesar de todo yo pienso en su tragedia. No pienso en su literatura. No pienso en su conducta. Ni siquiera pienso en su desaparición. Pienso en todo lo que le ha sucedido y siento horror. Horror por su vida y horror por su muerte. Más horror aun cuando veo que un hombre que ha sido leído y admirado por millares de personas es velado tan solo en silencio por unos cuantos compañeros de oficio que ni siquiera se saludan entre sí.

⁹¹ A propósito de esta expresión de Castelnuovo, el crítico uruguayo Alberto Lasplaces dirá: «¿Nada? Ha pasado lo que tenía que pasar, inevitablemente. Ante una vida así hay que rendir tributo a la fatalidad, dueña y señora nuestra. La sonrisa de Quiroga muerto, dice, precisamente, que son muchas las cosas que han pasado, tantas que tuvo necesidad de ponerles fin, de hundirlas en el silencio y la sombra, para siempre!» (1939, p. 145).

Evocación de Quiroga⁹²

César Tiempo

Como una sirvienta

Arturo Sergio Visca. –En un artículo de Elías Castelnuovo aparecido en la revista *Claridad* se da una imagen bastante deprimente del velatorio de Horacio Quiroga.⁹³ Según el articulista, los asistentes, casi todos escritores, eran pocos y se hallaban en su mayoría, enemistados entre sí. ¿Pudo usted asistir a ese velatorio, tiene usted recuerdos precisos de él?

César Tiempo. –No coincidí en el velatorio con Castelnuovo, a quien por otra parte debe dársele fe. No tenía por qué alterar la verdad. A Quiroga lo velaron en la Casa del Teatro –avenida Santa Fe 1243–. No recuerdo bien si fui esa misma noche o la mañana siguiente. Lo que sí recuerdo perfectamente es que me encontré en la calle con Leopoldo Lugones y entramos juntos. No había nadie más. Nos acercamos al ataúd y estuvimos un rato largo en silencio. El rostro de Quiroga, quizá debido a la ictericia provocada por la intoxicación aparecía pintado de un amarillo intenso, y sonreía burlonamente. Una sonrisa que hacía daño. Daba la impresión de reírse de todos nosotros, diabólicamente grato a esa bufonada desconcertante, como si se hiciera el muerto sin morir. Ojalá hubiera sido una farsa, por macabra que pareciese. Pero Quiroga estaba muerto y bien muerto. No se había suicidado a impulsos del desencanto y mucho menos de la megalomanía (*quien se atreve a matarse es Dios*, había leído en Dostoievski) sino porque supo de labios de uno de los médicos que lo asistía que su mal no tenía remedio. Lugones me dijo entonces: –Todavía me cuesta creerlo. Un hombre tan entero venir a eliminarse con cianuro. Como una sirvienta. (En esa época abundaban los

⁹² Extraído de *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga*, Montevideo, Biblioteca Nacional. Departamento de Investigaciones, 1970, pp. 24-26. [Se trata del cuestionario enviado al escritor argentino César Tiempo (seudónimo de Israel Zeitlin) por Arturo Sergio Visca].

⁹³ Texto de Elías Castelnuovo que precede a este.

suicidios de domésticas con cianuro de potasio en polvo, producto que se adquiría con facilidad en las ferreterías).

Leopoldo Lugones amigo entrañable de Quiroga, a pesar de las discrepancias que los alejaron en los últimos años, me decía aquello el 19 de febrero de 1937. Un año después, exactamente el 19 de febrero de 1938, el mismo Lugones se eliminaba con una dosis de cianuro disuelta en whisky, en un «recreo» del Tigre.

La urna en las rodillas

ASV. —¿Qué datos puede proporcionar acerca de la repatriación de las cenizas de Quiroga?

CT. —Asistí a la ceremonia llevada a cabo en el crematorio de la Chacarita. Entonces escribí que había tenido más suerte Herrera y Reissig frente a cuyos despojos habló mi amigo el autor del tango *Julián*.⁹⁴ Mientras escuchaba el elogio fúnebre del ministro —¿sería Arteaga?—⁹⁵ no podía dejar de pensar en las tremendas dificultades que empezó a padecer Quiroga desde que fue declarado cesante por razones que a la razón le cuesta ignorar. Si Quiroga no había cumplido con todas las prescripciones de la deontología burocrática, prestigió a su patria con una obra que ha rebasado sus fronteras y de la que se hablará más largamente

⁹⁴ Edgardo Felipe Valerio Donato (14 de abril de 1897-15 de febrero de 1963). Violinista, director y compositor argentino. Figura excluyente del tango rioplatense y autor de la música de célebres piezas, entre ellas *Julián* (1923) y *A media Luz* (1924). Fuente: *Todo tango*. <http://www.todotango.com>.

⁹⁵ Creemos que se refiere, en realidad, al embajador uruguayo Eugenio Martínez Thedy, quien tomó la palabra. Por otra parte, Juan José Arteaga, fue político del grupo herrerista, por aquel entonces Ministro de Relaciones Exteriores del Dr. Gabriel Terra —designado desde el 18/V/1934 hasta el 19/III/1935— y que en 1936 intercedió a favor de Horacio Quiroga (a pedido de numerosos amigos del escritor, en especial de Enrique Amorim) para que aquel recuperara sus derechos de jubilación luego de haber sido cesado de su cargo consular en 1934 a raíz del golpe de estado ocurrido el 31 de marzo de ese año. Amorim se refiere a él y a este hecho en particular en el texto titulado «Sobre la nacionalidad de Horacio Quiroga», reunido en esta compilación.

que de sus funcionarios puntuales y solemnes. Después de la muerte del gran escritor hubo discursos hiperbólicos, monumentos, premios póstumos, peregrinaciones conmemorativas, homenajes oficiales. ¡Hojarasca irritante! Lo único cierto fue el cuadro macabro representado por el abnegado Enrique Amorim llevando sobre sus rodillas la urna tallada por Stefan Erzia, que contenía las cenizas del maestro, desde la Chacarita a la Dársena Sur, y que la trepidación del vehículo amenazaba esparcir.⁹⁶ Lo único cierto fue que el más vigoroso de los narradores del continente, pasó los últimos cinco meses de su existencia confinado en la estrecha habitación de un hospital, ahogándose en las noches de verano y sin disponer de un timbre para pedir que le alcancen un vaso de agua. Lo único cierto fue que ante el temor que el porvenir encontrase a su mujer desarmada para la lucha por la vida, Quiroga, antes de eliminarse, logró que los médicos de la sala, se comprometieran a enseñarle a práctica de la anestesia y utilizaran sus servicios en las intervenciones quirúrgicas.

Ahora que no está entre nosotros, que se ha disuelto en la nada, pienso en el amigo a quién sus amigos no tratamos y apoyamos como debimos hacerlo, en el camarada mayor, áspero y tierno, solitario y solidario, dueño de un alma que no sabía pactar y protagonista de un drama cuyas palabras poseían una clave cuya revelación no cesará de remordernos.

Buenos Aires, mayo, 1970.

⁹⁶ Para el desarrollo de esta anécdota remitimos a la lectura de dos textos que presentamos en esta compilación, uno de Enrique Amorim: «H.Q. fiel y solitario»; y principalmente la crónica de Alfredo Mario Ferreiro, «De cómo se nos perdió y encontramos a H. Quiroga».

El retorno de Horacio Quiroga⁹⁷

Germán Berdiales

Germán Berdiales, escritor fecundo y honrado, nos escribe desde Buenos Aires dándonos pormenores de la partida de Horacio Quiroga.

La carta de Berdiales no está destinada a la publicidad. Berdiales siguió la estela que iba dejando el menguado núcleo de escritores en su marcha hacia la dársena. La cabeza tallada en quebracho —reminiscencia de Jesús, hondura y perfumes misioneros— hendía el mediodía, como un ariete. Cuando el mar les vedó a pique el camino los hombres se detuvieron a pensar. Y a esperar la partida. Algunas manos, florecidas súbitamente por encima de las cabezas, señalaron el retorno. Y, demos crédito al emocionado relato que formula el escritor amigo, en recóndita conmoción de sus fuerzas cordiales:

«Hace unas horas cuando volví a mi casa, le contaba a mi compañero, alma sensible si las hay en el mundo, la intensa amargura que experimenté en el puerto al despedir los restos de Quiroga. ¡Qué soledad! ¡Y qué desamparo!

Un puñado de amigos, algún admirador anónimo, quizás, y deje usted de contar. Así en Buenos Aires ha pasado inadvertida, no digo para el público, para los escritores argentinos el drama de Quiroga. En ese momento supremo de la partida de sus restos, no hubo ni la emoción ni la cortesía debida. Nuestro gobierno, nuestra prensa, nuestras instituciones de cultura estuvieron ausentes. Pero todo esto, que quizás otros no echen de menos, no es nada al lado de lo que voy a contarle, para que vea si era o no razonable mi amargura. Allí cerca estaba la compañera, la mujer que amó al escritor, la única auténtica gloria del hombre;⁹⁸

⁹⁷ Publicado en: *La Unión*, Minas, 6/III/1937, p. 2.

⁹⁸ Se refiere a María Helena Bravo, segunda esposa de Quiroga. Durante décadas se creyó que su verdadero nombre era María Elena Bravo, pero de acuerdo a la partida de matrimonio con el escritor, que data del 16 de julio de 1927, la investigadora Helena Corbellini constató —en su novela *La vida brava* (2007)— que Bravo firmaba con H su

los que asistieron a la ceremonia –que no tuvo nada de tal– del embarco de los restos le saludaron, le dijeron su media palabra de consuelo. Parte el vapor y uno de tantos, que estuviera siempre a su lado, el librero Glusberg, le estrecha la mano y se aleja; otro, no sé quién, le acompaña hasta la salida de la dársena, y la abandona en la calle.⁹⁹ La que dio luz amorosa a tanta página magistral, se quedó así, sola con su pena en medio de la calle, y apoyada en otra mujer, subió a un tranvía. ¿Le parece a usted? Ni la embajada uruguaya, ni las autoridades argentinas, ni los que fueron amigos de Quiroga, le dieron su sombra en aquellos instantes –que he dicho supremos– a aquella mujer.

Le aseguro que volví con el alma desecha. Desaparecido el hombre admirable, ¿no es movimiento natural del ánimo atender y consolar a aquellos que él quiso? Yo lo entiendo así. ¿Qué nos queda de Quiroga? Su obra, sí, pero también su gente, sus amores: ¿Es sensiblería de mi parte? No, es solidaridad, es amor al prójimo, es ejercer la condición humana. No basta ser hombre hay que vivir como hombre; no basta humanizar el arte, hay que humanizar la vida. En fin...».

En fin, amigo Berdiales, ahora comenzará el diálogo entre la inmortalidad y el olvido.

segundo nombre, pese a que en el cuerpo del acta se la nombra sin ella. A partir de aquí y a lo largo de esta compilación Bravo aparecerá nombrada equivocadamente como María Elena cuando es evocada por terceros, y de manera correcta cuando intervenimos nosotros, gracias a la restitución de Corbellini.

⁹⁹ El dato que indica la presencia de Samuel Glusberg en la dársena sur no sería correcto. Así nos lo hace notar el crítico chileno tiempo después: «La noticia de la muerte de Quiroga, leída al azar en dos líneas de un cable de *La Nación* [...] no dejó de cortarme el aliento aquella triste mañana del sábado 20 de febrero. [...] Un impulso incontenible me sacó aquella mañana muy temprano de casa para compartir hasta muy tarde en la noche con algunos amigos chilenos el color de esta pérdida irreparable. Por primera vez quizá desde mi llegada a Santiago sentí hondamente mi ausencia, pensando que a mi regreso no lo encontraría más allá» (1937, p. 11).

H.Q. fiel y solitario¹⁰⁰

Enrique Amorim

Tres escritores argentinos atravesaron *el río de sueñera y de barro* vigilando las cenizas de Horacio Quiroga: Fernández Moreno, Jorge Luis Borges y Alberto Gerchunoff. Escritores de señalado e indudable destino, sin representaciones de cenáculos, peñas, academias, círculos o vagas asociaciones. En torno a sus restos –que recorrieron los patios asombrados del Hospital de Clínicas, calle Córdoba; luego hicieron un compás de espera, honrado por la Sociedad de Escritores, calle Santa Fe, para atravesar la ciudad y ser incinerados dos días después en los hornos de la Chacarita– en torno a aquellos despojos estuvieron escritores, nada más y nada menos que escritores. Como anduvo en vida H.Q., escritor de sol a sol, solitario jornalero del cuento.

Tuvo la fortuna de caer en los circulillos de notoriedad barata, esa notoriedad que el lector piensa en este momento, la que se adquiere mediante algún dinero y la triste superstición porteña del dinero. Limpio de tal pequeña corrupción, pasó H.Q. por las letras argentinas, las más generosas del mundo, por lo acogedoras. Así, solo así pudo ser fiel a su numen, fiel a la intimidad, tan machucada en otros escritores. Y de acuerdo a cómo actuó en la literatura el país hermano, así atravesó el río –turbio café con leche– como nombró al Plata Fernández Moreno, jugando con su afilado humorismo. Tres escritores lo acompañaban, verdaderos escritores de responsabilidad ante cualquier futuro. Tres creadores, representantes de nuestra literatura, se pusieron al lado de sus cenizas. Alta custodia para guiar los últimos pasos de la fatal ceguera del cuentista. Los trajeron a este pueblo, Salto, desde donde escribo estas líneas, oyendo el mismo rumor del mundo, respirando la misma atmósfera que padeció y disfrutó H.Q. Algunos árboles más: naranjos,

¹⁰⁰ Publicado en *Nosotros*, Buenos Aires, N°. 12, año II, segunda época, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga] Reunido posteriormente en *El Quiroga que yo conocí*, Montevideo, Arca, 1983, junto a otros artículos inéditos publicados por el autor en *El Popular*, Montevideo: 18 y 25/IX/1959; 2, 9, 16, 23 y 30/X/1959.

eucaliptus, acacias, sauces, ceibos... Pero, la sombra de siempre, la de ayer, la de hoy, la de mañana.

La vida de H.Q. vino a trazar en el cielo de América, la nerviosa parábola del *boomerang*. Si el arma indígena no estuviese hecha de una materia del gusto del cuentista desaparecido, me guardaría muy bien de dejar caer esta referencia sobre las páginas destinadas a la justiciera revista *Nosotros*. Para hablar de H.Q., para honrar su memoria, siempre habrá que utilizar una materia noble, vegetal como su urna de algarrobo. Y, todo aquello que se aparte de esa sinceridad con que le vimos escribir, sufrir y vivir sabrá a engaño, a trapisonda. Es que su infatigable odio por la farsa (mentirosa comedia de la literatura entre comillas), dirige los pasos de quienes le buscamos en su más allá.

He colocado repetidas veces las iniciales de su nombre y apellido por una razón íntima, muy simple, gracias a su intimidad, precisamente. Hago memoria y recuerdo unas palabras suyas: *Lo único que podrá darme la sensación de la gloria o de la popularidad, es llegar a verme citado tan solo con mis iniciales*. Sonrió enseguida, para agregar: *pero es necesario hacer mejores cuentos*. En ese momento pensaba en G.B.S. en H.G. W. tal vez en R.K.¹⁰¹ Los que frecuentaban a estos tres escritores ingleses, comprenderán la sencilla alusión de Horacio Quiroga.

Siento, al escribir sus iniciales en esta ocasión, que le rindo el homenaje deseado en vida.

H.Q. En la urna de algarrobo que Erzia talló con fervor fácil de vislumbrar si se conoce la vida del escultor, debieran marcarse las dos letras que su popularidad no pudo alcanzar. Dos iniciales, el esqueleto de su nombre.

¹⁰¹ George Bernard Shaw (Dublín, 26 de julio de 1856–Ayot St. Lawrence, Hertfordshire, 2 de noviembre de 1950); Herbert George Wells (Bromley, Kent, 21 de septiembre de 1866-Londres, 13 de agosto de 1946); y Joseph Rudyard Kipling (Bombay, 30 de diciembre de 1865-Londres, 18 de enero de 1936).

Nadie escribió por estas tierras mejores cuentos, de humildes y humillados, también de víctimas y de victimarios. Releerlos podía ser saludable para los que escriben dejándose llevar por las palabras, encrespando el estilo, oscureciendo la idea. H.Q. es uno de los creadores del Río de la Plata a quien no se le ha valorizado aún como se merece. La técnica de su cuento es perfecta. Su vida fue la del verdadero artista, fiel a su condición, dramáticamente solitaria.

Queda un homenaje para su futuro no lejano: el homenaje de sus iniciales al pie de sus cuentos y quemando la urna de algarrobo que, en su tibieza última, las esperará siempre desde esa promesa de resurrección, enmudecida en los troncos caídos.

Sobre la nacionalidad de Horacio Quiroga¹⁰²

Enrique Amorim

En el número de homenaje que la revista *Nosotros* dedicó a Horacio Quiroga, creo que conté una anécdota a la que debiera recurrir en el instante de titular estas páginas destinadas a un *Borrador Número 1* presumibles notas autobiográficas.¹⁰³ El título, más breve, resultaría un homenaje póstumo. Debiera haber escrito «Sobre la nacionalidad de H.Q.». El gran narrador me dijo un día, con palabras nerviosas, muchas veces apenas se le entendía: *Solo me creeré importante cuando las iniciales de mi nombre y apellido basten para nombrarme*. Por aquel entonces, ya empezaban los intelectuales a nombrar a George Bernard Shaw por sus tres iniciales. El primero de los discípulos de Kipling, H.Q., reclamaba la mera mención. No podemos negarle la honra apetecida.

H.Q. supo que yo había terminado mis estudios de bachillerato y que dictaba una clase de literatura en el Colegio Internacional de Olivos. Nos veíamos, siempre a distancia, en La Wagneriana de la calle Paraná. Si mi memoria no me falla, oíamos a Risler en el ciclo Beethoven. A la salida, con la violencia que lo caracterizó, unida a un segundo plano de rara ternura despótica, me dijo: *¿Por qué no se queda en mi casa? Yo me voy por un año o dos o más a Misiones. Se la alquilo. Pero a usted solo, ¿eh?* El ofrecimiento resultaba insólito. Me ofrecía su departamento de la calle Agüero, casi esquina Santa Fe, con la condición de que lo habitase solo. No obstante, me imponía a su criada, Julia, que quedaría a cuidar sus muebles, sus libros, etc. Acepté el ofrecimiento. Alguien, creo que Juan José Bilbao, le había enterado de mi deseo de alquilar un departamento con muebles. Y, no pasaron muchos días en que me constituí en inquilino de Quiroga. Pero, como no me era posible soportar el alquiler ni el sueldo de su criada, no recuerdo haber hablado jamás de ese arreglo comercial, sin un solo documento por medio.

¹⁰² Publicado en *Tribuna Salteña*, Salto, 16/VII/1952, pp. 1-2. Reunido posteriormente en Amorim, 1983.

¹⁰³ Se refiere al artículo «H.Q. fiel y solitario», que antecede a este.

En los primeros tiempos solía llegar la gente más diversa a preguntar por el gran cuentista. Un largo corredor conducía a la puerta al departamento, situado en planta baja. Más de una vez me quedé mirando, intrigado, la salida de los visitantes de Quiroga que se alejaban por el angosto y dilatado trecho.

El departamento se componía de tres piezas y un cuarto de servicio. Ocupaba yo una, la otra mi compañero, Orquín —a veces, dormía su hermano marino argentino— y, la tercera pieza, estaba destinada a la biblioteca. De manera que no podíamos comer en la cocina, que era pequeñísima y que ocupaba «la cuidadora».

El cuarto de los misterios era la biblioteca, que Julia para aliviarse responsabilidades y trabajar menos, mantenía cerrado. Mucho después de ocupar el departamento, me atreví a violar aquel recinto. No había mesa cómoda para que un escritor en ciernes, pergeñase sus páginas iniciales, mientras el compañero leía en voz alta textos de medicina. A Julia no le pareció mal que utilizara la mesa de la biblioteca, donde almorzaba Horacio Quiroga. Fue allí que me sorprendió escribiendo el día que apareció sin anunciarse, por supuesto, Alfonsina Storni. Había pasado por la calle Agüero, y quería tener noticias de Horacio. Horacio a nadie escribía. Sin embargo a Alfonsina tenía por qué escribirle.¹⁰⁴

La poetisa me encontró trabajando en una novela, mi primer intento de novela, que pasé a máquina en una *Harmon* y cuyas copias he guardado celosamente. La editorial *Claridad* publicaría *Tangarupá*.¹⁰⁵ Confieso que me placía particularmente copiar el manuscrito en un ambiente, tan favorable a mi imaginación. Me amparaban libros muy seleccionados, por él encuadernados. Recuerdo una colección de la obras de Kipling, su verdadera y auténtica pasión. Solía repetir de viva voz algunos aciertos del gran narrador anglosajón, al que leía en español. Quiroga no tenía muchos libros. Su biblioteca era caprichosa. Tendría que hacer un esfuerzo para recordar títulos. En los lomos, apenas inicialados,

¹⁰⁴ Alude a la relación amistosa y sentimental que mantuvieron Horacio Quiroga y Alfonsina Storni.

¹⁰⁵ Amorim, Enrique. *Tangarupá*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1925.

campeaban autores traducidos. Como las encuadernaciones las hacía él mismo, por lo general no tenían títulos visibles. Había que abrir el ejemplar para darse cuenta de qué libro se trataba. Las cubiertas que gastaba eran de arpillera, cuando no de cuero o piel de víbora. De manera que meter las manos en la biblioteca de Horacio Quiroga, era algo muy entretenido. La sorpresa que daban aquellos libracos de tan extraña vestidura, me condujo a la relevación de su nacionalidad.

Porque una noche, revolviendo su biblioteca, entre los libros encontré un documento que me estremeció: un testamento. Un testamento destinado a sus hijos que constituía la pieza literaria más dramática que se pueda imaginar. Contaba a Eglé y a Darío, las tentativas de suicidio de la madre, hasta la lograda finalmente en Misiones. Las explicaciones que daba H.Q. Ferreiro se habían desarrollado los acontecimientos, estaban enriquecidas por diálogos preguntas y respuestas, ordenados en forma literaria, vale decir, como en sus propios relatos. Un extraño pudo mandar a componer ese texto, considerándolo una de las tantas narraciones dramáticas en primera persona. Junto a ese documento sin sobre que envolviese a uno y a otro, la libreta de enrolamiento de Horacio Quiroga. En ella constaba que había resultado «inepto para el servicio militar». Nada más fácil que buscar en las listas de su promoción militar en Argentina. Nacido en Salto, seguramente, habíase enrolado. Era ciudadano argentino, por lo tanto. Y esto, no lo ignoraba su hijo Darío. La mujer de este, a la que vi no hace muchos años, me lo corroboró.

Y fue cuando murió H.Q. que nos vimos en un duro trance, Darío y yo, para entregar al gobierno uruguayo las reclamadas cenizas de H.Q. Fue un momento crítico perfectamente explicable. Darío se oponía a que las cenizas de su padre reposaran en un lugar donde él jamás había vuelto y del que no tenía, digámoslo de una vez, un solo recuerdo agradable. La última vez que viajó a Salto, me lo dijo entre broma y broma, en el tren iba haciendo la lista de las personas a las que no iba a saludar... Darío dudaba y confiaba en mí, que era quien gestionaba, por pedido de Eduardo Víctor Haedo, Ministro de Instrucción Pública en aquel

entonces, la repatriación de los restos de H.Q.¹⁰⁶ Fue en ese momento y lo recuerdo con perfecta claridad, en el ascensor de mi casa calle Suipacha 612, donde tuve que argumentar: *Y bien, ¿quiénes se ocupan por el destino de tu padre? Aquí, ¿alguien reclama los restos? ¿Es que hay un Panteón de Artistas? ¿Es que se le preparan homenajes?* No, pues bien, sus amigos están allá. El último gobierno que lo ayudó fue el uruguayo y el único que lo dejó cesante, el de un dictador, el Dr. Gabriel Terra, que lo eliminó de una plumada del cuerpo consular *porque no lo conocía* (Textual). Darío, más indeciso que nunca, se confió en mí. No quería darles el gusto de que lo enterraran aquéllos que lo habían dejado en la calle. Ya contaré, más adelante, en qué condiciones y cómo fue reincorporado al cuerpo consular por el Ingeniero Juan José de Arteaga, ministro en el momento en que me presenté alarmado en el Ministerio, con una carta confidencial de H.Q., reclamando la revisión de la medida adoptada por el dictador.

Darío dejó en mis manos la responsabilidad de entregar las cenizas de su padre. Le aseguré que no se explotaría con fines políticos la repatriación de las cenizas. Así me lo aseguraba por teléfono Eduardo Víctor Haedo. Y así cumplió, en un acto solemne en que se velaron los restos de aquel hombre de tan difícil amistad, de tan ardua convivencia.

Largo sería contar aquellas horas de verdadera tensión, en las que aparecía un Embajador Uruguayo, [Eugenio] Martínez Thédy, arrebatado por temores de toda índole, queriéndose lavar las manos a cada paso, mientras en el teléfono, el

¹⁰⁶ Eduardo Víctor Haedo (Mercedes, 1901 - Montevideo, 1970), periodista, pintor y político uruguayo perteneciente al Partido Nacional. Fue Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social desde 1936 a 1938. Justamente en 1938 funda la *Revista Nacional*. Participó activamente en la repatriación de los restos de Quiroga y de los homenajes prestados en el Parque Rodó y en Salto, ocupando también un lugar en la parte oratoria. No hemos podido encontrar, a no ser por fragmentos y comentarios de otros, los discursos completos que pronunció Haedo, ya que –al parecer– se trataría de piezas improvisadas.

Ministro de Instrucción Pública, lector por cierto de H.Q., reclamaba para Uruguay el honor de guardar sus cenizas.

¿Vino como uruguayo a dormir a Salto su sueño eterno? Vino respondiendo a un llamado amistoso que está por arriba de cuanta frontera se quiera levantar. Vino porque un grupo de amigos de la infancia y de la mocedad, así lo quiso. Y que conste que ese grupo no participó en la repatriación de sus cenizas porque algunos ya habían muerto y otros, estaban muertos para fervores literarios. H.Q. encontró apoyo moral, ese apoyo que nos cuesta tanto dar en nuestro país y, también económicamente fue de aquí que se le ayudó. Y en este aspecto debe señalarse a Baltasar Brum, un hombre al que conocí generoso, culto y, sobre todo, reverente de aquello que significase trabajo intelectual. Fue él, respondiendo a pedido de amigos, el que lo colocó a Quiroga como Cónsul de Segunda, o algo por el estilo, en Misiones. Y, es de imaginarse que nombrado por Brum, que se disparara el único tiro que no ha tenido eco en América, fuese borrado por Terra en menos que canta un gallo.

H.Q. la pasó mal en Misiones. En una carta que enseñé a Juan José Arteaga, me hablaba que le habían *cerrado la cuenta en el almacén*. Cuando lo fui a visitar a Arteaga, le dije que iba a rogarle por un árbol el que estaba amenazado de muerte. Así empezó la conversación. Arteaga, con inolvidable muestra de grandeza, me dirigió una carta que conservo, con su caligrafía de trazos curiosos en que las palabras no están nunca separadas, *que podía estar tranquilo porque Quiroga iba a ser repuesto y no perdería los derechos a la jubilación, etc.*

Yo no sabía muy bien que H.Q. se había enrolado en la Argentina. Pero sabía que pasaba Buenos Aires por un momento en que no eran propicias las condiciones del escritor, ni en vida ni después de muertos. (Asombraría la lista de suicidas, en la literatura argentina. Me resisto a dar la nómina. Y menos aún a sacar conclusiones). Por lo tanto, Quiroga estaba bien en Uruguay. Siempre hablaba de sus amigos y solía viajar a Montevideo a visitarlos, a asombrarlos con alguna de sus últimas rarezas. Cuando no eran unos zapatos amarillos chillones, era una corbata o un abrigo que llenaría de fastidio a éste o a aquel pazguato. A Quiroga le

gustaba el juego de la venganza, de la respuesta hiriente, de negar el saludo, de dar la espalda, de cantar cuatro frescas, de parecer díscolo y salvaje. En realidad fue un niño huraño. Un niño que no terminó por ser un hombre. Ensayó mil negocios todos ellos de un infantilismo agudo. Proponía aventuras comerciales. Patentes para «mata-ratas», dispositivos para cinematógrafo, fabricaba canoas en una quinta de Vicente López y quería amaestrar animalitos salvajes que terminaban por aburrirlo como a los niños los juguetes.

Vino después de muerto por pura amistad. Se negó a venir a Salto, durante casi toda su vida. Tenía amigos que lo querían de verdad porque habían entrado en el secreto de su existencia. (Recuerdo algunas reyertas con la criada que prueban su carácter). Le decía de todo. Pero en monosílabos, a regañadientes, tartamudeando, con un rencor de niño que sabe que no tiene razón. Nunca tuvo razón. Siempre perdía H.Q. para encontrar después la manera de arreglar las cosas.

Si alguien lo conoce verdaderamente es Giambiaggi, el gran pintor salteño, uno de los grandes pintores que viven aún en la Argentina y que salió [en] el año 1901 de Salto, para no volver, un poco «a la Quiroga». Cuando he insistido para que nos visite, me ha respondido que *Tendría que tomar mate en muchas casas de parientes y la sola idea me da cansancio*. Pocos seres más puros y adorables he conocido en mi vida, Carlos Giambiaggi, el más respetado entre los pintores, Presidente de la Sociedad de Artistas Plásticos, es un poco menos que desconocido en su patria.¹⁰⁷ Para que H.Q. llegase a admirar a alguien, se necesitaban muchas condiciones. Morales y de las otras.

H.Q. es de América. Negó a Salto toda su vida. Salto le respondió con una buena moneda. A veces, con ironía. Un Parador lleva el nombre de un escritor que, me

¹⁰⁷ Carlos Giambiaggi, escritor, pintor y grabador uruguayo, (Salto, 11 de junio de 1887 – Buenos Aires, 6 de septiembre de 1965). Acompañó y tuvo como vecino a Horacio Quiroga en Misiones, viviendo en San Ignacio desde 1915 hasta 1937, con intervalos de viajes a Buenos Aires. Ilustró algunos libros de Quiroga con sus xilografías: *Cuentos de amor de locura y de muerte* (ed. de 1920); *El desierto* (1924) y *Pasado amor* (1929). Ver Tarcus, 2009.

consta, no podía proveerse de lo más necesario porque le cerraban la cuenta del almacén.¹⁰⁸ Pero la amistad lo trajo. La amistad y los lectores, los pocos lectores que tenía. Porque si un escritor no conoció en vida el más decente tiraje de sus libros, ese escritor fue H.Q.

Hasta después de muerto siguió su disparatada vida. La urna en que se guardan sus restos, tallada en una noche, cosa inaudita, por el gran Stephan Erzia, nunca se pagó. No es porque alguien se haya quedado con el dinero. No, es porque esas cosas todavía no se pagan, no se pagarán mientras no se reconozca el valor del trabajo artístico y se siga dando premios a las comparsas del carnaval.

Y un jueves de carnaval, precisamente, por la calle Uruguay, con los escaparates llenos de caretas y paquetes de serpentinas, vinieron a reposar las cenizas de H.Q. luego de haber dormido la última noche argentina, en el taller de Erzia, en una urna diminuta, posada sobre un tronco centenario de la selva que él tanto amara. Recuerdo que al ver los gatos de Erzia dar giros en torno a la urna, temí que la hicieran caer. El escultor me dijo que no importaba: *Déjela, déjela no más...*

Y hubiese querido que se derramaran sobre el tronco y allí quedaran para siempre sus cenizas. Al día siguiente cuando las retiramos, sobre la corteza quedaba un polvillo ceniciento. Yo sé que a H.Q. le gustaba contemplar esos detalles ínfimos...

¹⁰⁸ En efecto, a partir de una moción propuesta por el Dr. Becerro de Bengoa, la Comisión Nacional de Turismo resolvió dar el nombre de Horacio Quiroga al Parador Salto Grande, y así lo muestran algunas notas que comentan el suceso: «El futuro parador de Salto Grande llevará el nombre de Quiroga» (*Tribuna Salteña*, Salto, 4/III/1937); «Horacio Quiroga se llamará un parador» (*Uruguay*, Montevideo, 4/III/1937). Para más información ver nuestro Relevamiento bibliográfico sobre los funerales de Horacio Quiroga en publicaciones periódicas del Río de la Plata, y otras repercusiones en prensa en el exterior, en el Anexo 3.

El funeral laico a Horacio Quiroga¹⁰⁹

Manuel de Castro

El promotor de una interesante fructífera gira por Buenos Aires, allá por el año 1938¹¹⁰ en procura de los restos del eminente narrador uruguayo Horacio Quiroga, fue el propio Ministro de Instrucción Pública de esa época Sr. Eduardo Haedo, quien delegó en la personalidad del escritor Carlos Reyles la formación de un conjunto de intelectuales y artistas para cumplir tan honrosa misión. Pero en rigor de verdad –dada la enfermedad que aquejaba a Carlos Reyles– fue el poeta y humorista Alfredo Mario Ferreiro, quien actuó directamente como elemento aglutinante en esta emergencia, a cuyo efecto después de varias reuniones previas en el Salón de Arte La Giralda (del que hablaremos algún día) con el consiguiente beveraje, no a expensas del Estado, sino de nuestros propios bolsillos, se llegó a un feliz acuerdo.

Sobre el alcance y significación de esta cruzada y homenaje póstumo a Horacio Quiroga, el Ministerio de Instrucción Pública, emitió el siguiente comunicado: *El Gobierno de la Nación cree interpretar el sentimiento público rindiendo un expresivo homenaje a la memoria esclarecida de Horacio Quiroga y cumple con un alto deber como es el de testimoniar el reconocimiento del Uruguay a quienes, creando belleza, dilatan las fronteras de la patria y afirman su nombre.*

La delegación, de por sí reducida para aminorar los gastos, quedó constituida de la siguiente manera: Carlos Reyles, Pedro Leandro Ipuche, Fernán Silva Valdés, Enrique Amorim, Alfredo Mario Ferreiro y Manuel de Castro. En representación

¹⁰⁹ «El funeral laico a Horacio Quiroga». Publicado en *Suplemento Femenino de La Mañana*, Montevideo, 4/X/1964, p. 6. Una copia mecanografiada de este artículo y de otros, que integran la Colección Manuel de Castro, se consultaron en la *Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras [SADIL]* en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

¹¹⁰ El dato es erróneo, ya que Quiroga muere en febrero de 1937, y sus restos son repatriados fugazmente, una semana después, a Uruguay.

de los escritores del Interior fue designado el poeta y narrador minuano Juan José Morosoli.

A su vez, en Buenos Aires se formó alternativamente otra delegación para unirse a la uruguaya y trabajar al unísono y con la misma finalidad, designándose a los siguientes escritores: Baldomero Fernández Moreno, Alberto Gerchunoff, José [sic] Luis Borges, Augusto Mario Delfino y Ezequiel Méndez Calzada.

Una notable cabeza de Horacio Quiroga

Una vez en Buenos Aires los integrantes de la delegación argentina y uruguaya salieron en procura del escultor búlgaro Redeski,¹¹¹ cuyo taller estaba ubicado en un viejo barracón del barrio Boedo, entre carros desvencijados, plantas y hierros viejos. Allí pudimos ver una cabeza de Horacio Quiroga ejecutada en un tronco de ñandubay, de sugestiva belleza, conservando los rasgos simples y fuertes del autor de *Anaconda*. Tenía misterioso ímpetu y arrobamiento como si fuese una fuerza de la naturaleza. Debíamos conducirla junto con los restos de Horacio Quiroga, para luego destinarla a la ciudad de Salto donde actualmente se encuentra. La entrega se hizo en un sencillo ceremonial diciendo algunas palabras alusivas el poeta Alfredo Mario Ferreiro y asistiendo al acto la viuda del eximio escritor desaparecido.

De regreso a Uruguay

Cumplidos todos los requisitos necesarios para transportar los restos de Quiroga en el vapor de la carrera, el viaje de regreso se efectuó dentro de la más extrema cordialidad, acompañándonos a cruzar *el río zaino*, como dijera Borges, Alberto Gerchunoff, Augusto Mario Delfino, en representación de *La Nación* de Buenos Aires y Jorge Luis Borges. Durante el viaje se hizo gala de la más exquisita espiritualidad y de amables duelos verbales, no faltando desde luego las anécdotas

¹¹¹ La información no es exacta, pues quien en realidad talló la urna de Quiroga (y no en madera de quebracho o de ñandubay, sino en madera de algarrobo) fue el escultor ruso Stefan Dimitrievich Nefedov, cuyo nombre artístico fue Stephan Erzia (Baivero, 1896 – Moscú, 1959).

y ocurrencias de Alfredo Mario Ferreiro que desplegó toda la pirotecnia de su humorismo zumbón y travieso.

Un novedoso ceremonial

El arquitecto Sr. Scasso a quien la Intendencia había encomendado todo lo concerniente al arreglo del Auditorio ubicado en el Parque Rodó donde se velarían los restos de Horacio Quiroga, trató de cambiar la fisonomía del referido edificio para adaptarlo a la calidad especial del homenaje laico proyectado. En tal sentido cubrió todas las aberturas con cortinados adecuados y por medio de focos estratégicamente dispuestos iluminó el catafalco que adquirió una efectiva visualidad. Por otra parte la Banda Municipal se ubicó en la plataforma baja, para no estorbar la visión de conjunto, que resultó majestuosa y bella.

La multitud pudo admirar aquella escena nocturna desarrollada en uno de sus paseos más predilectos, contemplando con el mayor recogimiento cuanto acontecía en el Auditorio: música apropiada y los discursos de Eduardo Víctor Haedo y Alberto Gerchunoff, como únicas piezas oratorias.¹¹²

Pero no quedaron allí los homenajes póstumos tributados a la memoria de Horacio Quiroga ya que el gobierno dispuso que el coche motor que conducía sus restos mortales debía detenerse en su viaje a Salto, en Paysandú a objeto de recibir el respectivo homenaje del público que acudiría a las estaciones a la espera del convoy oficial. Recibió, pues, Horacio Quiroga, un homenaje póstumo similar al tributado a José Enrique Rodó y Florencio Sánchez, homenajes que rebasaron el marco estrictamente oficial, para proyectarse en la propia conciencia del pueblo uruguayo, que les dio su concurso espontáneo y patriótico.

¹¹² Los discursos de Alberto Gerchunoff, tanto el que leyó en la ceremonia de cremación de los restos de Quiroga en el Cementerio de La Chacarita, así como el que pronunció en el Parque Rodó, pueden leerse en esta compilación.

Viaje a Salto con las cenizas de Horacio Quiroga [I]¹¹³

Baldomero Fernández Moreno

Un verano me fui al campo dejando enfermo en una habitación, de mosaico y de tristeza, prolongación de una sala de Hospital de Clínicas, a Horacio Quiroga. Sumergido en la modorra provinciana, supe poco después, la noticia de su fallecimiento. Fui invitado a acompañar sus restos al Uruguay. La comitiva partió de la Colonia, siguiendo la cuerda del camino perfecto que la une a Montevideo. Delante iba un furgón pequeño, lustroso, tambaleante, con lo que quedaba del escritor, en una simbólica urna de quebracho, salvaje y labrada como su obra. La naturaleza se alzaba magnífica a uno y a otro lado, como si presentara lanzas a aquel que tanto la amó, y murió y vivió en su seno: maraña contra maraña.

En los mesones de la ruta se hacía alto, en esos mesones solitarios dignos de algún capítulo de Amor, de Locura y de Muerte. Así llegamos a Montevideo cuyos jardines ardían de cascots y de hachas, en medio de una multitud respetuosa. Al día siguiente, tomamos el tren para el Salto, rápido y certero como una flecha. Me pasé todo el viaje asomado a la ventanilla, mirando el campo y el aire y el cielo, límpidos, sin una partícula de polvo, ese «ángel malo de la tierra» que ha dicho [Henri] Barbusse.

Una vez en el Salto, abordamos el cementerio, también bajo antorchas, esta vez dulcificadas de estrellas y de lágrimas. Las cenizas de Quiroga iban adelante, altas, en una carroza, muy envueltas en el duro quebracho de Erzia.

Después, la noche casi se pasó en vela, excitados por todos los misterios, atizados por la llama del alcohol, que ardía bajo las constelaciones. Éramos unos cuantos, entre ministros, militares y escritores. Y una sola mujer, impasible y hermosa: la secretaria del escultor.

Por la mañana recorrimos Salto, yo semidormido, mientras me iban contando su geografía y su historia. La nostalgia que me quedó del Salto, a raíz y flor de mi

¹¹³ El texto recogido es un extracto del prólogo a *Poemas del Uruguay*, Editorial Perrot, Colección Nuevo Mundo, Buenos Aires, 1957, pp. 11-15.

primer conocimiento, la satisface ampliamente en el mes de enero de 1940.¹¹⁴ Es imposible olvidar el viaje. Pronto cayó la noche sobre nosotros. Buenos Aires iba quedando atrás, sembrado de luces amarillentas, como una inmensa capilla ardiente, cada vez menos iluminado. Todo en la vida es un apagarse de luces. Acaba uno por instalarse en la proa, y entonces se puede ser lo que se quiera: una mercancía o un Adelantado. En un ángulo, en lo profundo, entre cadenas y maromas, bajo los astros, advierto que duermen cuatro o cinco marineros. Los torsos lucen en la oscuridad, lechosos, como grandes losas. Aquello parece un tendal de cuerpos destrozados, una cubierta después de un abordaje, algo de aventura. Piratas fatigados en los que el sueño ha podido más que el recuerdo del botín. Ahora pasa un oficial que parece revisarlo todo, echar una última ojeada, antes de cerrar definitivamente la puerta de calle del barco y apagar las luces. Y pregunto, lleno de admiración:

—¿Duermen desnudos, eh?

Pero el interrogado parece que se indigna, y me contesta:

—¿Cómo, desnudos? En paños menores.

Aquel «paños menores», tan airado, en boca de un lobo de mar, confieso que me desorientó por completo.

El estuario y el firmamento no son otra cosa que un velo celeste perforado de estrellas al que la chimenea agrega un suplemento de chispas. Avanza el barco, pasa Martín García, todo parece tan vagaroso, tan equívoco, que no se sabe por dónde se va a meter la quilla, si por el Paraná o por el Uruguay. Empapado de frescura y de cansancio se deja el camarote, creyendo que aquella nocturnidad, que aquellos astros, los vamos a encontrar a la mañana siguiente. Pero a la mañana siguiente, caminamos entre llamaradas y reflejos. Todo arde: el cielo, el agua, los bronce y la estilográfica del viajero. Al mediodía aumenta la furia especular, la sangre de las barrancas; el calor aprieta los cuellos desabrochados; la

¹¹⁴ Es necesario recordar que la repatriación de los restos de Quiroga ocurre entre fines de febrero y comienzos de marzo de 1937.

hélice, tan estruendosa, es apenas para la corriente la cosquilla de una pluma de seda. Se cansa uno de estos ríos americanos, tan anchos. Se harta uno del cabeceo de las boyas, la danza más estúpida que conozco. Y al fin se acaba por mirar desde la toldilla al interior, al comedor, en busca de espectáculo humano. No se puede dormir ni leer. Yo recorrí todo el barco como una posesión y, al atardecer, ciego y dolorido, me fui a la bodega, al sollado, revisándolo hasta que di en un rincón con un ancla abandonada, que me hizo retroceder como si fuera un fantasma. Llegué, al final, sobre la lona de uno de los botes de salvamento, cara al cielo, desmadejado, como un pájaro caído con las alas abiertas.

Tomando por centro, como un diamante, la casa de Amorim, batíamos la ciudad y la campaña, rayados de sol y de sombra: de este vagabundeo y de esta quietud surgieron varios poemas [...]. Salto, vetusta y moderna, abunda en casas holgadas, donde parece haber anidado el reposo, remanso de muchas hazañas de antepasados, levantadas sobre el doble cimiento de la riqueza y la tradición. Casi en frente de la ciudad, a veinte minutos en diagonal sobre la espuma, está Concordia. Sobre ambas ciudades, el remoto Brasil parece pesar como una visera de calor y de centellas. La imaginación arroja puentes airoso sobre ambas orillas: el vuelo internacional de las miradas. El Salto está rodeado, por un lado, de selvas de naranjos, cuya floración en primavera debe arrastrar a sus habitantes casi hasta el frenesí.

Por otro lado, cachos de ríos aparecen acá y allá: espejos rotos o fragmentos de armadura. Los alrededores son pintorescos, ondulados, femeninos. Allí hay un reñidero de gallos, me dicen, señalando una casita y un paisano socarrón delante de ella. Y entre los maizales paganos parecen erguirse, de pronto, como muñones, las cabezas sangrientas de los combatientes. La parte central es nueva, deslumbrante, clara, como el corazón de todas las ciudades modernas. Alguna que otra negra pasa, de vez en cuando, adherida a un vestido rojo o amarillo. Hay barrios viejos, inclinados hacia el puerto, casas ciegas, descascaradas, cuyas puertas se atrancan por dentro con guijarros de amatistas. Y algún palacio que otro, rosado y triste, con patios dilatados, en que hojas desgarradas y profusas, parecen velar la delicia del agua, encerrada en joyas de mármol y de hierro.

La ciudad, por último, se va blandamente hacia la ribera, alternando frondas y casuchas: se va a lavar su ropa entre sauces y piedras, a poner un festón blanco a la parda arpillera del río.

De cómo se nos perdió y encontramos a H. Quiroga¹¹⁵

Alfredo Mario Ferreiro

Como el lector sabe, Horacio Quiroga se suicidó, poco después de medianoche en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires, calle Córdoba, 2149, dos o tres cuadras más allá de Callao, teléfono 41 (Plaza) 8401, el viernes 19 de febrero de 1937, cuando hacía ya cinco meses que se encontraba internado. Quiroga había venido a Buenos Aires a fines de setiembre de 1936. Vino de Misiones, donde vivía. Martínez Estrada, este mismo Ezequiel Martínez Estrada que anduvo por aquí no hace mucho y [Julio] Payró le arreglaron el ingreso al Hospital. Martínez Estrada quería que se alojara en su casa.¹¹⁶ Insistió bastante, pero Quiroga alegó que lo mejor era entrar al Hospital. Allí estaba [José] Arce, eminente médico, amigo suyo. Y en ningún sitio iba a estar mejor y a molestar menos.

I

Se resuelve como él lo quiere y, con sus padecimientos físicos, la última vida que va a vivir este creador de vidas. Estaba instalado en la antesala de la muerte. Nada de esto podía impresionar a Horacio Quiroga. Quiroga vivió toda la vida entre muertes. Primero, fue su padre, quien, involuntariamente, se hirió de muerte cuando andaba cazando; después su hermano mayor, que en un accidente pierde la vida. Más adelante su padrastro. Lo de su padrastro es bárbaro. Vale la pena detenerse y echar una mirada a lo que está ocurriendo: el padrastro de Quiroga había quedado casi paralítico. Está allí, en el aposento, clavado en un sillón. El hombre ya está con la idea de matarse completamente asentada. Tiene que eliminarse. No puede vivir más así. ¿Cómo se procuró la escopeta? No se sabe; lo

¹¹⁵ Publicado en tres entregas en *Marcha*, Montevideo, 3, 10 y 24/VIII/1956. N° 824, 825 y 827 respectivamente.

¹¹⁶ Ezequiel Martínez Estrada vino a Montevideo en 1956 a ultimar los detalles del manuscrito *El hermano Quiroga*, cuya primera edición fue publicada en 1957 y estuvo a cargo del INIAL [Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios] de la Biblioteca Nacional de Uruguay.

que Quiroga dijo fue que, estando él en el cuarto de su padastro, distraído en algo, oyó un estampido y vio a su padastro caer con la cabeza destrozada. Había apoyado el caño de la escopeta debajo de la mandíbula y, accionando con los dedos del pie, como pudo, a costa de un trabajo incalculable, dada la magnitud de su parálisis, enganchó el gatillo, cayó el percutor y la bala hizo el resto.

El otro episodio de las muertes en danza en torno de este espíritu inmenso que fue Horacio Quiroga, es lo de Ferrando, lo de Federico Ferrando, un salteño como él, que bautizara con el nombre de Consistorio la reunión de Quiroga con algunos literatos y pintores, por la calle 25 de Mayo, primero; Cerrito, luego Guayabo y Constituyente —en inminente trance de demolición en estos momentos—, finalmente.¹¹⁷ Este Ferrando, con José M[aría] Fernández Saldaña, José María Delgado, Alberto J. Brignole, Asdrúbal E. Delgado, Julio J. Jaureche, reuníanse con Quiroga cotidianamente. Por líos literarios, Ferrando había comprado una pistola. Era para estar prevenido contra lo que pudiera pasar en vista al giro que iba tomando una broma ya más que broma que le llevaban gastando los secuaces de Roberto de las Carreras.¹¹⁸

¹¹⁷ Al día de hoy el Consistorio es un: *Baldío ubicado sobre la calle Veinticinco de Mayo, entre Pérez Castellano y Colón. Presenta sobre la vía pública un muro de bloques de aproximadamente tres metros de altura. Anteriormente existía [un] edificio que en [el] segundo piso albergaba el Consistorio del Gay Saber de Horacio Quiroga. Padrón 2775.* Datos extraídos del *Inventario del Patrimonio arquitectónico y urbanístico de la Ciudad Vieja*. Disponible en: <http://inventariociudadvieja.montevideo.gub.uy/padrones>. Cabe agregar, que existen fotos interesantes que ayudan a reconstruir lo que fue el interior y la fachada del pequeño cenáculo Quiroguiano. Estas pueden verse en el artículo: «En busca de la sombra de Horacio Quiroga», escrito por Ramiro W. Mata (fotos de Martín G. Mata Bergara), publicado en *El Día*, Montevideo, Domingo 16/VII/1961, pp. 6-7.

¹¹⁸ Sin embargo, Roberto de las Carreras [1873-1963] nada tuvo que ver en esta disputa. El conflicto fue entre Federico Ferrando [1877-1902], amigo de Quiroga al que este da muerte por accidente, y Guzmán Papini y Zas [1878-1961], desde las páginas de *La Tribuna Popular* de Montevideo. La polémica completa puede encontrarse en el volumen

Era el Montevideo de 1901. Como contrapeso del Consistorio, alzábase, [entre] Itzaingó y Buenos Aires (todavía está), la Torre de los Panoramas de Julio Herrera y Reissig.¹¹⁹ Ambos grupos, el de Quiroga y el de Herrera y Reissig y César Miranda, se trataban con toda cordialidad. Ferrando, como les iba diciendo, compró una pistola con el ánimo de ensayarse, ya que en aquellos tiempos el duelo era el desembocamiento lógico de todos estos líos entre jóvenes. Pero como no entendía nada de armas, le pidió a Quiroga que le explicara algo. Quiroga tomó la pistola, estando de visita en casa de Ferrando, e ignorando que estuviera cargada, apretó el gatillo. Allí quedó su amigo tendido en el suelo. Le pegó un balazo en la boca que lo mató simultáneamente con el ruido del disparo.

Acechado de muertes vivía Quiroga. Acechado de muertes, vivió Quiroga en Misiones años y años, donde de pronto murió su primera mujer, que viene a sumarse a esta colección de muertes no esperadas. Ahora está Horacio Quiroga en el Hospital de Clínicas. Es el escritor conocido por todos. Es el autor de los cuentos redactados en Misiones, que todos hemos leído. Vicente Batistesa que se hace amigo suyo en el Hospital, le atiende con solicitud enternecedora. Batistesa es quien va a verle morir. Batistesa era muy feo. Horriblemente feo y deforme. Quienes le conocieron dicen que su revés atesoraba toda la belleza que se le negó

Polémicas literarias del Novecientos. Banda Oriental, Montevideo, 2001, pp. 32-44. Recopilación, prólogo y notas de Pablo Rocca.

¹¹⁹ «Dirección: Reconquista 543. Itzaingó 1255. Padrón 4304. Casa de Julio Herrera y Reissig. Torre de los Panoramas. Edificio construido entre 1850 y 1875. Se desarrolla en dos niveles, originalmente destinados a vivienda unifamiliar. Fue la casa de Julio Herrera y Reissig y es Monumento Histórico Nacional desde 1975. Fue reformado a principio del siglo XX, incorporando ornamentación Art Déco en su fachada. Posteriormente, en la década de 1980 fue restaurado, y hoy funciona la Academia Nacional de Letras, del Ministerio de Educación y Cultura. Se destacan de su fachada el balcón de hierro forjado y el mirador. Se encuentra en regular estado de conservación, fundamentalmente en su interior. A la fachada le falta mantenimiento». Datos extraídos del *Inventario del Patrimonio arquitectónico y urbanístico de la Ciudad Vieja* <https://inventariociudadvieja.montevideo.gub.uy/>

exteriormente. Es entonces cuando Enrique Amorim, que ahora está en Salto, comienza a decirnos que con Quiroga se va a cometer una gran injusticia. Que el gobierno uruguayo, por chismes políticos, está a punto de declarar cesante a Quiroga de su puestito de cónsul de última categoría que tiene en Misiones.

Amorim hizo cuanto pudo por Quiroga. Después, el 1º de marzo de 1937, lo traeríamos a Quiroga, ya incinerado, Amorim y yo, hasta el Parque Rodó, donde lo aguardaba una muchedumbre más curiosa que acongojada. Amorim anduvo detrás de los ministros amigos suyos para que trasladaran a Quiroga a Misiones, para sacarlo de la rutina de Buenos Aires, la odiosa rutina a que le sometía el desempeño de su cargo consular.

Amorim se lo llevó a Las Nubes, a su casa de la calle Paraguay, en Salto, cerca de la estación ferroviaria, en la parte norte de la ciudad.¹²⁰ Allí lo tiene a Quiroga un tiempo. Por ese tiempo Amorim está escribiendo sin tregua. Acaba ahora de publicar una excelente novela: *Corral Abierto*, editada por Losada.¹²¹ Acaba de restablecerse por completo en su salud y, los otros días, el 18 del mes pasado, desde Paysandú le hablamos por teléfono y en la sonoridad de su voz, comprobamos que esa mejoría es grande y cierta. Amorim comienza a inquietarse por la salud de Horacio Quiroga. En una de esas, sobreviene una rápida mejoría en el estado de Quiroga. Sale del hospital. Los médicos allí adentro le han dispensado toda clase de atenciones. Batistesa le cuida como si se tratase de un

¹²⁰ El chalet Las Nubes, construido entre 1928 y 1931, perteneció a Enrique Amorim y a su esposa, Ester Haedo. Está ubicado en la Avda. Enrique Amorim 1700 y ocupa dos padrones en la ciudad de Salto. En 1973 la casa de Amorim fue declarada Patrimonio Histórico, y en 2010 ratificada como Monumento Histórico Nacional, al ser adquirida por la Comisión del Patrimonio Cultural de la Nación. Los constructores fueron: José y Santiago Texeira Campos. Su calculista: el ingeniero Antonio Texeira Campos. La casa fue realizada en base a ideas del propio Enrique Amorim. Los datos que presentamos fueron extraídos de la nota: «El Estado compró Las Nubes», por Juan M. Chaves. Publicada en: *El Boulevard*, Montevideo, Domingo, 26/VI/2011.

¹²¹ Amorim, Enrique. *Corral abierto*, Buenos Aires, Losada, 1956.

infante. Lo aconseja. Le tiende la cama que Quiroga destiende a menudo para recostarse vestido. En cuanto la abandona, allí viene Batistesa, entra a la salita y torna a tender las frazadas y a estirar prolijamente las sábanas.

Sin embargo, el mal avanza. A fines de año 34, [Agustín de] Ocampo y yo, en la colección que dirigíamos, [Sociedad [de] Amigos del Libro Rioplatense, le publicamos a Horacio Quiroga *Más allá*. Es el libro que vino a cerrar su obra literaria. Por octubre del 37 Quiroga vuelve a empeorar: *¡Estoy tan embromado!*, dice en sus cartas. La hora de la operación definitiva, no obstante el progreso del mal, se va posponiendo. ¿Por qué aquella dilación? Dicen que Quiroga comienza a sospechar. Quiroga, cuando se siente mejor, puede salir del Clínicas, donde está como en su casa. Sale y torna a entrar. Los ojos de Batistesa le siguen por los corredores, le ven atravesar el breve jardincillo, lo miran alejarse por el otro lado de los cristales. El mal avanza, sordo, implacable, decididamente. El que mejor lo sabe de todos, es el propio Quiroga.

Y todos suponen que decidió poner fin a todo aquello. Poner él aquel tremendo final con que acogotó su existencia. Está acostumbrado a lidiar con la muerte. La ha visto más que cualquier otro, rondarle y rondarle. Aquí, en Buenos Aires, allá, en Montevideo, más allá, aún, en la lejana Misiones. Almorzó con Eglé, su hija. Esta Eglé, que se suicidaría dos años después, almuerza con él. La hija notó que el padre no quería separarse de ella como de costumbre. Se quedó mirándola largamente y le dio un beso. El almanaque está señalando el 19 de febrero.

Delgado y Brignole han dejado escrito su último itinerario por Buenos Aires.¹²² Más tarde –dicen estos–, va a visitar a Payró, permaneciendo junto a él largo tiempo, siendo sus actitudes y expresiones absolutamente normales. Payró está trabajando en una carátula para un libro de Alberto Gerchunoff y lo consulta sobre los colores a emplear. Quiroga se interesa mucho por este asunto. Eran problemas

¹²² Se trata de la primera y muy importante biografía que se escribe del escritor, realizada por dos amigos de su juventud, Alberto J. Brignole y José María Delgado: *Vida y obra de Horacio Quiroga*, Montevideo, Claudio García Editores, 1939.

que siempre le fueron gratos. Propone tonos que Payró trata de conseguir mezclando los colores en su paleta. Pasan así la tarde, tan cordialmente, que Quiroga, por dos veces, pregunta a Payró si no le molestaría la repetición de la visita. Como se ve, llegan a colegir los autores de esta reseña, Quiroga, por el momento, no tiene la menor idea de su inminente muerte. La muerte que él mismo se encargará de provocar. Vuelve al hospital y, ante el asombro de Batistesa, vuelve a salir. Regresa a las once de la noche. Batistesa ya está dormido. Nunca se podrá saber cómo fue este preludio de la muerte del gran escritor. Cuando Batistesa se despertó, extrañado del estertor de su compañero de cuarto, Horacio Quiroga se estaba muriendo. Se había envenenado con cianuro. No hubo nada que hacer. Ante la sincera consternación de todos, Horacio Quiroga había muerto.

Semanas más tarde, el 19 de febrero, el narrador genial de nuestra jungla —añade Tiempo—, se eliminaba voluntariamente con una dosis de cianuro capaz de voltear, no a un hombre, sino a un dinosaurio. Cierta vez, en el senado argentino, este mismo Alfredo Palacios, que ahora está en Montevideo acreditado como embajador de la Argentina ante nuestro gobierno, al referirse al escultor Zonza Briano,¹²³ muerto también en la miseria, hizo referencia al indecible dolor con que había visto humillarse en las antecámaras de los ministerios a altos artistas necesitados. Tiempo tiene una carta de Quiroga del año 35, que ahora se la vamos a mostrar al lector.

Primero digamos que César Tiempo intervino en no pocas gestiones tendientes a aliviar la situación del maestro. Sus colaboraciones se publicaban a regañadientes, su reposición en el consulado del Uruguay, en San Ignacio, era motivo de interminables cabildeos. Esa carta del año 35, datada en Misiones, nos ofrece un cuadro de su situación y de su estado de ánimo: *Releo su carta —le dice Quiroga a Tiempo—, y me detengo en su final, donde me desea usted saludo y humor. La una, regular; el otro, endiablado. La cuestión económica, mi eterno débil. Calcule que desde Montevideo no me han remitido un peso desde el 15 de junio*

¹²³ Pedro Zonza Briano. Escultor argentino (Buenos Aires, 27 de noviembre de 1886 - Buenos Aires, 6 de febrero de 1941).

1934. *La jubilación parece que está a conseguirse, pero entre tanto no tengo un centavo. Siquiera mandaran todo lo que me deberán para entonces –si me envían a tiempo, antes de que los boliches de aquí me cierren las puertas–. ¡Perra cosa que me tiene de humor negro! ¡Y con familia!*¹²⁴

Después de otras consideraciones acerca de la labor literaria de nuestro amigo Tiempo, que no vienen aquí al caso, termina Quiroga con una mención a sus industrias de hombre de empresa con las que su fértil ingenio y su indomable energía pretendían capear el temporal: *Dios concede sumas tribulaciones al sumamente enérgico. Mis industrias, totalmente muertas por la crisis. Hasta que muera uno. Escribame cuando le venga bien, querido Tiempo, y un buen abrazo.* Fuera de los uruguayos Asdrúbal E. Delgado, Enrique Amorim y Alfredo Mario Ferreiro y de los argentinos Ezequiel Martínez Estrada y Santiago C. Olivan, nadie se preocupó –dice un artículo firmado por Tiempo nueve años después de la catástrofe– por aliviar la situación del gran escritor inmolado a los 58 años.¹²⁵ *Una vez desaparecido –sigue diciendo ese artículo–, los chimangos empezaron a disputarse sus restos. Hubo discursos infinitos, monumentos, premios póstumos, peregrinaciones conmemorativas, homenajes oficiales. ¡Hojarasca irritante! Lo único cierto es el cuadro macabro que representa al abnegado Enrique Amorim llevando sobre sus rodillas la urna que contiene las cenizas del maestro desde el crematorio de la Chacarita a la dársena Sur.*

Y de allí, a Montevideo. Y como fui con él, prestándonos compañía que nunca agradeceremos bastante, Borges, Gerchunoff, Fernández Moreno, Ipuche, Morosoli, Manuel de Castro, Tiempo y tal vez algunos otros que, la rapidez de

¹²⁴ La carta completa, con fecha 27/IX/1935, puede leerse en: *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga*, Montevideo, Biblioteca Nacional. Departamento de Investigaciones, 1970, p. 45.

¹²⁵ Se trata del artículo «Horacio Quiroga», originalmente publicado en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 6/XII/1947. Casi quince años después el texto vuelve a publicarse, con mínimas variantes, bajo el título «Horacio Quiroga, ese desconocido...», en *Acción*, Montevideo, 22/VII/1962, p. 5. El texto puede leerse en esta compilación.

esta rememoración me hace olvidar en este momento, relataré para ustedes las peripecias del traslado. Durante el cual se nos perdió Quiroga, al punto de que hubimos de llamar a la policía para encontrarlo; y de cómo lo llevamos al Salto, cuando Quiroga, con un cabezazo de su cabeza de algarrobo tallada por Erzia, rompió el parabrisas del moto-car, festejando la inesperada firmeza de un frenazo. De ahí que el título de esta crónica parezca de otra.

II

Hoy es 28 de febrero de 1937. Estamos en Buenos Aires. Para ser más precisos, en la Dársena Sur. Mismo al fondo de la calle Brasil. El barco de la carrera acaba de atracar. Sobre el adoquinado del tristísimo andén, pocas personas y muchos changadores. Entre esas pocas personas, Enrique Amorim, que nos está esperando. Nosotros venimos con Ipuche, Morosoli, Manuel de Castro, a buscar las cenizas de Horacio Quiroga. Aquí nos juntaremos con Amorim, Borges, Fernández Moreno, César Tiempo, Alberto Gerchunoff. Entre todos, mañana 29, por la tarde, llevaremos a Montevideo las cenizas de Quiroga. Todo está dispuesto y Enrique Amorim, desde el muelle, moviendo el brazo que muestra un papel, nos dice que él tiene ya la autorización para retirarlas. Que Erzia ya terminó la talla. Que por qué no nos vamos esa misma noche. Que... Pero en ese momento las autoridades dan puerta franca al pasaje, y nosotros abandonamos la segunda planta de la nave (o como se diga en argonauta antiguo) para sumirnos por las escalerillas abarrotadas de gente hacia la planchada.

Buenos Aires

Estamos en Buenos Aires todavía de luto por la muerte de Gardel.¹²⁶ Van casi dos años transcurridos desde la catástrofe aérea de Medellín (que es por esto y no por su Academia que se menciona corrientemente la ciudad de Antioquia, en Colombia) y Buenos Aires, la urbe sin memoria para nadie, se gasta toda la que

¹²⁶ Recordemos que Carlos Gardel falleció dos años antes, el 24 de junio de 1935, en un choque de dos aeroplanos a punto de despegar sobre la pista del Aeropuerto Las Playas de la ciudad de Medellín, Colombia.

lleva ahorrada en recordar a Carlitos, que está en todas las vidrieras, en todos los bares, en esos «cotorros» que eran por entonces los comandos de los colectivos, junto a la muñequita de celuloide vestida por el amoroso tejido de la noviecita buena, y el santo que protege la vida del conductor y el deterioro de la carrocería. Allí está Gardel en una estampilla más sagrada que ninguna, tratando de hacer cantar a una calandria prisionera.

Estamos en este Buenos Aires inmenso, lleno de urgencias y de rechinantes ómnibus, más anchos que las calles. Amorim nos hace subir a aquella *Voisin* con la que hizo el viaje por Europa, a cuyo radiador se recostaron, para que los filmara, Pío Baroja, Federico [García Lorca], Valle Inclán y casi todos los franceses ilustres en la literatura, *film* que Enrique tiene en Salto y al que ha añadido más personajes para mantenerlo siempre al día.¹²⁷ Subimos a la *roadster* y, por Brasil, dejando atrás el revoltijo de vehículos de la Plaza Constitución, contorneando el Arsenal de Guerra, Pichincha, Pavón, hasta avenida La Plata. En avenida La Plata detiene Amorim su coche frente a un portón. Este portón es el del taller de escultura de Stephan Erzia. Entramos y sale a recibirnos el propio Erzia, que ya está advertido. Erzia es ruso y trabaja bien en Buenos Aires. Sale a

¹²⁷ Se trata de la película *Galería de escritores*, dirigida por Enrique Amorim. Años de realización: 1928-1956. Duración: 57 minutos. «Escritores. 1921-58. 20 min. muda y b. y n. 16 mm. Cuadro técnico: Director Enrique Amorim. Resumen: Antología de escritores. Aparecen: Aníbal Poncel y Coronado, Quiroga y familia, Rafael Alberti, Nicolás Guillén, Atahualpa Yupanqui, Pablo Neruda, Emil Ludwig, Ralph Bates, Alfonso Reyes, Margarita Abella Caprile, Estefan Zweig, Pío Baroja, Jules Romain, Fernán Silva Valdés, Emilio Oribe, Federico García Lorca, etc.» (Pastor Legnani y Vico de Pena, 1975). La película se exhibió el 4, 5 y 7 de setiembre de 2006, en Sala 2 de Cinemateca Uruguaya, junto a *¡Ay Uruguay!* Debo estos datos al Lic. Eduardo Correa, quién estuvo al frente del *Centro de Documentación Cinematográfica* de Cinemateca Uruguaya, que muy amablemente colaboró con nosotros en esta y otras investigaciones. También corresponde agradecer al *Archivo de Filmes* de la misma institución, y en especial a Ana Laura Martínez, que nos permitió visionar la película de Amorim, que se encuentra en su acervo.

recibirnos sonriendo y sonriendo nos conduce a su taller y sonriendo nos muestra la talla que, en una raíz de algarrobo, ha hecho la cabeza de Quiroga. A nosotros nos impresiona la belleza de la obra y su significado misionero, detrás de la que hay un alvéolo para alojar la copa de bronce en que vendrán desde la Chacarita las cenizas de Horacio Quiroga, cremado el día anterior. Quedamos en venir a buscar todo aquello al día siguiente, por la mañana, ya que hemos resuelto regresar por Colonia, al tiempo que Amorim invita a Erzia para que se agregue a la comitiva. Sonriendo, alisándose un único mechón blanco que el viento se empecina en traérselo a los ojos, el escultor nos acompaña hasta la puerta. Y salimos por debajo de aquella frondosa arboleda de la avenida La Plata rumbo a la casa de Amorim. Amorim vivía en un block de departamentos de la calle Arenales. Tronamos a recorrer esta parte central de Buenos Aires, ya que por Cevallos y Montevideo venimos a salir a la barriada de la Recoleta. Al bajar del automóvil sentimos el impacto de ese calor húmedo que tanto caracteriza a Buenos Aires. Por la tarde iremos a buscar las cenizas, que llevaremos a lo de Erzia para que las afirme en la parte posterior de su talla.

En el cementerio

Por Corrientes, hasta donde se acaba, nos vamos en la *Voisin* de techo de lona blanca. Meta y ponga, bajo aquella prima tarde porteña, calurosa hasta más no poder. Ya es la hora de llegar [a] los entierros al cementerio de la Chacarita. Un entierro tras otro. Sin tregua. Entran y entran las carrozas fúnebres en el vasto ámbito lleno de mármoles y cruces. Salen y salen las carrozas fúnebres del vastísimo camposanto. En frente, un hervor de tranvías, ómnibus, colectivos, vendedores ambulantes de chorizos flores, artefactos del recuerdo, corbatas negras. Aguardamos turno en la hilada de vehículos que, trabajosamente, penetra por un amplio portón. Al mirar hacia atrás, unos caballos nos van poco menos que lamiendo la mica del coche, filtrándose por los costados del trote contenido el amplio panorama en línea recta de la calle Federico Lacroze. Enrique conoce bien el camino. Para correr los trámites ya ha venido tres o cuatro veces. Ante un edificio detiene el coche. Bajamos. Enrique, con esa premura que pone en todo,

sale disparado delante nuestro. Le seguimos. Abre una puerta de resorte. Entra, le sigo. Retrocede en el acto. Ha errado el camino. Ha ido a desembocar en una sala en la que un cadáver está pidiendo a gritos que lo incineren cuanto antes.

—Paráte, hermano... Debe ser por aquí... —y se mete por un corredorcito circular.

Por allí vamos bien. Un empleado toma la boleta que Amorim le extiende y, como un buen tendero, busca algo en los estantes. Extiende el brazo y retira una copa de bronce castaño que pone en las manos de Amorim. Este tiene en sus manos las cenizas del gran Quiroga. Esto es lo que ha quedado en el mundo nuestro de lo que físicamente fuera el escritor misionero. Una copa de unos diez centímetros de largo, más fina cerca del pie, ensanchándose al llegar a la juntura con la tapa. Vuelve la premura de Amorim a llevarnos a la disparada hasta el coche. Junto al horno crematorio están las placas de los incinerados que allí han sido sepultados. Una lápida dice: *José Ingenieros*. Pero no hay tiempo de nada. Enrique ya tiene el motor en marcha e inicia, apenas cierro la portezuela, la penosa maniobra de franquearse paso por la fila de carros fúnebres y coches de acompañamiento en medio de miles y miles de coquetos caballos renegridos.

La pequeña fisura

Íbamos para lo de Erzia. Volvimos a tomar Corrientes para luego seguir por Río de Janeiro a la Avenida La Plata. Íbamos pensando en nuestros compañeros de jira [sic]. Ahora los encontraríamos a todos. Gerchunoff, como de costumbre, por la noche en *La Nación*, desde donde salíamos para ir —ya despuntada la madrugada—, a un restorán judío de Corrientes por la cortada de Rauch. Allí nos esperaría, como lo haría con nosotros en otros viajes, Fernández Moreno, que creo que vivía a la vuelta, en Bartolomé Mitre. A Manuel de Castro sabíamos dónde encontrarlo: estaba sentado en la terraza de un café de la avenida de Mayo, a la altura de Lima, con unos toreros de particular que encontró en cuanto desembarcara. De repente, Enrique me pasó la mano, a modo de rasgueo de guitarra, por el saco.

—Tenés talco... —me dijo.

Miré y, efectivamente, un polvillo blanco salpicaba una de las solapas.

–Y vos también –le dije.

Se miró la ropa que, como la mía, estaba tatuada levemente de una cenicita como de algodón rallado.

Sacudió aquello con una mano y ya íbamos a trasponer la cercanía del parque Centenario, por donde vivía Manuel Gleizer, el infatigable editor de los nuevos de entonces, cuando volvió a decirme que me limpiara el saco. Se habían repetido las manchitas de talco. Detuvo el coche. Miramos la copa de las cenizas y descubrimos la razón de la salpicadura en continuado. Por las rendijas de la tapa mal soldada, a cada movimiento salía un poquito de ceniza. Miramos por la ranura y vimos que también había partes que no estaban totalmente calcinadas, sino que mostraban rebordes curvos.

–Esto hay que soldarlo –dijimos casi a dúo.

–Y por aquí encontrar una hojalatería va a ser cosa difícil –comentó Enrique.

Pero había que soldarlo. Un peatón nos dio las señas de una hojalatería. Una porción de cuadras más para allá. Y allá nos fuimos. El hombre al vernos entrar se paró y vino hacia nosotros. Le explicamos brevemente lo que debía hacer. Estuvo mirando la copa, la dio vuelta en sus manos, lo que aprovechó Quiroga para inyectarle un poco de polvillo –ya como una gracia de recién llegado–, y se nos quedó mirando, añadiendo que a él le parecía que su soldadura no iba a agarrar en aquel metal. Como se empeñara en saber qué cosa era aquello, se lo dijimos. Apenas se enteró de que allí estaban las cenizas de un prójimo, soltó la copa como quien se quema. La puso sobre el mostrador y vimos que aquel hombre no iba a hacernos nada. Una especie de temor le dominaba. Sin decir palabra, recogimos las cenizas de Quiroga, indagamos en otro transeúnte y ahora estamos con un hojalatero que no ha hecho ningún melindre y está cumpliendo a conciencia la tarea de rodear con estaño líquido los bordes de juntura tan desprolijamente unidos. Pagamos, saludamos, salimos. Todo estaba subsanado. Entregamos la copa a Erzia que se fue al galpón del fondo para sujetarla en el alvéolo que ya había previsto en la talla de la cabeza de Horacio Quiroga en aquella enorme raíz

de algarrobo que había germinado para sostener un árbol en la lejana Misiones argentina.

El regreso

Recuerdo que nos levantamos muy temprano. Y que nos fuimos a lo de Erzia. Y que en el coche de Amorim quisimos traer la cabeza, pero no cabíamos –porque Erzia viajaría con su modelo, inquietante criatura de la que después hablaremos, si es que nos queda papel y tiempo–, y hubo que contratar un transporte de mudanza, a todo escape, para que a las ocho y media, a más tardar, estuviera junto al vapor de la Colonia en la Dársena Sur. Todo estaba arreglado con la Aduana. Era cosa de llegar y subir a bordo. Por otra parte, a la comitiva se había sumado [el] Dr. Eugenio Martínez Thedy, embajador del Uruguay en la Argentina, que acompañaría hasta Montevideo las cenizas de Quiroga y de allí seguiría con ellas a Salto, que es también su patria. Todos volvimos a encontrarnos. Borges y Gerchunoff ya estaban a bordo. La cabeza de Quiroga, mejor dicho de Erzia, fue colocada con cierta pompa por los changadores en la proa del barco, debajo de esa campana que hay para los naufragios o para las maniobras de a bordo. Luego, una mano le puso encima la bandera nacional. Y, en seguida, muchísimas manos fueron rodeando aquel túmulo con maletas de todo tamaño y calidad, cribadas por el color de las etiquetas hoteleras. Después, muy poco antes de la partida, bajamos todos al muelle, a saludar a la señora viuda de Horacio Quiroga que había concurrido a despedir los restos de su marido. De paso digamos que el gobierno ha vuelto a repetir en ella lo que hizo con Quiroga. Le ha quitado su cargo consular y ha dejado a la pobre señora en una tremenda orfandad económica.¹²⁸ Está visto que la historia se repite. Por lo menos en la trayectoria Quiroga.

¹²⁸ De hecho, esa «orfandad económica» se prolongará en el tiempo, tal como lo documenta Pablo Rocca al publicar por primera vez las cartas que María Helena Bravo –viuda del escritor– remite en 1956 al poeta Juvenal Ortiz Saralegui y al Ministro de Relaciones Exteriores de la época, declarando vivir bajo una «angustiosa situación económica». Ver «La herencia maldita», *El País Cultural*, Montevideo, N° 269, 30/XII/1994, pp. 10-11.

A Quiroga lo vigilábamos desde el comedorcito del barco. El barco iba lo más compadre cruzando el río hacia Colonia. Era una mañana espléndida. Detrás quedaba Buenos Aires, con su agrio olor a dársenas y nafta carburada, deshilachándose en lo alto por el continuo humo que techa la zona de Avellaneda. Quedada atrás la gran ciudad, la que Quiroga recorriera en motocicleta, con su gran peto de barba rizada. Por la abertura de los puentes –asaltados por automóviles y camiones–, veíamos el increíble hacinamiento de los barcos en la parte de la Boca, por donde Quinquela Martín se complace en desnaturalizar el color y las formas de la Vuelta de Rocha. Nosotros, por los vidrios, veíamos alejarse el paisaje costero, vigilando de paso aquel pedestal de valijas sobre el que se izaba un promontorio cuadrado cubierto por las rayas azules y blancas de la bandera.

Quiroga en su patria

En Colonia estaba todo dispuesto. Demasiado dispuesto. Porque el hecho fue que vino un camioncito fúnebre, una carrocería de nada sobre un chasis de Ford T, de aquellos de bigote, que cargó con la cabeza de Erzia, y se puso al paso seguido por unos soldados que montaban guardia por la concurrencia de lo que en jerga periodística, y cuando se ignoran los nombres, se llama «autoridades locales». Fuimos a dar a la Intendencia. En la Intendencia estaba todo preparado como para un velatorio en forma. Colgaduras negras, guardia militar, voces a media voz, murmullo de multitud contenida, etc. Nosotros, dicho sea de paso, veníamos con Quiroga muerto, es cierto, pero sin traer esa cosa odiosa que es el muerto, que se está pudriendo entre nuestras manos y que se ha muerto rabioso por tener que morirse. Quiroga era una copita de bronce marrón, toscamente soldada en sus junturas, por las que quería evadirse para estar con nosotros, como siempre. Quiroga había querido morirse y él mismo hizo señas a la muerte para que le llevase. Como en una carretera...

Abreviemos. Vamos a correr el riesgo de tener que seguir este relato en otra edición. Y no puede ser. Lo de Colonia, por suerte, fue rápido. Se limitó a colocar la talla de Erzia, siempre con la bandera por encima, en un túmulo erigido en el

hall de entrada.¹²⁹ Tras unos minutos de recogimiento, salimos otra vez a la luminosidad de ese inmenso patio que es Colonia, subimos a los automóviles que nos esperaban –en el que yo vine viajaron el nunca olvidado Gerchunoff, Borges y Amorim–, y salimos carretera afuera, en pos del camioncito, que rengueaba un poco, como la cucaracha de la canción mejicana [sic]. Al camioncito lo pasamos como si no caminara, a la altura de Artilleros, kilómetro 153, más o menos. Y cuando llegamos por la mitad del camino, el calor nos traía derrotados, nos metimos en La Boyada, pedimos cerveza –rebosantes copas de cerveza cuidadosamente enfriada–, y nos sentamos en ese gran *avant-scène* de la terraza, sobre la carretera. Estábamos en pleno combate contra el calor, cuando –*táca, táca, táca*–, pasó el camioncito de Quiroga.

–Ahí va Quiroga –dijo uno.

Perdióse el camioncito en la recta de cemento y quedamos nosotros, mientras preparaban el almuerzo, en aquella etapa, charlando de esos temas que desenvainan las gentes de nuestro oficio cuando puede opinar en libertad y se encuentran a gusto entre hombres que también opinan sin eufemismos o temores. Cuando salimos pedimos a los conductores de los autos que apuraran un poco. El almuerzo se había estirado más de lo previsto. La ceremonia en el Parque Rodó –ya que la cabeza de Erzia con las cenizas de Horacio Quiroga iba a estar toda esa noche en el quiosco de la música del Parque Rodó–, estaba fijada para las 18. No quedaba mucho tiempo. Y en todos nosotros estaba la idea del impostergable baño. Comenzamos a andar y a meterle de firme a la marcha. Así lo decían las agujas de los cuentakilómetros. De repente, uno preguntó por Quiroga. Quiroga –lo tratábamos como a un compañero más de la excursión–, ya debía haber

¹²⁹ Ferreiro compendia al extremo lo sucedido en Colonia al arribar los restos de Quiroga, que venían en el vapor llamado Viena. Cabe destacar, que antes de que el coche fúnebre marchara hacia Montevideo, hubo un acto en la Municipalidad de Colonia donde se exhibió la urna al público, y al que asistieron estudiantes, profesores y personalidades de la cultura. Frente a la urna, por cierto, la profesora Luz Riverós pronunció unas palabras en nombre del Liceo de Colonia. El discurso puede leerse en esta compilación textual.

quedado atrás. Se comenzó a opinar sobre si lo habíamos pasado o no. Hubo que consultar al *chauffeur*, que dijo que estaba seguro de que el camión no había sido alcanzado. No sé por qué, pero sentí la sensación de que algo pasaba con Quiroga. Algo grave, de lo que Quiroga sería víctima en primer término. ¡Y con lo que habíamos resuelto cuidarlo! Desde aquella vendita de estaña todo era solicitud para el gran maestro. Se acabaron las conversaciones, una idea predominante nos obsedía a todos. –¿Dónde estaba Quiroga? Apure, che... Pero el coche corría peligrosamente a ciento veinte. Y el camioncito no se concretaba. Y ya estaba la mansa placidez del Santa Lucía a la vista. Y el brusco hamacarse del coche nos dijo que habíamos penetrado en el puente. Estábamos en Montevideo. En Montevideo y sin Quiroga, al que habíamos ido a buscar expresamente.¹³⁰

III

Tres planas como esta hemos redactado para contar ciertas peripecias que nos ocurrieron al traer a Montevideo y llevar luego a Salto las cenizas de Horacio Quiroga. Debemos al lector una pequeña explicación. Somos enemigos de «regar», que en lenguaje de redacción se llama a la extensión desmesurada de un artículo. Somos, nuestros amigos lo saben y lo comprueban, enemigos acérrimos de la lata y del latero. Nunca aprendimos el «blá, blá, blá» para evitar conversaciones con algunos diplomáticos o «intelectuales» que se hacen amigos y adulones de esos diplomáticos, reconociéndoles un plus de «intelectualidad», en mérito a esa misma calidad cancilleresca; gentes que, con el cuento de la cultura,

¹³⁰ Enrique Amorim le baja el perfil a esta historia que, según indica en un texto posterior: «se hizo famosa. Tan famosa, que reducido a cenizas, cuando ya venía a nuestra ciudad natal, esa trayectoria era motivo de exaltación y disparate. Voy a contar el hecho nimio: El furgón que portaba la urna iba a la cabeza del grupo de automóviles, desde Colonia a Montevideo. Porque el chofer tomó una calle menos frecuentada por vehículos para llegar al Parque Rodó, se suscitaron variados comentarios. Desde luego que se tejía la aureola misteriosa del escritor. El querido y recordado Ferreiro exageró el accidente. A él Le gustaba inventar leyendas. Mi intención es terminar con ellas y explicar las cosas con claridad quiroguiana, porque su memoria se lo merece» (Amorim, 1983, p. 43).

se comen unos sándwiches y unos saladitos de La Liguria o de La Americana en los suntuosos comedores de las legaciones o de las embajadas. Lo que teníamos que contar de la venida de Quiroga no podíamos compendiarlo de otro modo. Esta plana es la tercera que hacemos. A los que han seguido este folletón –ya lo habrán notado–, tornamos a asegurarles que todo ocurrió así y que está referido con el mínimum de palabras. Y hecha esta necesaria declaración, volvamos al puente de la Barra, al que estamos entrando en pos de las cenizas de Quiroga que, juntamente con el camioncito de la funeraria coloniense que las portaba, han desaparecido como por arte de encantamiento.

Perplejidad

Pasamos el puente, entramos en el pueblo de Santiago Vázquez, seguimos por la carretera hacia el centro, dejamos atrás el Bajo de los Mudos, llegamos al Camino de las Tropas, estábamos en los comienzos de La Teja, un auto atrás de otro, sin rastro ni siquiera señal de aproximación del camioncito de Quiroga, al que no veíamos desde que pasó frente a La Boyada, mitad de camino entre la ciudad de Colonia y Montevideo. La preocupación se generalizó. Hicimos detener la marcha, se acercaron los otros dos coches y celebramos, en plena carretera, una especie de conferencia previa. La pregunta: *¿Dónde está Quiroga?* estaba en todos. Y nadie podía darse contestación satisfactoria. Volvimos a los coches, tomamos por Agraciada, Sierra, Jackson, al Parque Rodó.

El Parque Rodó, por las inmediaciones del quiosco de la música, el que nos regaló la colonia alemana del Uruguay cuando el centenario del 30, era un mar de gentes. Hacía un calor bochornoso, no obstante la proximidad de la noche. Era 1º de marzo de 1937. Lo dispuesto por el gobierno era velar a Quiroga en el Parque Rodó toda esa noche y al otro día, a las ocho de la mañana, salir para Salto en un vagón de los ferrocarriles del Estado; en uno de aquellos que llamaban Águila Blanca, de los primeros americanos que vinieron a sustituir a unos coches europeos que todavía usaban miriñaque. Nosotros dejamos los autos un poco apartados del paraje y nos aproximamos con la esperanza de averiguar alguna cosa. Las gentes manifestaban su impaciencia con miradas en todo sentido y

murmullo sostenido de comentarios. Los vendedores de diarios hendían aquella multitud repartiendo los periódicos; y los faroles del alumbrado público comenzaron a encenderse por sectores.

Frente al quiosco, hasta el camino, la policía contenía a los curiosos por medio de cordones de acero trenzado. Había, pues, un enorme trecho baldío por el que se podía contemplar la imponente del quiosco, iluminado por las teas que sostenían los bomberos en traje de gala, al tiempo que por las escalerillas y la plataforma del mismo, bullían los invitados especiales, vestidos de ceremonia. Ministros de Estado, el embajador argentino, algunos diputados, militares, lo que se llama «altos funcionarios» y los colados de siempre, inatajable cardumen que todavía sigue participando de los mejores lugares en cuanto tablado oficial se levanta por la ciudad. Poco a poco, esperando que Quiroga apareciera antes de nuestra llegada al quiosco, subimos algunos peldaños de la escalinata del quiosco.

—¿Dónde está Quiroga?—, nos preguntó a Amorim y a mí, al pasar a su lado el Ministro de Instrucción Pública. Nosotros sabíamos tanto como él sobre el paradero de las cenizas de Quiroga. En voz baja y tratando de que el embajador no se enterara de nuestra conversación le referimos al ministro las últimas noticias que teníamos acerca de las cenizas de Quiroga. Las habíamos visto pasar por La Boyada...

—¿Y? ..., interrogó ansiosamente.

—Y... No las hemos vuelto a encontrar —le confesamos.

Un ligero subir y bajar del pie demostraba la impaciencia del secretario de Estado.

—Pero... ¡habrá que encontrarlo!, —exclamó repentinamente.

—Y, en eso andamos, ministro —le respondimos.

El aviso

Entramos al restaurante El Retiro y nos pusimos al habla con la Jefatura. Ante la extrañeza de quien nos atendía le informamos que se nos había perdido un muerto que traíamos de Colonia para Montevideo.

—¿Cómo dice?...

Tornamos a explicar lo del camión, lo de las cenizas, lo del velatorio en el Parque Rodó, lo del escritor, lo del gobierno.

Hubo un momento, cuando empezaba la indagatoria del otro lado, que temimos que nos pidieran un retrato del extraviado. Cosa que no ocurrió, asegurándonos que se harían las averiguaciones del caso y que en cuanto se supiera algo nos avisarían al mismo restaurante del cual hablábamos. Resolvimos volver al quiosco para dar cuenta de que las gestiones ya estaban encaminadas y, por las dudas de que algo llegara a saberse, fuimos hasta donde estaba Manolo de Castro para pedirle que sirviera de oficial de enlace. Manolo estaba de pie, con una servilleta tendida sobre una rama de árbol, haciendo unos «naturales» que, por la seriedad de nuestra misión en aquellos instantes, no se llevó los «¡olé!» que merecían.

Por el camino principal, el que estaba abierto frente al quiosco, Amorim y yo fuimos andando. Los que estaban contra el alambre policial notaron que algo teníamos que ver con aquella tardanza. Que, por lo menos, éramos gente enterada del por qué de la demora. Lo colegían por las idas y venidas un tanto apresuradas y por la impaciencia a bordo del quiosco cada vez que Amorim y yo aparecíamos por el sendero. En medio de aquello cayeron las ocho campanadas expedidas por el reloj del Asilo. Algo tenía que haberle ocurrido al camioncito. Pero ¿y cómo no lo habíamos visto en el camino? Chocado, roto, descompuesto, voleado, pinchado, lo que fuera, tenía que haber quedado a la vera de la carretera. Era imposible que se nos hubiese ocultado, ya que desde que notamos su extraña desaparición, durante los esfuerzos que hicimos por darle alcance, íbamos todos revisando cuidadosamente la carretera en toda su rectitud. Desde lejos, apenas despuntábamos una loma, repasábamos todos los objetos que quedaban a nuestra vista sobre la blanca lista del sube y baja del cemento. Y a las ocho, sucedieron las

nueve. Nada de nada. Ni siquiera por el lado policial. La situación iba tornándose por momentos embarazosa e inexplicable.

—Estas son cosas que siempre hace Quiroga... —dijo alguien que conocía bien sus costumbres. Parece ser que cuando Quiroga iba a algún lugar, ya en Misiones ya en las cercanías de Buenos Aires, los que se apresuraban a salir a su encuentro, para disfrutar de la compañía del escritor, eran objeto de la broma que consistía en entrar por los lugares menos previstos por los buenos vecinos amigos suyos. De manera que les hacía esperar algunas horas o andar de acá para allá —como estamos andando nosotros en este momento—, avizorándolo todo y tratando de dar de una vez por todas con el visitante que gastaba tal género de bromas.

Aparición de Quiroga

Las conversaciones no podían encauzarse. Cualquier tema era absorbido por el de la expectación. Con los que no se habían ido a su alojamiento, formamos una rueda lejos del tren oficial del tablado de la música y quedamos a la expectativa, todo ojos, hacia el camino, esa avenida Antonio María Rodríguez —el hombre que inventó las jubilaciones en este país de jubilados—, por dónde, necesariamente, tendría que avanzar, si es que todavía tenía ruedas y decoro de automóvil, el camioncito al que en Colonia confiaran la conducción hasta Montevideo de las cenizas de Quiroga.

De repente, como por arte de brujo, tal como si del cielo hubiera descendido con paracaídas, como un tanquecito de una división blindada de aerotransportamiento, el camión de Colonia, el forcito de bigote de la funeraria coloniense, el que rengueaba como la cucaracha musical de la canción mexicana, estaba parado delante del camino que unía la avenida Rodríguez con el quiosco de la música. Allí, al alcance de nuestras miradas. Y de nuestras manos, en cuanto un poco apresurados atravesamos la distancia que nos separaba del vehículo. Los dos hombres que le tripulaban ya habían bajado del comando del endeble cochecito. Estaban detrás del mismo abriendo las dos hojas de la puerta del furgón. Amorim y yo nos precipitamos en el ansia de extraer la cabeza de Erzia, incrustada en el cual venía la copa con las cenizas de Horacio Quiroga. La cabeza estaba en el piso del camioncito y uno de los hombres la arrastró hasta el borde de las puertas. Allí nos la confió a nosotros. En el entusiasmo por terminar de una vez con todo aquello, Amorim y yo cargamos la cabeza...

Nunca y eso que hemos vivido algunos años, habíamos levantado un peso semejante. Hemos acarreado ataúdes en los cementerios, hemos levantado desmayadas de peso pesado, hemos luchado denodadamente con las cortinas de sube y baja de las ventanas de la arquitectura contemporánea. Pero hacer fuerza como tuvimos que hacer en la prima noche del primero de marzo de mil novecientos treinta y siete, a las nueve y diez, en uno de los senderos del parque Rodó, nunca.

Pasito a pasito, caminando de costado, dándonos el frente uno al otro –la cabeza en medio de los dos–, transportamos la talla de Erzia desde el camioncito hasta el quiosco. ¿Cómo? No lo sabremos nunca. Aquello, tal vez sumado al viaje o a la tensión nerviosa, o a algún otro factor que nunca analizamos nos tiraba había abajo. Nos obligaba a emplear una energía como nunca supusimos que la tuviéramos. De haber terminado allí nuestra carrera para changadores, hubiéramos sacado tres limpios muy buenos por más exigente que hubiera estado el jurado examinador. Y paralelo a aquel esfuerzo –que nuestra admiración por él no puede reprocharle al inmenso narrador–, caminaba nuestro asombro. Las gentes, sobre todo las mujeres, nos miraban y se persignaban a nuestro paso. Era un vivísimo correr de manos por sobre los pechos y los rostros contenidos por unos vigilantes que nos hacían reverentes venias, mientras con la izquierda mantenían la tensión del hilo que detenía a aquella muchedumbre que la espera y la curiosidad habían acrecido prodigiosamente. ¡Por fin llegamos! Tres forzudos bomberos tomaron aquella carga en la escalinata del quiosco, y con la ayuda de otros, la instalaron en un momento en lo alto del túmulo levantado. Redoblóse la guardia de hachones encendidos y la gente comenzó a discurrir por frente a aquello, mientras las autoridades se iban retirando poco a poco, luego de tan grande espera. Los hombres del camioncito nos explicaron: la policía los encontró por el Prado, dando vueltas, preguntando por un velatorio. Alguien, en Colonia, confundió los paseos y les indicó uno por otro. Y para llegar antes, habían cortado por un camino ignorado por nosotros, perdiéndose...

Hacia el Salto

Nosotros nos fuimos para casa. Al otro día nos encontramos en la estación Central. Al poco rato partía el vagón. Quiroga iba delante, de copiloto, sobre un pedestal de firme madera, mirando, muy cerca del parabrisas el venirse vertiginoso de los durmientes. En las capitales departamentales y en algunas ciudades importantes, algunas escuelas estaban formadas en los andenes. Había estaciones en que el vagón se detenía. Había tímidos saludos y enorme curiosidad en los ojos de los niños, a los que les habían dicho que allí llevaban a un hombre

quemado. En otras estaciones, el vagón pasaba a todo escape, dejando en los ojos un torbellino de colores, tinta de afiches, marrón de bancos y maderas, rayas de banderas, borrosas hiladas de guardapolvos, tierra y altibajos en la vira temblequeante de corbatas azules. En una de esas estaciones, en que el *mótorman* no iba a parar y le avisaron de pronto que detuviera la marcha; la frenada obligó a Quiroga a hacer una profunda reverencia. Tan profunda reverencia. que rompió el cristal delantero del vagón con el impacto frontal. Así comenzó Horacio Quiroga a tomar de nuevo el aire de su patria.

Por el vidrio roto le entraba un ciclón que removía sus barbas de algarrobo y le achicaba aún más los ojitos captadores y niveladores a un tiempo mismo. Así llegamos a Salto, almorzando y bebiendo en un viaje interminable, más penoso aún por el calamitoso estado de las vías en el tramo noroeste del recorrido. Así llegamos a Salto. Y de la estación, en una apoteosis de público, en que primaron los estudiantes, llevamos todos a Quiroga, por la calle, en medio de un rumor implacable, hasta el liceo Ossimani y Llerena. Allí lo tuvimos en la sala principal hasta la noche. Y a las 12, como él quería, con una impresionante cantidad de gente, se movió aquel inolvidable. Lo enterramos a las 12 de la noche. La incompreensión hizo que la talla de Erzia fuera metida en un nicho y en ese nicho estuvo, soportando la humedad y el abandono, durante unos años. La fortaleza del material o el destino de Quiroga salvaron la talla de su destrucción. Ahora está en un sitio digno; porque Quiroga no es para cementerios. Quiroga, ancla de ceniza, ha fondeado para siempre, en su solar nativo, tras una azarosa e inmortal navegación de altura.

Algunos recuerdos personales¹³¹

Enrique Espinoza¹³²

La muerte de Horacio Quiroga, el gran cuentista de la selva argentina, me ha conmovido profundamente no solo porque fue mi amigo y maestro durante cerca de veinte años –la mitad de mi vida, casi–, sino porque encarnaba como ningún otro escritor de mi país, la más genuina expresión de una época en cuyo caso había de nacer una estrella.

En el último número de *Atenea* he tratado de fijar rápidamente la trayectoria de Quiroga en el campo de las letras americanas.¹³³ Aquí me propongo completar aquella imagen con algunos recuerdos personales que expliquen la espontánea adhesión que le brindamos algunos jóvenes porteños a su paso meteórico por Buenos Aires. Pensaba en llamar estos recuerdos, con ayuda de Hudson, *Allí cerca y hace poco tiempo*, guardando, naturalmente, las distancias en todo sentido, desde el título.¹³⁴ Pero el lejano precursor de Quiroga en nuestra tierra aun no ha alcanzado por la valla de su idioma, el eco legendario imprescindible para hacer evidente, asimismo, entre nosotros, el dejo poético más inmediato de la alusión.

Una espesa leyenda de contornos trágicos rodea por otra parte la figura de Quiroga desde antiguo. Sin duda, fue la suya una existencia atormentada como la

¹³¹ Publicado en *Sech* [Revista de la Sociedad de Escritores de Chile], Santiago, N° 4, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga]

¹³² Seudónimo de Samuel Glusberg (Kischiniev, Rusia, 25 de julio de 1898 - Buenos Aires, 23 de octubre de 1987).

¹³³ Espinoza, Enrique. «Trayectoria de Horacio Quiroga», publicado originalmente en *Atenea*, Concepción (Chile), Año 14, N° 140, febrero 1937, pp. 127-38, y luego en *Repertorio Americano*, San José (Costa Rica), Año 18, N° 19, 15/V/1937, pp. 296 y 302. Posteriormente Glusberg publica una versión aumentada y final de este trabajo, bajo el mismo título: *Trayectoria de Horacio Quiroga*, Buenos Aires, Babel, 1980.

¹³⁴ El título que sugiere es una parodia al de la obra de Guillermo Enrique Hudson: *Allá lejos y hace tiempo* (1918).

de todos los hombres libres de nuestros días; pero esclarecida también por largos respiros de salud en plena naturaleza y muchos años de convivencia fraternal con sus amigos y discípulos en los refugios más soportables de la gran ciudad.

Por tanto, su vida no es menos aleccionada que su obra y creo que vale la pena evocarla en este homenaje tal cual se me ha presentado a la memoria en la hora de su muerte. Rota, desde luego, en pedazos y confundidos sus episodios más salientes; pero fáciles de ordenar, después de todo en sus líneas fundamentales, como ese *puzzle* periodístico que coincide a veces con la figura de un hombre del otro lado... Por el hombre puede reconstruirse hasta el mismo Universo.

Mi primer arrimo a Quiroga data de 1918, es decir, del año siguiente a la publicación de sus *Cuentos de amor de locura y de muerte*. Quiroga estaba entonces por llegar a la cuarentena, y yo por cumplir recién los veinte. Momento crucial, sin duda, y único porque el desdoblamiento progresivo de nuestras vidas empezó enseguida, acercándonos cada vez más y más.

Desde mucho antes, naturalmente, conocía yo algunos cuentos de Quiroga; y, como aprendiz de literato ya que no como estudiante de Letras pues solo los escritores clásicos entraban en nuestro Colegio, hasta tenía oído algo respecto de su carácter. Orgulloso inabordable, extraño, era lo menos que se decía o murmuraba en las mesas de café. Con todo, a título de flamante director de una futura revista que había de alcanzar más de cincuenta cuadernos consecutivos, no resistí a la tentación de solicitarle un cuento olvidado, y con tal motivo me fui una tarde a verlo a la redacción de *Caras y Caretas* en compañía de mi amigo José Feder, muerto pocos años más tarde trágicamente como algunos de sus personajes.

Tengo bien presente en la memoria aquella entrevista inicial. Quiroga se hallaba sentado a una mesa escritorio en la oficina de don Luis Pardo, de grata memoria siempre. Nos llamó la atención de entrada la dulzura de sus ojos claros en abierto contraste con su barba negra y sus facciones más bien duras cuando no las aflojaba en sonrisa cabal. Pronto olvidamos en su presencia cuánto habíamos oído acerca de su carácter y le expusimos con toda naturalidad el propósito de la visita. Nuestro hombre, tras de escucharnos atentamente se mostró reconocido a aquella

solicitud, y con pocas y cortantes palabras hizo la felicidad de los dos jóvenes, comprometiéndose a entregarles para *América* una versión corregida de su cuento *Los perseguidos*, que había agregado a manera de apéndice a su *Historia de amor turbio*, en 1908.¹³⁵ Nos retiramos contentísimos y con la seguridad absoluta de haber dado con un escritor incapaz de faltar a su palabra; un hombre como no habíamos conocido otro hasta entonces ni conoceríamos después.

A los pocos días Quiroga llegaba en efecto a preguntar por mí a cierta revista donde teníamos nuestra redacción, con un ejemplar de su *Historia de un amor turbio*, copiosamente corregido en sus últimas treinta páginas. Aquella vez salimos juntos y conversamos mucho más largo en un café japonés de la calle Reconquista, cuyo nombre en este barrio de sainete, parecía más bien turco, pues no era otro que *Satuma*. Quiroga me habló con harta displicencia de su viejo libro, completamente agotado y, sin embargo, poco menos que inédito. Y al respecto hizo un recuerdo muy gracioso de lo que le había pasado una década antes con un librero de la calle Florida, encargado de su venta y distribución. Al hacerle el recuento de los ejemplares salidos después de un año, el librero se encontró con ocho más de los quinientos que le había remitido el impresor...

Unos meses después, tras dos o tres nuevos encuentros con Quiroga, tuve la suerte de hallar en un boliche de la misma calle Reconquista un ejemplar de su primer libro de cuentos, *El crimen del otro*, completando así mi conocimiento del escritor, al mismo tiempo que el del hombre, pues ya éramos amigos a pesar de que el cuaderno de *Los perseguidos* tardaría aún varios meses en aparecer.

Al revés de los presuntuosos literatos que había conocido hasta entonces –en primer término, unos poetillas que trataron de aprovechar mi entusiasmo juvenil para convertirme enfáticamente en el editor (¡mi editor!) de sus pomposos libritos de papel en blanco con algunos versos– Quiroga hizo de mí desde un principio su compañero más reciente. Y con la misma generosidad con que había procedido

¹³⁵ En efecto, una versión corregida de *Los perseguidos* se publicó en Ed. Selectas América, Buenos Aires, 1920, según consta en: *Horacio Quiroga. Repertorio bibliográfico anotado 1897-1971*, realizado por Walter Rela, Buenos Aires, Casa Pardo, 1972.

también conmigo, ocupándose de colocar a buen precio mis primeros cuentos y estimulándome con su amistad y con su ejemplo. En tal sentido, cabe recordar aquí una extraordinaria carta abierta que le dirigió a Benito Lynch, sin conocerlo, desde Misiones a la publicación de *Los caranchos de La Florida* en 1916.

Nada le satisfacía, en verdad, tanto a Quiroga como el asomo de un nuevo compañero en el campo de la narrativa auténtica. Se había pasado demasiado tiempo solo, y estaba deseoso de hallar compañía. Así en público o en privado no dejaba de saludar la aparición de los nuevos con íntimo regocijo que no siempre le fue retribuido.

Por mi parte, recuerdo que a poco de publicarse en volumen los deliciosos *Cuentos de la selva* que Quiroga había compuesto para sus propios niños, y que llamaron mucho mi atención desde que Enrique Banchs adelantara uno en su revista didáctica, yo le llevé a Arturo Cancela para el naciente Suplemento de *La Nación* su magnífico «Juan Darién»,¹³⁶ el tigre, que por una curiosa coincidencia apareció en el preciso momento en que los franceses más belicosos adoraban a un primer ministro así apodado por su fiereza.

Este cuento para grandes que también pueden leer con deleite los chicos, no tenía, por cierto, nada que hacer con la fanfarrona política de posguerra; pero sí con la más profunda de la civilización cristiana en su conjunto. La prueba está en que Quiroga no se apresuró a incluirlo en su libro *El Salvaje* del año siguiente, ni en el que publicó dos años después bajo el título de *Anaconda*, sino al final de sus bravíos apólogos sociales de *El desierto*, en 1924.

Sin embargo, por aquel tiempo, era frecuente oír llamar a su autor, como es costumbre en todas partes, por el título del primero de estos libros: *El Salvaje*. Y eso entre los cuentos de dicho volumen figuraban «Los cementerios belgas» y «Los inmigrantes»; «Estefanía» y «Lucía Strindberg»; y hasta un «Cuadrivio laico» de carácter evangélico.

¹³⁶ El cuento de Quiroga «Juan Darién» fue publicado el 25/IV/1920 en *La Nación*, Buenos Aires, p. 2 (Rela, 1972).

Diversas eran, asimismo, las gentes que se acercaban espontáneamente a Quiroga como lo habíamos hecho mi compañero Feder y yo. Los motivos eran también distintos. A muchos los atraía su moderno sentido del cine como arte de expresión humana; a otros su fabulosa comprensión de la vida animal tan a flor de piel en muchas naturalezas; y a todos su poderosa personalidad de escritor consciente y libre como no había otro entonces en la Argentina ni lo hay ahora.

Entre sus amigos ocasionales de aquel tiempo quiero recordar en primer término a un muchacho [Hipólito] Etchebéhère, del grupo universitario *Insurrexit*, que estuvo a punto de filmar un argumento cinematográfico de Quiroga, titulado *La Jangada Florida*, de ambiente misionero, por supuesto.¹³⁷ Este se fue más tarde con su novia Mica Feldman a París, y nada supimos de él hasta el año pasado en que cayó como un héroe al frente de una columna motorizada en la defensa de Madrid. En *Insurrexit* recuerdo que Quiroga publicó por entonces cierta indignada historia de un perro ciudadano bajo el título de «La fiera de lujo».¹³⁸

¹³⁷ El guion en cuestión, que jamás fue llevado a la pantalla, fue publicado por primera vez en la revista *Fuentes*, Montevideo, año I, N° 1, agosto 1961, por Arturo Sergio Visca. Para observar un ordenamiento cronológico detallado de las notas cinematográficas escritas por Quiroga, publicadas en las revistas porteñas *El Hogar*, *Caras y Caretas*, *Atlántida*, *Mundo Argentino*, *El Monitor de la Educación Común* y el diario *La Nación*, desde 1918 hasta 1931, véase el apartado de anexos en Ferreira y González Estévez (2014). A su vez, el investigador Alejandro Ferrari (2021) ubicó e incorporó a este corpus una nueva pieza que puede considerarse inicial dentro de la producción del autor: «El Teatro Mudo: elogio del cinematógrafo», publicada el 16 de mayo de 1917, en el N° 332 de la revista *Mundo Argentino*.

¹³⁸ Al parecer, dos colaboraciones de Quiroga fueron publicadas en *Insurrexit*, Buenos Aires, a saber: «El despertar» y «La fiera de lujo», (Tarcus, 2000). En el caso del primer texto hay unanimidad –entre sus principales críticos– en que este habría sido publicado el 9/X/1920. (Boule, 1965; Rela, 1972; Rocca, 2007); en cuanto al segundo cuento, todo lo contrario. Rela y Rocca no lo consignan en sus repertorios bibliográficos, en cambio Boule sí, pero sin determinar la fecha o el año de publicación, dato que posteriormente mantiene en sus rectificaciones a la *Cronología de las obras de Horacio Quiroga*, en: *Bulletin Hispanique*, 1999, pp. 275-280.

Una curiosa tertulia sobrevivía aun por el año 20 en el famoso [café] Aue's Keller de Rubén Darío. Quiroga gustaba llevar a ella a sus amigos y discípulos porque, urge decirlo, bajo su influencia la narrativa argentina alcanzó un auge desconocido por los demás géneros literarios. Después de la aparición de *Anaconda* establecióse una fraternidad viril en torno del maestro. El ejemplo de su labor concienzuda, sin prisa ni tregua, decidía el rumbo de muchas vocaciones juveniles. En la peña de don Luis Pardo los cuentistas fueron pronto mayoría. Pero la amistad de Quiroga con sus compañeros no era puramente literaria. Todos conocíamos el camino de su casa a la que nos llevaba muchas veces en su propia moto. Porque el ciclismo que había sido el *hobby* de su juventud, se había convertido con los años en una verdadera pasión por la velocidad en todas sus formas. En esto Quiroga era modernísimo y así como en Misiones aplicaba a la canoa cortada por el mismo un motorcito eléctrico, en la ciudad soñaba con los ojos abiertos en aplicar la técnica del cine a su literatura que, por lo demás, gustaba ofrecernos encuadernada con pasmosa rapidez en el propio taller de su casa. Muchos tenemos un ejemplar de *Anaconda* encuadernado por su autor en la propia piel de la víctima.

Nuestra misma hermandad acabó por llamarse *Anaconda* y en más de una ocasión nos pasábamos todo el día juntos. Los pretextos eran de los más variados: desde el juego a la pelota vasca en un frontón de la calle Rivadavia, por la mañana hasta la imprescindible necesidad de oír música de cámara por la noche. Durante varias temporadas fuimos al efecto, socios colectivos de La Wagneriana. Allá nos encontrábamos regularmente con nuestros familiares, que desde luego compartían nuestra admiración por *El salvaje*...

En casa Quiroga era una figura familiar y muchas veces gustaba acompañarnos a los pintorescos casamientos judíos, en medio de cuyo boato oriental no dejaba de llamar la atención como un probable sefardí de ojos claros. De esta experiencia

íntima nació por aquella época la sustancia de «Don Horacio Quiroga, mi padre» que incluí en mi libro *La Levita Gris* a él dedicado, íntegramente.¹³⁹

La hermandad anacóndica merece ser historiada en extenso, pues a ella pertenecieron numerosas artistas de mérito en la pintura y las letras; pero quede esto para el libro que alguna vez escribiré sobre Quiroga y sus contemporáneos. Seguramente, las memorias de muchos de ellos, me ayudarán en la tarea de reconstruir aquel medio. Por ahora solo quiero trazar una imagen exacta del hombre muerto. Y dentro de las mismas dimensiones que él se imponía en sus cuentos.

Cuando a principios de 1924, Quiroga se volvió por una larga temporada a Misiones, varios de sus amigos prometieron ir a visitarlo; pero yo fui el único que lo hizo en el mes de julio, respondiendo a una cordialísima invitación del maestro que, entre otras cosas, me decía: *Venga a ver florecer los lapachos y a olvidarse durante algunas semanas que existen los periódicos.*

En su casa de San Ignacio conocí a Quiroga en su verdadero ambiente, y pude darme cuenta de la estrecha relación que había entre su vida y su arte. *El desierto* que acababa de aparecer bajo mis cuidados en Buenos Aires, era una maravillosa síntesis del país, de la casa y de mi huésped hasta más allá de donde podía sospecharlo cualquier inadvertido lector de historias impresionantes. El río, el monte, la lluvia, los hombres y las bestias, todos los elementos de la narrativa quiroguiana, se me hicieron familiares durante aquel mes inolvidable que pasé entre los suyos. Y, cuando al año siguiente volví a encontrar ese mundo en los siete cuentos parejos de *Los desterrados*, comprendí en toda su profundidad el don creativo de su pluma. Por eso en 1926, con motivo de la publicación de este libro y las bodas de plata de Quiroga con la literatura, me impuse la tarea por

¹³⁹ Espinoza, Enrique. *La levita gris. Cuentos judíos de ambiente porteño*. Buenos Aires, Babel, 1924. El cuento al que se hace referencia y que integra ese libro, también fue publicado después en la revista *Mundo Uruguayo*, Montevideo, año 31, N° 1.598, 8/XII/1949.

demás grata de reeditar sus mejores libros y dedicarle una entrega extraordinaria de la revista *Babel*.¹⁴⁰

El hombre había vuelto, entretanto, a Misiones para instalarse en un modesto bungalow de un pueblecito de los alrededores de Buenos Aires, llamado Vicente López.¹⁴¹ La hermandad anacóndica fue pronto rehecha y hasta acrecentada con algunos nuevos compañeros. Los domingos nos juntábamos muy temprano en el Retiro para llegar en malón hasta el chalet de Vicente López, cuyo *hall* Quiroga había decorado fantásticamente con algunos cueros de víbora, una caparazón de tortuga aplicada a modo de pantalla sobre una luz eléctrica, y numerosos bichos prehistóricos modelados en barro por el mismo dueño, además de dos o tres auténticos animales de monte que asomaban sus hocicos cuando uno menos lo esperaba. En el jardín o quinta de esta casa solíamos celebrar nuestras comilonas dominicales, y cierta vez Gerchunoff hizo de cocinero, la fama de sus patos prensados trascendió a *Crítica*.

Estas expansiones anacóndicas no excluían de cuando en cuando otras más amplias en Buenos Aires. Por iniciativa de Quiroga, que hizo las circulares de su puño y letra, dos o tres generaciones de cuentistas haciendo un alto en lo más arduo de la absurda lucha de edades, fuimos un día a Lomas de Zamora para celebrar a don Roberto Payró con motivo de su vigésimo quinto aniversario de su ya clásico *Casamiento de Laucha*. Quiroga, si mal no recuerdo, habló aquella vez, haciendo excepción a su acostumbrado silencio o incapacidad, mejor dicho, de hacerlo en público.

¹⁴⁰ Se trata del número homenaje dedicado a Horacio Quiroga: *Babel*, Buenos Aires, N° 21, noviembre, 1926. [Colaboraron en este número: Benito Lynch, Arturo Capdevilla, Baldomero Fernández Moreno, Luis Franco, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Roberto J. Payró, Alberto Gerchunoff, entre otros].

¹⁴¹ A propósito de la estadía de Quiroga en Vicente López, vale la pena conducir al lector al artículo titulado: «Vicente López, 1927–1931», escrito por Walter Guido Weyland. Se trata de un curioso y entrañable testimonio de quien fuese su vecino en esa localidad. El artículo puede leerse en esta compilación.

En 1927 celebramos dos acontecimientos remotos, que de seguro no fueron recordados con más sentida admiración en sus países de origen. Me refiero al centenario de ese simbólico cuento de Andersen que se llama *El Patito Feo* y al del *Cancionero* de Enrique Heine. Pero la cordialidad anacóndica no necesitaba por lo general de tan alta memoria para manifestarse. Entre otros, puedo citar el caso de Ernesto Torrealba, un mozo chileno que se presentó un día a nuestra peña de vuelta de un viaje al Brasil. Ninguno de los contertulios había leído sus libros, pero a Quiroga le fue más que suficiente su interés por las letras para ofrecerle una comida en su casa de Vicente López.

Recuerdo a un místico cineasta ruso que llegó a Buenos Aires con otro compañero igualmente anónimo para hacer la gran revolución en la pantalla mejor de lo que la habían hecho Lenin y Trotsky en la realidad. Y Quiroga se embarcó con sus amigos más cercanos en una fantástica escuela de astros que años más tarde él mismo recordaba regocijado en una divertida crónica de *La Nación*.¹⁴²

Contrariamente a la imagen difundida por los gacetilleros anónimos de un Kipling huraño y agresivo, Quiroga era un hombre tierno y cordial, aunque sin efusiones palabreras de algunos escritores que proceden por cálculo. No hay iniciativa societaria o gremial de aquellos años a [la] que su nombre no aparezca ligado directamente. Así la primera Exposición nacional del libro realizada en el teatro Cervantes y la Sociedad Argentina de Escritores que salió de ella.

Fue uno de los más frecuentes colaboradores de *La vida literaria*, y en sus páginas quedan muchos testimonios particularmente reveladores de su libertad de espíritu, como esas nobles palabras que escribió en defensa de los escritores rusos o en la muerte de José Carlos Mariátegui.¹⁴³

¹⁴² Se trata de la crónica-relato: «Escuela Normal de Cinematógrafo», publicada en *La Nación*, Buenos Aires, 2/VIII/1931.

¹⁴³ Se refiere al artículo que Quiroga dedicó a José Carlos Mariátegui con motivo de su fallecimiento, el 16 de abril de 1930, titulado: «Homenaje a Mariátegui», y publicado en *La vida literaria*, Buenos Aires, año 2, mayo, 1930; posteriormente fue reproducido en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 14/VI/1930, p. 165.

Waldo Frank que en su primer viaje a Buenos Aires fue a parar a una casa de Vicente López próxima a la de Quiroga, ha tenido por esta circunstancia muchas ocasiones de tratarlo íntimamente. De ahí que viera con la lucidez que lo caracteriza, hasta donde la comparación con Kipling era tan superficial referida a su obra como a su vida.

Después de la publicación de *Pasado amor*,¹⁴⁴ su única novela del país de la yerba, ilustrada con numerosas maderas de Giambiaggi, un pintor de la selva que se pasó muchos años con Quiroga en Misiones, la vida del maestro que acababa de salir de su larga viudez, se hizo difícil en Buenos Aires, y por eso no tardó en volver con su familia a San Ignacio.

Un balance de sus ganancias como escritor de cuentos durante treinta años llevado a cabo por él mismo entonces, arroja la exigua suma de doce mil nacionales por todo. Ningún premio de ninguna especie. Porque en la Argentina es uruguayo para el caso y en el Uruguay, argentino... hasta la hora de su muerte.

Los años de la estabilización capitalista y sus pasajera *prosperity* habían pasado para él sin más éxito que el cobro de unos cuantos cuentos a precio de oro; pronto una abierta lucha contra la democracia se hizo sentir de arriba abajo por casi todos los países de nuestra América. Quiroga que había combatido durante más de veinticinco años estaba cansado. La crisis política era también crisis literaria. Algunos jóvenes escritores ansiosos de notoriedad se erigieron demasiado satisfechos de la propaganda indirecta que así se hacían. Quiroga, desde luego, no los tomó en serio. Por ahí recogido en el segundo volumen de *Trapalanda*, hay un finísimo artículo suyo titulado «Ante el tribunal» que refleja fielmente su estado de ánimo en aquel tiempo.¹⁴⁵ Con todo, la verdad es que tales resentidos con más retórica que capacidad de hacer las cosas mejor, envenenaron el ambiente tornándolo irrespirable con sus detonaciones. Quiroga se sintió, pues, completamente feliz a muchas leguas de distancia y con el augusto Paraná de por medio. Desde San Ignacio alcanza a publicar en la colección de [la Sociedad]

¹⁴⁴ Horacio Quiroga. *Pasado amor*. Buenos Aires, Babel, 1929.

¹⁴⁵ «Ante el tribunal», publicado en *El Hogar*, Buenos Aires, 11/IX/1931.

Amigos del Libro Rioplatense su último volumen de cuentos, que lleva el significativo título de *Más allá*. Pero la literatura le preocupa cada vez menos, y solo vuelve a ella cuando los aprietos económicos en que lo coloca el gobierno de su país natal lo obligan a ganarse otra vez la vida con la pluma. Quizás por esta circunstancia ha dejado sin corregir gran parte de su producción, entre la que hay muchas páginas que merecen los honores del libro. Carezco de noticias concretas al respecto. Durante los dos últimos años a causa de mi alejamiento de Buenos Aires cambiamos muy pocas cartas. Nuestra amistad continuaba siendo, sin embargo, inalterable, como reza su dedicatoria de *Más allá*. Yo era el más joven de sus amigos de la *guardia vieja*, y sobre ese concepto se explayaba en una de sus más recientes comunicaciones a lápiz. Cuando supe por mi hermano Óscar de su enfermedad y su internación en el Hospital de Clínicas, le escribí unas líneas a la Sala 2, Cama 16; pero no obtuve ya respuesta.

La noticia de la muerte de Quiroga, leída al azar en dos líneas de un cable de *La Nación*, a la vuelta de una página que anunciaba a seis columnas: *Ochocientos leales fueron masacrados por los moros en España*, no dejó de cortarme el aliento aquella triste mañana del sábado 20 de febrero. Mi sorpresa fue también grande al ver en la primera plana de *El Mercurio* el retrato de Quiroga por [Emilio] Centurión, y debajo de un expresivo acápite de Poe que yo mismo había elegido diez años antes para trazar en pocos rasgos su biografía, las rápidas notas de ésta atribuidas a Payró. Qué lejos esta yo de pensar cuando escribía aquellas líneas de elogio que a tan corto espacio las iba a ver reproducidas en tono de elegía...

Un impulso incontenible me sacó aquella mañana muy temprano de la casa para compartir hasta muy tarde en la noche con algunos compañeros chilenos el dolor de esta pérdida irreparable. Por primera vez quizá desde mi llegada a Santiago sentí hondamente mi ausencia, pensando que a mi regreso no lo encontraría más allá...

A la hora de sus exequias, mientras apuraba las crónicas de los primeros diarios llegados en avión de Buenos Aires, y me hacía cargo de quiénes despedirían sus restos antes de ser cremados y conducidos a Misiones, según su última voluntad,

comprendí de pronto que no dejaba de hallarme presente como un deudo entre aquellos afligidos compañeros que me habían visto tantas veces con él.

Por la noche, primera vez también en Chile, sentí deseos de hablar de Quiroga en una concentración obrera de los *Amigos de México* a favor de España. Nada más justo pensé, que hacer partícipes a estos hombres de su vida de trabajo en Misiones y referirles hasta donde sea posible en sus propios términos su testamento de «La Patria»¹⁴⁶ a fin de hacerles comprender para siempre por qué nuestras fronteras llegaban ahora hasta España. Pero temí que me faltara la voz y mi discurso se rompiera en un sollozo por todo el inmenso luto que llevaba en el corazón. Además, los diarios santiaguinos de los trabajadores no se habían hecho eco siquiera de la muerte del maestro, permitiendo así la formación de un lamentable equívoco alrededor de su nombre. Por tanto, preferí retirarme en silencio, seguro de que el pueblo no tardaría ya en describirlo por sí mismo entre los verdaderos intérpretes de su alma. Porque el gran cuentista, a pesar del regionalismo con que pretende achicarlo ahora la burguesía indigente del Uruguay, pertenece como su primer maestro, Edgar Poe, a América y al mundo.¹⁴⁷

¹⁴⁶ Hace alusión al cuento homónimo de Quiroga, cuyo título original es «La patria en la selva», publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 26/IX/1920. Fue incluido en *El desierto* (1924) bajo el título «La patria» (Rela, 1972; Rocca, 1997).

¹⁴⁷ Seguramente se refiera a Alberto Zum Felde (1888-1976), quien «[...] publicó un panorama de la evolución cultural y literaria del país: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* (1930), en tres tomos [...]. Sin embargo, en esta obra cumbre, Zum Felde –pese a que él mismo había nacido en bahía Blanca, de padres uruguayos–, se rehusó a estudiar la obra de Quiroga a partir de 1901, por considerar que desde esa fecha era propiedad exclusiva de la literatura argentina» (Rocca, 2007, p. 40). Pero incluso antes del *Proceso intelectual...* Zum Felde ya había dejado clara esa dura posición. En un artículo, el prestigioso crítico declara: «creemos que ha llegado el momento de resolvernos a suprimir el nombre de Horacio Quiroga del índice de la literatura uruguaya. [...] En efecto, Horacio Quiroga pertenece ya a la literatura argentina. Ver: «El caso de Horacio Quiroga», publicado primero en el diario *El Ideal*, Montevideo, y posteriormente en *La vida literaria*, Buenos Aires, N° 10, año I, mayo, 1929, p. 7. También es necesario mencionar que, con motivo de la aparición de *Más allá* (Buenos Aires–Montevideo,

El hombre... Con esta expresión cósmica empiezan sus mejores cuentos y el hombre –todo el hombre que fue Horacio Quiroga– es lo que se trasparenta vivamente a la vuelta de cada una de sus páginas.

Hay escritores que hacen pensar ante todo en su persona; otros que recuerdan la interminable lucha entre su retórica y la naturaleza; y otros que llegan finalmente a confundirse con la misma naturaleza en perfecta conjunción. Horacio Quiroga pertenece a estos últimos y era el primero entre los primeros.

S.A.L.R.P., 1935) –último libro de Quiroga publicado en vida–, será Zum Felde quien se haga cargo del prólogo, y en él aprovechará la oportunidad de «enmendar el juicio peligroso emitido un lustro atrás» (Rocca, 2007, p. 46).

Horacio Quiroga¹⁴⁸

César Tiempo

Cierta mañana de enero de 1937, recibí una carta de Horacio Quiroga fechada en Buenos Aires, a la que había bajado desde su latebra misionera para atenderse de una dolencia callada. *Querido amigo* –decían sus letras afiladas– *contesto ahora su última tras intento frustrado ayer a las 12 de comunicarme con usted por teléfono. Ruégole así me diga si cualquiera de estas tarde (de 15 a 0), de preferencia) podemos hallarnos donde fuese para charlar un momento y conciliar todo para vernos más largamente (en su casa, por ejemplo). Francamente ando tan fuera de mano aquí, que no sé a quién preguntar por la calle Tinogasta. Estoy aquí, en el hospital, como Lázaro a medio viaje de su cueva. Espiritualmente, desde luego. La salud, ahí va. Quedaré verosímilmente curado a medias. Cariños a su casa, gracias por sus noticias y hasta uno de estos días, que no pasen.*¹⁴⁹

Semanas más tarde, el 19 de febrero, el narrador genial de nuestra jungla se eliminaba voluntariamente con una dosis de cianuro capaz de voltear, no a un hombre sino a un dinosaurio.

El lunes último se cumplieron ocho años del doloroso acontecimiento. El más grande cuentista de nuestro idioma, el biógrafo alucinado y alucinante de *Anaconda*, el hombre que caló más hondo en las psicologías de los mensúes, de los prisioneros de la selva, de las mujeres, sin amor, se suicidaba precipitando un lento y largo proceso de hipocondría, amargado por la hostilidad –o la indiferencia, que es más amarga– de un medio que no supo concederle una

¹⁴⁸ Publicado en *Repertorio Americano* [San José de Costa Rica], año 28, T. 43, 6/XII/1947, pp. 204-205. Luego fue recogido por Tiempo en *Protagonistas*, Buenos Aires, Ed. Kraft, 1954, pp. 243-247. Casi una década después el artículo, con ligeras modificaciones, se publicó bajo el título «Horacio Quiroga, ese desconocido...», en el diario *Acción*, Montevideo, 22/VII/1962, p. 5.

¹⁴⁹ La carta data del 2/I/1937 y se reproduce completa en *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga*, Montevideo, Biblioteca Nacional. Departamento de Investigaciones, 1970, p. 49. Introducción, notas y entrevista de Arturo Sergio Visca a César Tiempo.

estación de paz para sus últimos años. La enfermedad fue un pretexto. Lo cierto fueron sus privaciones, sus dificultades, sus angustias económicas, documentadas en una correspondencia que tengo el honor –y la tristeza– de guardar.¹⁵⁰ Cierta vez recordaba Alfredo Palacios en la Cámara de Senadores, al referirse al escultor Zonza Briano, muerto en la miseria, el indecible dolor con que había visto humillarse en las antecámaras de los ministerios a los altos artistas necesitados.¹⁵¹

Intervine en no pocas gestiones tendientes a aliviar la situación del maestro. Sus colaboraciones se publicaban a regañadientes, su reposición en el consulado del Uruguay, en San Ignacio, era motivo de interminables cabildeos. Una carta del año 35, datada en Misiones, nos ofrece un cuadro de su situación y de su estado de ánimo. *Releo su carta –me dice Quiroga– y me detengo en su final, donde me desea usted salud y humor. La una, regular, mi eterno débil. Calcule que desde Montevideo no me han remitido un peso desde el 15 de junio de 1934. La jubilación parece que está a conseguirse, pero entre tanto no tengo un centavo. Siquiera manden todo lo que me deberán para entonces –si me envían a tiempo, antes que los boliches de aquí me cierren las puertas–. ¡Perra cosa que me tiene de humor negro! Y con familia.* Después de otras consideraciones referentes a mi labor literaria que no hacen ahora al caso, termina Quiroga con una mención a sus industrias de hombre de empresa con las que su fértil ingenio y su indomable energía pretendían capear el temporal. *Dios concede sumas tribulaciones al sumamente enérgico. Mis industrias, totalmente muertas por la crisis. Hasta que muera uno. Escribame cuando le venga a bien, querido Tiempo, y un buen abrazo.*¹⁵²

Fuera de los uruguayos Asdrúbal Delgado, Enrique Amorim y Alfredo Mario Ferreiro y de los argentinos Ezequiel Martínez Estrada y Santiago C. Olivan,

¹⁵⁰ Y que vieron la luz en 1970, publicadas en el volumen en la nota al pie anterior.

¹⁵¹ Alfredo Mario Ferreiro cita este y otros párrafos en su artículo «De cómo se nos perdió y encontramos a Horacio Quiroga», texto que integra esta compilación.

¹⁵² La carta en cuestión, que data del 27/IX/1935, se reproduce íntegramente en *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga* (Tiempo, 1970).

nadie se preocupó por aliviar la situación del gran escritor, inmolado a los 58 años. Una vez desaparecido, los chimangos empezaron a disputarse sus restos. Hubo discursos infinitos, monumentos, premios póstumos, peregrinaciones conmemorativas, homenajes oficiales. ¡Hojarasca irritante! Lo único de cierto es el cuadro macabro que representa al abnegado Amorim llevando sobre las rodilla la urna que contiene las cenizas del maestro desde el crematorio de la Chacarita a la Dársena Sur, y que la trepidación del automóvil amenazaba esparcir. Lo único cierto es que el más vigoroso de los narradores del continente pasó los últimos cinco meses de su vida en la estrecha habitación de un hospital, ahogándose en las noches de verano y sin disponer de un timbre para pedir que le alcanzaran un vaso de agua. Lo único cierto es que, el provenir encontrase a su mujer desarmada para la lucha por la vida, consiguió que los médicos le enseñaran la práctica de la anestesia y utilizaran sus servicios en las operaciones; ella, la esposa del autor de *Los desterrados*, de *El desierto*, de *Anaconda*, considerado a justo título el Rudyard Kipling americano, afanada en quehaceres de enfermera, mientras el marido madura la idea del holocausto.

¡Qué fácil resulta, después, hablar en representación del gobierno y reivindicar derechos de territorialidad para una gloria, arrojado a la miseria por un decreto que lo declaraba cesante el 15 de abril de 1934 por utilizar la máquina de escribir del consulado en provecho propio. (Este «propio provecho» consistió en escribir los estupendos relatos que concedieron a la literaria rioplatense categoría universal, en lugar de redactar los informes soñolientos que prescribe la deontología burocrática). *Virtualmente* —escribió Alberto Zum Felde, crítico indiscutido— *Quiroga es de los pocos, poquísimos... escritores americanos de categoría mundial. Sí, por la adversidad histórica, esta América del Sur no viviera tan al margen de la atención europea, un cuentista como Quiroga sería famoso; y sus ediciones traducidas a todos los idiomas, se sucederían por millares. Pero esta América es aún un arrabal del mundo; y la gloria de sus personalidades está tristemente limitada por el desconocimiento. No agravemos*

*el aislamiento de fuera con la apatía de centro; rindámosle nuestro pleno homenaje.*¹⁵³

Desgraciadamente ese homenaje debió ser póstumo. En junio de 1934 –más o menos por la época de la aparición del último libro de Quiroga, *Más allá*, publicado por la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense, cuya rama argentina estaba a mi cargo– me escribía Enrique Méndez Calzada, otro gran escritor sacrificado: *Actualmente mi actividad literaria está reducida a las colaboraciones que estoy obligado a enviar. Es poca cosa, como ves, pero aún eso me resulta una corvéa. La vida se está poniendo tan siniestra que todo induce al silencio. Según los Goncourt, Gautier confesaba que le aburría escribir: C`est si inutile! ¿Qué habría dicho si le hubiera tocado vivir en esta época?*

¿Tendrán algún día los escritores el lugar que se merecen en el respeto y la simpatía de sus conciudadanos, en la consideración de los editores? Casos como el de Horacio Quiroga, como el de Méndez Calzada, nos tornan cada vez más escépticos en ese sentido. Si ayer fue el autor de *Las sacrificadas* que veía rechazada su obra y padecía inenarrables vicisitudes por negarse a militar en los cuadros de la «acomodocracia», hoy es Castelnuovo o Eichelbaum y mañana serán otros, dueños de un alma que no pacta, protagonistas de un drama cuyas palabras poseen una clave que solo puede revelar el porvenir. Junto a los restos de Horacio Quiroga habló un ministro. Junto a los despojos de Herrera y Reissig habló el autor del tango *Julián*. ¿Quién tuvo más suerte?

A ocho años de su desaparición tarda en aparecer el escritor que se acerque al abrazo circular de su obra. Se lee a Faulkner, a Bromfield, a Judith Kelly, no se lee a Quiroga. Se publican las obras completas de Hugo Wast, no las de Horacio Quiroga. La pasión nacional, señaló el agudo Fiejó, es un afecto delincuente. No

¹⁵³ El artículo completo de Alberto Zum Felde fue publicado en *Uruguay*, Montevideo, «Con Horacio Quiroga desaparece una recia personalidad americana», 20/II/1937, p. 16. Dos años antes, el crítico había utilizado ese mismo texto como «Estudio preliminar» de la primera edición de *Más allá* (1935).

hay nada más dañino que el falso patriotismo, que la sobrestimación del propio país por lo que tiene de humillante para el vecino, por imponer desvaídas glorias estentóreas que se asientan sobre la irresponsabilidad de una conquista o el despojo de una libertad. Pero un escritor, un artista, enriquece la sensibilidad nacional, es una fuerza de cohesión, un vínculo fraterno. Nos sentimos honrados y orgullosos de que un Sarmiento, un Echeverría, un Alberdi, un Cambaceres, un Lucio V. López, un José Hernández, hayan nacido en la Argentina. El espíritu es la gran fuerza motriz de la humanidad. Desentraña lo perdurable de las gentes y de los paisajes en función de una realidad que no aspira a otra cosa que a crecer por dentro. Y para él, como para Martín Fierro, siempre la tierra será chica *y pudiera ser mayor...*

Arquímedes pensó, sumergido en el baño, que los cuerpos perdían peso metidos en el agua. El hombre sumergido en el sueño –la muerte es un sueño también– gana alas que le empujan hacia arriba. ¿Quién es capaz de detener el ímpetu de la raíz, del pájaro, de la correntada? La miseria que reseca la tierra, el árbol y el río, Quiroga la conoció, felizmente para todos, cuando ya nos había regalado lo mejor: su obra. El sol de los muertos ilumina ahora su nombre.

Borges conversa sobre Gerchunoff¹⁵⁴

Jorge Luis Borges

Recuerdo un viaje que hicimos juntos. Horacio Quiroga se había suicidado y resolvieron enterrarlo en el Uruguay y sus cenizas fueron llevadas a la república Oriental en un vapor y estaban incluidas en un busto del escultor ruso Erzia. Hicimos el viaje juntos. Había tres escritores orientales. Yo sigo diciendo «oriental» —al fin de todo he nacido en el año 1899 y tengo derecho a ciertos arcaísmos— y no uruguayo, que me parece una palabra muy artificial. Y había tres escritores argentinos. No sé si entre los argentinos o entre los orientales estaba otro amigo nuestro: Enrique Amorim. Fuimos a Montevideo. Nos recibió un político de cuyo nombre no quiero acordarme: Víctor Haedo. No soy muy coherente en lo que digo. Quiso que nos quedáramos un día más en Montevideo para no sé qué ceremonia oficial que no nos atraía demasiado. La verdad es que nunca las ceremonias oficiales me han atraído. Alegamos diversos compromisos. Ese señor nos dijo que la ceremonia se efectuaría al día siguiente y entonces Gerchunoff dijo, con un tono solemne —el tono solemne que él usaba para las bromas—: «Sería la primera vez que el Poder Ejecutivo dice la verdad». Y el Poder Ejecutivo era el señor Haedo que estaba escuchándonos.

¹⁵⁴ Publicado en *Figuras de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Vernácula, 1979, pp. 11-16. Se trata de un valioso fragmento donde el autor de *Ficciones* rememora por primera vez, hasta donde sabemos, el episodio del viaje a Uruguay como parte de la comitiva oficial de escritores argentinos que acompañaron los restos de Quiroga. En este viaje de repatriación participó su colega Alberto Gerchunoff (1883-1950), amigo de los dos. La anécdota también deja entrever la disconformidad de ambos con la intervención oficial del gobierno uruguayo. El texto no aparece en el volumen de *Textos recuperados 1956-1986* (2003), uno de los tomos que recoge la obra miscelánea e inédita del escritor argentino. Agradezco el aporte de este dato en particular al Profesor Pablo Rocca.

2. Discursos, semblanzas y otros textos en publicaciones periódicas

Discurso [1]¹⁵⁵

Alberto Gerchunoff

El escritor uruguayo y argentino quien comienza hoy con íntimo dolor nuestro, la posteridad en América, nos deja una obra que está por encima de las variaciones del gusto público. Horacio Quiroga pasó, sin experiencias penosas, en una transición súbita, del primer ensayo juvenil asomado bajo la sugestión cautivadora de los que entonces era la nueva poesía, al propósito maduro de ser fiel a su propio espíritu. Y su espíritu se despojó en seguida, ya renacido al brotar, de las preocupaciones de formalidad estética, para entregarse con sinceridad ardiente y silenciosa a la revelación de la vida que llevaba en sí, a esa faena barrenadora de la introspección complicada con las alucinaciones del mundo exterior.

En esto reside la magia de Horacio Quiroga. Había visto en una infinitesimal fracción de tiempo el cansancio humano, la fatiga de los seres roídos por la civilización en contraste con la prístina fuerza de la naturaleza. De esta manera, el delicado y atormentado psicólogo que podía y lograba asimilar en su creación la humanidad dislocada de Dostoievski y Maupassant, se despobló a su vez en un poeta de la selva, existencia suelta en la soledad remota de Misiones. Se le ha comparado insistentemente con Rudyard Kipling. Es, sin duda, una valoración categórica de la importancia de Horacio Quiroga. Pero ese parangón ya clásico no proviene de la semejanza de concepción y de realización, sino de una analogía más trascendente y menos visible. La originalidad de Rudyard Kipling yace en la realidad sin deformación de romanticismo europeo con que familiarizó a la sensibilidad occidental con el panorama interno del trópico, intuitivo y ahondado, no con inteligencia circunscripta de inglés, es decir, de hombre de una zona

¹⁵⁵ Palabras leídas por Gerchunoff en representación de la SADE durante la ceremonia de cremación de los restos de Quiroga en el cementerio de la Chacarita. Publicado en *Nosotros*, Buenos Aires, N° 12, año II, segunda época, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga] También en *Sech*. Revista de la sociedad de escritores de Chile, Santiago, N° 4, año I, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga]

definida de un hemisferio, sino de británico, esto es, de individuo espaciado en el universo; esa visión tuvo, dentro de su valor substancialmente diferenciado, Horacio Quiroga, por ser americano, o sea un artista sin excesiva reducción terránea, con aptitud idéntica para comprender, fuera del ámbito artificial, el terror de los misterios forestales, la historia y la ley del jaguar, de la serpiente, del insecto. Así, este narrador portentoso, este novelista sabio en el tejido de la casuística psicológica, se nos muestra en sus cuentos de la manigua misionera, con su fruición gozosa de botánico y de entomólogo, sombrío y encantador. No; su trópico no es una lámina de viajero. Es una manifestación de diversidad humana en que encontramos la profundidad de ternura, de misericordia áspera, de piedad escondida con que siempre nos asombraba y nos conmovía. Y el amor a las cosas vastas, a la intimidad de la tierra paradisíaca, le arraigó en ese lugar de Misiones donde conoció la felicidad de vivir, con humildad gloriosa, hacha en mano, a través de las picadas que abría, artesano de corazón sencillo, en la espesura sobrecogida con su presencia de creador de mitos poéticos.

Allí inventaba máquinas ingeniosas, o forjaba en la casita ya erigida a la dignidad de monumento las raras esculturas en que se complacía su habilidad de ceramista. En ese abandono pudo ser esencialmente escritor, totalmente escritor, sin que le preocupase de difusión o la no difusión de sus libros, con ese altivo desprecio por el provecho, con esa conformidad con la pobreza que debe aceptar calladamente el que escoge el oficio de escribir y que es su voto liberador de castidad.

Ya no lo veremos más en aquel bosque que fue su rincón de refugio para impregnarse consubstancialmente con el universo, ni lo hallaremos en esta selva de la ciudad que no se avenía con la libre plenitud de su alma. No veremos más al maestro y al compañero, con su figura de *pioneer*, tímido y temerario, con su enjuto rostro de derviche, habituado a la lectura celeste, que se reflejaba como una claridad perpetua, en su dulce, en su suave sonrisa.

No lo veremos más. Y esa angustia, que nos queda con su ausencia, convertida en inmortalidad segura, esa penuria de muerte, la atestigo con débil palabra en nombre de la Sociedad Argentina de Escritores.

Horacio Quiroga¹⁵⁶

Ezequiel Martínez Estrada

En representación de los amigos de Horacio Quiroga, traigo estas palabras de despedida. Desde hoy será mucho más pesada nuestra tarea de vivir y de escribir. Quiroga era para nosotros un canon de probidad, decoro y medida. En su presencia se tenía el pudor de los excesos y de la paternidad de toda idea que no se ciñera con estrictez de piel a una verdad real o fantástica. Había que llevar al diálogo víctimas vivas, como él, y no ofrendas simbólicas. Él nos ha enseñado que la sangre es la mejor tinta.

La amistad era para Quiroga un ejercicio trascendental; por medio de la confianza la amistad se levantaba a categoría de acto religioso. Nos hizo el bien de amarnos y el de permitir que le amáramos de igual a igual. Él está muerto y algo inmenso y reconfortante ha desaparecido, como cuando se pierde la fe.

El trato a fondo de este hombre extraordinario operaba prodigios imposibles de explicar. Junto a Quiroga se experimentaba el influjo de una fuerza de orientación que parecía nacer en nosotros mismos, como debe creer de su constante acierto la aguja magnética. Ni imperativo ni fascinante, comunicaba coraje y seguridad, que

¹⁵⁶ *Horacio Quiroga*. [Discurso de Ezequiel Martínez Estrada]. Publicado en *Sur*, Buenos Aires, N° 29, febrero 1937, pp. 108-111. El texto es introducido mediante un escueto párrafo, aunque revelador, tomando en cuenta la relación sorda que mantuvieron Quiroga y la revista argentina *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo: «Un criterio diferente del arte de escribir y el carácter general de las preocupaciones que creemos imprescindibles para la nutrición de ese arte nos separaban del excelente cuentista que acaba de morir en un hospital de Buenos Aires. Como testimonio de respeto a su memoria, en un país en donde solo atreverse a tener ideas y osar expresarse en términos de belleza implica un heroísmo, transcribimos hoy estas palabras pronunciadas por Ezequiel Martínez Estrada frente al cuerpo de Horacio Quiroga.» Por último, el discurso de Martínez Estrada también es publicado –un mes después– en la revista *Nosotros*, Buenos Aires, N° 12, año II, segunda época, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga]

es quizá lo único que necesita el que peregrina en busca de su auténtica expresión. Cada uno de sus gestos y actos emergía de oscuras y remotas fuentes, con toda la tierra por base. Notábase sobre nuestra razón puramente dialéctica el peso de otra razón que descansaba conforme a las leyes del universo. El caudal de su talento pudo ser equivalente al de otros, siempre en la esfera de lo excepcional, mas a todos nos llevaba la ventaja de la antigüedad de sus conocimientos y de la potencia sísmica de sus pasiones.

Además, esas excelencias se coordinaban en él con la decisión inquebrantable que desde un principio tomó para suprimir definitivamente toda pérdida de tiempo y de energía. La verdaderamente prodigioso en él era la marcha general de la conducta, comprendida su producción literaria como un aspecto diabólico de ella. Pensamientos y sentimientos carecían de significado para él si no estaban en función de la vida profunda; procedía en sus dictámenes con la simple y desnuda precisión de la naturaleza que elimina lo que está fuera de su plan general.

Casi todo lo que se entiende por trágico en su vida y en su obra proviene de que había eliminado sin piedad lo accesorio y ornamental. Cuando la vida o el arte se despojan de sus atavíos, hállese la amarga pulpa de la almendra fundamental. Ya la antigua sabiduría dijo que quien ha visto rostro de Jehová debe morir.

Como sus manos animaban las plantas por el cuidado asiduo, en preferencia que se acentuaba con el tiempo, sus ideas vitalizaban desde el estrato de lo irracional nuestras propias ideas, sin que como la planta pudiéramos atribuirle participación en el brote ni en la flor. El don de purificar y embellecer era en él fatídicamente inherente a su constitución, desbrozaba la selva y simplificaba nuestras inquietudes metafísicas haciendo un bien en que no pensaba.

Se aprendía también en él la lección de vivir con dignidad, tal como si fueran complementarios vivir con dignidad y escribir con precisión. Austeridad y pulcritud venían a ser en él meros comportamientos habituales. Daba el ejemplo la total unidad de su existencia, y en muchos días de lucidez hemos reconocido que su regreso al seno de la naturaleza le aproximaba misteriosamente a nosotros,

como la alegórica desaparición de Edipo. Más que la renuncia a nuestra compañía era la entrada por la puerta incógnita al más hondo sentido de las cosas. Iba a colaborar con la naturaleza en sus obras con la misma buena voluntad que la naturaleza puso al colaborar en sus cuentos. No había en su ascetismo amargor ni hurañía; hombre y naturaleza eran así. Más tarde comprendimos que en su retiro participaban por partes iguales las fuerzas que lo atraían desde la tierra y las suyas que lo empujaban hacia ella con avidez de raíz. Sin perder la conciencia de que lejos quedábamos los que tan inmensamente amó, y el mundo que amó y compadeció, con sumisión de párvulo atendía antes los mandatos tan enérgicos de su ser. Necesitaba él de nosotros tanto como nosotros de él y en esta mutua comunicación de espíritus nos mandaba lingotes de oro a cambio de vidrios de colores.

Fue hombre solitario por exigencias de su conciencia y no detestó jamás nada que fuera compatible con las normas de la verdadera vida del hombre. El que suponga que Quiroga amaba la soledad por disgusto o por escapar el trato del semejante, no está en lo cierto. Quiroga amaba todo aquello que el hombre tiende a destrozar y envilecer, todo lo que gemía bajo el amargo de bárbaras costumbres de traicionarse en el cumplimiento de su destino. Las formas purísimas y pujantes de la vida se dan mejor donde no se las pisa; y cuando se sale en busca de la verdad y de la belleza no hay que volver atrás el rostro.

No podrá hablar de Quiroga quien no lo haya conocido bien, porque difería del común de los mortales en lo que los suele asemejar y en lo que los suele distinguir. No queda documento para reconstruirlo. Muerto está de muerte. Sus obras y sus retratos pertenecían a la parte de él que ya había gastado. La naturaleza compasiva lo proveyó de sus aspectos terribles para la defensa de su delicado individuo interior. A los hombres magníficos solo se los puede ver de adentro para afuera. Fue de una ternura patética e infantil, no cruel. Sus cuentos son crueles. Ni su aspecto ni su crueldad le pertenecían. Lo que se le entraba al alma no se parecía a lo que exhalaba.

Los últimos meses de su vida lo iban elevando poco a poco al plano de lo sobrenatural. Era visible su transfiguración paulatina. Todos sabemos que su marcha a la muerte iba regida por las mismas fuerzas que lo llevaban a vivir. Su vida y su muerte marchaban paralelamente, en dirección contraria. Seguía andando, cuando ya la vida lo había abandonado, y por esos días trazó conmigo sus más audaces proyectos de vida y de trabajo. Pobreza y tristeza que contemplábamos con el respeto que inspira el cumplimiento de un voto supremo. Llegaba a nuestras casas y hablábamos sin pensar en el mal. Y se volvía a su cama del hospital, con paso de fantasma. Entraba a su soledad y a su pobreza y nos dejaba nuestros vidrios de colores. Así se aniquilaban sus últimas fuerzas y sus últimos sueños.

Perdido para siempre, Quiroga, mi hermano mayor;¹⁵⁷ perdido para nosotros y para Ud. mismo: ahora tan solo en la más absurda de las soledades y nosotros otra vez si Ud.

¹⁵⁷ La referencia a esta «hermandad» entre Quiroga y el escritor argentino responde al grado de amistad y afinidad al que llegaron, principalmente en los últimos años de vida del salteño. La correspondencia entre ambos (1934-1937) es una clara muestra de ello, aunque solo se conservan las cartas que remitió el «hermano mayor» [Quiroga] al «hermano menor» [Estrada]. Si bien Estrada donó la correspondencia al INIAL de Montevideo (publicadas finalmente en 1959, bajo el título *Cartas inéditas de Horacio Quiroga*), esas cartas, junto a una sentida semblanza de Estrada, pueden encontrarse reunidas en *El hermano Quiroga* [1957]. *Cartas de Quiroga a Martínez Estrada*. Montevideo, Arca, 1966.

Oración fúnebre¹⁵⁸

José María Delgado

Horacio:

Siempre tuve delante de ti una especie de temor algo idolatra que jamás me permitió entrar en los límites del «tu», no obstante haber llegado en el transcurso de la vida a cohabitar esos albergues donde las almas se despojan de todos sus vestidos. Recuerdo cómo reías y te obstinabas en hacerme pasar de la tercera a la segunda persona. Nunca lo conseguiste porque era superior a mi esfuerzo el poder derrotar cierto reconocimiento de la jerarquía, cierta veneración paradigmática que me hiciste nacer desde la infancia. Ahora te sorprenderás de que haya roto aquel respeto pertinaz, pero este «tu» que hoy se atreve a salir de mis labios, ¡qué amargo es y qué lleno está de infinito y de desolación! Es el pronombre helado y sobrecogedor que se aplica a los seres cuya existencia sentimos misteriosamente parpadear más allá de la tremenda noche...

Tenías que suponer que hasta el último umbral solo te acompañarían las cosas y los entes a los que diste lo mejor de tu savia en las frondosidades chaqueñas. Un séquito raro, fantástico, extraño como fue tu vida, formado por toda aquella grandiosidad salvaje –vahos, movimientos, clamores de las enormes selvas vírgenes– a la que, por prodigiosa alquimia, convertiste en espíritu. Un cortejo estrafalario de las yaras, del runruneo de los élitros, del aullar de las fieras en celo, del estruendo de las aguas desbordadas y los follajes sacudidos. Charanga desaforada de la naturaleza que iría dando el compás a una caravana oliente a la gleba, desarrapada, turbia, internacional, constituida de mensús encorvados por bárbaras anónimas, de ex hombres, a quienes la marea de la vida llevara en un

¹⁵⁸ «A Horacio Quiroga». Publicado en *Ensayos*, Montevideo, N° 11, año II, mayo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga]. Recogido posteriormente en *Horacio Quiroga por uruguayos*, Academia Uruguaya de Letras, Montevideo, 1995, pp. 87-90. [Comp. Leonardo Garet]

último undular hasta las riberas del Alto Paraná. Todas las figuras de ese bajorrelieve pintoresco y tétrico que tú esculpiste y que será en todas las épocas orgullo del arte universal.

Obedeciendo al destino te habías hundido en el panorama selvático, no como un monje, por repulsión a los hombres, sino, al contrario, por sentirlos palpar en la verdad de sus rudezas elementales y en su animalidad casi desnuda. La sinceridad, que fue el más alto y constante de tus galardones, te llevó a buscar la profundidad del ser que no se encuentra en la urbe, ni siquiera en el villorrio, sino en el medio primitivo. Sabías bien que el arte grande no es ni mármol, ni verbo, ni primor, sino mirada, mirada que desciende a las entrañas de la vida y no se inmuta ante el tumulto de locura y tragedia, de montaña y abismo, de esplendor y sombra que late en ella. Así pasaste delante de los que no pudieron penetrarte y solo te juzgaron por la morfología aguda de tus huesos, la espesura cimarrona de tus barbas, la riscosidad de tus ademanes y la lealtad hirsuta de tus expresiones como alguien desposeído de todo sentimiento nazareno, encastillado en un yo árido como la peña. Pocos conocían qué manantial de ternura brotaba de esa piedra cuando la tocaba la vara mágica de la belleza o del amor.

Pero, en fin, Horacio: los hombres no tenían por qué indagar las diferencias y oposiciones que existían entre tu semblante y tu alma, no estaban obligados a conocer que los estimabas tanto en su masa como los despreciabas en sus partículas rutinarias, en sus ínfulas y diplomacias maquiavélicas. Debías pues, esperar que solo media docena de rostros reales, amén de los numerosos y mucho más eternos que animó tu extraordinario fíat creador, rodearían la modesta urna depositaria de tus restos mortales que deseabas fuera entregada a la custodia de la selva tropical y en la que podía haberse grabado esta orgullosa inscripción: *Apártate, caminante; ceniza soy de soledades y quiero mi soledad.*

Imaginabas tus exequias como la de los desterrados: un gran dolor circunscripto a un pequeño montón de almas, un féretro que entre una atmósfera glacial apenas encuentra manos que lo lleven y ojos que lo lloren. Pero, eso sí, como el de los exiliados que han de volver a ocupar un día un sitio definitivo entre las sombras

históricas. Sí, presentías el advenimiento fatal de tu resurrección, el llegar de una era en que no podría dejarse de pronunciar tu nombre en ningún lugar de la tierra donde la cultura se arraigase. Estabas cierto de tu futuro como del fuego de tu vocación, mas ubicabas la aureola venidera muy a la distancia, en una lejanía ennoblecida por la pátina de numerosos lustros.

¡Cómo te equivocabas! He aquí que recién acabas de cerrar los ojos y ya por todos los caminos vienen los hombres y los honores a rodearte. Aún está caliente el polvo de tus huesos y ya los bronces eternos suenan a su lado. Aquellos pocos que debíamos conducirte a reposar de un existir tan frecuentemente visitado por el derrumbe y la fatalidad, no nos podemos encontrar. Hemos sido desalojados de nuestra primogenitura como de un bien que pertenece a todos y nos hallamos perdidos entre una inmensa multitud.

Por un momento, apartados del fragor y de los violentos incensarios, nos detenemos para pensar en ti. Quisiéramos escudriñar la expresión de tu semblante inmaterial, inquirir el efecto que te producirá este denso coro laudatorio, este súbito amor con que la patria te reclama. A veces nos parece que nos reprochas como aquellos a quienes se ha traicionado; otras presumimos verte conmovido y reconviniéndote a ti mismo al advertir que los hombres eran mucho más sensibles y justos de lo que te imaginabas.

De todos modos, bien lo ves, Horacio, no nos es dado elegir nuestro lugar ni en la vida ni en la muerte, y en ti ha sido toda la culpa de tu grandeza.

Imperan sobre los elegidos fuerzas que los llevan a ocupar, aun contra la propia voluntad, el sitio que los dioses les han determinado. Así venimos a dejarte en la ciudad natal. Sabemos, por el relato de uno de tus últimos e íntimos confidentes, que en tus postreras horas la recordabas con insistencia enternecida.¹⁵⁹ Él nos ha descrito el asombro patético que le causó esta efusión, porque solo a la proximidad todavía inconsciente de la muerte, podía atribuir esas añoranzas en un alma cuyo cordaje sentimental permaneció habitualmente neutro a las

¹⁵⁹ Se refiere al escritor uruguayo Enrique Amorim.

emotividades de la oriundez. Tal vez no era eso, sino, simplemente, que comenzabas a franquear la ancianidad y volvías al primitivo lar porque está escrito que el viejo ha de tornar niño. Y en ti apenas sería un regreso, porque al fin ¿qué fuiste durante toda la vida sino un niño abrasado por la fantasía ardiente y que parecía haber perdido el ángel de su guarda? Estás en el recinto natal, Horacio, y en él te dejaremos. Por aquí nomás, jugando con las guijas de los dos arroyos, bajo los naranjos, en los cercos de piedra deben andar Inés, Teodora, Berenice, Antígona y María, las cinco niñas cuyos nombres, según me lo expresabas en lírica confidencia, *eras tardío en pronunciar a fuerza de gustarlos como una golosina*.¹⁶⁰ Podrás leerles como antes debajo del parral desde donde se divisa la palidez del río, y de noche pasearte con ellas bajo los paraísos que bordan las aceras, y en las tardes lluviosas soplarles de zaguán a zaguán besos sobre las manos.

¡Divinos idilios blancos! ¿Qué otra paz y otro cielo podemos desear para tu alma aquellos que conocimos su complejo romántico y apasionado? Sospecho que la inmortalidad, tan rápida en abrirte su pórtico como obstinada fue la dicha en cerrarte los suyos, sería para ti un nuevo hielo si no sintieras en ella el estremecimiento de una candorosa ternura humana. ¿No es así, Horacio? Ya me lo dirás... tal vez mañana... tal vez nunca...

¹⁶⁰ Se trata de una extensa «*epístola-historia en verso*» que Quiroga envía a Delgado junto a una carta fechada el 13/VI/1903. Los versos a los que se hace alusión están ligeramente modificados respecto a los originales, a saber: «Mi boca era tardía en pronunciar su nombre [refiriéndose a Inés] / en fuerza de gustarle como una golosina». *Horacio Quiroga. Obras. Tomo V: Diario y Correspondencia*, Buenos Aires, Losada, 2007, pp. 193-195.

Horacio Quiroga¹⁶¹

Pedro Leandro Ipuche

Palabras pronunciadas al llegar a Montevideo la urna con las cenizas.

En representación de los escritores nacionales, tengo que decir algunas palabras sobre Horacio Quiroga, muerto ilustre, cuya obra, imponderable y de contenido infinito, lo ha llevado a la jerarquía cósmica de ciertos clásicos desencarnados.

Señores:

Este vaso misionero de cenizas en el centro de la noche, es ya un asunto de Quiroga. Una sutil explicación de armonía –más triste– misteriosa, a este homenaje. Podríamos hablar –en este momento– de una melancolía nocturna apoteósica, como clave cerrante de un destino violento y sigiloso.

Horacio Quiroga es la maravilla mágica y trágica: la perfección aguda; el íntimo acierto que inviste de permanencia ligada a las palabras.

El hecho inesperado; el episodio selvático o astral; lo imprevisible y viviente, hacen «fijeza» buida y elástica en este escritor tan original que asombra. No se puede afirmar que Quiroga sea una individualidad aislada, una zona cerrada en su hechizo mental. Podemos decir –con sensible certeza– que su más auténtica filiación –la que da acento y sentido– es uruguaya. Pero pertenece a una progenie de tipos de arte tan escasa, que muy pocos nombres se le pueden acercar en ese fluido de balanceo naciente donde se asoma la lámina espiritual de su expresión.

Gerardo de Nerval, Villiers de l'Isle Adam, Poe, Maeterlinck, Dunsany¹⁶² y algunos tremendos narradores rusos y judíos difíciles de «pescar» y discernir,

¹⁶¹ Publicado en *Ensayos*, Montevideo, Nº 11, año II, mayo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga].

¹⁶² Gerard de Nerval (París, 22 de mayo de 1808 – París, 26 de enero de 1855); Villiers de l'Isle Adam (Saint Brieuc, 7 de Noviembre de 1838 – París, 19 de Agosto 1889); Edgar

denuncian su aire de familia, ofrecen su inusitado enfoque, su afición ensoñada y alucinada, el terror recóndito y vocacional. Sin embargo, señores, yo creo que Quiroga viene de aquel ambiente desconocido y patético, que produjo el genio de un niño uruguayo que no ha podido todavía hallar acomodo en las antologías francesas ni en las novelorías fosforescentes de las mejores vanguardias: me refiero a Isidoro Luciano Ducasse, el fantástico Lautréamont a quien Remy de Gourmont y León Bloy hicieron entrar en la rueda de la psiquiatría sin darse cuenta de que el Conde maldito ya ni es un poeta, sino una fuerza metafísica metida en el arte para gritar –desnudo y frenético– verdades esenciales.¹⁶³

Quiroga, integra –hipostáticamente– una luciferina trinidad con Lautréamont y Julio Herrera y Reissig.¹⁶⁴ Los tres accionan con un absoluto desenfado cósmico; manifiestan la misma desaprensión verbal y temática, y hacen del mundo un juego malabar –travieso, congojoso y trascendente– como ciertos demonios antiguos.

Desde muy joven nuestro Quiroga sintió una inevitable vocación hacia los casos complejos y las atmósferas espiritistas. Pero siempre con una intención de amargura finísima –imperceptiblemente trágica– que se acentuó hasta producir ese fondo de las insignificancias embalsantes que daban sostén necesario en el conocimiento de Leibniz. Fue de los primeros iniciadores en nuestras capillas herméticas de arte. En su Consistorio del Gay Saber –como en la Torre de los Panoramas de Julio [Herrera y Reissig]– se practicaron aquellos ejercicios

Allan Poe (Boston, 19 de enero de 1809 – Baltimore, 7 de octubre de 1849); Maurice Maeterlinck (Gante, Bélgica, 29 de agosto de 1862 - Niza, Francia, 5 de mayo de 1949); Barón de *Dunsany* [Edward John Moreton Drax Plunkett] (Londres, 24 de julio de 1878 – Dublin, 25 de octubre de 1957).

¹⁶³ Isidore Lucien Ducasse (Montevideo, Uruguay, 4 de abril de 1846 – París, Francia, 24 de noviembre de 1870), conocido como Conde de Lautréamont.

¹⁶⁴ La frase entera fue utilizada años después como título de un artículo escrito por Alfredo Mario Ferreiro titulado: «[Horacio] Quiroga, integra hipostáticamente una luciferina trinidad con Lautréamont y Julio Herrera y Reissig», publicado en *La Razón*, Montevideo, 19/IX/1944, p. 12.

sortilegiantes de la expresión y de la esencialidad que originaron nuestras permanentes corrientes de realización estética. Ahora se puede crear sin acechanzas ni prevenciones, con la libertad interior de que cada uno se sienta capaz.

Estos valientes, de probado corazón lírico, héroes de la originalidad auténtica, lo sufrieron todo en sus tiempos de la iniciación: el desdén, la burla, el empaque dogmático de aquellos patriarcas de los círculos literarios que no concebían un verso sin la reminiscencia obligada de los vates patibularios, mediocres y mal traducidos de ultramar, y que no podían admitir de ciencia, misterio y filosofía, pues la prosa –sentenciaban– era para describir y el verso para cantar...

Quiroga:

Conservaste siempre una pasión visible, dominante, *penitente* por dos cosas: la selva imantada y despertadora y la barba torrencial y poderosa que nos recordaba a [Ramón María del] Valle Inclán y daba a tu figura el prestigio de un *sannyasi* o de un misionero de indígena invisibles.¹⁶⁵ Yo fui –en todo momento– un oído asombrado en el secreto equilibrio de tus cláusulas. Nadie –en América– alcanzó tu parva maestría, tu asiento mágico. Los grandes novelistas y narradores actuales del Norte y del Centro no consiguen la redondez vertida y extraña, el círculo perfecto de tu ingenio temerario y fijante.

¡Quién sabe qué coincidencia fusionadora empujó tus dramáticas andanzas a la selvas de Misiones para sentir –como una tregua salvadora– la absorción de una naturaleza hospitalaria y tremenda: pájaros, aguas, árboles, ofidios, fieras y mariposas... y lo que no se ve... lo que solo se escucha y hace bien a las almas que se juegan totalmente! Acomodadora naturaleza: cuando te hundiste en ella,

¹⁶⁵ *Sannyasi*: Estadio en la vida de retiro y renuncia que generalmente coincide con la cuarta etapa de la vida de un hindú, aunque este modo de vida puede ser tomado por cualquiera y a cualquier edad, a fin de llevar una existencia de búsqueda y ascetismo, contemplación, dedicándose únicamente a servir la naturaleza espiritual. Extraído de *Indiga*. Glosario de algunos términos del Hinduismo. <http://www.indiga.org>

llevabas –como un zamarreo Dostoievskyco– la locura de tus muertos. Uno de ellos –el que te andaba siempre más cerca del pecho, el camarada de los años mozos– con la cara quebrada por una bala traidora, escapada de tus manos de santo del Greco o de Mestrovico.¹⁶⁶ Qué lucidez pavorosa no te habrá dado ese dolor, cuando, llevado por el arregosto exótico y la inclinación brujesca, pisaste la selva de Misiones, y percibiste –en las pausas ocultas de los grandes mano a mano– que, más allá de las tentaciones periódicas, hay una sosegante maternidad en los abismos de la naturaleza!

Eres el maestro lúcido de la narración esencial. Nadie –en el continente– ha hecho tus sondajes cómplices en el interior de las cosas: nadie ha escarmenado el lenguaje hasta animarlo en ejercicio de Incantación [sic]; nadie ha sutilizado tanto el moscardoneo psicológico. Como todo artista cabal, empezaste con el verso, y tu elección fue ya la de la acuidad hiperestésica que había de agudizar tus magnéticos recursos expresivos. Ascético y sentimental en lo más inasible; libre, ingrátido, tu figura y tu arte no han de ser anulados con el fuego ni por el cambio de los tiempos.

¹⁶⁶ Se refiere al accidente de Federico Ferrando.

Las cenizas de H. Quiroga ya duermen en su tierra salteña¹⁶⁷

Romualdo Brughetti

Asceta de sobrada dulzura, recibió grandioso homenaje. El Ministerio de Instrucción Pública organizará un Concurso Nacional para difundir la obra del gran escritor.

(De nuestro enviado especial). En el cielo gris, la flecha plateada del Águila Blanca, salta veloz por arriba de un paisaje de armonías verdes. De pronto, el sol, golpea violentamente con franjas de luz la campiña uruguaya, en tanto el convoy que conduce la cabeza esculpida en el tronco de un algarrobo de Misiones que ha realizado Stephan Erzia, lleva en un hueco, dormidas, las cenizas del gran escritor de América, Horacio Quiroga.

La primera estación sobre el camino Montevideo–Salto, en que se detiene el autocar, es Canelones, centenares de personas habían acudido. El Prof. I[ldfonso] Pereda Valdés, leyó una significativa página de homenaje, exaltando la labor del artista que regresaba a su patria, para volver a su rinconcito de tierra que desde su partida en su aventura literaria y vital, no habría de volver a contemplar con sus ojos inquietos y vivaces.¹⁶⁸

Homenaje de los liceos Departamentales

Todos los Liceos Departamentales se hicieron presente en las breves escalas por pueblos y ciudades del interior de la República. En Florida se repitió la ceremonia que presidió el Sr. Schurmann, como asimismo en Durazno, Paso de los Toros, en que alumnos y profesores concurrieron en masa a la estación, pronunciando en este último punto, emocionadas palabras el profesor J.C. Victorica. En Paysandú, adquirió el homenaje popular aun mayores proporciones. El presidente del

¹⁶⁷ Publicado en *Uruguay*, Montevideo, 2/III/1937, p. 4.

¹⁶⁸ El discurso de Ildfonso Pereda Valdés puede leerse a continuación de este texto.

Ateneo, Dr. Eugenio Bergara y el Prof. [Juan B.]Speroni, exaltaron la vida y la obra del extraordinario autor de *El salvaje* y de *Más allá*.¹⁶⁹

El viaje

Cielo gris, sol y por momentos lluvia, nos acompañaron en el trayecto hasta la ciudad del Salto. En verdad, nada más propicio –clima de misterio y de incertidumbre– para honrar al extraordinario escritor nacional que, como dijera Alberto Gerchunoff, *ya no queda más que un soplo: leve y gris, resto efímero de corporalidad*. En la emoción sostenida del viaje, una vez más Enrique Amorim exaltaba las nobles virtudes de su maestro genial, salteño como él.

El escultor Stephan Erzia

Stephan Erzia, el escultor eslavo, fue gran amigo de Horacio Quiroga. La talla en madera que acaba de realizar, la ejecutó en el escaso tiempo de dos días. Casi inesperadamente... tenía, sí, una cabeza en barro, pero harto difícil fue encontrarla para plasmar la definitiva que hoy reposa en el Cementerio de Salto. No habla más que pocas palabras en este viaje de 600 kilómetros, pero siempre es para recordar una anécdota, fijar una fisonomía, trazar rasgos del narrador que fuera durante muchos años el más tenaz de sus camaradas. Y Martha Elvi, destacada alumna del escultor, nos habla también con su pura voz de emoción en que palpita la más honda de las devociones.

En Salto

Verdadera apoteosis constituyó la llegada a Salto. La ciudad de los naranjales se nos aparece envuelta en la frescura de su vegetación tupida, toda en verde. Millares de personas se habían dado cita en la estación. El Ministro de Instrucción Pública, Sr. [Eduardo Víctor] Haedo, fijó la trascendencia del acto, al entregar las cenizas:

¹⁶⁹ En esta compilación pueden leerse las palabras del Dr. Eugenio P. Bergara y del profesor Juan B. Speroni, pronunciadas en el homenaje realizado por el Ateneo de Paysandú y la Intendencia, al pasar por dicha ciudad los restos de Horacio Quiroga.

—Horacio Quiroga ha triunfado sobre sus cenizas —dijo—. Hoy, todo el país recordará a este hijo ilustre.

Y, en verdad, ha sido la repatriación de los restos de Quiroga, su más alta consagración inmediata y elocuente. Dio motivo a que toda la República ofreciera su más sentido homenaje a aquél espíritu admirable, cuyo rostro habíase calcinado bajo el ardor del sol de la selva virgen.

El homenaje de su ciudad natal

Justamente en estos días en que las cenizas de Horacio Quiroga llegaron a Salto, era esperada la visita de este hombre visionario de los *ojos encuencados y de barba hirsuta, cabello breñoso y sonrisa flotante...* Enrique Amorim, había organizado el homenaje [al] que el pueblo entero se había ya adherido. No pudo cumplirse esta última voluntad. La viva realidad lo había impedido. Y lo que debió ser una fiesta, tuvo que trocarse en una marcha silenciosa, siguiendo la carroza que condujo las cenizas al panteón de los Quiroga.

Escenas de emoción

Más de una vez, ha de recordarse el paso del cortejo, que es ahora histórico. La capilla ardiente habíase levantado en el salón de actos públicos del Liceo Departamental, y a las 23 horas del día lunes, al iniciarse la marcha hacia el cementerio, produjéronse escenas de auténtica emoción. El pueblo entero se había lanzado a las calles. La mujer salteña ocupaba un sitio de honor, junto a la multitud. Muchos fueron los discursos, magníficas piezas oratorias se pronunciaron. He de escribir pronto esta impresión que mis ojos recogieron en la noche llena de luna y de sugestivas sombras, que poblaron como pájaros la ciudad del escritor.¹⁷⁰ Hasta altas horas de la noche, no fue abandonada la necrópolis. Uno a uno, los pobladores del Salto, desfilaron ante la recia cabeza de Quiroga para testimoniarle todo su más profundo amor... Enrique Amorim, hizo una sentida evocación de la noche callada y blanda, en que Horacio Quiroga volvía a tocar su

¹⁷⁰ Y efectivamente así lo hizo. Se trata del artículo «Horacio Quiroga, convocador de sombras», que puede leerse en esta compilación.

tierra.¹⁷¹ Carlos M[aría] Princivalle, Alfredo Mario Ferreiro, José María Delgado, Juan B. Silva Vila, Martha Elvi, [¿Rodolfo?] Muñoz Oribe dijeron igualmente lo suyo. Junto a las autoridades locales, estaban los ministros Haedo y Gutiérrez. *Asceta de sobrada dulzura*, lo definió Amorim.

Los intelectuales de Salto

La mayor parte de los intelectuales de Salto, no han querido adherirse al homenaje oficial que se ofrecía al ilustre autor de *Anaconda*. Nos informan que prepararán dentro de algunos días, su propio homenaje. La razón es exclusivamente política. Esperan, y nos afirman, que ha de ser muy brillante, ampliamente popular.

Estudio sobre Quiroga

El Ministro de Instrucción Pública anuncia que se elaborarán inmediatamente las bases de un gran concurso nacional en honor de Horacio Quiroga. Será un estudio introductorio a la labor del escritor uruguayo, auténtico narrador de América. Se fija un primer premio de \$ 1.000 (mil pesos) para esta monografía.¹⁷²

¹⁷¹ Se trata del texto: «Despedida a Horacio Quiroga», que puede leerse en esta compilación.

¹⁷² El concurso ciertamente tuvo alcance nacional. Para comprobarlo basta con repasar su lanzamiento en distintos diarios del país, entre ellos: *La Voz del Cordón* [Montevideo]: «La mejor obra sobre Quiroga», 15/III/1937; *Tribuna Salteña* [Salto]: «Introducción al estudio de la obra de Quiroga», 3/III/1937; *Acción* [Mercedes]: «Gran concurso literario», 5/III/1937; *La Opinión* [Paysandú]: «La obra de Quiroga», 4/III/1937, entre otros.

Discurso en representación del Liceo de Canelones en homenaje a Horacio

Quiroga¹⁷³

Ildefonso Pereda Valdés

Al pasar por Canelones las cenizas de Horacio Quiroga me cabe el honor de expresar mi homenaje póstumo, en nombre del centro docente que represento, al que fuera y es una de las glorias más puras de la literatura americana.

No me unían vínculos de afectividad a Quiroga, a quien apenas conocí o entre vi; pero tengo presente su figura bizarra, sus espesas barbas negras como la selva que tanto amara; su aspecto austero, de duro mirar de águila y esa esquividad que parecía ser una condición natural de su carácter. Sea para otros que lo conocieron más íntimamente decir las palabras del afecto y expresar los rasgos más íntimos de su personalidad. Me unía a él como escritor una simpatía intelectual que nacía del contacto de su obra.

De la grandeza y servidumbre del escritor, Horacio Quiroga conoció los dos aspectos. Halagado como Rodó y Sánchez después de su muerte, padeció la miseria, la incompreensión que influye de la condición inferior del escritor en nuestro medio. Sea para otro momento menos lúgubre, culpar de esta miseria de la inteligencia a quienes tengan que llevar sobre sí toda la culpa.

Si hay un escritor en América que se haya identificado con el medio que escogió para vivir y crear es Horacio Quiroga. Pero este escritor que retorna de la selva a la ciudad, se debió encontrar, sin duda opreso en medio del asfixiante ambiente de la urbe tentacular y es por eso que vuelve a la selva llevado por la atracción de esa doble naturaleza que en él se había creado el contacto de la libertad de las tierras vírgenes, de la belleza sonriente de los ríos y de los animales que pueblan las catedrales de rugidos que son las selvas.

¹⁷³ Publicado como parte de la nota: «Ecos del homenaje a Horacio Quiroga» en *Espacio*, Canelones, 7/IV/1937, p. 1.

La obra de Quiroga tendrá que estudiarse en lo sucesivo como se estudia la geografía de América, porque en su obra no encontramos las grandes creaciones psicológicas que podríamos esperar; sino las descripciones magníficas de la selva, el ambiente de los misterios nocturnos cuando cada árbol simula un espíritu, esa misma grandiosa evocación que encontramos en el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, o en *La Vorágine* de Rivera.

Un hombre herido por una serpiente que atraviesa el río en su canoa y se va sintiendo desfallecer la sangre negra que fluye de la herida, y la impotencia humana de vencer a las alimañas de la selva, el hombre luchando en vano contra la naturaleza, he ahí la intensa tragedia de un cuento de Quiroga. Nada más que eso, pero ahí está toda la tragedia del hombre en la selva; eso tan simple y objetivo como en un cuento de Rudyard Kipling, porque Quiroga pudo haber escrito su maravilloso libro de las selvas vírgenes. Quiroga como Payró, Rivera, Icaza, Alegría, ha creado una obra que valoriza la literatura americana elevándola por encima de la imitación europea, para que adquiriera una categoría autónoma. Quiroga fue uno de los primeros escritores que supieron comunicarle a su obra ese carácter inconfundible de algo con sabor de América; sabor y olor de selva hay en su obra, dureza de quebracho, jugosa savia ardiente de dolor y vida. El único reparo que podíamos hacerle a su obra es que ella carece de la visión del hombre de América en su lucha tremenda contra el medio social, como ya se presiente en *La vorágine*, y se apunta en *Huasipungo*.

Ese hombre de América si aparece se empequeñece ante el medio que lo rodea en la lucha por la existencia y Quiroga, parece, vio más las selvas que el hombre, más la naturaleza que esa planta maravillosa que es el hombre, ese vegetal humano que se hace más grande en la lucha contra el medio social y el egoísmo del hombre.

¡Sea nuestro recuerdo para estas cenizas sagradas que pasan ante nosotros [!]. Sea nuestro último adiós para este hermano que se fue dejándonos su recuerdo, y algo más fuerte que su recuerdo: su obra.

Horacio Quiroga ha muerto¹⁷⁴

Julio Caporale Scelta

Con Horacio Quiroga –cuya muerte en un hospital porteño nos sorprende dolorosamente–, desaparece un maestro de la literatura latinoamericana en sus expresiones más recias, más propias y más originales. Dio a la novela y al cuento corto tal poder de sugestión, de colorido, de dramaticidad que su aparición en el ambiente literario rioplatense señaló sin titubeos la afirmación rápida y definitiva de un carácter creador sin precedentes en su modalidad. Con Quiroga lo que era simplemente literatura, alarde descriptivo, alambicada y pálida trama sentimental se hace obsesión fulgurante, interés inmediato y profundo, resplandor trágico de paisajes y conciencias, de individuos y de alimañas selváticas, de rocas, árboles y ríos. Tanto como el hombre –siempre llenos de problemas amargos, de vida martirizada, de desorbitación mental, de ahincada angustia– tiene en su creación valor esencial cada accidente cósmico, cada planta, cada reptil. Compenetrado como ningún otro buceador de la selva de la íntima esencia folklórica, de la tragedia del hombre y de la naturaleza, Quiroga abarca en su creación regional aspectos de toda la humanidad, que dan a su obra un valor universal que se reconocerá unánimemente solo ahora que su muerte prepara una serena y solemne comprensión de los valores de su literatura. Bien ha dicho algún crítico suyo que de haber nacido Quiroga bajo cielos más propicios su nombre hubiera tenido hace largo tiempo resonancia universal.¹⁷⁵ Ya empezamos a llamarle el Rudyard Kipling nuestro, honor póstumo y quizás insuficiente, que no compensa las

¹⁷⁴ Publicado en *Mundo Uruguayo*, Montevideo, N° 931, 25/II/1937, pp. 8-9.

¹⁷⁵ Esta idea es compartida por varios autores, como Enrique Amorim y César Tiempo. Acaso Caporale Scelta se refiera a las palabras de Alberto Zum Felde: «Virtualmente Quiroga es de los pocos, poquísimos escritores americanos de categoría mundial. Si, por la adversidad histórica, esta América del Sur no viviera tan al margen de la atención europea, un cuentista como Quiroga sería famoso». Fragmento de la nota: «Con Horacio Quiroga desaparece una recia personalidad americana», publicado en *Uruguay*, Montevideo, 20/II/1937, p. 16.

miserias con que cierta política atentó contra la tranquilidad económica del maestro, resorte esencial para la total eficacia de su creación. Ya empieza a glorificar a Quiroga la colectividad que sirve para consagrar un nombre al sonido de los bronce mortuorios y cuando el hombre se ha ido. Ahora todos –también los que le hostigaron– le cantarán loas y reclamarán para sí el honor insigne de compartir la tierra natal, desde la que, como total moneda admirativa, le llegó el cariño que le comprendían y un decreto de destitución de fecha no muy lejana.¹⁷⁶

La primer obra de Quiroga fue poética. Se titulaba *Los arrecifes de coral* y estaba compuesta de versos decadentes al uso de 1901, cuando [Julio] Herrera y Reissig era imitado por todos los jóvenes. Luego se libró de la predilección lírica y sus primeros libros en prosa revelaron inmediatamente al cuentista genial que surgía. Desde *Historia de un amor turbio* hasta *Más allá* su última obra, publicada en 1934,¹⁷⁷ Horacio Quiroga dio a la literatura una producción en la que el volumen no fue desmedro de la calidad, cada día más depurada, recia, más humana.

La selva le sirvió como enorme y magnífico campo de estudio, de tremenda investigación para sus cuentos. Huraño por temperamento, algo había de selvático en su alma misma y que le hacía acordarse admirablemente con el paisaje del norte argentino, con esa región enmarañada, trágica, colmada de acechanzas que abarca las Misiones, en la cual vivió parte de su vida y a la que volvía cada vez

¹⁷⁶ Recordemos que el 15 de abril de 1934, el gobierno uruguayo –surgido del golpe de estado del Presidente Gabriel Terra, el 31 de marzo de 1933– declaró cesante a Quiroga en su cargo de Cónsul en San Ignacio, Misiones. Pese a que en 1935, gracias al trabajo incansable de algunos amigos como Amorim y Tiempo, Quiroga es repuesto como Cónsul Honorario percibiendo la mitad del sueldo, la situación económica del escritor comenzó a ser insostenible a partir de aquel decreto. Luego Quiroga recibe una pensión –logrando el trámite jubilatorio– pero no fue suficiente para reponerse económicamente.

¹⁷⁷ El dato es incorrecto. La primera edición de *Más allá* data de 1935, y es editado por la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense (Buenos Aires-Montevideo), con estudio preliminar de Alberto Zum Felde.

que desde la ciudad enorme sentía el llamado misterioso que conmovía su misma raíz espiritual.

Se había construido –con habilidad manual que empleaba admirablemente en variados oficios primitivos– una casa en medio mismo de la selva y desde ella oteaba el vastísimo y dramático escenario en el que habrían de moverse los personajes de su fantasía o los que él recogía de la durísima realidad, en las contratas de los «mensús», en los obrajes extenuadores, en los pantanos mortíferos, en las traidoras orillas de los ríos o en las míseras cabañas campesinas. Él lo había visto todo en la tremenda vida de la selva y remontando el Paraná. Lo había visto y lo había sufrido en carne propia, en épocas difíciles, en su consulado uruguayo de San Ignacio, o en sus vagabundas predilecciones de cazador de dramas. Y en su obra está así no solo el poder de su creación sino cada aspecto de la selva, cada hachazo en el corazón de los árboles, cada grito de agonía en las luchas mortales, cada delirio de la fiebre tropical.

Ya se le llama nuestro Rudyard Kipling al hombre que murió en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires. También habrá que llamarle nuestro Edgar [Allan] Poe, apenas se analice otra faz de su obra, la de los cuentos alucinados, con personajes delirantes, locos, vesánicos, agrupados en sus *Cuentos de amor, de locura y de muerte* [sic], en su obsesionante *Más allá*, título de otro mundo, que es el mundo de los desequilibrados o de los que se encaminan a la locura.

Horacio Quiroga tuvo una rara predilección por el estudio de los más raros fenómenos psíquicos en esa parte de su producción y todo el caudal de lo misterioso y de lo escalofriante lo volcó en relatos angustiosos, detrás de los cuales la pálida figura del poeta *yanqui* se asoma con inspiración fantasmal.

De su obra –producción repartida en diarios y revistas, que se disputaban su preferencia–, habría que señalar –como un oasis en su creación angustiosa– algunos cuentos cortos de ensayos románticos pero a través de los cuales apuntaba siempre su ironía pesimista, algunos otros sobre temas científicos, que trataba con raro acierto y dándole un interés insuperable hasta para los legos en la materia,

temas de botánica que alcanzaban raro dramatismo, temas de toxicología, de industrias selváticas y otros en que descansaba su imaginación de las creaciones fundamentales. Desaparece cuando en plena posesión de los resortes tan duramente tendidos, podía esperarse de su obra quién sabe qué conquistas admirables, que superaran quizás lo que ya hecho que, de todas maneras le consagra definitivamente como un maestro de la literatura americana y como una figura de indiscutible alcance universal.

Se ha ido Horacio Quiroga. La selva de las Misiones va a sentir su ausencia en cada rincón del paisaje familiar. Y en los altos árboles que caen y se deslizan por el río, en las barrancas donde un día encontró al hombre que había matado al dinosaurio,¹⁷⁸ en los puertos en que se contratan trágicamente los «mensús» para hundirse en el infierno de los obrajes, entre las piedras en que se deslizan los ofidios, en cada fibra salvaje habrá una vibración dolorosa que será la marcha fúnebre con que la selva despide a un dios familiar.

¹⁷⁸ Hace referencia al cuento de Quiroga titulado «El salvaje», y más precisamente a la primera parte de este, «1. El sueño», donde un hombre mantiene una lucha mortal contra un dinosaurio.

Horacio Quiroga, el escritor de la selva¹⁷⁹

Horacio Rega Molina

Mañana llegarán a la patria los restos de un hijo ilustre, de Horacio Quiroga, el gran novelista de la selva, que permaneciera tantos años alejado del país y que acaba de fallecer en Buenos Aires. Nuestro pueblo se apresta para rendir el homenaje emocionado a su recuerdo y la República toda, el domingo próximo, al paso del convoy que trasladará los despojos mortales del autor de Anaconda, hasta la ciudad de Salto que lo viera nacer. Publicamos a continuación el juicio que le ha merecido al crítico y poeta argentino Horacio Rega Molina:

Ha muerto Horacio Quiroga el gran novelista uruguayo que viviera durante tantos años en Misiones en el silencio sugestionante de la gran selva, que él describió en toda su grandeza, empeñándose en que sus palabras fueran más exactas que grandilocuentes, porque Horacio Quiroga pintó el extraño ambiente de los verbales de los ríos, del bosque en que había que abrir picanas a cada paso, con un machete, a la inversa de casi todos los descriptores de la naturaleza virgen. Para él la grandeza cabía en un símil que se ajustaba a la realidad como la pieza de una máquina al alma de la misma, manifestándose solo en la necesidad mecánica del movimiento. Y como su estilo, era él. Nunca más cierto que ahora la común camaradería de la cita, tantas veces repetida *el estilo es el hombre*.

Horacio Quiroga era flaco, condición que parecía aumentar su mediana estatura. Las manos nerviosas y descarnadas peinaban su barba, mientras hablaba, o la despeinaban. La nariz aguileña caía casi sobre el mentón pequeño. Los ojos con reflejos metálicos, parecían guardar allá en el fondo, una chispa de sol. Su rostro, color de nuez, tenía algo de plutónico. Horacio Quiroga era un ejemplo de mimetismo humano. Se había acomodado al paisaje. Parecía dibujado en una corteza de árbol. Así le vi siempre, sobre todo cuando lo frecuenté, en mis mocedades literarias –que todavía siguen siéndolo–, y en un sótano de la calle

¹⁷⁹ Publicado en *El Diario*, Montevideo, 26/II/1937, p. 3.

Canning, donde un catre de campaña, no sé qué silla y un trapecio y un par de botas de esas que apenas dejan doblar las rodillas, hablaban de lo poco que necesitaba para vivir y tener amigos.

Se movía siempre con paso de andarín, pegado a las paredes, con caliginosa prudencia, como si quisiera ceder toda la acera al bullicio, del que quería apartarse. Su saludo era siempre como una reconquista de la amistad, pues vivía ausente, pensando en sus cuentos, en la forma de realizarlos. Y para eso organizaba largas caminatas. Salía por la mañana, como quien va de caza, y volvía al atardecer con un personaje concluido. Era el escritor, de pies a cabeza.

Su muerte ha aventado de nuevo el nombre de sus libros, lejanos y de los últimos tiempos. ¿Quién recuerda, de memoria, alguna estrofa de los versos de *Los arrecifes de coral*, su primera obra? Compartían las páginas algunas prosas de lacerante morbosidad. He aquí una estrofa, la primera, de un soneto:

Era un soplo la voz del campanario.

Y en el escaso sol de la bahía.

Como un ala de nieve se perdía.

*La pálida belleza del estuario.*¹⁸⁰

Recuerda a [Leopoldo] Lugones, a Samam, a [Julio] Herrera y Reissig. Nunca más hizo versos. Pero *Los arrecifes de coral* constituyen un documento para juzgar hasta qué punto el instinto señala rumbos a un escritor. Prosa y verso tenía el volumen. Y Horacio Quiroga se decidió por aquélla, con certera confianza en sus aptitudes. Sus cuentos, sobre todo los de la selva los que describen la vida de los animales, de los árboles, de los seres de Misiones no tienen equivalencia en la moderna literatura castellana. Y decimos castellana para borrar de una vez las fronteras que existen, para las valoraciones literarias, en América y fuera de América. Horacio Quiroga deja una labor insuperable. Pasarán muchos años antes que un cuentista logre reflejar el espectáculo de la vida libre con su genial

¹⁸⁰ Los versos pertenecen al soneto de Quiroga titulado: *Los pequeños vapores*, que puede leerse en *Los arrecifes de coral* (1901).

certidumbre. *Anaconda*, en este sentido, es una obra maestra. Y como ella, varios de sus cuentos, extensos o cortos, como «A la deriva»¹⁸¹ y tantos aguafuertes admirables. Cabe certificar, también, la dignidad intelectual de este hombre, que trabajó en silencio, enconadamente, sin apetencias, con ejemplar modestia y, sobre todo, sin la más leve noción de esa gloria que le llega ahora y que deberían custodiar, junto [a] los árboles de la selva.

¹⁸¹ Publicado originalmente en *Fray Mocho*, Buenos Aires, 7/VI/1912.

Discurso [2]¹⁸²

Alberto Gerchunoff

Traemos las cenizas de Horacio Quiroga para entregarlas a la custodia del pueblo del Uruguay. Es lo que queda de vestigio físico del maestro de nuestra común literatura. Nada es ya; casi no es más que un soplo.

Leve y gris, ese resto efímero de corporalidad, ese residuo de lo que fue hasta hace pocos días una máquina de vida, un corazón rudamente delicado, un cerebro prolijamente trabajador, es, sin embargo, el comienzo de un culto nacional y público, semejante a todos los cultos espirituales que nacieron de la emoción popular junto a un vaso votivo en que se encerraba el recuerdo de un numen, la perpetua e imponderable presencia de un alma. Y tan se ha vuelto bruscamente alma perdurable el escritor a quien amábamos y admiramos por lo que hizo y por lo que nos deja, que solo podemos reconstruir la memoria de su imagen en los rasgos macizos con que la fijará para siempre el duro bronce o loa oscura y árida piedra. Bronce o piedra, materia que lleva en sí firmeza y pesantez para internarse en la dimensión del tiempo en sus ángulos ásperos o en sus relieves sin hueco interior, resucitará el hombre, no idealizado esta vez por la estética púdica del artista, sino por la propia y viva realidad de Horacio Quiroga.

Bien lo conocíais vosotros, compatriotas todos en el ámbito familiar del Río de la Plata. Sabemos que con insinuar el esquema de su rostro calcinado por el sol de Misiones, lo veremos revivificado en su profunda espiritualidad, faquirizado nuevamente, como cuando andaba por las calles, se sentaba a platicar o a preñar con su meditativo silencio la inteligencia de sus interlocutores. Los que le contemplaban de lejos podían creer que esos ojos encucados y esa barba hirsuta y ese cabello breñoso y esa sonrisa flotante, venida de lo remoto y no del pliegue

¹⁸² Discurso leído por Gerchunoff en la ceremonia efectuada en el Parque Rodó de Montevideo. Publicado como parte de la nota «Están velando en el Parque Rodó las cenizas de Horacio Quiroga», en *El País*, Montevideo, 28/II/1937, pp. 16-19.

carnal de sus labios, eran de un fantasma, de algo, más que de alguien, despojado de urdimbre y de estatura anatómicas. Sombriamente diáfano, transfiguración de sueños, parecía vestido Horacio Quiroga, al vivir, en metal estatuario, inmovilizado, no obstante su actitud de hachador y de obrero en numerosos e ingeniosos oficios, en la exploración de su interno más allá. Esa visión de Quiroga nos los anticipa ya el pedazo de genial algarrobo en que viene guardado desde Buenos Aires, lo que dejaron las llamas del crematorio en que quiso deshacer su masa de carne y hueso, como buido de impaciencia para elevarse, en un viento ritual de fuego, a la altura en que las cosas disociadas son perennes y simultáneas en el universo. En este trozo de leño argentino brota la efigie de santo y de brujo del gran escritor. ¿Por qué no habría de esculpir un tronco de árbol a este amable y doloroso panteísta? De sus cavidades rugosas, de sus nudos brutales, surge infructuosamente su busto, corteza y larva, musgo y rojez de greda, identificado ya en su cavernoso aspecto de divinidad rústicas, con la selva del trópico en que trabajo con sus manos sapientes de artesano y con su palabra de poeta, de plasmador de símbolos, de narrador de primitivos terrores del bosque. No hemos de buscar exclusivamente en esa transmutación expresiva formas de un azar plástico. Así fue de candorosamente espinoso y espontáneo en su existencia Horacio Quiroga. Comprendió temprano la necesidad de no envolver la vida, y de revelarla en su desnudez límpida, librándola del artificio frío con que se intenta embellecerla de acuerdo con la norma del gusto momentáneo.

Había empezado, por el tributo a las tendencias en boga. Os acordásteis, sin duda, de *Los arrecifes de coral* en que trasladó a la lengua castellana la galante fugacidad y el primor florido de los decadentes. Pero, se dio cuenta enseguida de que no era este su camino y viró sin esfuerzo hacia el arte de padecer en lo hondo de sí mismo la verdad individual, el problema que no está en lo externo y que se elabora con amargura, con persistencia de sufrimientos dentro de uno y se torna, al comunicarse con los seres a quienes se dirige y quienes contiene, esencia y sangre de espíritu. De este modo realizó su obra que se caracteriza en su descarnada estructura por esa trascendente aptitud de comprensión y de simpatía que define a los grandes psicólogos. Horacio Quiroga llevó a cabo la proeza

contemporánea de barrer de sí, en una época de predominio retórico, de verbalismo romántico, el verbalismo y la retórica. Componía sus escrituras humanas sin tejido parasitario y las lanzaba al mundo no como andan los libros sino como andan efectivamente en el mundo, sumergidas en sus desgracias ordinarias, en sus dramas vulgares, en sus obcecaciones lúgubres. Era implacablemente sucinto, prietamente sobrio, y a pesar de que sus elementos de material literario son tan someros, tan ceñidos a la estricta existencia de su función vital, encontramos en sus novelas, en sus cuentos, en sus relatos cargados de pesadilla y de dolor, de locura, y de transposición al plano de lo extrafísico, una personalidad rotunda y agriamente poderosa cuya magnitud nos obliga una vez más a persuadirnos de que el secreto real de un don artístico, es un instinto poético y profético de identificación con la humanidad.

¿Y cómo pudo este analista de minuciosidad de técnico, que poseía al par tan prodigiosamente la facultad de la síntesis, ser una voz agrandadora de la manigua, y vaciar en sus fábulas de fieras, en sus hoscas evocaciones de la espesura misionera, en el movimiento estremecedor de su erizado serpentario, ese caudal de poesía, esa fuerza de naturaleza en ardor? Es que no se penetra el misterio de una intimidad ajena, no se adivina lo que hay detrás de la cara o del pecho de la persona que se crea o se describe sin una extraordinaria capacidad poética. Por eso le fue accesible a Quiroga abordar con igual exactitud al hombre atormentado en su destino y reflejar la magia profusa de la selva. Abundan en América prosistas que cultivan el paisaje. Se embelesan demasiado o rugen excesivamente y nos proporcionan en sus páginas fragmentos poemáticos contruidos en un sentido convencional de friso. Es de suyo un trópico académico en que sabemos dónde hallaremos al tigre, en qué mata nos acecha la serpiente, en qué punto el indio nos mostrará su torso ilustrado. La selva de Quiroga, imperecedera en la antología de América, nos ofrece el despliegue de un fresco sabiamente coloreado. Aparece a través del mensú, del paisano, del niño, del mismo insecto, sin derrumbarse sobre el espectador. Nos invade, nos detiene con su naturalidad y de ahí que haya sido tan fácil y justo paragonarlo con Rudyard Kipling, poeta esencial y no poetizador del trópico. Efectivamente, esa analogía resulta de la similitud temperamental de

uno y otro y no de la semejanza formal que proviene de un fenómeno buscado de imitación.

¿Qué ancestralidad distante, qué herencia sutilmente recogida en la trama mental por centurias y centurias de pervivencia, pusieron en el espíritu de Quiroga, torturado por la compleja diversidad de la civilización, el sentimiento concentrado y no explosivo del trópico? Así como llevamos adentro el espectro de beduino, que se consubstancia súbitamente con la llanura, del fenicio o del pelasgo, en quien resurge la función intrépida del mar, ya que el hombre es ineludiblemente una continuidad sin detenimiento, acaso rebrotara en Quiroga, según le halagaba pensarlo un héroe asiático con la antigua gnosis de la floresta. Psicología y poesía, total substancia humana, vida henchida sin parodia de vida, forman la estabilidad de la obra de Horacio Quiroga.

Si con ella, por la unidad de su conjunto y la multiplicidad de su contenido, se erige en un ejemplo, por la conducta se eleva a la posición magistral. No podemos desvincular la importancia de sus escritos de la serena divinidad con que los vivió y realizó en su medio hostil como lo es el americano a la faena del escritor. Escogió la profesión de escribir sin pedirle las recompensas que traen las sociedades asentadas en que el goce intelectual es el primero de los goces. Sabía que el arte importa un oblato silencioso. No le interesaba ni producir mucho ni obtener de lo que producía provecho de vanidad. Quería escribir, amaba la ocupación de escribir y lo hacía con la sencillez con que crece la planta, con la penosa y grandiosa simplicidad con que concibe y para la mujer. Se es un gran escritor por la perfección deliberada de la obra es la versión de la vida del que la traza y acaba. Es precisamente el mérito fecundísimo de Horacio Quiroga. Nos conmovía por su veracidad completa, por la ausencia de línea divisoria entre el hombre de letras y el hombre. Le guiaba, sin jactancia y sin manifestaciones enfáticas, un fin, que se reducía a la fidelidad a su personal designio. Y ese arduo propósito lo desarrolló sin transigencia, sin desviación de su religiosa filosofía de creador, con una rudeza humilde y ese orgullo callado que era el íntimo fundamento de su decoro. La continua huida a la soledad representaba ese amor a

la libertad, ese anhelo de llegar, sin trabas y sin disminución por el ambiente, a las últimas consecuencias de su pensamiento. Pudiera suponerse que esa abstracción voluntaria y no nerviosa de lo circundante ocultara un carácter heladamente desprendido de lo que fuese blandura cordial o efusión inmediata. El que lo creyese se equivocaría. Horacio Quiroga escondía en su caparazón esquelética esas fuentes de que *fluye la tibia leche de la bondad humana* de que nos habla Shakespeare. Hacha al hombro, en los vericuetos de los matos, encerrado en su cuarto de labor, en la sociedad metropolitana, era inalterablemente un torvo tesoro de esa bondad y a nadie conocí yo que fuese más piadoso, más tenazmente gobernado por la misericordia; su impulso postrero, su postrero ímpetu de relación, antes de tenderse para no levantarse más, fue una carta, llegada al destinatario después de la muerte, con el objeto de recomendarle a un preceptor de San Ignacio. ¿No se descubre en ese acto a la criatura amorosa paramentada en la gruesa cáscara del misántropo? Bastaba acercársele para sentir su ternura violenta y pudorosa, como avergonzada de ponerse irremediabilmente en descubierto. Así era Horacio Quiroga.

Con ese talento prohibido, con ese fervor desinteresado sirvió al embellecimiento moral de ambas patrias, exaltó su compenetración recóndita en el aparejamiento de la suerte mutua, en la confluencia fértil del futuro. Por encima del límite territorial, representó la vieja hermandad del Plata, que jamás se amortigua, que jamás se extinguirá porque revive sin cesar en la muchedumbre unánime del Uruguay, [y] de la Argentina.

Discurso en la Intendencia de Colonia al llegar los restos de Quiroga¹⁸³

Luz Riverós de Rovira

Señores:

En esta hora inolvidable para los colonienses en que tenemos el privilegio de rendir el primer homenaje en tierra uruguaya al talentoso escritor compatriota Horacio Quiroga, me acerco reverente a sus cenizas recogiendo la emoción que embarga a nuestro primer centro cultural, el liceo de Enseñanza Secundaria así como al Municipio de Colonia, que me han honrado al designarme para hacer uso de la palabra en este acto. Fue Quiroga, no solo un escritor rioplatense de reconocidos méritos, sino uno de los valores de mayor relieve en la literatura americana, como lo ha estimado unánimemente la crítica moderna.

Y, si bien fue uruguayo por su nacimiento, vivió, podríamos decir, toda su vida de intelectual en tierra argentina, que, una vez más, cobijó generosa a un alto valor nuestro. De ahí que veamos hoy compartiendo el pesar del pueblo uruguayo a los hermanos de allende el Plata. Ya que sigue a la hora de la muerte de los grandes la hora de la justicia, de las reparaciones, sea nuestro más grande reconocimiento hacia quien dilató las fronteras de nuestra pequeña patria, creando verdadera belleza, haciendo arte, y formulemos votos por que sus cuentos sean llevados más allá de los países de habla española.

Al aquilatar la grandeza de su obra literaria que abarca más de un cuarto de siglo en el ambiente de la literatura rioplatense, vemos que, al encontrar eco en Montevideo el decadentismo importando de Francia a principios de este siglo, halla en Quiroga uno de sus principales cultores, encabezando el Consistorio del Gay Saber, cenáculo que rinde admiración a la nueva escuela, cuyo movimiento iniciara en el Plata Rubén Darío con sus *Prosas profanas*.

¹⁸³ Publicado como parte de la nota: «Rindió homenaje el pueblo de Colonia a las cenizas de Horacio Quiroga» en *La Colonia*, Colonia, 2/III/1937, p. 4.

Con los poemas que reunió en su libro [*Los*] *arrecifes de coral*, inició y terminó sus versos simbolistas, ya que su decadentismo fue brevísimo.

Fue entonces cuando, pleno de juventud y entusiasmo, en el vigor de sus 23 años, *después de cometido el pecado juvenil lleno de gracia*, (como con tanto acierto lo dijera un crítico uruguayo), y cuando se abrían ante él todos los caminos, que el azar cambió bruscamente su vida, para llevarlo a la tierra hermana, de donde recién vuelve, después de dejar allí su obra y su vida.

Por un momento pareció que, al prender un dolor en su alma sensible, se adormecieran y se borrarán sus ansias literarias, pero su espíritu de artista no pudo resistir el embrujo de las selvas misioneras, a las que llegó con el deseo de explotar sus ricos veneros, explotación que fue un fracaso, pues la selva solo rinde sus tesoros al que sabe ser más fuerte que ella, y en cambio se le brindó amorosa para que de ella pudiera sacar los magníficos cuentos que tan justicieramente han alcanzado merecida fama.

Toda su obra fue grande, y por lo tanto, perdurable, pero sus cuentos misioneros será[n] lo mejor, porque son trozos de la vida misma, del hombre, de la bestia, de la planta, conocidos a través de su pluma inimitable.

Con la muerte de Quiroga pierde el Uruguay, y con él toda América, un alto valor literario, honra de nuestra cultura, pero su memoria perdurará eternamente, pues su producción literaria es inmortal.

Colonia, que, como lo dije antes, ha tenido el privilegio de ser el primer trozo de tierra uruguaya que recibe sus cenizas, se inclina ante esta urna funeraria y hace guardia de honor en torno de los restos del que supo honrar a su patria aunque se encontrara lejos de ella.

Discurso de homenaje en Paysandú¹⁸⁴

Juan B. Speroni

Señores:

El Liceo Departamental cuya representación invisto rinde el tributo de su admiración y deshoja la siempreviva del recuerdo en honor del hombre de letras caído cuyos restos, escoltados por una brillante falange de intelectuales y después de haber recibido el homenaje póstumo de dos pueblos hermanos en la trayectoria reconocida, irán a descansar para siempre en la vecina ciudad nortea que meció la cuna del que fue Horacio Quiroga.

A nadie debe extrañar, señores, que el silencio que generalmente rodea a quienes con su bien templada pluma contribuyeron a aumentar con prodigios de belleza el ya rico acervo literario del Uruguay, se convierta, cuando la pluma deviene su curso para siempre, en signo admirativo de dolor y en expresión significativa de supremo elogio.

Horacio Quiroga dejó en pos de sí la huella luminosa de su talento de escritor de buena cepa y legó a las letras rioplatenses sus limpios blasones de cuentista de clara estirpe literaria, en páginas pletóricas de esa gracia luminosa, que es don divino de espíritus selectos, nacidos para solaz de quienes saben paladear la miel hiblea que se esconde como en fúlgidos estuches, en las producciones de los intelectos privilegiados.

Vasta es la obra de Horacio Quiroga; tan vasta como hermosa y fecunda; y por fecunda y por hermosa y por vasta, bien merece que se le asigne un puesto de

¹⁸⁴ Oración fúnebre pronunciada por el profesor Juan B. Speroni en la estación de ferrocarril Midland, en representación del Liceo Departamental de Paysandú, al pasar los restos de Horacio Quiroga por esa ciudad con destino a Salto. El texto que presentamos forma parte de la nota: «Pasaron ayer las cenizas de H. Quiroga», publicada en *La Opinión*, Paysandú, 1/III/1937, p. 1.

vanguardia en la pléyade de los escritores autóctonos que son honra y prez de la literatura americana.

No es este el momento ni de enumerar la lista de sus obras, ni de hacer crítica de ellas, baste decir que el nombre de Horacio Quiroga es bien conocido en ambas márgenes del Plata, para no ir más allá y que será muy difícil que los amantes de las letras hayan dejado de leer, cada vez que se les ha brindado la oportunidad, la amena prosa de este lino, vivaz y claro ingenio y no hayan saboreado con verdadero deleite la belleza de su estilo personal e inconfundible que, como sello característico, supo imprimir en todas y en cada una de sus brillantes producciones.

Su amor ingénito a la naturaleza lo llevó a vivir en pleno connubio con ella, en la pampa inmensa que inmortalizara Ricardo Güiraldes en su incomparable novela *Don Segundo Sombra* [1926], y en las selvas de las Misiones que tan bien armonizaban con su temperamento exquisito de esteta de la frase y a las que pintara de mano maestra en obras que ha de recordar la posteridad y que perpetuarán el nombre de este insigne escritor compatriota.

El cuento y la novela, los dos fuertes de Horacio Quiroga, lo han consagrado insuperable maestro en este género literario, hasta el punto, valga mi modesta opinión, de que es difícil sea superado en la América española.

Justos son, pues, los honores oficiales que le fueron decretados, justos serán todos los homenajes que el pueblo rinda a su memoria, como es de justicia también que sus cenizas descansen en el rincón risueño y perfumado de azahares en donde el escritor ilustre abrió por primera vez sus ojos a la luz y de donde un día, con la pupila llena de visiones luminosamente azules y con su carga de ilusiones a cuestas, salió de allí rumbo a la capital en procura de mejores y más amplios horizontes promisoros para ir más tarde, siguiendo la senda que lo marcara del destino, a sentar sus reales en el vecino país de allende el Uruguay y el Plata, en donde concluyó de forjar su brillante personalidad literaria y desde donde irradió luz espiritual por los puntos de su bien tajada péñola.

El Profesorado del Liceo de Paysandú, compenetrado de la pérdida que significa la desaparición de Horacio Quiroga, se solidariza con el dolor que embarga el alma nacional en estos momentos, y en prueba del sentimiento profundo que experimenta ante tan irreparable pérdida para las letras uruguayas, coloca sobre el cofre que guarda celosamente las cenizas del extinto y como sentida ofrenda una brazada de flores, vivo emblema de las muchas que supo esperar en su paso por la vida el ilustre escritor desaparecido.

Homenaje del Ateneo de Paysandú¹⁸⁵

Eugenio P. Bergara

Con Horacio Quiroga desaparece uno de los más grandes escritores de América. Acaso el primero en ciertas modalidades literarias. Al hablar de su obra, nos sentimos forzosamente impulsados a repetir el pensamiento de Pascal: *Nada más grande que encontrar al hombre donde creyó hallarse el autor*. Su obra es obra vivida. Realista. Animada siempre por el impulso de su genio.

Como Shakespeare, «humaniza e individualiza» a sus personajes, dándoles, en pocas palabras, un colorido propio y una vida profundamente personal. Es el autor de las grandes síntesis aunque esto parezca paradójal. Como Florencio Sánchez

¹⁸⁵ Discurso del Dr. Eugenio P. Bergara, presidente del Ateneo, pronunciado en la estación de ferrocarril Midland de Paysandú, en el homenaje que realizara esta institución junto a la Intendencia al pasar los restos de Quiroga por allí, camino a Salto. Fue publicado como parte de la nota: «Homenajes a Quiroga. La Intendencia y el Ateneo», *El Telégrafo*, Paysandú, 3/III/1937, pp. 3-6. En la misma nota se publican también las medidas decretadas por la Comisión Directiva del Ateneo de Paysandú con motivo del fallecimiento del escritor:

- 1º - Pasar nota de condolencia a la esposa del referido escritor.
- 2º - Solicitar de las autoridades nacionales respectivas, la publicación oficial de las obras de Horacio Quiroga, en ediciones populares.
- 3º - Gestionar del Municipio del Departamento, [para que] se designe con el nombre de Horacio Quiroga, a una calle de la ciudad.
- 4º - Invitar a los intelectuales sanduceros para que desde «La cátedra libre» comenten la personalidad literaria del ilustre escritor salteño.
- 5º - Adherirse a todos los homenajes que se le tributen.
- 6º - Adquirir, si fuera posible, la obra de Quiroga a fin de ponerla de inmediato al alcance del público.
- 7º - Solicitar a las autoridades universitarias, se incluya el nombre de Horacio Quiroga en los programas de literatura.

vivió el dolor y como el glorioso dramaturgo, lo vuelca en sus obras dándole, algunas veces, una dramaticidad desgarrante. En pequeños cuadros describe toda una vida. En dos líneas hace vivir un personaje. Se apodera de su psicología. Un aliento de tragedia antigua estremece la mayoría de sus cuentos. Tragedia humana que surge de la acción o se presiente en los escenarios de las selvas. En cada cuento de Quiroga se vive un drama. Sus hombres y sus mujeres luchan con la vida. Son los vencidos de la vida. Los mutilados de la suerte, o los *ex hombres*, como diría Gorki.

Por regla general, en los cuentos de Quiroga el actor y el escenario se confunden. Forman una sola cosa. Una sola tragedia. Las dos naturalezas se tornan inseparables. El estilo un tanto rudo, hace más intenso el drama, más honda la tragedia.

Se la ha querido comparar con Poe por este ambiente sombrío que rodea su obra. Pero Quiroga fue más allá que Poe. Poe soñó. Horacio Quiroga vivió y muchas veces sufrió los motivos de sus cuentos.

Horacio Quiroga fue más que un Gorki americano. Fue el escritor, por excelencia, de los humildes y de los desamparados tanto de los campos como de las ciudades. Y en las ciudades y en los campos y en las selvas supo dejar impresa hondamente la huella de su genio; más, les arrancó todos sus dramas, sus secretos más hondos, las vidas más intensas. En una palabra, Quiroga fue el escritor más humano de América.

Por tales razones, nuestro homenaje se hace estrictamente justiciero, necesario. Más todavía, impostergable. Honrar a los grandes hombres, es honrar a la cultura y también es honrarse a sí mismo. Y en el caso actual, significa, además, el castigo de nuestra culpa, por las sombras de olvido que arrojamos en torno de su nombre.

Discurso del Intendente Municipal [de Salto]¹⁸⁶

Jorge Enrique Costa

En nombre del gran Comité Popular de Homenaje que presido, vengo a recibir los restos mortales del conterráneo, así como también a destacar y exaltar la actitud de esta pléyade de escritores célebres argentinos y uruguayos, que motivados por hondo sentimiento, de simpatía y solidaridad hacia el colega desaparecido, no han podido desprenderse de sus despojos mortales hasta entregarlo a las sombras que la lira ha sabido hacer fraternales.

El espíritu inquieto de Horacio Quiroga lo arrancó desde muy joven del seno de su pueblo natal: destinos mejores lo llamaron a otros ambientes más propicios al cultivo fecundo de privilegiada inteligencia. Hoy, reclamado por un anhelo popular y merced a la gentil concesión de sus familiares, a la mediación oportuna y feliz de nuestro gobierno nacional, secundado por el gobierno departamental, sus restos mortales vienen a descansar en nuestra necrópolis. La tierra de Salto lo acogerá en su regazo con el mismo entrañable amor con que alentara sus primeros pasos cuando tuvo la dicha de verlo nacer. Hace treinta y cinco años más o menos se ausentó, a irradiar, como dijera Rodó, fuera del horizonte del terruño, las luces de su espíritu excelso.

Ese interregno entre su [aleja]miento y su muerte fue para Quiroga una cruzada en pos de la gloria, que conquistó en alto grado para honra suya y de su pueblo natal que con orgullo lo cuenta entre sus hijos más privilegiados. Esta apoteosis, constituye el homenaje de su conocimiento y admiración. Desde que tuvimos noticia de su fallecimiento, surgió tan unánime como espontánea, la idea que todo el pueblo acarició con calor y entusiasmo, de repatriar sus restos. La idea cristalizó rápidamente porque nació prestigiada y alentada por intenso fervor popular. Es que Salto siempre se destacó por su afán irresistible de hacer justicia y de reivindicar la memoria de sus prohombres, perpetuándola en el bronce o en el

¹⁸⁶ Publicado como parte de la nota: «El pueblo salteño vivió ayer horas de intenso fervor ante los restos de Horacio Quiroga» en *La Campaña*, Salto, 1/III/1937, p. 8.

mármol para despertar y acicatear persistentemente el recuerdo que todos le debemos, y crear en las futuras generaciones un anhelado espíritu de patriótica emulación.

Cabe recordar que Salto jamás olvidó a Quiroga y que siguió muy de cerca el proceso de su fecunda labor intelectual. Hace muy poco tiempo por iniciativa de nuestro conterráneo, que también honra nuestros lares, Enrique Amorim, madurábamos el propósito de invitarlo para que hiciera una visita a Salto y palpara el hondo afecto y sincera admiración que por él sentía el pueblo de su origen. El destino vino a tronchar su vida y lo [que] pudo ser una fiesta grata y halagadora a su espíritu, se convirtió en esta fúnebre recepción que hoy le ofrecemos.

Reverenciar la memoria de quienes ornaban su frente con el laurel inmarcesible del triunfador es obra reservada a los pueblo cultos, que han logrado emanciparse del rutinario y vulgar materialismo para sentirse movidos estéticamente, por motivos que acusan un refinado y edificante ejemplo de altruismo, desinterés y nobleza. Horacio Quiroga, fue un escritor especialmente americano, especialmente la segunda etapa de su producción literaria; su obra principal está inspirada en la naturaleza y el ambiente que lo circunda. Triunfó definitivamente cuando empezó a auscultar la realidad que tantos enigmas nos reserva todavía. Allí encontró los motivos de sus creaciones, escapando a influencia que ejerce sobre el ánimo del escritor el mundo urbano y social, y se dejó dominar por las sugerencias espontáneas y fecundas de una naturaleza virgen y exuberante. Por eso, sus obras respiran el ambiente puro y sano de los campos, de su flora, y de su fauna.

Fue como el águila que aún no había colmado su reposado vuelo, cuando abatiendo sus alas se desploma al abismo; pero ya estaba en posesión de la gloria que eleva a los espíritus a través de las edades. Formulemos votos, como dijera el poeta, para que el bien que ha hecho no vaya a parar en la tumba de las ingratitudes humanas; y que mientras el tiempo siga blandiendo su implacable

guadaña, el valor intrínseco de sus obras sean los guardianes constantes de su gloria inmarcesible.

Mascarilla espiritual de Horacio Quiroga¹⁸⁷

Ezequiel Martínez Estrada

Todavía está muy cerca de nosotros Horacio Quiroga para que podamos contemplarlo en su verdadera grandeza. Pero a medida que el tiempo transcurra, y nos vayamos a su ausencia —esta vez definitiva—, se irá destacando su personalidad extraordinaria con los rasgos que lo constituyen uno de los ejemplares más nobles y hermosos de la especie humana.

La leyenda de un Quiroga misántropo y egoísta será difícil de borrar en la imaginación de quienes no conocieron de él sino su obra literaria y alguno de sus adustos retratos. Esta opinión acaso no se desarraigue, ni vale la pena; los errores también sirven en la verdadera devoción.

El rasgo prominente de la personalidad de Quiroga era su propia condición humana. Se podría decir que Quiroga era una fatalidad para sí mismo, porque para nadie fue más inevitable. Por todos los medios y a través de todas las dificultades procuró servir con humildad a su índole natural y ser fiel a su destino. Puede afirmarse que era absolutamente incapaz de cometer un acto de condescendencia, simulación o encubrimiento, porque repugnaba a su modo de ser cuanto pudiese rebajarlo, tarde o temprano, ante su propia estima. Sus actos estaban regidos, pues, por principios de conciencia, aun los subconscientes. Si es común que los dictámenes de conciencia sean solo una apelación en última instancia, cuando revisten cierta gravedad, digamos que en Quiroga cada hecho y palabra producíanse bajo requisito tan severo, tal como si el hombre no pudiera obrar más que «ad referéndum» de sí mismo. En este sentido puede afirmarse que dentro de su paganismo el alma de Quiroga era genuinamente religiosa; y, dentro de lo que se debe estimar como ética sin secta, un hombre sin mancha. Obraba con arreglo a la voz íntima de su *daimonión*, que al fin podría ser declarado como en Sócrates el verdadero agente responsable de sus actos. De esa autenticidad de su persona,

¹⁸⁷ Publicado en *Sech* [Revista de la Sociedad de Escritores de Chile], Santiago, N° 4, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga].

llamada ya fidelidad a su destino, surgían coherentes al exterior sus opiniones y actividades; lo cual se puede definir de arregladas a un plan general de conducta. Decir el hombre y su obra, viene a ser como decir el cuerpo y el espíritu, pues la actividad de Quiroga en su carácter de escritor no difería de su actividad como constructor de canoas, leñador, asceta, amigo o ciudadano. Únicamente debo advertir que sus habilidades manuales, e igualmente su retiro en la selva por años de misterio, pertenecen un poco a la imagen mítica de Quiroga.

Todas estas cosas, absolutamente todas –inclusive aquellas de su curioso anecdotario–, deben ser referidas a su persona entera, física, moral e intelectual. Si no se las ve arrancar como radios que parten de un centro, carecerán de sentido y sin la sistemática razón de ser que tuvieron sin ninguna duda.

Quiroga es, por tanto, uno e indivisible, igual en cada aspecto de su existencia, lógico, sin contradicciones, recto, simple y sin fallas, a condición de que no perdamos de vista para juzgarlo el sello de autenticidad de cada uno de esos aspectos, como manifestaciones fragmentarias de un modo que procedía con arreglo a un plan general de conducta. Esta modalidad que designo como plan general de conducta, quizá por ser en cada momento expresión fiel de su alma, no era de ninguna manera una postura filosófica o un dogma ético. Quiroga no tenía dogmas ni sistemas, excepto él. Por plan general de conducta se puede entender, si se quiere, la voluntad de la naturaleza en el hombre. Bueno o malo, procedía según estaba organizado.

Afortunadamente estaba constituido para el bien, a semejanza de Poe y Dostoievski. En los tres la ambivalencia de lo angélico y lo diabólico eran meras manifestaciones de su condición suprema de seres sensibles a la cualidad patética de las cosas. Su ternura, acentuada en los últimos tiempos hasta un grado de hiperestesia chopiniana, no tenía, sin embargo, ningún matiz de la flaqueza o sensiblería de conservatorio. El repudio de los enfermizo y de lo mórbido brotaba de sus entrañas con la misma naturalidad que la infinita piedad. Ni la felicidad ni la gloria hubiera aceptado a cargo del arrepentimiento.

También su amor sin reservas por las personas y las cosas tenían un límite de dignidad y de justiprecio. Lo que le enternecía y lo que amaba con generosidad a veces inexplicable no obedecía al estado de ánimo del momento, sino a la totalidad de su vida, de sus opiniones, de su sensibilidad, de sus gustos. Ser elegido por él en la amistad o el desprecio tenía caracteres de fallo inapelable. Porque además de ser irrevocables sus pasiones, como si las hubiese trabajado largamente, investían un grado impresionante de infalibilidad. Sus juicios sobre obras y autores, por ejemplo, eran poco menos que infalibles en cuanto se referían a los valores relacionados con la vida, la naturaleza y el arte.

Del mismo modo que no era Quiroga un crítico ni un intelectual puro, sus dictámenes reflejaban la totalidad de su ser; en forma tal que contra nuestras razones sostenidas por series de razonamientos mentales, usaba él en ocasiones un solo argumento; pero de tal calidad, fuerza y profundidad, que parecía inspirado por la historia natural entera o por la mineralogía. Gruesas capas de errores y prejuicios saltaban por los aires con unas cuantas palabras de Quiroga, semejantes a granos de dinamita.

También se podría aludir a sus muchas limitaciones, mas de seguro ninguna de ellas lo eran conforme a su personalidad, sino a la norma usual de concebir qué es una limitación. Su negativa terminante a tolerar las expresiones abstractas del intelecto y la sensibilidad, en la filosofía o en la música, obedecía a su posición vital, no a su postura filosófica o artística. Cuando se examine detenidamente lo que pudiera creerse las limitaciones de Quiroga, se verá –lo espero– que respondían, como en Tolstoi, a una intuición del instinto, a un saber de orden zoológico.

Hasta que el tiempo nos permita entrar con alguna serenidad al examen de Horacio Quiroga, hombre y escritor, conviene tener mesura en toda apreciación. Aunque no tanto que nos impida reconocer ya en él a uno de los valores más positivos de la literatura contemporánea y a uno de los hombres menos desfigurados por la civilización urbana.

3. Poemas y anécdotas en publicaciones periódicas y libros

A Horacio Quiroga¹⁸⁸

Alfonsina Storni

Morir como tú, Horacio, en tus cabales,
y así como en tus cuentos, no está mal;
un rayo a tiempo y se acabó la feria...
Allá dirán.

No se vive en la selva impunemente,
ni cara al Paraná;¹⁸⁹
bien por tu mano firme, gran Horacio...
Allá dirán.

«No hiere cada hora –queda escrito–¹⁹⁰
nos mata la final».
Unos minutos menos... ¿quién te acusa?
Allá dirán.

Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte
que a las espaldas va.
Bebiste bien, que luego sonreías...
Allá dirán.

¹⁸⁸ Publicado primero en *Nosotros*, Buenos Aires, N° 12, año II, segunda época, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga].

¹⁸⁹ En las versiones de 1968 y 1999 este verso termina en punto y sigue mayúscula en el séptimo.

¹⁹⁰ En las versiones de 1968 y 1999 después del guion hay coma y en la de 1999 sigue mayúscula en el décimo.

Sé que la mano obrera te estrecharon,
mas no,¹⁹¹ si, Alguno o simplemente Pan,
que no es de fuertes renegar de su obra...
(Más que tú mismo es fuerte quien dirá.)¹⁹²

¹⁹¹ Esta coma se pierde en la edición de 1968 y vuelve en la de 1999.

¹⁹² Según Walter Rela (1972), el poema es recogido luego en *Alfonsina Storni. Antología poética*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1940. Consultando ediciones de la poesía completa, posteriores [1948, 1952, las dos de Roggero Ronal, Buenos Aires], vimos que el poema no aparecía. Llegamos luego a una edición de 1968, *Alfonsina Storni: Poesías completas*, Buenos Aires, Sociedad Editora Latino Americana, y allí que el texto vuelve a estar presente, aunque con diferencias mínimas respecto a la puntuación del texto de 1937. Gracias a la colaboración de la Profesora Elena Romitti, accedimos a una versión definitiva ubicada en: *Alfonsina Storni. Obras. Poesía. volumen I*, Buenos Aires, Losada, 1999:558. Allí verificamos que esa versión es, en casi todo, similar a la de 1968. Por último, por ser la más antigua, la más fiel a su contexto histórico y la que presenta más fluidez en su lectura –con relación a la puntuación de las demás–, optamos por presentar al lector la versión de 1937, dando cuenta de las mínimas variantes referidas.

Mensaje lírico¹⁹³

Juana de Ibarbourou¹⁹⁴

Acaso las selvas de Misiones estén llorando –nadie conoce la voz, la inteligencia y la sensibilidad de las cosas– y tal vez el grave rumor del Paraná sea hoy clamor elegíaco por la muerte de Quiroga, que los amó como un enamorado. Se fue el «Hermano Anaconda» y quizás en un postrero gesto de su *humour* extraño, se fue en una de sus piraguas ahuecadas por su propio fuego. Caronte, qué esperaría al extraordinario pasajero barbado como él, habrá batido furioso sus remos en las espesas aguas eternas.

Y Quiroga, sonriendo entre sus barbas, habrá decidido, rebelde como lo fue en la vida: Me voy por mi Paraná, pues da lo mismo. Todos los caminos llevan al Juicio del Supremo Juez, amigo. Prefiero llegar hasta *él* en mi canoa y no en la tuya. ¡Hermano Anaconda! Aquí estoy en la ribera diciéndote adiós y cumpliendo la promesa del Padrenuestro que un día te ofrecí muy seriamente para este trance, si eras tú el que partías primero. ¡Que él sea tu linterna en la misteriosa travesía, grande, admirable y fiel amigo! Aunque desde la orilla del mundo te ilumine el gran faro de tu gloria terrena, la pequeña Lucerna de mi oración nocturna te acompañará en la escalofriante ruta hacia la paz verdadera. Sobre ese río de tu

¹⁹³ Publicado en *El Diario*, Montevideo, 28/II/1937, p. 13, como parte de la nota: «Alcanzó caracteres realmente emocionantes el homenaje rendido a los restos de Horacio Quiroga». Al no figurar el título de la composición optamos por este, que es el que utiliza el cronista. El texto, cuyo título varía según su publicación, es recogido también por: *El Debate*, Montevideo; *Los principios*, San José; *La Gaceta*, San Ramón; *El Terruño*, Durazno, pero hasta donde sabemos, esta composición no ha sido exhumada de las páginas de los periódicos citados, o posteriormente recogida en libro, ya sea por la autora o por sus principales críticos.

¹⁹⁴ Juana de Ibarbourou, quien parece no haber estado presente en el homenaje realizado a Quiroga en el Parque Rodó, envía el poema con motivo de la ceremonia. El texto fue leído por la Srta. Maruja Demicheli, según indica la prensa.

último viaje quizás palidezcan todas las luces, y solo esta, de fe, te será útil.
¡Siempre estará encendida para ti, «Hermano Anaconda»!¹⁹⁵

¹⁹⁵ A principio de los años veinte Quiroga fundó una tertulia en Buenos Aires denominada *Anaconda*, de la cual formaban parte y asistían no solo Juana de Ibarbourou, sino también otros personajes de la vida cultural bonaerense. La poeta, en el texto que presentamos, hace una clara alusión a este grupo y a su líder, al evocar el nombre de Quiroga bajo la expresión «Hermano Anaconda». Si Juana era asidua contertulia o meramente circunstancial, no lo sabemos. En una carta a José María Delgado, con fecha 23/XII/1921, Quiroga enumera a los participantes y no la nombra: «Forman en exclusivo Anaconda: Alfonsina [Storni], [Emilio] Centurión, [Alberto M.] Rossi, Ana Weiss de Rossi, Emilia Bertolé, [¿Dolores?] Mora, [Miguel] Petrone, Amparo de Hicken, Ricardo Hicken, Berta Singerman, Enrique Iglesias y yo» (Quiroga, 2007, p. 31). A este grupo debemos agregar a Samuel Glusberg. A propósito, Santiago Glusberg, hermano de aquel y de Leonardo Glusberg (con quien Quiroga realiza el libro escolar *Suelo natal* [1931], dirigía la editorial y librería Anaconda, en alusión a la tertulia y al libro homónimo de 1921.

Horacio Quiroga (Episodio local)¹⁹⁶

F. Sialo

Las letras americanas han perdido a uno de sus más grandes cultores: Horacio Quiroga, natural de Salto, oriental, hijo adoptivo de la Argentina. Artífice maravilloso a quien con razón se le consideraba el Kipling rioplatense ya que sus producciones literarias en nada desmerecen comparadas con las del eximio autor inglés, recientemente fallecido.¹⁹⁷

Cuentos de amor, locura y de muerte [sic], *Las sacrificadas*, *Los desterrados*, *Pasado amor*, *Anaconda*, y sobre todo, su libro último: *Más allá*, trasuntan a uno de los más profundos y geniales narradores. En *Más allá* la magia de su pluma en sus incursiones por el mundo de lo ignoto y misterioso, impresionan hondamente provocando alarmantes reflexiones.

Pueblo Olimar tuvo el honor de albergar, si bien por corto tiempo, a ese hombre excepcional, que fue Horacio Quiroga. Hace de ello catorce años. ¡A cuantos llamaba la atención, su figura característica, delgado, más bien alto, de larga cabellera y barba nazarena: figura quijotesca! ¿A qué había venido se preguntaban? ¿Qué busca ese hombre raro, que pasaba horas y horas solo por las afueras de este pueblo; en pleno campo, encorvándose de trecho en trecho haciendo perforaciones en el suelo? ¿Se tratará de algún tesoro oculto?¹⁹⁸

¹⁹⁶ Publicado en *Crónica*, Treinta y Tres y Pueblo Olimar, 6/III/1937, p. 8. No hemos podido conseguir datos de F. Sialo.

¹⁹⁷ Se refiere a la muerte de Rudyard Kipling, ocurrida en Londres el 18 de enero de 1936.

¹⁹⁸ Sabemos que Horacio Quiroga llegó a Santa Clara del Olimar en 1923, a la vuelta de un viaje a Brasil, tierra a la que fue con motivo de realizar una misión diplomática. A su regreso: «[Quiroga] Quería aprovechar los tres días de que disponía, para buscar el aerolito». La anécdota completa, que también describe su encuentro con Juana de Ibarbourou, puede leerse en el artículo: «De la vida atormentada de Horacio Quiroga» que puede leerse en esta compilación.

Poco sabíamos a qué vino y que su alojamiento era en el Cuartel del Batallón N° 9 (hoy del 7° de Caballería). Era en las postrimerías del gobierno ejemplar de [Baltasar] Brum. Este era un sincero admirador de Quiroga, excompañero estudiante del Salto. ¡Y qué coincidencia! Para esos días también residía accidentalmente acá en Pueblo Olimar, la eximia poeta Juanita [sic] de Ibarbourou, cuando aún no se había consagrado: *Juana de América*.

Fueron días de oro para la cultura de este Pueblo tan difamado. Juanita de Ibarbourou, Horacio Quiroga; dos cumbres de las letras americanas; hermanos espirituales, conviviendo en este paraje pobre y solitario. A ella tocole ahora la triste misión de la eterna despedida al viajero enigmático de hace tres lustros.

Posiblemente nada habrá dicho del casi ignorado episodio que hemos recordado.¹⁹⁹

Pueblo Olimar, 1° de marzo de 1937.

¹⁹⁹ Entre aquel encuentro y este texto hay 14 años de distancia. En el «Mensaje lírico» escrito por Juana de Ibarbourou en homenaje a la muerte de su amigo, la escritora nada dice acerca del encuentro en Santa Clara de Olimar. No investigamos más allá en la obra de Ibarbourou para lograr ubicar otras alusiones al episodio narrado por F. Sialo, o bien a la participación de Juana en el grupo *Anaconda* liderado por Quiroga. Estos aspectos acaso puedan ser materia para una futura investigación.

De la vida atormentada de Horacio Quiroga²⁰⁰

M. Ferdinand Pontac²⁰¹

Junto a las dos grandes piedras lisas que limitaban la puerta de calle, descansaban del bochorno de esa tarde de enero, dos mujeres. La joven acababa de terminar un verso y le ponía título: *Tregua en el campo*. Todo él un anhelo.²⁰²

—*Mujer que te has venido con el alma por la ácida y torva vida de la ciudad: cúrate en el silencio, ama a tu casa aislada, bendice este paréntesis, suave, de soledad.*

Absoluta soledad campesina. ¿Quién llegaría hasta el legendario feudo de los Saravia? Ni árboles, ni arroyos; solo piedra y tierra amarilla. En las noches claras, un verdadero paisaje lunar. Pero en ese paisaje agresivo y hosco a toda entrega, debía encontrar por un año, la bendita soledad buscada, que la descansaría.

El anhelo era regresivo.

¡Que bajo tu corteza gris de civilizada, surja la campesina que adurmió la ciudad!

Surgiría, sí, otra vez, la campesina que no dejó de ser nunca. Y nadie se atrevería a llegar hasta allí a alabarle sus versos, y a escamotearle su tiempo.

Un grito de la madre, en que había miedo y asombro.

—*¡Mira aquel hombre, Juana!* Venía hacia ellas a grandes zancadas, con un traje marrón que parecía no ser suyo, pantalón estrecho y corto, mangas escasas, la barba negra y una gorra a cuadros que lo protegía del terrible sol azufrado. El

²⁰⁰ Publicado en el *Suplemento* de *El Día*, N° 376, año IX, 24/III/1940, pp. 4-5.

²⁰¹ Seudónimo de Luis Bonavita.

²⁰² El poema *Tregua en el campo* integró finalmente el famoso volumen *Las lenguas de diamante* (1919), pero está incluido en ediciones posteriores a la de 1919. Ver: Juana de Ibarbourou. *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1968, p. 162.

hombre, a quien acompañaba un niño de doce años, saludaba desde lejos con grandes gestos de su mano huesuda.

La madre se guarecía ya en el interior de la casa, cuando la hija reconoció al viajero.

—*Pero si es Horacio Quiroga, mamá*, dijo alegremente Juana de Ibarbourou, tranquilizada también ella. Pero la «señora mayor» no debía recobrar su aplomo, hasta pasados los tres días, en que el hombre barbudo desapareció del pueblo.

Venía del norte. En la valija que perdió en el ferrocarril iban los trajes casi lujosos con que se le vio en Río, cuya Academia brasileña de Letras lo había recibido en triunfo. Quería aprovechar los tres días de que disponía, para buscar el aerolito.²⁰³ Lo había visto un soldado, que definía así su caída: [...] *un ferrocarril por el aire, que clavó el pico en el cerro*. El pueblo lo había oído caer. Un ruido de cien truenos juntos, a pleno sol.

Quiroga se presentó a los jefes del 9º cuyo segundo, el mayor Lucas Ibarbourou era su amigo. Esto hizo que su aspecto no los intranquilizara mucho. Por otra parte venía en misión oficial y debía ser atendido especialmente. Lo fue. Y así Quiroga, en los tres días que duró su viaje, salía muy temprano del único hotel poblado y se presentaba en el cuartel después de caminar un kilómetro y pasar por frente al cementerio campesino, con su gran palma central, de enorme tronco, lleno de culantrillos, claveles del aire, helechos, y pirinchos.

Santa Clara de Olimar... Tan hermoso es el nombre, que parece buscado para un romance. Y cuando ya el poema está dentro del pecho, ofende los ojos la realidad ceñuda. Se espera la ciudad junto al río, la enorme y la sombra. Vana esperanza de la pupila. No es Santa Clara más que un caserío gris, grandes cerros hirsutos, un campo de piedras sin ninguno de los matices del verde y del agua. Tierra para trapenses, cielo reverberante, blanco y gris, gris y rojo, rojo y negro. Pero el romance está. Un poco oscuro y otro mucho siniestro, pero está. Se le encuentra

²⁰³ *Aerolito*. 1. m. Fragmento de un bólido, que cae sobre la Tierra. RAE, 2023.

en las noches lunosas, cuando el filo de los cerros humea con el frío de la madrugada, y sus granitos, traspasados por el fuego del sol, se endurecen en la frescura de la medianoche. Parece entonces como que camináramos por los acantilados de la luna, y que el astro que resplandece en el cielo, fuera la dura, vieja y miserable tierra nuestra. ¡Qué días y qué noches en ese feudo de la tragedia! El cuento dramático es en él la crónica común, en un paisaje impasible, en todos los tonos neutros, sin el contrafilo de la luz verde del agua que corre por entre los árboles. Los ranchos están solo bajo la canícula o el frío. Un hombre fuma, en la puerta del suyo, desde la amanecida hasta el anochecer, impávido, misterioso, sentado sobre su cabeza de vaca, con el único cambio de actitud que le exigen el churrasco de mediodía, siempre, siempre... siempre!; el amargo de yerba brasilera, el cigarro de chala pegado al labio ¡siempre!; el pucho de hoja de maíz, crepitante, como si en la brasa mínimo hirvieron la revelación y la profecía. Son hombres de duras greñas los del paraje agrisado. En su sangre mezcló la conquista, lo que aparecerá como una espuma en el alma del gaucho: el fatalismo inmóvil del árabe contemplador, y el hermético silencio de los hombres de estas tierras, que bien pudieron ser las últimas orillas de la Atlántida legendaria.

Nadie sonríe en Santa Clara de Olimar, y casi nadie lucha. El gris se mete en el alma como un cauto roedor que bajara de los cerros todos los días, a cavar sus túneles innegables. Solo el viento, el viento suelto, que hace de cada piedra una ocarina, canta para la eternidad. No se sabe de dónde extrae sus instrumentos musicales. Las rocas se exaltan para oírlo, y se duermen abajo el arorró de úes, cuando son pequeñas y chatas. Las otras parece que vivieron ya el momento de la liberación. Van a andar, cualquier día. Ya saben oír, y ambicionar. Ese *arorró* de las piedras que se duermen con la noche, es un himno, o un *De Profundis* [sic], para las grandes rocas agudas.

Todo este panorama extraño de Santa Clara tiene que haberlo captado Quiroga, con su extraordinaria sensibilidad, en los tres días que fue su huésped. Se le daba en la mañana un cabo y un soldado, un pico y una azada, un balde y un jarro. Con su valijita y su tubo de lata, el corto traje marrón y el gran pañuelo a cuadros

anudado al cuello, ganaba el cerro y cavaba en él hasta las doce. No encontró rastros del aerolito. Le bastaba su encuentro con la flora indígena. Tenía un herbario que enriqueció en el cerro. Apretaba las hierbas aromáticas en el tubo de la lata mientras su hijo Darío buscaba víboras entre los pastos. Había heredado del padre ese amor por los animales, aún los dañinos. Respetaba toda vida animal. Perseguía víboras cuando estas le habían hecho perder algún perro. Lloró al cervatillo que había criado y que le asesinaron un noche. *Mientras lo retornaba en brazos a casa –anotará más tarde– aprecié por vez primera lo que es apropiarse de una existencia.*

Era terrible el sol de ese mes de enero. Pero Quiroga no temía por el hilo, que sabía cuidarse, con su gorra, debajo de la cual sabía extender una capa de hierbas frescas. Había inculcado a sus hijos la disciplina del peligro. Le contaba a Juana: a veces los colocaba juntos al borde de una altísima barranca. Les decía: *no se muevan*. Y se alejaba internándose en la selva. Parecía impasible, pero sufría. *Me alejaba quedándome*, explicaba. Y Juana, que había entendido, estrujaba contra ella a Julito, que empezaba a dormirse. Transcurrido un largo rato el padre volvía. *Volvía adelantándome*, decía ahora con un ligero temblor en la voz, y significaba con la frase rara, que se adelantaba a sí mismo, espoleado por la angustia del peligro corrido por los hijos pequeños.

Disciplina terrible, Quiroga, no la repitió muchas veces. Mientras él, alejado ya, miraba a lo lejos, sin ver, Darío le pasaba el brazo por la cintura a la hermanita mayor, diciéndole en voz muy baja: *No te muevas, Eglé, que podemos morirnos*. En alguna ocasión el muchacho tuvo valor para gritar con voz fuerte, pero sabiendo ya que esa voz fuerte, pero sabiendo ya que esa voz no llegaría hasta el padre, o que, si llegaba, este no querría oírlo. *Piapiá...* se perdía el eco, pero llegaba el padre, ya al borde de la angustia. Los abrazaba a los dos, estrechándolos contra el pecho, despreciando el peligro y amando el campo y la selva. Eso decía. Pero la selva que les enseñó a no temer el peligro, se guardó el secreto de no temerle a la vida.

Los dos, padre e hija, se fueron voluntariamente. Y si ignoramos por qué se mató Eglé, sabemos en cambio que era un Quiroga en derrota, ya condenado por el cáncer, el que alargó una noche su mano esquelética, hasta el vaso que podía salvarlo... Cenó Quiroga en casa de Juana de Ibarbourou, las tres noches que pasó en el pueblo.²⁰⁴ Conoció la sobremesa cordial y elevada de la noble casa amiga. Se perdía en el sillón la figura pequeña, flaca, seca, huesuda. Gran narrador, complaciase sin embargo en ahorrar palabras. Hablaban por él sus extraños ojos verdes, que fijaba magnéticamente en los del interlocutor, tal vez para ocultar, lo que no conseguía siempre, su timidez.

Apenas sentado para la charla, extraía del bolsillo una pequeña madera y un cortaplumas, invirtiendo en labrarla todo el tiempo de la conversación. No conocimos a Quiroga y no sabemos si esa actitud suya era corriente en él. La describimos, porque la tuvo en Santa Clara, en esa corta visita en 1923. Hablaba poco, siempre ligero, y nunca de su propia obra. Cuando no creía en la ajena, era mordaz e implacable. A veces frenaba bruscamente su charla, para tararear un trozo de ópera, muy por lo bajo, cortando luego, también bruscamente su extraño arranque lírico, para volver a la conversación casi con humildad, como avergonzado por la interferencia.

Cuando se fue de Santa Clara, dejó en el pueblo una fuerte impresión de curiosidad y de miseria. Los doctores José María delgado y Alberto J. Brignole acaban de revelarnos el misterio de la atormentada vida de Quiroga, hombre que parece de otro continente, extraña amalgama de soñador y hombre de acción, de realizador y de visionario. Dos cuadros de muerte son el principio y el fin del libro.²⁰⁵ Entre los dos, nada más que tragedia. Todas las imágenes caben en el volumen, y no solo las imágenes, sino la explicación.

²⁰⁴ El episodio también es contado por F. Sialo en las páginas del diario *Crónica*, de Pueblo Olimar, en el artículo titulado «Episodio local», que presentamos antes.

²⁰⁵ Se refiere a la biografía que publicaron estos en 1939, a saber: *Vida y obra de Horacio Quiroga*. Montevideo: Claudio García y Cía. Editores.

Los autores son amigos que han convivido con Quiroga los primeros años de bohemia, recogiendo como en cumplimiento de un destino la información más preciosa y verídica. A esa información fidelísima los autores han agregado lo que Bidou llamaba *el sentido dramático de lo real*. Además, y esto en perfecto equilibrio, una rica imaginación, con un sobrio arte de pintar. Es una biografía acabada y magnífica. Aún escribiendo en prosa se descubre el poeta en el doctor Delgado. Él lo ha sentido mientras modelaba esta rara vida de escritor que no conoció la plácida existencia sino la agitada y febriciente [sic]. Libro de alta poesía, en el que si tuviéramos que señalar algunos capítulos, no como mejor logrados, sino como capaces de despertar una máxima emoción, recordaríamos los del desierto y los de la muerte. No es una narración lo que nos regalan Brignole y Delgado. Es toda una complejísima psicóloga que nunca hubiéramos imaginado y a la que llegamos porque ellos mismos se han adentrado en el alma de Quiroga, para presentarla, grande, igual y única, como sus pasiones, sus errores, sus obstinaciones y su genio. No le ahorran al lector –aunque lo hacen fugazmente tal vez para no exacerbar su propio sufrimiento– la visión del dolor de los grandes, del último dolor de los grandes que murieron como él murió.

Lo declaró cesante el decreto de 15 de abril de 1934. Sus amigos del Salto se habían arrojado a una franca oposición a la dictadura y Baltasar Brum, que había comprendido el verdadero patriotismo de cuidar la obra de Quiroga concediéndole el puesto de cónsul en Misiones, había dejado su cuerpo tendido para que pudiera edificarse más tarde sobre él una nueva y segura etapa de nuestra democracia. El decreto de cesantía lo arrojó en la miseria. Pero cuando tres años más tarde Quiroga compró la paz con un gesto, el mismo gobierno que lo acorraló, supo apropiarse de su cadáver. Túmulo en un parque público, catafalco para el algarrobo de Erzia, hachones encendidos, marcha fúnebre de Beethoven, discursos empezados en el mismo momento en que él dejaba de caer su mano en el vaso de veneno. Parece escrito para Quiroga el último capítulo del libro de Lugones sobre Sarmiento.²⁰⁶ Melancolía por el dolor de los grandes muertos.

²⁰⁶ Hace referencia al ensayo de Leopoldo Lugones *Historia de Sarmiento* (1911).

—Ni la savia del cañón, ni el féretro en la cureña, ni la estatua que los embalsama en bronce, van a quitar un solo minuto de las miserias que pasaron, de la ingratitud que devoraron, de la sociedad que padecieron.

Podrá querer rescatarse un día, en gesto tardío, esas miserias, ingratitudes o soledades. Cuando los párpados han caído, ya no son para Lugones, más que efigie de bronce hueco, suspiros de vana pólvora. Si los gobiernos y los pueblos lo recordaran, no serán tan a menudo, *justos a destiempo*.

Cinco cantos de despedida a Horacio Quiroga²⁰⁷

Juan Silva Vila

I

Hijo de Salto, estás aquí de nuevo
junto a tu pueblo
que se ha vuelto friso
para elevar tu estatua
como un canto
definitivo.
Ya estás aquí, de nuevo,
en esta tierra,
la primera que tocaron tus dedos
y que te vio crecer como el naranjo
que perfumó tu cuerpo;
la que tus ojos siempre retuvieron
como horizonte que se ve a lo lejos
y que encierra el recuerdo
como capa de sándalo
un secreto.

II

Quiso Horacio Quiroga,
para el descanso eterno,
la tierra junto al árbol
viril de las Misiones,
de esos, que morirían

²⁰⁷ Publicado en *Tribuna Salteña*, Salto, 2/III/1937, p. 8.

en los pueblos.
Fue el amante más macho
que tuvo nuestra selva.
a la que enamoró, enamorándose
y a la que cautivara hasta en la ausencia.
Quiso la tierra roja
que floreció en las manos el jesuita
y que le dio su trópico
y las ruinas,
cuando llegó Quiroga
para la extraña cita,
con el suelo febril de transformarla
cultivando algodón. ¡Bella quimera
que le dio como un hijo el desencanto
pero no le agostó la primavera!

III

Hundido allá, en la selva
y con la soledad por compañera
pasó la vida hallando la armonía
que desde la raíz va hacia la estrella.
Centauro para el llano,
remero en la piragua silenciosa
que labraron sus manos de ebanista
y domador de la motocicleta
que trepidó en la Jungla misionera
sobre la herida de la roja senda.

Hundido allá, en la selva
aspirando el aroma de los cedros

y el penetrante olor de los inciensos,
coleccionaba cueros de las víboras,
dominaba las fieras
y encantaba serpientes;
pulsador de la marcha del arácnido
vio crecer a las lianas trepadoras
mientras rasgaba el ámbito amarillo
un par de guacamayos
y el yacaré lucía por el río
sus cartones de un verde sin pasado.

IV

Alzó los hombros
hasta el árbol más alto;
y deslizó sus brazos
por el tronco más ancho
y sus ojos grabaron para siempre la yararacusú y el cascarudo
en tenaz estadística selvática
que después transformaba
en prosa alucinante
narraciones fantásticas
donde el paisaje, ya sin el secreto
con pasión lo buscaba
y que se halla guardado en *Anaconda*
como una cifra mágica.

V

Salto, no te dará la tierra roja
perdida un día para tu ceniza

bajo el rumor del mar
de aquella selva
que se prendió en tu barba
renegrida.

Descansarás cerca del río elástico,
lejos de las ciudades que no amaste,
porque el campo te dio
todas sus alas
que no pueden plegarse.
¡Te espera el Salto Grande,
en soledad de rocas y cristales!
Allí tendrás el monte
camino de los pájaros
y tu ceniza nutrirá la gleba
que hará posible toda la sonrisa
de la flor del naranjo.
Tendrás, como un asombro
la cascada
que es la ametralladora del paisaje
del río de los pájaros pintados,
que acalla toda voz
que se le acerca,
porque solo el silencio es compañero
de la orquesta que clama en sinfonías
la canción más antigua
que arrullará
tu polvo volandero.

Hoy,
el árbol de la selva

se apretó en una urna
y guarda tu ceniza
un algarrobo,
como fiel centinela
que muestra en su corteza
el relieve profundo del artista
que grabó para siempre
tu cabeza.

Boceto para un romance a Horacio Quiroga²⁰⁸

Fernán Silva Valdés

Horacio Quiroga, el raro;
Horacio Quiroga, el fuerte;
Te fuiste un día a los bosques
A vivir entre serpientes;
A auscultar lunas menguantes,
A orejear soles nacies.

A esa selva cerrada
—País de los misioneros—
Como a un cofre milenario
Tú le robaste el secreto,
Pues le copaste el tesoro
Que se llamaba Misterio.

Horacio Quiroga: extraño
Santón de la barba entera,
Amasador de «anaconda»
Con voz grave de caverna;
Los cóndores te enseñaron
Lo que hay más allá del cielo;
Los tucu-tucus, lo que hay
Más debajo de la tierra.

Supiste hablar con las aves,
Supiste hablar con las fieras,

²⁰⁸ Publicado en *Tribuna Salteña*, Salto, 4/IV/1937, p. 8.

Con los reptiles monstruosos
Rayados como panteras.

Tu palabra era desnuda
Como la carne o la yerba;
Así te entendieron todos
Los que habitaban la selva:

Desde el león hasta el viento,
Del chajá a la comadreja.
Te prestó el urutaú
Su grito de ánima en pena

Y lo pusiste en tus cuentos
Como un abrojo en la jerga.
Te dio el caburé su arte
Para atraer las culebras,
Y a las víboras domaste,
Que para eso eran hembras.

Todos en torno a tus barbas
De agrio santo de madera;
Todos en torno a tu voz
De hombres de la edad de piedra,
Todos en torno a tus ojos
De cachimbas misioneras,
Desde el tigre al picaflor,
Desde el viento a la centella,
Fueron cediendo a tu embrujo,
Fueron cediendo a tu verba
Como a un San Francisco criollo

Tallado en hueso y en cerda...

¡Solo nosotros –hermano–

Tuvimos lerda la oreja!

Elegía menor²⁰⁹

Ulises Petit de Murat

Supe de tu motocicleta insólita,
restallante, sobre las calles de Belgrano.
Tu motocicleta que congregaba chicuelos
asombrados ante la contradicción suprema
de un motociclista largamente barbado.
Supe de algunos tranquilos días tuyos
en la paz aliñada de Olivos...
Y, a causa de tu barba tan fotografiada
y tu afán de soledad
y el poder llano y asombroso de tu prosa
te pensaba enorme...

No quiero saber sobre tus días
en Misiones o las tristes horas finales
con toda la ciudad bloqueándote
entre los muros fatigados de un hospital
macizo, cuadrado, de la calle Córdoba.
Prefiero tu leyenda, Horacio Quiroga.

Y te veo como el hombre emponzoñado
de tu relato, muerto después de la lucha
empeñosa, remontando
muerto y solemne

²⁰⁹ Publicado en *El Hogar*, Buenos Aires, 5/III/1937, p. 5.

los Ríos Padres.

Un hombre rígido, inimaginable,
desnudo de tiempo, con la faz vacía
vuelta hacia Dios,
entre las selvas y los ríos...

Despedida a Horacio Quiroga²¹⁰

Enrique Amorim

En la hora de entregar las cenizas del gran escritor nacional a su tierra salteña, ante la sugestión de la noche, poblada de sombras y luna, Enrique Amorim, el destacado autor de La Carreta y El Paisano Aguilar, pronunció las palabras que transcribimos. Había en su voz una honda emoción, un temblor auténtico de poeta, y en la música sostenida de su vuelo lírico sus frases de blanda materia poética, llegaban con el fervor y la devoción que solo un verdadero amor es capaz de inspirar. Así lo comprendió Salto. Era la voz de uno de sus hijos que despedía al ilustre creador de tantas obras maestras, cuyo nombre es hoy estandarte en la República, y cuya obra ya es patrimonio legítimo de América. Helo aquí, traído desde la lejana ciudad, por nuestro enviado especial en la ceremonia recientemente celebrada.

Seria noche que aguardas a Horacio Quiroga, acerca a los árboles de mi pueblo, cita al cielo de mi tierra y al bravo Uruguay que pasa hacia el mar, a las nubes, que detengan el paso sobre los campos inocentes. Seria noche que aguardas a Horacio Quiroga, estas son las cenizas de aquel hombrecillo menudo que señalaban con el dedo las desconfiadas e invariables gentes de todos los pueblos. Un puñado de cenizas en el dormido tronco de un árbol, sobre el que se posaron las manos de un genio ruso, trashumante, S[tephan] Erzia. Hombres así, yo sé que amaste en vida Horacio Quiroga. Artista como eras tú, silencioso Horacio Quiroga. No te traemos noche salteña de verano, en el hueco sonoro del bronce o del mármol. Viene en algarrobo, tibia madera que atravesará la eternidad, siempre con esa casi promesa de resurrección de los troncos caídos.

Bien sabes, noche generosa que este hombre no era como los demás. Por no ser un número, padeció –asceta de sobrada dulzura– con la entereza de los fuertes y de los sinceros.

²¹⁰ Publicado en *Uruguay*, Montevideo, 5/III/1937, p. 16; también en *La Opinión*, Paysandú, y en *La Campaña*, Salto.

Te traemos, noche, un escritor y un hombre. Déjalo que siga habitando tus sombras, propicias al filosofar, las sombras que no lastiman ni son injustas. Déjale vagar libremente, sin interrogarle, sin reclamarle nada, pues ya dio tanto a su patria que no tiene deudas con [la] América española.

Atravesando días vienes Horacio Quiroga a caer en este remanso final que fue regazo tuyo. Cargó con la responsabilidad de esta naturaleza limpia de Salto, y esperó, Horacio Quiroga, tu reproche o tu sonrisa comprensiva y humana. El gajo de la selva que te acompaña, podrá soportar la intemperie tan dura como la indiferencia que padeció tu pobre carne mortal. El nombre de un artista ejemplar, custodiado por la última tibieza del algarrobo. Y, te lo digo ahora, Horacio Quiroga que estás en tus libros, hay algunos hombres, entre ellos un Ministro de Instrucción Pública, que sellan un compromiso sagrado: el de honrar tu memoria.

Aquí estamos con Fernández Moreno, insomnes, en tu solar. Nosotros que medimos las calles bulliciosas de la urbe igualando tus largas zancadas. Nos toca ahora cerrar los ojos, Horacio Quiroga para volver a enfrentar la vida y buscarte en el recuerdo. Noche de mi pueblo, siento que te agrandas para recibirlo, te haces un arco, con tu alta vía láctea para que pase tu gloria.

Viaje a Salto con las cenizas de Horacio Quiroga [II]²¹¹

Baldomero Fernández Moreno

Van estos cuatro versos a la ciudad de Salto,
y directos, si pueden, al pecho de Amorim.
De pie sobre la costa le disparo mis flechas,
por una vez al menos me siento querandí.

A la estación llegamos al caer de la tarde,
el quebracho de Erzia transido de jazmín.
Parecían las barbas del escritor, alegres,
mientras los ojos altos buscaban el confín.

Cuando me desgarré del militar estruendo,
redoblar de tambor y orbicular clarín,
di con una geométrica casa por las afueras,
un jardinero luso y un ingente mastín.

Después acompañamos los restos de Quiroga,
gloria pulverizada en un chisme de cinc.
Vi brujas amarillas restregarse los ojos
y pañuelos en dedos, en pinzas, de marfil.

El cementerio abría sus huesos a la calle,
separado por unos barrotes de verdín.
Aún me acuerdo los nombres que aprendí de memoria
cuando por sus caminos vagaba, zahorí.

²¹¹ Extraído de su libro *Poemas del Uruguay*, Editorial Perrot, Colección Nuevo Mundo, Buenos Aires, 1957, pp. 35/37-38.

La noche de esa tarde no tenía techumbre,
el relente, en compresas, caía sobre mí,
sobre diez caballeros y un surtidor de whisky
entre planos de yeso y fardos de zafir.

Vi al otro día calles hinchadas de edificios,
y el Uruguay que huía, brillando, del Brasil,
y una selva de pinos, que según el ventalle,
suspiraba en criollo o cantaba en latín.

Si me hubiera quedado te habría escritor un libro
con unos poemas grandes, otros menudos y,
entre ágatas y sauces, entretejido, cosas
de naranja aéreas y recóndito anís.

Hubiera curioseado por cada reja tuya,
visitado el palacio como el zaquizamí.
Al poco tiempo todo Salto conocería
mi birrete con pluma y mi traje de brin.

Aunque estés tan arriba trepado en tu república,
te bajo, en Buenos Aires, como una rama gris.
¡Oh, el tres que subía como una lagartija!
¡Oh, lindos barquichuelos de la de [Nicolás] Mihanovich!

Epitafio²¹²

He aquí las cenizas, oh Salto, de tu hijo,
de ti salió y es justo y es natural que vuelva.
El corazón de un árbol ya es su eterno cobijo:
el silencio, la sombra y el pavor de la selva.

²¹² Palabras pronunciadas por Baldomero Fernández Moreno en la última ceremonia que tuvo lugar en Salto. Publicadas luego en *Nosotros*, Buenos Aires, N° 12, marzo 1937. [Número en homenaje a Horacio Quiroga].

4. Otras notas y una polémica en publicaciones periódicas

Sepelios²¹³

[Sin firma]

+ Horacio Quiroga, Q[ue]. E[n]. P[az]. D[escanse], falleció el 19 de febrero de 1937. La *Sociedad Argentina de Escritores* invita a sus asociados a acompañar los restos de su ilustre ex vicepresidente al cementerio del Oeste hoy 20 a las 15:30 horas. El cortejo partirá de la sede de la Sociedad (Casa del Teatro), Santa Fe 1243. 39571 1-20.

²¹³ Publicado en *La Nación*. Buenos Aires, 20/II/1937, p. 14.

Falleció ayer en esta capital el escritor Horacio Quiroga²¹⁴

[Sin firma]

En razón del tiempo en que se le tocó iniciarse en las letras, Horacio Quiroga hubo de pagar tributo al decadentismo, tesitura en que los franceses de las últimas décadas del siglo pasado tuvieron posición de vanguardia. Todo hombre joven adopta una actitud revolucionaria, que es en realidad exaltación de idealismo; el equilibrio viene después, como resultado de reflexiones maduras. Esto, precisamente, ocurrió en el caso del escritor que desaparece, espíritu inquieto que en temprana edad definió su vocación literaria.

Las generaciones rioplatenses del noventa y del novecientos experimentaron ardorosamente el influjo de la escuela modernista. Por eso, nada extraño que Horacio Quiroga se hallase colocado, con *[Los] arrecifes de coral* –el título ya lo indica– en la escuela renovadora. Este es su primer libro, en verso, publicado en Montevideo en 1902, suscitó pareceres contradictorios: cada uno juzgó desde su punto de vista, como que la lucha entre dos modalidades llegaba a los límites de la violencia.²¹⁵

Su segundo libro, *El crimen del otro*, reveló al cuentista. Según Quiroga comprendió, la novela, en cuanto constituye un esfuerzo de amplificación y que hizo las delicias de nuestros padres y abuelos, debía ser sustituida por el cuento, que es síntesis. Un cuento que tenga un asunto de esos que por su interés vital prenden en el espíritu del lector, adquiere el significado de una real expresión de arte y se conforma mejor con la vida actual, complicada por mil exigencias.

Los datos cronológicos no interesan en la vida de Quiroga sino en cuanto señalan la natural evolución de su espíritu. Nacido el 31 de diciembre de 1878 en el Salto uruguayo se trasladó a Montevideo cuando contaba 12 años de edad. En 1904

²¹⁴ Publicado en *La Prensa*, Buenos Aires, 20/II/1937. Reproducida al día siguiente en *Uruguay*, Montevideo, 21/II/1937, p. 6. [Columna escrita por Alfaro].

²¹⁵ La publicación de *Los arrecifes de coral* en realidad se produjo en 1901.

vino a Buenos Aires en busca de mayor horizonte. Dos años estuvo en el Chaco, como cultivador de algodón. En 1909 volvió a Buenos Aires, y ocho años después se trasladó a Misiones, donde adquirió un fundo, en San Ignacio, para su residencia ya definitiva. Ello no le impedía pasar algunas temporadas en nuestra capital.

Horacio Quiroga desempeño por algún tiempo una cátedra en la Escuela Normal número 3, de esta capital. El presidente del Uruguay, Doctor [Baltasar] Brum, teniendo en cuenta la condición del publicista, lo nombró cónsul adscripto del país hermano en Buenos Aires. Y en la actualidad era cónsul uruguayo con carácter honorario en San Ignacio.

Su permanencia en el territorio de Misiones, fue notoriamente útil para Quiroga. Allí, en la selva virgen, comprendió el fondo majestuoso de la naturaleza y, como todo artista, de sus fuentes extrajo materiales de primer orden. Los bosques tropicales diéronle una visión amplísima. En las páginas rotundas pintó el paisaje y los tipos de la región. La fauna le interesó en gran manera, y de ahí que se hiciera zoólogo coleccionista. Traslado con fidelidad al papel el rumor de los grandes ríos y las pasiones primitivas de los pobladores. Pero la obra literaria de Quiroga, considerada en conjunto según cuadra en la ocasión, tiene, sobre el vigor pictórico, el elemento psíquico.

La fantasía ardiente del autor se encuadraba en el marco de la vida. Así, sus cuentos de la selva para niños, que son apólogos y relatos fantásticos, se los refirió primero, de viva voz, a sus hijos, para apreciar el efecto producido en la imaginación de éstos. También el escritor era un deportista que caminaba largas distancias y un mecánico que fabricaba las herramientas para su uso particular.

Desde hace algunos años permanecía en Misiones, alejado de las actividades. La vida de hogar era de toda su preferencia. Solamente escribía para *La Prensa*, y es

así que nuestra edición extraordinaria del 1º de enero del corriente año apareció «La tragedia de los ananás».²¹⁶

Además de los nombrados, Quiroga deja los siguientes libros: *Historia de un amor turbio*, 1908; *Cuentos de amor, de locura y de muerte* [sic], 1917; *El salvaje*, 1920; *Anaconda*, 1923 [sic | 1921]; *Cuentos de la selva*, 1923 [sic | 1918]; *El desierto*, 1926 [sic | 1924]; *Los desterrados*, 1928 [sic | 1926]; *Pasado amor*, 1929; *Más allá*, 1935. Todos son cuentos y novelas cortas. En la mayor parte de esas producciones, algunas de indiscutible valor literario, aparece el espíritu torturado del autor.

La muerte de Horacio Quiroga constituye, por eso, una sensible pérdida para las letras rioplatenses, y alcanza en todas partes dolorosa repercusión. Sus restos son velados en la Casa del Teatro, y el sepelio se efectuará hoy a las 16, en el cementerio del Oeste. En dicha ceremonia harán uso de la palabra, para despedir al extinto, en nombre de la «Sociedad Argentina de Escritores», el señor Alberto Gerchunoff, y por los amigos, el señor Ezequiel Martínez Estrada.

²¹⁶ Se trata del último cuento publicado en vida del autor.

Con la muerte de Horacio Quiroga desaparece el más brillante cuentista de las selvas²¹⁷

[Sin firma]

Una destacada figura de las letras americanas acaba de desaparecer con el fallecimiento de Horacio Quiroga, radicado entre nosotros desde mucho tiempo. Con Javier de Viana, compartía Quiroga la gloria de los mejores cuentistas de aquella nacionalidad, siendo de señalar la notable evolución literaria experimentada por el segundo a través de sus producciones. Iniciado en la escuela decadentista con su libro de versos [*Los arrecifes de coral*] cuyas composiciones fueron para muchos *macaneos de un desequilibrado*, Quiroga hubo de trasladarse y residir en nuestra gobernación de Misiones y allí, en medio de las selvas tropicales, puesto en íntimo contacto con la Naturaleza en sus más grandiosos espectáculos, su espíritu se impresionó, torciendo el rumbo de su inspiración.

Y el poeta decadente de la juventud se transformó en el escritor realista de la madurez, cuya producción fecunda y valiosa habría de difundirse por todas partes, alcanzando el merecido prestigio de que gozaba al momento de su muerte. Cuentista de penetrante observación y de rico estilo, supo describir, en páginas admirables, hombres, paisajes y cosas y supo traducir en sus cuentos las pasiones de los hombres, animándolos con la belleza dialéctica de su pluma.

Historia de un amor turbio; El salvaje y Cuentos de amor, de locura y de muerte, son sus obras de esta naturaleza que más lo caracterizaron como cuentista de múltiples recursos. Agréganse a su extensa labor literaria sus numerosos cuentos, entre los cuales cabe mencionar: «El almohadón de plumas»; «A la deriva»; «Los pescadores de vigas»; «La miel silvestre»; «Los cazadores de ratas»; «La meningitis y su sombra».

Caras y Caretas contó a Horacio Quiroga entre sus más ilustres colaboradores. En los tiempos ya lejanos de su iniciación literaria. Quiroga tuvo en nuestras páginas

²¹⁷ Publicado en *Caras y Caretas*. Buenos Aires, 27/II/1937, p. 42.

la acogida que merecían sus producciones, conquistando a través de ellas la admiración y la simpatía de nuestros lectores. Por eso y porque Horacio Quiroga representa uno de los más grandes valores en la literatura americana. *Caras y Caretas* tributa este homenaje al más brillante cuentista de las selvas, que acaba de morir.

Se repatriarán los restos de H. Quiroga²¹⁸

[Sin firma]

Ha sido ya suscripto el decreto respectivo

Ante la muerte del gran escritor uruguayo Horacio Quiroga, ocurrida en Buenos Aires, el gobierno nacional acaba de subscribir un decreto de repatriación, que en verdad, no sabemos si llegará a cumplirse, ya que el escritor ha manifestado su última voluntad de ser enterrado en la tierra de Misiones.

El decreto es el siguiente:

Ministerio de Relaciones Exteriores. –Ministerio de Instrucción Pública. –
Montevideo, febrero 20 de 1937.

–En conocimiento de la muerte del escritor uruguayo don Horacio Quiroga, acaecida en el día de ayer en la ciudad de Buenos Aires, y considerando la originalidad y belleza de la obra realizada por el escritor desaparecido que, al par que enaltece el prestigio de las letras sudamericanas, refleja honor sobre la República que debe hacer público reconocimiento a quienes, como Horacio Quiroga, contribuyen al renombre de la patria por medio de la creación y realización de la belleza aumentando el patrimonio intelectual del Uruguay, el Presidente de la República, acuerda y decreta:

Artículo 1º –Designase al Embajador del Uruguay en la República Argentina para representarlo en el acto del sepelio y hacer uso de la palabra en su nombre.²¹⁹

Artículo 2º–Dispóngase lo necesario para la repatriación de los restos del ilustre escritor desaparecido.

²¹⁸ *Uruguay*, Montevideo, Domingo 21/II/1937, p. 2.

²¹⁹ Eugenio Martínez Thedy (Salto, 1875-¿?), embajador y representante uruguayo en Argentina, designado por el gobierno el 15/V/1934. También cumplió labores en Perú a partir de 1948.

Artículo 3º –Por el Ministerio de Instrucción Pública dispóngase la erección de un busto y remítase Mensaje a la Asamblea pidiendo la autorización necesaria.²²⁰

Artículo 4º –Diríjase comunicación a los Consejos de Enseñanza Primaria y Secundaria disponiendo que al iniciarse los cursos se recuerde en los centros de enseñanza la trascendencia y méritos de la obra del insigne escritor compatriota.

Artículo 5º –Comuníquese, publíquese, etc. –*Terra*, *Eduardo V. Haedo*; *José Espalter*.²²¹

²²⁰ A propósito de este asunto, ver en nuestra compilación el artículo: «¿Cuál deberá ser la ubicación del monumento a Quiroga?», por Arapey [Seudónimo de Enrique Amorim], publicado en *La Nota*, Salto, abril de 1937.

²²¹ El decreto oficial que finalmente se publicó en el *Diario Oficial*, Marzo 16 de 1937 (Enero, Febrero, Marzo 1937), Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Página 470-A, Nº 13, fue el siguiente:

Resolución. Se designa una Comisión en el repatrio de los restos de un escritor nacional y se autoriza suma para la conducción de los mismos a Salto. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Ministerio de Relaciones Exteriores. Montevideo, Febrero 27 de 1937. –Número 597/37. El Presidente de la República, en acuerdo con los Ministros de la Instrucción Pública y Relaciones Exteriores, resuelve:

Artículo 1º. Designar a los señores Alfredo Mario Ferreiro, Juan José Morosoli, Manuel de Castro y Enrique Amorim para que, constituidos en Comisión, representen al gobierno en el reempatrio de los restos del escritor nacional Horacio Quiroga.

Artículo 2º. Autorízase una partida de mil pesos (\$ 1.000), imputable por partes iguales a “Eventuales” de los Ministerios de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, para los gastos que demanden los funerales dispuestos y la conducción de los restos del expresado escritor, a la ciudad de Salto.

Artículo 3º. Comuníquese y pase a Contaduría General a sus efectos. [Dr. Gabriel] *Terra*. *Eduardo Víctor Haedo*. *José Espalter*.

Ahora se acuerdan de H. Quiroga²²²

[Sin firma]

El gobierno marzista ha resuelto la erección de un busto de Horacio Quiroga, y el repatrio de los restos del gran escritor. Quiroga ha muerto en la miseria, arrumbado en un hospital de Buenos Aires. Vivía de su cargo de cónsul en la Argentina, hasta que el marzismo lo echó a la calle. Ahora que el gran escritor ha muerto, ese mismo gobierno que lo condenó al hambre, busca hacerse la reclame [sic], tratando de prenderse con el vacío homenaje oficial, a la gloria del insigne artista.

²²² Publicado en *El País*, Montevideo, 22/II/1937, p. 5, y posteriormente en *Jornada*, Paysandú, 25/II/1937, p. 2.

Quiroga y las pompas oficiales²²³

[Sin firma]

Los escribas del diario presidencial pretenden hacer creer que nos oponemos a que se realicen homenajes a la memoria de Horacio Quiroga. Lo que les falta agregar es que no hallamos méritos para ello en la obra del insigne escritor... Es el colmo. Lo que hemos hecho resaltar es la insinceridad de la hueca pompa oficial, en la hora del homenaje aparatoso y vano, a cargo de quienes no se preocuparon en hacer valer esa admiración que dicen tener por el artista muerto, para impedir que se consumara la destitución de Horacio Quiroga de la modesta posición de que vivía.

Y hemos hecho extensiva esa crítica al oficialismo salteño, en merito a la denuncia pública que ha hecho el escritor Enrique Amorim a través de un reportaje narrando cómo no pudo conseguir que el municipio de Salto denominara una de las calles de la ciudad con el nombre esclarecido del gran escritor, cuando este aún vivía. No son los homenajes a Quiroga, sino su insinceridad por venir de quien vienen, lo que hemos censurado.

²²³ Publicado en *El País*, Montevideo, 3/III/1937, p. 5.

Fracasó el homenaje a Quiroga²²⁴

[Sin firma]

Nos escriben del Salto que la intromisión del oficialismo en los homenajes a Horacio Quiroga, le restó a los actos realizados calor popular. El solo anuncio de la llegada con los restos del gran narrador del M[inistro] de I[nstrucción] Pública causó pésimo efecto. El comité departamental estaba integrado casi totalmente por funcionarios marzistas, que en su gran mayoría desconocían la obra del escritor salteño. Pasados estos actos de cuño oficialista, se constituirá un Comité Popular para homenajear dignamente la memoria de Quiroga.

²²⁴ Publicado en *El País*, Montevideo, 4/III/1937, p. 5.

Los homenajes a Quiroga²²⁵

[Sin firma]

Muerto Quiroga, que vivió olvidado a pesar de sus triunfos literarios en el extranjero y recientemente renovados en el país con su volumen *Más allá* publicado en 1934 por la Sociedad [de] Amigos del Libro Rioplatense,²²⁶ con el que obtuvo el premio del Ministerio de Instrucción Pública de nuestro país, el gobierno nacional se apresuró a gestionar el reempatrio de sus restos y la Intendencia Municipal de Salto se apresuró a provocar una reunión para construir un Comité con el mismo fin. Quiroga, que llevó en su alma a través de su vida, el dolor y el agravio de la ingratitud e indiferencia de su pueblo con su talento y alta cultura, antes de morir dispuso que su cuerpo fuera cremado y que sus cenizas fueran llevadas a Misiones y enterradas junto a su casa.

Frente a esa voluntad del ilustre escritor, debieron cesar todos los trabajos para reempatriar sus restos porque si algo debe ser sagrado e inviolable es la última voluntad de un hombre ilustrado expresada conscientemente que se está muriendo.

Sin sus despojos mortales, materia inerte al fin, pudo lo mismo su patria rendir homenaje a sus virtudes intelectuales, y para que los que buscan hoy rendirle homenaje por su fama que en vida no estimaron quedan sus obras de las que citaremos algunas para que, aunque sean por sus nombres las conozcan en su ciudad natal y pueda buscarlas y leerlas la juventud.

He aquí algunas que recomendaremos: *Cuentos y novelas breves*; *Cuentos de locura, de amor y de muerte* [sic]; *Historia de un amor turbio*; *Pasado por amor* [sic]; *[Los] arrecifes de Coral* (su primer libro y cuyo triunfo recordamos haber visto a Quiroga celebrar en Salto) y *Más allá*, obra premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.

²²⁵ Publicada en *Defensa Popular*, Salto, 1/III/1937, pp. 1-2.

²²⁶ La información no es precisa. *Más allá* se publica en 1935.

Pero de todos esos gestos y homenajes a Quiroga el más elocuente a su memoria es el que su muerte haya provocado el viaje a su ciudad natal de escritores como A[lberto] Gerchunoff, Manuel Bernardez, Asdrúbal Delgado, Alberto Brignole, José María Delgado, Enrique Amorim, César Miranda, Carlos María Princivalle, Juan J. Bajac, José Pereira Rodríguez, Atilio Brignole, César G. Gutiérrez, Méndez Calzada, Juan B. Silva y el escultor sanducero Edmundo Prati. Para nosotros, que entendemos que Quiroga murió pobre, dejando viuda e hijos, el mejor reconocimiento del país a sus méritos de escritor, y el mejor homenaje a su obra que tanto honor continuará reflejando para la patria, sería acordarle una pensión que permitiera a la viuda atender la educación de sus hijos.

Homenaje oficialista es el que hacen a Quiroga²²⁷

[Sin firma]²²⁸

No debe ocultarse que ha producido profundo desagrado, en el ambiente intelectual, y en todos los círculos cultos del país, la forma en que el P[oder] Ejecutivo ha encarado la designación de las personas, que representan al Uruguay, en el acto de la traslación de las cenizas del glorioso escritor nacional Horacio Quiroga, y del homenaje póstumo que se le rendirá bajo el patrocinio de los Poderes Públicos.

El Ejecutivo ha cometido otro grave error, al integrar la comisión de homenaje sólo con personas adictas al oficialismo político, con exclusión absoluta de todo escritor que no comulgue en los altares del régimen imperante, lo que es comulgar con ruedas de molino.

Esa actitud inconsulta del Ejecutivo da, al homenaje de hoy, un carácter odiosamente oficialista, que, como es lógico, hará abstenerse de la participación que le correspondía por derecho a lo mejor y a lo más numeroso del elemento intelectual del país, que, naturalmente, no está con el gobierno.

Es el gobierno quien ha hecho de este homenaje, que debió ser ampliamente nacional, ajeno a todo sectarismo incongruente con la personalidad del gran extinto, un acto mezquinamente político.

Parece que el oficialismo hubiera pretendido apropiarse de la gloria literaria de Quiroga –que vivió para siempre alejado de nuestras luchas internas– para vestirse con ella, decorando la indigente desnudez intelectual en que se agita.

Esta indigencia de los elementos con que cuenta el oficialismo, es lo que ha determinado que la Comisión designada, salvo uno o dos nombres de categoría,

²²⁷ Publicada en *Uruguay*, Montevideo, 27/II/1937, p. 18.

²²⁸ Diario *Uruguay*, Montevideo. [Lema] «Un rumbo cierto bajo la cruz del sur». Redactor responsable: Federico Orcajo Acuña.

como el del señor Carlos Reyles, esté muy lejos de representar debidamente a la intelectualidad del país.²²⁹

El estrecho exclusivismo oficialista, ha puesto entre la mayoría de la intelectualidad del país, y el homenaje póstumo a Quiroga, una valla de absurda prescindencia, que ha mantenido a lo mejor de nuestros escritores –y a los que con más títulos debieron estar presentes– alejados de los actos con que la República, que no es el gobierno– debió expresar su admiración al formidable autor de los relatos misioneros, considerado ya por la crítica como el primer cuentista americano de nuestra época.

Este homenaje –al que el gobierno ha restado significación y grandeza– parece, en cambio, haber dado motivo a que se exteriorice la tendencia del oficialismo imperante, a la estatalización política de la literatura, según la cual, sólo los escritores adictos a las pragmáticas gubernistas, son reconocidos por el estado, y tienen derecho al título oficial.

Pero la gloria de Quiroga es más alta que las mezquinas pretensiones exclusivistas del oficialismo; y nuestra intelectualidad y nuestro pueblo, le rinden el homenaje de su silenciosa y ponderable admiración, pasando por encima del círculo terrihererista²³⁰ de que le ha rodeado el homenaje oficial, arbitrariedad tan vituperable como ridícula.

²²⁹ La comitiva de intelectuales uruguayos, conviene recordar, estuvo compuesta por: Carlos Reyles, Pedro Leandro Ipuche, Fernán Silva Valdés, Enrique Amorim, Alfredo Mario Ferreiro, Manuel de Castro y Juan José Morosoli. En Buenos Aires se formó otra delegación para unirse a la uruguaya, designándose a: Baldomero Fernández Moreno, Alberto Gerchunoff, Jorge Luis Borges, Augusto Mario Delfino y Ezequiel Méndez Calzada. También deben sumarse los esfuerzos de César Tiempo y de Ezequiel Martínez Estrada.

²³⁰ Se refiere a las dos fuerzas que cogobiernan desde el 31 de marzo de 1933: el sector colorado que encabeza el presidente de facto, el Dr. Gabriel Terra, y el sector blanco que lidera el Dr. Luis Alberto de Herrera.

Se habría defraudado la última voluntad de Horacio Quiroga²³¹

[Sin firma]

Es indudable que el culto a los muertos tiene su arraigo en la humanidad desde épocas tan lejanas y remotas que se pierden en la noche de los tiempos.

Este culto transmitido de generación en generación, hace que se sienta profundo respeto frente a la majestad de la muerte, con el temor consiguiente hacia lo desconocido. Los gobernantes de todas las épocas explotan este sentimiento popular en beneficio propio y como recordarán nuestros lectores fue en el Egipto de los Faraones donde se llegó al máximo de este culto, llegándose a levantar en su homenaje las gigantescas pirámides.

En el caso del ilustre escritor Horacio Quiroga se han violado los últimos deseos del genial compatriota desaparecido, pues quería que después de incinerado su cadáver fueran sus cenizas a descansar en la selva de Las Misiones cuyo espíritu supo captar para transmitirlo por medio de sus obras.

Pero apenas sabida la caída de este formidable tronco de la literatura hispánica, nuestros gobernantes pusieron en juego las cancillerías para explotar con sus cenizas el sentimiento popular.

Y en el traslado de estas cenizas se gastaron sumas ingentes que podían haber aliviado los últimos días del escritor que murió en un camastro de hospital rodeado de la más espantosa miseria.

²³¹ Nota publicada en *Ahora*, Salto, 11/III/1937, p. 1, luego reproducida en *Ecos del Este*, Rocha, 16/III/1937, p. 1.

Homenaje con historia²³²

Guarany

Hemos seguido con especial detenimiento todo lo relacionado con el homenaje que el gobierno actual del Uruguay, ordenó tributar a los restos de Horacio Quiroga, el gran cuentista uruguayo y americano, desaparecido recientemente en Buenos Aires en donde desarrolló toda su conceptuada y original creación artística de cuentista vigoroso y de escritor original.

Puede decirse que a Quiroga, después de muerto, se le han rendido grandes honores: pero también puede afirmarse, dado el temperamento y el carácter de este hombre talentoso y enérgico, que de haberlos podido ver, los hubiera rechazado gallarda e indeclinablemente.

Además de ser poco amigo de estos honores póstumos y oficiales, Quiroga, por su manera de ser independiente y austera, no podía aceptar nada de este gobierno que en vida le negó el pan y la sal; pues ha de saberse —o de recordarse nuevamente—, que cuando el golpe [de] estado, el autor de *Anaconda*, honraba el cuerpo consular uruguayo, siendo el Cónsul de nuestro país en Misiones —la tierra argentina que el «descubrió» e inmortalizó en sus cuentos—, y que como no envió la solicitada adhesión, al gobierno que llegó por la fuerza, fue separado, sin ninguna otra causa, de ese cargo de nuestro país, sin considerarse para nada, ante su negativa terminante a tal adhesión que él honraba el puesto y el propio cuerpo consular; sin considerarse tampoco, la gran valía del escritor y del artista, y sin considerar asimismo, que con esa separación, que decretaba porque sí la fuerza prepotente encaramada en el poder, se dejaba al gran uruguayo, en una situación casi difícil, pues se sabe bien que la pluma puesta honestamente al servicio del arte, no da en estos países, salvo muy raras excepciones, para vivir. Eso lo sabía el gobierno; por eso lo hizo fríamente; pero tal medida no varió la posición del escritor, ni este hizo, en ningún momento, reclamo alguno, no siendo tampoco, tenido en cuenta,

²³² «Homenaje con historia. El que tributó el gobierno actual a los restos de Horacio Quiroga», publicado en: *Imparcial*, Río Negro, 5/III/1937, p. 2.

el pedido, posteriormente formulado por algunos escritores argentinos bien intencionados, para que se repusiera al gran escritor en su puesto.²³³

[i]Ahora que ha muerto, y que nada puede sentir, este mismo gobierno con un «gesto» sarcástico de olvido, ha pretendido reparar aquella tamaña y tremenda injusticia y ha aprovechado el prestigio y el renombre popular y mundial de Quiroga, haciendo rendir algo así como una apoteosis a su cenizas, a las cenizas de aquél a quien en vida, por no adherirse a la política del gobernante omnímodo, se le quitó un consulado!

Es un verdadero sarcasmo que no asombra, ni puede asombrar dentro del régimen actual, teniendo por lo tanto su historia, bastante sombría y dolorosa este homenaje, al que no han podido dejar de prestar su concurso oficial, algunos escritores «independientes», que en su afán de figurar y de quedar bien «con el gobierno», por las dudas, hicieron coro a este acto que contó con la franca adhesión popular, no por el homenaje en sí mismo, sino por el prestigio de Quiroga fundado en la calidad de su arte y en la dignidad de su vida.

Analizando en su esencia este homenaje con historia a las cenizas del autor de *El salvaje*, deja ver bien claro además, que este gobierno impopular, en su afán voluptuoso de conquistar popularidad, se sirve del renombre, una vez muertos, de los grandes hombres que persiguió en vida. Tal lo que nos dicen esos dos hechos. [i]Y nos demuestran la clara y verdadera exposición de esos mismos en el referido caso!

²³³ Se trata de la nota enviada al presidente uruguayo Gabriel Terra en nombre de la Sociedad Argentina de Escritores [SADE] (11 de junio de 1934) con motivo del cese de funciones de Horacio Quiroga como Cónsul de Misiones (1934), firmada por los escritores Roberto F. Giusti, presidente y Arturo Cerretani y César Tiempo, secretarios.

Olvido²³⁴

[Sin firma]

Ha fallecido en Buenos Aires, el escritor uruguayo Horacio Quiroga. El gobierno marzista le ha decretado toda clase de honores después de muerto. Ha dispuesto que se hable de Quiroga en las Escuelas. Pero han olvidado, lo más interesante: Quiroga tuvo el honor de ser declarado cesante del cargo consular que ocupaba por el gobierno de Marzo. Y murió pobre, en un hospital de Buenos Aires sin pedirle nada al gobierno que lo había echado a la calle.

²³⁴ Publicada en: *La Tarde*, Treinta y Tres, 23/II/1937, p. 1.

Tablas de salvación. Aferrándose a los muertos²³⁵

[Sin firma]

Horacio Quiroga, escritor izquierdista, amigo personal del Dr. Baltasar Brum, era Cónsul del Uruguay, puesto que le confió el gobierno legal y del que fue separado a raíz del golpe de Marzo. Se le quitó así, el único medio que tenía para poder vivir sin mayores preocupaciones materiales, despojando del cargo a uno de los mejores escritores del Uruguay, mientras se sembraban empleos entre cuanto traidor se ponía a órdenes del marzismo. Muerto Quiroga el gobierno marzista le ha decretado toda clase de honores y el Ministro de Instrucción Pública ha hecho pie, en tales homenajes, para codearse con los elementos intelectuales del país, que en su totalidad, repudian al marzismo.

Si los honores de hoy fueran la rectificación de la conducta de ayer, el reconocimiento de un pasado error no tendría nada de criticable. Por lo contrario, sería digno de aplauso. Pero lo que indigna en todas esas rectificaciones es que aprovechan la muerte de un escritor ilustre para salvarse del aislamiento intelectual y moral en que viven, como si los honores y los discursos pronunciados en lugares, que por respeto al muerto, hay que escucharlos, pudieran sacarlos de donde están hundidos. Defenderse es vivir. Bien pueden agarrarse de las tablas que quieran para flotar en el ambiente popular por unos minutos. Pero indigna, que la tabla que elijan, sea la muerte de una de las más preclaras figuras de nuestra literatura.

En vida, Quiroga, viejo amigo de Brum, estaba de más como cónsul. Era el hombre de izquierdas de que había que sacar del presupuesto Gral. de Gastos, porque las más caras ofensivas [o defensivas] del marzismo se reducen todas a quitar o dar empleos. Muerto Quiroga, es medio para dictar decretos, buscando la popularidad que en vano intenta obtener por mil medios distintos. Pero el pueblo discierne. No se engaña con ese juego. Todos ven la verdad con bastante dolor,

²³⁵ Publicada en *La Tarde*, Treinta y Tres, 4/III/1937, p. 1.

porque es doloroso, que no se detenga, ni ante la muerte, para sacar una ventajita para el desprestigiado oficialismo.

Horacio Quiroga y el régimen²³⁶

[Sin firma]

Horacio Quiroga, que honró la vida a nuestras letras, ocupaba al advenimiento de la dictadura un modesto cargo de cónsul en las Misiones argentinas. Por no enviar entonces su adhesión a Terra, como lo hicieron todos los «serviles» que ocupaban cargos en el extranjero, la dictadura lo destituyó y Horacio Quiroga tuvo que «dedicarse», ¡oh sarcasmo! a hacer tortas de lino para no morir de hambre.

Pero fallece el gran escritor compatriota y el mismo régimen –ahora legalizado a su manera– resuelve, sin siquiera sonrojarse y sin pensar que tal vez la miseria a que arrojara a Horacio Quiroga puede haberle ocasionado la muerte, resuelve, decimos, erigirle un busto y reempatriar sus restos. Si el heroico compatriota se alzara frente a sus verdugos, [¡]cuántas cosas les diría!

²³⁶ Publicado en *La Unión*, Colonia, 26/II/1937, p. 8.

La ensenada del arroyo 'Las Vacas' llevaría el nombre del escritor Horacio

Quiroga²³⁷

[Sin firma]

Una moción de la Comisión Nacional de Turismo

Entre los homenajes que se vienen tributando al escritor compatriota Horacio Quiroga, figura uno en el cual se denominaría a la ensenada del arroyo «Las Vacas» o al parador del «Salto Grande» con el nombre del novelista desaparecido. La iniciativa fue propuesta por el Presidente de la Comisión de Turismo, al organismo en el que forma parte, siendo inspirada la moción en que dichos lugares, puntos de unión de argentinos y uruguayos, recuerdan al autor de *Más allá*, en virtud del acercamiento que Horacio Quiroga estableció entre ambos países.

La moción del Dr. Becerro de Bengoa, fue ampliada en el sentido de que si es posible, una roca salvaje de aquellos lugares, sea la base del pedestal que levantaría el busto del escritor bohemio. Sin entrar al análisis de la iniciativa con un espíritu netamente localista, *El Municipio* solicita que corresponda a la ensenada del Arroyo «Las Vacas», llevar el nombre de H. Quiroga.

Fundamentamos este pedido, inspirados en el deseo de que los homenajes no queden concentrados en determinada región el país. A Salto le corresponde el orgullo de ser tierra natal de Quiroga y de conservar para siempre los despojos mortales del hijo que dio fama y renombre a la literatura americana. Sería pues obrar con amplitud de miras que otros puntos del país reserven un lugar para Horacio Quiroga lo que ya significa extender el recuerdo del querido escritor, haciéndole conocer sin límites de ninguna índice, imprimiéndole a todos los actos un homenaje de carácter nacional.

²³⁷ Publicada en *El Municipio*, Carmelo, 2/III/1937, p. 5.

Por eso, para no reducir a determinado círculos y zonas lo que a Quiroga no se le tributó en vida, es que solicitamos el nombre del escritor, para denominación de la ensenada del arroyo «Las Vacas».

¿Cuál deberá ser la ubicación del monumento a Quiroga?²³⁸

Arapey²³⁹

Cabe una pregunta, luego de haber dejado en la paz de un sepulcro, las cenizas (las primeras cenizas que entran en nuestro cementerio sin horno crematorio) las cenizas de Horacio Quiroga. La pregunta es esta: ¿Qué cosas bellas, de alta cultura, soñó Quiroga cuando vivía en Salto? Como todo hombre de espíritu, ambicionaba un pueblo mejor organizado, en lo espiritual, moral y material. Sus sueños se habrán hecho añicos ante la pasividad de sus contemporáneos, que no querían entenderle.

Ahora, a la vuelta de Salto, un grupo calificado de salteños, ante la vibración inesperada y honda del pueblo, entró de lleno a pensar seriamente en los destinos de la ciudad de los naranjales. Manuel Bernardez, después de 40 años de ausencia, corrió como un niño con un vaso de asta, descubierto en una casa amiga, hasta «El Avestruz», a que se lo llenasen de caña! Como un niño, contaba la aventura en el viaje del regreso. [i] *El Avestruz!* –gritaba–, *el almacén de mi tiempo, intacto, ahora rodeado de casas y próximo a una gran avenida!*

El Águila Blanca volaba por los campos con [José] Pereira Rodríguez, José María Delgado, [Carlos] Princivalle, Bajal, Gomensoro, [Juan] Silva Vila, [Enrique] Amorim... El escultor [Edmundo] Prati, enseñó entonces las fotografías de su monumento. Y fue entonces, tema interesante del viaje, el destino de esa obra escultórica. El poeta Delgado, que hacía seis años que no visitaba su ciudad natal, había hecho el viaje para rendir homenaje a Quiroga. Él comprendió –como otros acompañantes– que no posible mezclar los altos destinos en el espíritu, con las bajas pasiones de la política. ¿Será cuestión de detener a la muerte hasta que gobierne el partido tal o cual, a fin de no ser enterrado por este o aquel ministerio? ¿Fue Quiroga, acaso *leader* de los otros, de los anteriores? [i]No! Horacio

²³⁸ Publicado en *La Nota*, Salto, abril de 1937.

²³⁹ Seudónimo de Enrique Amorim.

Quiroga, de esos que se alejaron de su homenaje póstumo, consiguió un miserable viceconsulado! No era de ellos, como no murió de estos. Quiroga fue un gran escritor que repudió toda política, inclusive la de los que en una absurda pureza – bastante impura– se apartaron de los homenajes que le tributarán los amigos de toda la vida. Al no estar al lado de quienes le homenajearán con tardía justicia han pretendido hacernos creer que él formaba en el grupo anterior. ¿Por qué no lo hicieron venir al país, cuando su salud se lo permitía, esos que se separaron de la caravana de votos del autor? [¡Carlos] Vaz Ferreira, por ejemplo, tendrá que esperar, para morir, al ministerio propicio, como aguardan los abogados el juzgado de turno con garantías! Es reconocer la vida del espíritu, es encasillar el talento, el genio, la inteligencia en ridículos casilleros políticos... La obra de Quiroga no tenía color político y nadie puede reprobar un homenaje de esa índole. El ministro de Instrucción Pública cumplió con su deber. Al día siguiente del homenaje, Vaz Ferreira fue a pedir por Armando Vasseur, poeta poco conocido, pero de gran contenido filosófico, enfermo en Europa. Actualmente Vasseur está en viaje camino de Montevideo muy enfermo. Los pensadores están por encima de todas las pequeñeces de la política barata.

El homenaje a Quiroga, ha servido para despertar a la dormida gente que tiene en sus manos el poder hacer, el poder realizar repentinamente. Se habló en el viaje de muchos problemas salteños, todos ellos con la mirada puesta en el horizonte, en el porvenir. Es de imaginarse que hombres que han visto crecer a su pueblo piensen en el porvenir con mayor seriedad. Queremos contar un caso, para que se vea hasta qué punto, el espíritu de inadaptado, de visionario de Horacio Quiroga, acompañaba el viaje de regreso.

Cando vimos el monumento de [Edmundo] Prati, pensamos en su ubicación. En otro momento, poco nos habría interesado el caso. Pero, al ver con qué fervor la población salió al paso, religiosamente, de las cenizas de Quiroga, ya nos sentimos responsables, hasta de los momentos futuros. Un detalle nos conmovió a todos: esa empresa fúnebre, comercial, que dejaba a un lado el cobro del entierro de un escritor amigo. ¡Pequeño y grande homenaje, lleno de sugerencias!... Desde

este detalle, a las palabras conmovidas de los oradores, iba a la emoción del regreso.

Quiroga guiaba nuestros pasos. ¿Dónde ubicar un monumento de tal magnitud? Para mañana, un breve examen de este punto, perfectamente razonado, que merece consideración de las autoridades si es que se muestran interesadas, con lealtad e inteligencia, en la resolución de problemas que se presentan a diario en las grandes capitales.

La urna de Horacio Quiroga²⁴⁰

[Sin firma]

En conocimiento de una disposición oficial de la que se desprende que la urna que contiene las cenizas de Horacio Quiroga va a formar parte del futuro Museo de Salto, entrevistamos al escritor Enrique Amorim, presidente honorario de la Asociación que lleva el nombre del gran cuentista, para que nos aclare el punto. Amorim responde:

—Cuando redujimos a cenizas los restos mortales de Quiroga, necesitamos una urna para guardarlas. Ante tanta injusticia que se había cometido, ante la indiferencia oficial por el gran escritor, quise alejarlo todo lo posible de las manos de quienes no repararon en dejarlo cesante y vejearlo de mil maneras. Aconsejé que sus cenizas fueran entregadas al reino vegetal, que él veneraba. Reclamé un tronco cualquiera para que en su seno se guardasen sus cenizas.

Fui a ver al escultor Erzia, a comprarle un tronco de quebracho. Al día siguiente debíamos repatriar los restos de Quiroga. Conseguí el tronco deseado. Cuando el escultor ruso supo que íbamos a volcar en ese madero las cenizas de un hombre como Quiroga, me dijo que era una verdadera lástima que por falta de tiempo, no se podría hacer algo mejor. Le pregunté en qué consistía su idea. Me respondió que el tronco elegido podría llevar esculpida la faz de Quiroga. Como no me sentí autorizado para encomendar una obra de tal naturaleza, consulté a un Ministro de Instrucción Pública de aquel entonces, que no quiso hacerse responsable del encargo. No obstante el desconocimiento de Erzia, fue tal el entusiasmo que puso el escultor, que por teléfono le respondí: *Si no se la pagan, buscaremos hacer una colecta pública. Proceda, haga la talla.*

²⁴⁰ Publicada en *Tribuna Salteña*, Salto, 12/X/1947, p. 1. Recogido posteriormente en *Horacio Quiroga por uruguayos*, Academia Uruguaya de Letras, Montevideo, 1995, pp. 83-84. [Comp. Leonardo Garet].

Erzia trabajó, sin dormir, toda una noche. Vino con nosotros a Salto. Pasó la cuenta. No se le pagó. No existe en ningún archivo oficial, una constancia de petitorio, ni de pago alguno. La urna de Quiroga es una urna de Erzia. Erzia nos la dio a sus amigos. Darío Quiroga, su hijo, quiere que se halle en el Museo Horacio Quiroga que la Asociación que lleva su nombre proyecta fundar con el aporte popular, ya sea en el orden artístico como en el material. Por eso me sorprende que exista una disposición oficial destinando algo que no pertenece al Estado.

De las cenizas, quizás, como de las de todo prohombre de la patria, pueda disponer. No así de la urna, máxime cuando se agotaron las gestiones para hacer efectivo el pago de la misma. Es esta, la verdadera historia de la urna de Stephan Erzia.

Una polémica

Las cenizas (I)²⁴¹

Raúl Botelho Gosalvez

Si hubo un escritor que hizo suyo el apotegma nietzscheano de escribir con sangre porque la sangre es espíritu, ese fue Horacio Quiroga. Por eso le vemos ahora crecer en el horizonte de América, como un Manfredo que retorna vencedor del abismo para no irse más del sitio que la posteridad le ha reservado entre los creadores de la auténtica literatura de nuestro continente.

No obstante la gloria de esta figura, parecería existir una extraña conjuración en torno a ella. Aunque sus libros se reeditan constantemente y siguen, pletóricos de apasionada y huraña profundidad, golpeando el pedernal de la conciencia humana, no se le rindió aún el permanente homenaje que merece. Es más, sus restos se hallan relegados y como perdidos en el Museo de Bellas Artes de su ciudad natal, sin que hasta ahora, que sepamos, se haya pensado depositarlos en un lugar digno de su grandeza.

Hace poco anduvimos por Salto con el poeta y noble amigo Juvenal Ortiz Saralegui; allí visitamos el museo de Bellas Artes, en una de cuyas dependencias se encuentra la urna funeraria que guarda las cenizas de Horacio Quiroga. Nuestro deseo era rendirle homenaje y meditar un instante, junto a ellas, en el insigne escritor cuya vida pareció convocar una trágica sucesión de acontecimientos infaustos, como si sobre su desnuda cabeza de *fauno potente y pensativo*, el destino se hubiese empeñado en clavar sus más dolorosos venablos.

¡Empeño inútil! El grueso nudo de algarrobo, humanizado por las manos del escultor Erzia, donde las duras fibras guardan amorosamente los exigidos restos del gran hechizado, como símbolo del encantamiento y la posesión definitiva de las selvas misioneras, perdía ante la profusión de cuadros y esculturas toda su

²⁴¹ «Las cenizas de Horacio Quiroga». Publicada en *El País*, Montevideo, 19/XII/1954, pp. 3, 11.

patética solemnidad; su presencia, que en un sitio adecuado habría permitido el recogimiento y dado al ambiente la sugestión amarga y genial del admirable creador estaba co[mo] absorbida por la aglomeración, como desamparada de respeto dentro de la frialdad del museo. Y sin embargo, ¡qué decoro en la soledad de aquella conmovedora y atorbellinada testa! ¡Qué sublime y muda resignación en aquel rostro cincelado a zarpazos por la adversidad!

Como peregrino que habíamos ido a depositar nuestra ofrenda de admiración y afecto, hubiésemos querido que sus coterráneos, que levantar[on] simbólicos monumentos para honra[r] a Federico García Lorca y María Eugenia Vaz Ferreira, tuviesen para con él una prescindencia elemental. Que de los roquedales de Piedra Alta que avanzan su rudo pecho sobre las ondas leonadas del río Uruguay, se arrancasen piedras para labrar una tumba monumental decorada con motivos de sus obras. Anaconda, su amigo, podría [en]lazar con sus grandes anillos a las figuras fundamentales. Dos cariátides: el mensú, crucificado a machetazos sobre la tierra madrastra, calcinada de soles y de lágrimas; una velada figura de mujer, alegoría de los misteriosos conjuros al más allá y de los frustrados anhelos de aquel hombre desesperado cuyos brazos, exiliados de la felicidad, solo aprisionan fantasmas que se desvanecen apenas él rodeaba su cintura de humo. Ellos sostendrían el sombrío peso de la urna, guardada en un cristal que la protegiese de las inclemencias [y] de los pacientes y minúsculos insectos que la criban lentamente.

Este monumento imaginario pudo haber estado sobre el pretil del río, de este río que como una inmensa lágrima resbala sobre la faz cobriza de la tierra y ante él, todos los días, los gigantescos crepúsculos encenderían lámparas votivas. Pero no hay nada de eso, sino un pequeño pedestal de madera con una placa quiroguiana, en un abandonado rincón del museo... Muchos escritores se han ocupado, con buido juicio, de la obra literaria de Horacio Quiroga. De su *Decálogo* sustrajeron referencias a las lecturas que conformaron técnica y estilo. Poe, Chejov, Maupassant, Andreiev... Pocos han hablado de su heroísmo, sentimiento que le acompaña para atreverse a penetrar los caminos extraviados en donde guiñan sus

ojos los espectros de la locura y danzan los ectoplasmas de la cuarta dimensión; le ayuda a llevar con levantado ánimo la cruz de sus derrotas en la vida; le impulsa a instalarse en el quemante seno de las angustiadas forestas del norte argentino, para exprimir perfume de los espinos y dar testimonio al mundo de la belleza y el horror de ese territorio tan cercano a los yerbales paraguayos descritos por ese otro alucinado que se llamó Rafael Barrett.²⁴² Aquello nos toca de cerca, en esta edad confusa, quizá mucho más que las imágenes que atraviesan, como alaridos, las páginas de la novela social de América, de *La Vorágine* a *Doña Bárbara*, de *Raza de Bronce* a *Huasipungo*, de *Los de abajo* a *Don Segundo Sombra*.²⁴³

El heroísmo de Quiroga consiste en haberse acercado a las fuentes de la verdad americana, en haberse atrevido tras la enervación decadente de *Los arrecifes de coral*, luego del desencanto de su visita a un París poblado de *cocottes mediatundas* y sudamericanos devotos de aquel histórico cadáver amortajado en literatura, a ir hacia la tierra, a adentrarse en la salvaje nostalgia de las selvas y proyectar desde allí hasta el cosmopolitismo de las urbes, el mensaje telúrico de sus cuentos. ¡Qué lección para los que piensan en la epopeya de la vida de América, pero sin atreverse a salir del asfalto y la comodidad poblada de impotentes papelotes impresos, sin sangre ni espíritu!

Horacio Quiroga ha cumplido ¡y cómo! su compromiso con la vida. Nos ha legado una obra destinada a perdurar y sus cenizas, hay que dar a ambas el sitio que merecen.

242 Rafael Barrett, escritor español, narrador, ensayista y periodista (Torrelavega, Cantabria, España, 7 de enero de 1876 – Arcachón, Francia, 17 de diciembre de 1910).

243 A continuación ordenamos cronológicamente las novelas mencionadas y sus respectivos autores: Mariano Azuela, *Los de abajo* (1916); Alcides Arguedas, *Raza de Bronce* (1919); José Eustasio Rivera, *La Vorágine* (1924); Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra* (1926); Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara* (1929); Jorge Icaza, *Huasipungo* (1934).

Las cenizas (II)²⁴⁴

Artigas Milans Martínez

[Respuesta I]

Montevideo, diciembre 20 de 1954. Sr. Director de *El País* Dr. Eduardo Rodríguez Larreta. Sr. Director: Solicito a usted un espacio en su digno diario, en mi calidad de Director del Museo Municipal de Bellas Artes de la ciudad de Salto, encontrándose accidentalmente en esta capital. He leído el artículo firmado por el señor Raúl Botelho Gosálvez, bajo el título de «Las cenizas de Horacio Quiroga» publicado en la *Página de la Cultura*, en edición del domingo 19 p.pdo., cuya urna está depositada en forma precaria en dicho Museo, hasta que el pueblo de Salto y sus autoridades municipales, puedan darle destino que habrá de ocupar definitivamente y que esté de acuerdo a la grandeza de tan ilustre escritor.

El señor Botelho Gosálvez hace apreciaciones injustas, que no están de acuerdo con la verdad de los hechos y que deseo poner de manifiesto en defensa del decoro del Museo, de la Intendencia Municipal y del pueblo de Salto, que rinde permanente culto espiritual a Horacio Quiroga. Dice el cronista: 1ro: *Sus restos se hallan relegados y como perdidos en el Museo de Bellas Artes de su ciudad natal.* 2do: *Desamparada de respeto dentro de la frialdad del Museo*". 3ro: [...] *donde reposa la cabeza quiroguiana, en su abandonado rincón del Museo.*

Contesto seguidamente a tales apreciaciones, garantizando que cuanto digo es público y notorio en Salto y lo puede comprobar por sus propios medios quien quisiere hacerlo.

1ro. La urna fue retirada del panteón de la familia de Horacio Quiroga, residente en Salto, y depositada con su consentimiento en el Museo, donde ocupa un lugar de preferencia, y se le prodiga el cuidado necesario, preocupando su conservación y contacto con el pueblo a todos los intendentes municipales, desde que esa urna

²⁴⁴ «Las cenizas de Horacio Quiroga». Publicada tres días después en respuesta a la nota anterior en *El País*, Montevideo, 22/XII/1954, p. 5.

es guardada en el Museo, como también cuenta con la atención del suscrito, que le dedica su apasionado fervor.

2do. No se halla *desamparada de respeto* y no existe tal frialdad de Museo, pues el local del mismo se encuentra librado al público todos los días, desde las 8 de la mañana a 23 horas, con una afluencia diaria de no menos 150 personas, muchas, alumnos del Conservatorio Municipal de Música. Las escuelas públicas y privadas visitan el Museo durante el año, explicándose, a los alumnos, por parte del suscrito, a grandes rasgos, la personalidad de Quiroga, enseñándoles la urna con comentarios al margen. Por su parte, la familia de Horacio Quiroga envía flores a la urna, como así sus admiradores, en los aniversarios de su muerte.

3ro. En el Museo que dirige el suscrito existe un diario movimiento cultural y no tiene ningún *abandonado rincón*. La urna se encuentra en el despacho de la Dirección, que, como todos los ambientes del Museo salteño, es digno y pulcro, por cuanto está instalado en un hermoso palacete en pleno centro, al que la Intendencia Municipal dedica un importante rubro para su conservación.

Sin otro motivo, agradeciendo al señor Director la publicación de estas líneas aclaratorias, saluda a usted con su mayor consideración y estima personal.

Las cenizas (III)²⁴⁵

[Sin firma]²⁴⁶

[Respuesta II]

Causó indignación en Salto el artículo firmado por el señor Raúl Botelho Gosalvez, titulado «Las cenizas de Horacio Quiroga» aparecido en *El País* del 18 p.pdo., y en su *Página de la Cultura*. Esta indignación se debió a tres mistificaciones hechas por el mismo acerca de la urna que contiene las cenizas de Horacio Quiroga, celosamente custodiada en el local de nuestro espléndido Museo de Bellas Artes y que constantemente recibe el fervor del pueblo salteño que no ignora al ilustre escritor muerto tan trágicamente como trágica fue su vida.

Pero el director de esta repatriación Municipal, Sr. Artigas Milans Martínez, encontrándose en la capital, de inmediato entregó una carta a la dirección del prestigioso diario aludido publicada el 22 p.pdo., desmintiendo categóricamente las audaces y tendenciosas afirmaciones del intelectual boliviano aludido, a lo que este no pudo contestar debido a las categóricas aclaraciones efectuadas.

Todos en Salto conocemos nuestro Museo, dignamente instalado, en el que el aludido Botelho Gosalvez, recibido por el Director, estuvo solamente de quince a veinte minutos, el tiempo necesario para sacarse una fotografía junto a la urna, sin interesarse en nada por las obras de arte allí reunidas, según sabemos.

Nosotros leímos el almibarado artículo del aludido boliviano, donde además de manifestar tres infundios sobre la urna y su colocación, como sobre el cuidado que siempre ha merecido a las autoridades municipales, se extiende en cursis disgregaciones aventurándose a decirnos a los salteños cómo debe ser el

²⁴⁵ El título original es «Infundios de un intelectual boliviano sobre la urna de Horacio Quiroga». Se trata de una segunda respuesta a la nota de Botelho Gosalvez, pero tomando en cuenta el descargo de Milans Martínez. Fue publicada en *Tribuna Salteña*, Salto, 4/I/19, p. 1.

²⁴⁶ Diario *Tribuna Salteña*, Salto. Administradora: Rosa B. de Llantada.

monumento a Horacio Quiroga. Con una imaginación rococó, enumera una serie de detalles que debería ponérsele al futuro monumento, atreviéndose a dar su emplazamiento, explayándose en otras manifestaciones no menos cursis y tontas, sin tener en cuenta que no es precisamente él, dueño de una prosa de merengue, quien habrá de dar los lineamientos del grandioso y dramático monumento que Salto debe a Horacio Quiroga y que no se ha hecho no por falta de amor, sino de recursos.

Nosotros aseguramos porque sabemos dónde está colocada la urna y el cuidado que se le prodiga y el amor que le tiene el pueblo de Salto, que el intelectual Botelho ha faltado sencillamente a la verdad, y que este hecho desvaloriza aún más su ya flojo artículo, porque el cronista o el escritor, deben tener ética y moral intelectual, para no dar infundios de la índole que nos ocupa. Ya no nos interesará leer ningún artículo de este señor porque sabemos que ha mentido. Sin duda la *Página de la Cultura* de *El País*, que nos merece el mayor respeto y consideración como uno de los principales órganos del periodismo nacional, estará lúcida con nuevos artículos del periodista que nos ocupa.

Ocurre en nuestro país que algunos intelectuales, a veces con *oides* [sic], y todo, se toman la libertad de dictarnos normas, tanto al interior del país, creyendo que están en campo de nadie. Sin duda este intelectual boliviano, que será el más boliviano de todos, haría bastante falta en su país que tiene tantos graves problemas sociales a resolver, con indios descalzos y miserables. Pero ellos creen servir a la patria viviendo en turismo en otros países y entrometiéndose en lo que no tienen nada que ver y de lo que nada saben. Pero así como este intelectual sobra en Bolivia, sobra también en el Uruguay donde sabemos qué debemos hacer con nuestras cosas y cómo las vamos a resolver.

En resumen: los Botelhos que faltan a la verdad y escriben con tanta cursilería sobran en todas partes. No comentamos otros desguisados de su artículo porque no vale la pena detenerse más en quién sin ética intelectual ha lanzado un brulote a la cultura de Salto.